

MIKAEL

“¿QUIÉN COMO DIOS?”



LA VOCACION PERSONAL DE MARIA
Mons. Adolfo Tortolo

LOS ASPECTOS DE MARIA - NUEVA EVA
EN JUSTINO E IRENEO
J. Ibáñez - F. Mendoza

LA VIRGEN MARIA Y LA EUCARISTIA
Armando Bandera

EL PAPEL HISTORICO DE MARIA
Alberto García Vieyra

MARIA Y EL SACERDOTE
Alfredo Sáenz

LA VIRGEN SANTISIMA EN LA POESIA ORAL
DE LA ARGENTINA
Bruno J. Jacovella

SANTA MARIA DEL BUEN AIRE
José Brunet

23

MIKAEL

Director: Pbro. Lic. Silvestre C. Paul.
Rector del Seminario Arquidiocesano.

Consejo de Redacción: Excia. Rvma. Mons. Dr. José María Mestres, R. P. Lect.
y Lic. Fr. Marcos R. González O. P., Pbro. Lic. Alberto
Ignacio Ezcurra, Pbro. Dr. Luis Melchiori, R. P. Dr. Alfre-
do Sáenz S. J., Pbro. Juan Alberto Puiggari, Pbro. Her-
nán H. Quijano Guesalaga.

Secretaría de Redacción: A cargo de un grupo de seminaristas de los cursos de
Teología y Filosofía.

- En los artículos y documentos de nuestro Arzobispo así como también en los editoriales, queda expresada la posición oficial de MIKAEL.
- Los artículos que lleven firma no comprometen necesariamente el pensamien-
to de la Revista y son de responsabilidad de quien firma.
- No se devuelven los originales no publicados.

PARANA (Provincia de Entre Ríos)

REPUBLICA ARGENTINA

Impreso en los Talleres Gráficos de EDITORIAL BELGRANO
Belgrano 4027/47 - Santa Fe (República Argentina)

MIKAEL

**Revista del
Seminario de Paraná**

SECCION

UBICACION

N° 929

BIBLIOTECA

Año 8 — N° 23

Segundo Cuatrimestre de 1980

REGISTRO DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL 19536



INDICE

Presentación	3
Mons. Adolfo Tortolo La vocación personal de María	5
Armando Bandera, O. P. La Virgen María y la Eucaristía	19
José Brunet, O. de M. Santa María del Buen Aire	35
Enrique González Trillo Romance a la Virgen de Luján	41
Alberto García Vieyra, O. P. ... El Papel Histórico de María	45
Ordenaciones	62
Francisco Luis Bernárdez Soneto a la Natividad de la Virgen	64
Alfredo Sáenz, S. J. María y el sacerdote	65
J. Ibáñez - F. Mendoza Los aspectos de María - Nueva Eva en Justino e Ireneo	85
Juan Oscar Ponferrada Valle de Luz (romancero de Catamarca)	97 X
Bruno C. Jacovella La Virgen Santísima en la poesía oral de la Argentina	105 X
Guillermo A. Spirito Nuestra Señora, esperanza del Islam	113
Recopilación de textos: La Virgen y los colores de nuestra Bandera	123
Glosa anónima Bendita sea tu pureza	127
Toribio M. Lucero La Realeza de María	131
San Juan Damasceno La Dormición de Nuestra Señora	137
Ana Catalina Emmerich La Anunciación	150
Bibliografía	153

La viñeta de la página 104 pertenece a Guillermo Buitrago; los grabados de las páginas 61 y 152 a Juan Antonio Ballester Peña; los de las páginas 34, 84 y 130 son de Ricardo Coll, seminarista de la Arquidiócesis de Salta.

PRESENTACION

Próximo ya a celebrarse el CONGRESO MARIANO NACIONAL en la ciudad de Mendoza, la Revista MIKAEL no ha querido permanecer ajena a este acontecimiento que interesa a toda la comunidad eclesial de nuestra Patria.

Nada nos pareció más adecuado para ello que dedicar un número entero de la Revista a Nuestra Señora. Para ello nos dirigimos a diversos y calificados mariólogos de Europa y de la Argentina solicitándoles una colaboración especial. Varios de ellos lo hicieron con generosidad, por lo cual aprovechamos la ocasión para expresarles desde estas columnas nuestro más sentido agradecimiento.

Abre el presente volumen un artículo de Mons. Adolfo S. Tortolo acerca de **La vocación personal de María**, en donde con su peculiar estilo, profundidad y unción, presenta la figura de Nuestra Señora especialmente en su carácter de formadora de Cristo en las almas.

Habíamos solicitado un artículo al P. José A. de Aldama, S. J., destacado mariólogo español, sobre la Virgen cual nueva Eva. Como es sabido, el P. de Aldama acaba de fallecer, no sin antes haberse disculpado por su estado de salud y habernos recomendado a Javier Ibañez Ibañez, Director de Estudios Marianos de Zaragoza quien, juntamente con F. Mendoza, redactó y nos envió el artículo solicitado bajo el título: **Los aspectos de María - Nueva Eva en Justino e Ireneo**, denso estudio patrístico de tipología mariana.

El P. Armando Bandera, O. P., profesor de Salamanca, autor de numerosos libros, entre los cuales destacamos "La Virgen María y los Sacramentos", nos mandó un estudio sobre **La Virgen y la Eucaristía**, en donde muestra cómo la maternidad divina de Nuestra Señora no concluye con la Encarnación sino que se prolonga a lo largo de los siglos, especialmente a través del sacramento que constituye a la Iglesia como tal.

Como MIKAEL es la Revista de un Seminario, parecía obvio dedicar un artículo a la relación que media entre la Santísima Virgen y el sacerdocio. El P. Alfredo Sáenz, S. J., Profesor de Mariología del Seminario, lo ha escrito bajo el título: **María y el sacerdote**.

El Prof. Toribio M. Lucero nos envió, por su parte, desde Mendoza, un artículo titulado **La Realeza de María** en el cual analiza los presupuestos bíblicos, patristicos y del Magisterio sobre los que se funda el tema de María Reina.

El influjo salvífico de Nuestra Señora se manifiesta en la historia de los hombres, especialmente en los momentos de crisis como son los últimos tiempos, tema que trata, en general, el P. Alberto García Vieyra, O. P., con el título de **El papel histórico de María**, y en uno de sus aspectos particulares, de proyección ecuménica, el seminarista de Paraná, Guillermo A. Spirito, quien escribe sobre **Nuestra Señora, esperanza del Islam**.

La presencia de María en nuestra Patria aparece destacada por dos expertos estudiosos argentinos: el P. José Brunet, O. de M., de la Junta de Historia Eclesiástica Argentina, el cual nos ha enviado un artículo sobre **Santa María del Buen Aire**, primera advocación con que se la conoció en nuestra tierra y que dio el nombre a la ciudad de Buenos Aires; y el Prof. Bruno C. Jacovella, ex-Director del Instituto Nacional de Musicología, quien nos ofrece un original estudio acerca de **La Virgen María en la poesía oral de la Argentina**, es decir la que ha llegado hasta nosotros por tradición oral. Se incluyen asimismo en este número algunas poesías inspiradas en diversas advocaciones marianas de nuestra Patria: el conocido poeta Juan Oscar Ponferrada bajo el título **Valle de luz canta las glorias de Catamarca y de la Virgen del Valle**, y Enrique González Trillo honra a Nuestra Señora con su **Romance de la Virgen de Luján**.

Cerrando el presente volumen, se insertan algunos textos selectos, uno de la antigüedad, la homilía que sobre **La Dormición de Nuestra Señora** pronunció San Juan Damasceno, y otro de los últimos tiempos, **La Anunciación**, de Ana Catalina Emmerich.

Sírvase Nuestra Señora aceptar este florilegio reunido en su homenaje como una expresión de nuestra filial devoción y de nuestro deseo de que sea cada vez más conocida y amada por todos los argentinos.

LA VOCACION PERSONAL DE MARIA

En el artículo anterior hemos tratado de la misión personal a la que es llamado cada ser humano. Podemos ahora interrogarnos acerca de la misión particular de María.

¿Quién es María Santísima? He aquí una pregunta a la que sólo Dios puede responder.

El mismo Dios podría decirnos: "Es la mujer que elegí desde toda la eternidad para que fuera Madre de mi Hijo, Madre de la Iglesia, Madre de los hombres".

Podríamos expresarnos de otro modo: he aquí la creatura que cautivó para siempre el Corazón de Dios. La contempló, la eligió, la amó, la predestinó.

Puso sobre Ella una misión tan sagrada como sublime que nosotros llamamos: Maternidad divina de María.

La elección supone una opción y quien opta en este caso es el mismo Dios.

Puesta esta elección, Dios traspasó a María una maravillosa constelación de gracias y de dones, haciéndola en concreto partícipe del ser del mismo Dios.

"Llena de la divinidad", dice Santo Tomás, y sigue afirmando: "Tiene una cierta dignidad divina". María ha entrado en un consorcio permanente con toda la Trinidad y con cada una de Ellas.

I. LA PREDESTINACION DE MARIA

Dios la introduce en el arcano de su vida divina, la convierte en complemento de la Trinidad y en el cielo de las Tres Divinas Personas.

El Señor no pudo enriquecer más a este universo de gracia y la virtud de su predestinación irá cumpliendo sus etapas. El misterio de María se inicia en la eternidad en el Corazón de Dios, quien le confiará luego el triple universo: creación, redención, santificación. Círculos concéntricos accionados por el omnipotente amor de Dios.

La predestinación no es un mero anticipo. Es el preordenamiento de las disposiciones divinas a las que Dios quiere darle un esplendor digno de Sí y de la Madre de su Hijo. Este preordenamiento está re-

gido por su sabiduría infinita, su amor soberano, su misericordiosa bondad. Sitúa a María más allá del tiempo y del espacio y en el ámbito de una desbordante comunicabilidad.

Más allá de María, sólo Dios.

¿Qué sucedió entre Dios y María en los siglos eternos?

Contemplarla estático y ebrio de gozo. María es su obra en grado sumo.

II. SU INSERCIÓN EN EL TIEMPO

Comienza su vida, su primera etapa temporal, con una victoria única sobre el pecado que la sitúa en un permanente campo de lucha, de enemistad contra Luzbel. Pero más allá de la ausencia del pecado está el don de sí misma a Dios.

Comenzó su vida amando a Dios, inmaculada y pura, creciendo en sabiduría, en gracia, en santidad, como más tarde el Evangelio lo dirá de Jesús, su divino Hijo.

La piedad popular sintentiza la ubicación de María Santísima en el plan de Dios con estas subidas expresiones dogmáticas: "Hija de Dios Padre. Madre de Dios Hijo. Esposa de Dios Espíritu Santo. Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad".

Dios ha puesto sobre sus hombros todo un mundo de pecado a restaurarse por el poder de su gracia. Pero echará también sobre sus hombros el mundo de santidad y de gracia de la que asimismo María será distribuidora. Tal es la red infinita de implicancias —tan diversas por otra parte— entre gracia de Dios y culpa del hombre.

III. SU UBICACIÓN EN EL PLAN DE DIOS

Dios la precisa. Ella es el centro de la actividad divina **ad extra**, porque de Ella vendrá Cristo, por quien fue creado todo el universo. María se convierte en la creatura más necesaria para el plan de Dios. El plan de Dios cuenta con Ella y se apoya en Ella. María será la ejecutora de sus planes.

¡Qué bella expresión la del Magisterio de la Iglesia sobre la Inmaculada Concepción de María y la iniciación en Ella de la gracia que redime: "sublimiore modo redempta" ("redimida de un modo más sublime")!

En ese instante comienza a cumplir su inefable misión. ¿De qué manera, bajo qué signo? Las obras de Dios son perfectas. Mejor aún, perfectísimas. Su modo de obrar es el más excelente. La nueva etapa estará ceñida a esta realidad: el signo, la vocación personal, la misión que ha de cumplir, se realizará mediante un sublime misterio con doble faceta: Ella, la Madre de Cristo, salvará a los hombres por obra

y gracia de su Maternidad: Madre del Hijo de Dios, Madre de los hijos de Dios.

Su razón de ser, su constitutivo esencial dentro del plan de Dios es su doble Maternidad.

Todo lo que implica la gracia y la naturaleza en el hecho y en el misterio de la Maternidad se da en María en grado sumo, sobreeminente. Ninguna madre tan Madre como Ella.

El misterio maternal de María tiene como contexto y como fuerza motriz el infinito amor de Dios, en su máxima comunicabilidad **ad extra**: el don de su Hijo, mediante la Maternidad de María —Don y Maternidad conjuntos— no sólo por la relación Madre-Hijo, sino por la elección personal que Dios hace del modo de introducir a su Hijo en el mundo, y por el vínculo vital que ligará para siempre a los dos: al Hijo de Dios con la Madre de Dios.

Esta presencia de María en la obra suprema de Dios, no es simplemente pasiva, sino también activa, porque consiente, acepta, se da.

Y Dios la hará intervenir, bajo el signo más grande que le es propio: El es y seguirá siendo el Autor de la Vida. Y he aquí que esta mujer, como misterio propio, como vocación y destino personal al que es llamada **ab aeterno**, debe dar vida al mismo Autor de la Vida, a Cristo Jesús, enviado por el Padre para vivificar al mundo.

La coherencia más absoluta rige el actuar de Dios. Es un hecho definitivo dentro del marco de los absolutos de Dios: ni Cristo solo, ni María sola. Las dos vidas compenetradas por el mismo plan, que hace de ambas una sola.

Si ahora volviéramos los ojos a Dios, y viésemos el maravilloso itinerario de su amor condescendiente, no podríamos no llorar de gozo, confesándole al Señor: "María es tu obra, la más grande de tus obras".

IV. MARIA, SOCIA DE CRISTO

Dentro del régimen de la naturaleza la relación vital madre-hijo es indisociable. Son términos correlativos. Dentro del régimen de la gracia también son indisociables.

La idea eterna en la mente y en el Corazón de Dios fue la creación de una mujer dando vida. Así la quiso Dios. Unidos los dos grandes misterios —la Redención y la Gracia— ambos quedan maternizados.

La Maternidad de María **in facto esse** —como dice la Teología— y el ser de Cristo son simultáneos. Previendo esta simultaneidad, Dios introdujo de antemano el don de la gracia en María desde el primer instante de su ser, y la gracia es la Vida de Dios.

Desde entonces y para siempre Cristo y su Madre vivirán unidos, no sólo con el corazón y con la mente, sino también en esa suprema actividad divina que llamamos transmisión de la gracia. En el momento de la Encarnación, María está no como testigo mudo sino como investida por Dios, a través de Cristo y subordinada a El, de ese mismo poder vivificador de Cristo.

En todo el **Mysterium Salutis** queda impresa esta activa presencia de María. Y no por medio de un signo o una marca, sino por Ella misma. Es María misma quien se imprime en el corazón del hombre.

¿Y a dónde tiende todo el **Mysterium Salutis**? Las nociones bíblico-teológicas nos son familiares, pero nos hace bien recordarlas una vez más.

Cristo es el supremo don del Padre. La prueba más grande del amor divino. La locura de la Cruz es su sello. La Resurrección es la irrupción de Cristo en el hombre nuevo y con El la irrupción de la nueva vida.

Cristo, siempre igual y siempre distinto, sigue cumpliendo su misión salvífica: convertir al hombre en hijo de Dios, no en imagen, sino en obras y en verdad.

Cristo sigue su múltiple e infinita actividad en este hoy histórico por su Palabra, su Gracia, sus Sacramentos, su Iglesia.

Pero ¿cómo convierte al hombre en hijo de Dios? Transformando al hombre en Cristo. Todo lo suyo tiende a esto. La Eucaristía es el medio más alto y más perfecto para la transformación en Cristo.

Y como nunca la transformación será plena, nos aguarda la visión beatífica en la que, al ser Cristo todo en todos, seremos transformados en El y la plenitud será lograda para siempre.

Conviene recalcar de nuevo que un plan único, una idea sola, preside la acción salvadora de Cristo: transformarnos en El, así como todo el proceso generativo tiende a una sola cosa: comunicar la vida. Ahora bien, Cristo es obra de Dios y es también obra de María Santísima. Dios los ha unido en orden al maravilloso designio de dar la vida al mundo. Y lo que Dios ha unido, Dios no lo separa.

Con esto afirmamos esa nueva realidad: la inserción de María en el orden hipostático.

Este principio es la clave de la Mariología de Santo Tomás, Mariología dispersa en sus obras.

El orden hipostático comienza en María y como obra de Dios debe extenderse hasta sus últimas consecuencias. Ella, con su respuesta constante a la gracia, cooperó activamente a su perfecta realización.

Ella concibe en sus purísimas entrañas al nuevo Adán, al Cristo recapitulador del género humano. En El está presente toda la humanidad como también lo estuvo en el primero. Las disonancias del pecado al servicio del Amor divino se convierten en maravillosas armonías. El pecado provocó la misericordia, y el desquite de Dios fue el Don de Cristo. Cristo al encarnarse asume a toda la humanidad, misteriosamente presente allí en El y con El. Pero esta humanidad está allí gestada en el seno virginal de María al engendrar al Hijo de Dios hecho hombre.

Se inicia así la Maternidad espiritual de María sobre todos los hombres y para todos los hombres que luego el Bautismo consumará al hacerse efectiva y concreta la adopción divina.

V. SANTIDAD DE MARIA

Volvemos a repetir: la gracia es el don más excelso entregado al hombre. No sólo vale más que la vida sino que también es participación de Dios. El fundamento de estas realidades es el mismo de siempre: el inagotable amor de Dios. El amor da, no discute, no fija términos. El amor que santifica es aquel que sale del Corazón de Dios para volver a Dios. Pero Dios no quiso realizar todo esto por Sí mismo. La receptora es María, que participa junto a Dios en el orden de la gracia.

Retornamos al Doctor Angélico: "Beata Virgo Maria tantam gratiae obtinuit plenitudinem, ut esset propinquissima auctori gratiae" ("La Santísima Virgen María tuvo tanta plenitud de gracia, que por ella estuvo lo más cerca al autor de la gracia"). Esta afirmación señala el don constante de Dios a María y el don constante de María a Dios.

Vale la pena detenernos en el irrepetible hecho de la Anunciación del Angel, en el que se manifiestan infinitos misterios de sabiduría sobrehumana, reveladores a su vez del alma de María.

El Angel al saludarla no la llama por su nombre. Su nombre es María, nombre conocido en Israel. La llama con un nombre misterioso: "Tú eres la llena de gracia, la agraciada por Dios".

La presencia de los Angeles no era rara en el Antiguo Testamento. Casi siempre precedían la llegada de Yavé, o eran sus mensajeros. Situada frente a él, de pie, sentada, o de rodillas, María ve con perfecta claridad que quien está frente a Ella es un Angel, un enviado de Dios, un excepcional mensajero.

¿Esta visión fue interna o externa? Dios lo sabe, nosotros no. Pero de lo que no podemos dudar es de la venida del Angel y del mensaje que a través de María trajo al mundo. En esta escena Ella es el centro.

María está familiarizada con el mundo de los Angeles. Por eso no se desconcierta y trata al Angel con envidiable familiaridad.

A través de sus meditaciones bíblicas había logrado una visión profunda del mundo espiritual y sobre todo de Yavé —su Dios—; experiencia de Dios en grado sumo.

Y la primera palabra que pronuncia el Angel es una invitación al gozo embriagante del espíritu. El mensaje viene de Dios y va a tener un efecto inmediato, sin dilación y sin demora. Cada palabra encierra el contenido de muchas otras que ciertamente le eran familiares. El anuncio del Angel es tenso, claro, definido; medidas las palabras.

Ella ignora su propio misterio como ignora los privilegios singulares que le otorgara su Padre Dios. Ella no conoce todo el contenido de las palabras del Angel, aun cuando la voz sutilmente resuene en su espíritu.

Ante ese saludo Ella sintió un sagrado estremecimiento. Las palabras angélicas la desbordan a pesar de que, aun sin darse cuenta Ella misma, se había venido preparando para este gran momento.

De labios de sus padres María había conocido las maravillas que Yavé obrara por su pueblo y el amor entrañable por sus elegidos.

El tema de la **Alianza** fue indiscutiblemente el tema de su primer aprendizaje. El paso de Yavé había quedado grabado en todo Israel. Y, juntamente con el tema de la Alianza, el otro tema correlativo: el de la **Fidelidad**, fidelidad recíproca, fidelidad a las gracias secretas que Dios infunde de muchos modos.

Dentro de este contexto María ha recibido el saludo del Angel quien la hace consciente de la intervención del Espíritu Santo en el misterio de la Encarnación. María conoce que hay un "soplo", un "fuego", un "impulso", que dispone de una naturaleza espiritual y que es superior al hombre. Más tarde sabrá a fondo quién es y qué ha hecho en su propia vida la Tercera Persona de la Santísima Trinidad. Comienza aquí un desposorio entre el Espíritu Santo y María.

El **Magnificat** es la expresión acabada de esta doble ley: vacío total de sí misma y disponibilidad activa a todo querer divino. Todo le ha sido dado gratuitamente. Todo es obra de Yavé. Ella queda en la penumbra pero no puede guardar silencio. No se puede no cantar cuando se soporta íntimamente la embriaguez de lo divino y de lo santo. El canto tiene vibraciones sublimes que no tiene la prosa. María Santísima canta en medio de su gozo y como expresión del mismo. La trama de tan gloriosos sentimientos en cierto modo la endiosan.

Desde la hora de la Encarnación, bajo el régimen de los que aman

a Dios y le dan todo, se ignora a Sí misma. Y si acaso le preguntaran qué piensa de Sí misma, respondería una y mil veces: "**Yo soy la esclava del Señor**".

Ella lo sabe de sobra. Todo lo que ha recibido es gracia, es don gratuito de Dios. Sabe además que las preferencias de Yavé son para los pobres, los vacíos de sí mismos. Cada una de las palabras del **Magnificat** es una palabra de alabanza y de infinita gratitud.

Su pureza interior se vuelve más pura, su fidelidad más fiel, más delicada y dulce. Internamente es tan libre que apenas pulsa su corazón, su corazón vibra. La voz de los siglos la llamará Purísima, no sólo por su grado de pureza, superior a los Angeles, ni tan siquiera por la inmunidad de toda mancha, sino por la presencia substancial de las Tres Divinas Personas en su corazón privilegiado. Templo y Sagrario de la Santísima Trinidad.

El Angel retorna de su misión y el Verbo se hace carne mediante la milagrosa Maternidad de María. Desde ahora María inaugura un nuevo tipo de relaciones con Dios. En su seno comienza a palpar el Hijo de Dios.

No le desconcierta lo extraordinario. La turbación no fue hija de la pusilanimidad, sino de su profunda humildad. El saludo del Angel habría dejado perplejo a cualquier ser humano o angelical. Pero mientras el Angel actuaba por fuera, el Espíritu Santo y la gracia operaban desde dentro de María impulsándola para que su **Sí** fuese definitivo y total. Un misterioso temblor sacude su cuerpo y abre su espíritu para conocer más de cerca la voluntad de Dios. De un modo vehemente, experimenta la afirmación del Angel: "El Señor está contigo. Has hallado Gracia delante de Dios. Tu Hijo será llamado Hijo del Altísimo y su Reino no tendrá fin".

Quisiera quedarse sola para meditar este saludo: "Cogitabat qualis esset ista salutatio" ("pensaba qué podría significar aquella salutación"), e indudablemente se sumergió en el más profundo silencio.

VI. EN RUTA HACIA EL CALVARIO

Entramos ahora en otra etapa: ante los ojos de la Madre está el Hijo; conviven bajo el mismo techo con José, virginal esposo de María. Entre ellos se da un constante intercambio. Una comunión cada vez más honda. Son los años del descubrimiento. María Santísima ve a este niño, a este adolescente, a este joven, y lo ve distinto de los demás, lo ve muy próximo a Ella. Exhala santidad. Visibiliza divinidad.

Su mirada es límpida, celestial. Su perfección, inalterable, así como su santidad. Mira a su Hijo con una luz siempre nueva. Entre los tres hay un tamizado silencio. Las preguntas son muy sobrias; pero la Madre piensa, contempla, medita.

María y José se han preguntado por este Niño a lo largo de toda la vida oculta. Se han preguntado más con miradas que con palabras. Más de una vez lo sorprendieron de rodillas hablando con el Padre Celestial. Lo han visto también llorar pero la humilde vivienda sigue siendo un creciente oasis de serenidad y de paz.

¿Cuándo, de qué manera, con qué palabras, fue anunciado el comienzo del terrible drama? No lo sabemos. Pero Ella tomó el camino por el que transita Dios con su plan. Ahora, a través del Hijo, la gran revelación le fue hecha. Este Niño, este joven, que es el Hijo de Dios, viene marcado con un signo imborrable: una Cruz. Desde entonces el trato tomará otro estilo: mucho más profundo, mucho más de Dios.

Durante las horas de su vida pública Ella acompañará a Jesús en la penumbra y un poco a la distancia. ¡Cómo habrán resonado en su interior las palabras y los gestos de Jesús!

Jesús y María se van preparando para la hora suprema de los dos. En cada momento no puede no sentir en su pecho las palabras del viejo Simeón: "Mujer, una espada atravesará tu corazón. Debes pagar un precio por la Maternidad divina. Tu cuota de dolor y de sangre fue preparada por el Padre Celestial. Tú serás **socia** de la Pasión de Cristo". Cuán verdaderas aquellas palabras de San Pío X: "Entre Jesús y María hay una perfecta sociedad de vida y de sufrimiento".

El mismo Dios ha ido preparando la terrible experiencia de la cruz. Conforme con el querer divino María aprendió a sufrir, y a la maternidad de gloria antepuso una maternidad de cruz y sufrimientos. Jamás rehuyó ningún cáliz de amargura. No en vano le eran familiares las grandes figuras bíblicas probadas por Dios, "acrisoladas". Por eso cuando se presente la cruz responderá con firmeza, con rapidez y hasta con gozo.

¿Es posible la coexistencia de una pesada cruz con la serenidad interior y hasta con el gozo? Santo Tomás de Aquino se hace el mismo planteo y termina asegurando que, efectivamente, pueden coexistir grandes goces y grandes dolores. Así ocurrió en Cristo, en toda la etapa de su Pasión. San Pío X, en su Encíclica "Ad Diem Illum", señala que María Santísima llegó al Calvario y vivió esas horas terribles en medio de un gozo sobrenatural. El sol de la gracia siempre está radiante para quien se entrega a Dios. Más diera si más tuviera. La magnitud de su fe en esa hora, es la chispa que encenderá más tarde la fe total de la Iglesia.

Hay un acuerdo misterioso entre el amor y el dolor. Aquí en la tierra el amor y el dolor pueden nivelarse y andar juntos. Ningún amor como el suyo, ningún dolor como el suyo. Ella sabe que el amor transfigura el dolor, lo eleva, lo santifica.

Estamos en la ruta del dolor y de la muerte. Destrozada y silen-

ciosa sigue su vía crucis. Su entrega a la voluntad de Dios es el alma de sus decisiones. Han comenzado para Ella las dos pasiones: la pasión según la carne y la pasión según el alma. Las dos, intensas, intensísimas. Cuerpo y alma han bajado al lagar. La molienda sigue su curso pero es tremendamente dura. Por eso, uno solo de sus **fiat** sería suficiente para calmar todo el dolor del mundo.

¡Cuánto valdrá el dolor que a pesar de su crueldad inmensa Dios no ha querido suprimirlo!

En el momento de la Presentación de Jesús en el Templo, María había devuelto su Hijo a Dios, su Padre. Al modo de sacerdotisa de toda la humanidad, le había ofrecido al Padre. Aquella profecía de Simeón hizo más doloroso este momento. Amargo fue el trance: su Hijo sería el "signo de contradicción". Así se lo profetizaba Simeón para advertirle luego el terrible destino que aguardaba a los dos: "Mujer, tu alma será traspasada. Sentirás a cada paso el dolor de la Muerte de tu Hijo. Tú morirás a cada momento hasta que la muerte sea absorbida por la muerte".

A cada paso María fue reengendrando a su Hijo. En el Calvario su **fiat** será total. Por eso la gran ausencia que padece envuelve el alma de María en una terrible soledad. Ella está absolutamente sola. Su Padre Dios la ha abandonado. Su hijo Dios también. Humanamente, es imposible el consuelo.

Pablo, en un rapto de cielo, pudo afirmar: "Quiero ser socio de Cristo en su Pasión, quiero vivir su dolor, quiero unirme a sus sufrimientos, configurarme a su Muerte, convertir el pan cotidiano en amargo sacrificio".

En el Calvario, María es incomparable. Más grande, más bella, más celestial que nunca. Su presencia es voluntaria, sólo exigida por el amor. Sube a la Cruz porque ama. El amor la atrajo, la acercó a nosotros, y a nosotros a Ella.

En un maravilloso acuerdo entre la voluntad del Padre y la generosa entrega de María, ésta adquiere derechos de corredentora. Cuando surja la Iglesia del costado de Cristo, esta Iglesia surgirá de su seno de Madre, comprometida para siempre con el Cuerpo Místico de Cristo.

VII. MATERNIDAD ESPIRITUAL

Se inicia así la maternidad espiritual de María sobre todos los hombres; maternidad hecha efectiva por medio del Bautismo. Esta maternidad espiritual, cuya plenitud posee Cristo, nos es dada y ofrecida por el mismo Dios. La gracia en María es típicamente maternal porque su razón de ser es su maternidad.

Esto nos convierte en hijos de María. Somos hijos suyos, por gracia de Dios y aceptación de María.

Ahora bien, si María es Madre nuestra, si la gracia es **marianiza**, María debe formarnos, como en cierto modo formó a Cristo.

¿Cómo nos forma? ¿Cómo nos educa? La Teología repite con frecuencia que la elección de una persona para una misión determinada obliga a Dios a darle todo lo inherente a esa misión.

Dios predestinó a María a ser también Madre de los hombres. Dios, que la eligió para esa misión sagrada, dispone de medios infinitos para que Ella cumpla su misión formando a los elegidos.

Los santos han sentido a María, se entregaron a Ella, se dejaron modelar. Pero esta presencia de María, ¿es física, es espiritual, es una extensión gloriosa de su cuerpo y de su alma? Nos puede acá iluminar la teología sacramental. En los sacramentos actúa Cristo con su humanidad gloriosa. Los sacramentos son gestos suyos. Hay un contacto físico entre la humanidad de Cristo y el acto sacramental. Cada sacramento, con su modalidad específica, importa un contacto personal con Cristo. Su virtud santificante se ha extendido, ha tocado el alma y ha penetrado en ella.

¿Puede Dios extender esta virtud de Cristo hasta su Madre y del mismo modo que estuvo en la Cruz, de pie, cooperante y activa en el Gran Sacrificio, puede Dios hacerla partícipe de algún modo de esa misma virtud de Cristo?

Ciertamente Dios puede hacerlo y no dudamos que así lo ha hecho. Al recibir al Verbo, María recibió una gracia superior a la gracia comunicable en cada sacramento y en todos los sacramentos juntos. Aquel **fiat** la ató a Cristo para siempre. En el cielo no está disociada de Cristo. Su vínculo de unión ha superado la limitación propia del tiempo, del espacio, y de la condición humana temporal.

Pero más allá de los sacramentos ¿puede darse no sólo una presencia intencional de María sino también llegarse hasta una experiencia espiritual de la gracia que Ella posee?

No hay imposibles para Dios. Y si bien media un abismo entre la presencia de Dios en un alma y la experiencia personal de Cristo, cabe un modo de presencia espiritual, real y efectiva, una acción de María Santísima en las almas. El orden cósmico nos da un ejemplo nada despreciable. Entre el sol y la tierra hay una distancia sideral. Sin embargo un mismo sol física y sensiblemente nos toca, nos inunda con su luz y su calor.

VIII. ¿QUE ES FORMAR?

La meditación que nos ha precedido nos invita a una acción con-

creta que debe realizarse entre María Santísima y nosotros. A esto tiende el último punto de este humilde estudio.

Partimos de la palabra **forma**, sustantivo tomado del griego. La forma es el principio que hace que tal cosa sea esencialmente tal cosa. Principio intrínseco que en el mundo de los vivientes se confunde con el principio vital de cada ser viviente. En el ser racional la forma es un principio vital, dinámico, que preside la realidad del ser en una dirección y hacia una meta determinada.

El grano de trigo sembrado en el surco, comienza su proceso formativo, de carácter vegetativo. Por este proceso de crecimiento, el principio o germen vital, avanza hacia su propia plenitud: la madurez de las espigas. Todo el dinamismo interior, comenzando por la muerte y maduración del grano, ha tendido a esa única meta: la espiga madura, virtualmente contenida en el grano.

En el ser humano, cualquier tipo de formación exige un proceso similar, sin olvidar dos cosas: la tara del pecado original y la acción erosiva del libre albedrío.

En la formación sobrenatural del hombre se dan dos elementos similares. El principio fundamental es el mismo Cristo presente en el corazón del hombre, comunicando su propia vida, es decir comunicándose a Sí mismo.

San Pablo utiliza dos expresiones para iluminar este misterio: el cristiano debe **conformarse** a Cristo y Cristo debe **formarse** en nosotros. En ambas expresiones la forma es el principio sustancial por el cual el hombre comienza a vivir una vida superior —la vida divina— a la que no tiene derecho alguno y a producir actos superiores a sí mismo, actos propios de esa vida superior, actos **divinos**.

Este principio generador de vida, y germen al mismo tiempo de Dios es Cristo, cuya presencia activa en el hombre, produce entre éste y El una unidad vital. Al modo de una ósmosis sobrenatural, Cristo se comunica a Sí mismo al hombre, le comunica su vida, convirtiéndose en vida del hombre y en fuente y raíz de todos sus actos.

La vida divina que es Cristo, cambia ontológicamente al hombre y, al comunicarse como forma viva, invade y penetra todo el campo psicológico hasta llegar a la raíz del propio ser humano. Toda su persona queda inmersa en Cristo y por esta vía se logra la inefable identidad entre los dos hasta llegar a tener un mismo pensamiento, un mismo querer, un mismo obrar.

Todo este proceso cuenta a su favor con una red maravillosa de elementos activos: gracia, virtudes teologales, presencia del Espíritu Santo, cuyo obrar tiende a una sola cosa: **transformar al hombre en Cristo**.

Ahora bien, entre estos elementos activos debemos añadir la presencia de María Santísima y su acción en el alma. Veamos cómo.

La madre que da vida a un hijo, por deber natural debe educarlo. A la formación física, somática, debe seguir la otra transformación: la educación es consecuencia de la generación. En el orden sobrenatural ocurre lo mismo.

El orden de la gracia es el recurso divino para educar divinamente a los hombres. La última etapa es la santidad.

María Santísima nos dio vida en Cristo. Conocimos con El. El misterio personal de María es su ser Madre, Madre de Dios-hombre, Madre de quien es Cabeza del Cuerpo Místico, Madre del **Nuevo Adán**, Madre del Recapitulador de toda la humanidad. Esta verdad nos demuestra que Ella no es Madre nuestra por una simple adopción; hay algo vitalmente suyo que espiritualmente recorre nuestras venas y nos convierte en hijos de su alma, ya que no de su cuerpo.

Por ser Madre está obligada a educarnos. Ella debe sacar la riqueza latente en nuestro corazón, activarla, llevarla a su madurez. La riqueza latente es Cristo, es la vida divina comunicada al hombre y que muchas veces los hombres la bloquean esterilizando toda su acción. Es la vocación personal en la historia de la gracia. Son los dones gratuitamente otorgados. Es el plan personal de Dios sobre cada uno.

Toda esta maravillosa riqueza debe ser conjugada con Cristo quien debe crecer en nosotros y animar con su vida toda nuestra vida.

Pero la educación exige la acción conjunta del educando y el educador. Los dos planos deben converger, tomar una misma dirección. El educador además necesita calidades de muy alto valor, tanto más elevadas, cuanto el principio que anima la formación sea más elevado, y acá el principio viviente es Cristo.

Ahora bien, María lo conoce a Cristo por obra de una experiencia absolutamente singular de la naturaleza y de la gracia. Lo ha formado en su seno virginal. Ha vivido con El en una unión de intensidad infinita. Ella es la creatura más próxima a Dios.

Colinda con la divinidad, dice Santo Tomás. En Ella agotó Dios en cierto modo sus dones y sus gracias. La hizo toda santa, "deaurata divinitate", la describe el Doctor Angélico. A esta urdimbre de dones celestiales hay que añadir los dones específicos, carismáticos, indispensables para educar sobrenaturalmente. Ella está dentro del arcano de Dios. Conoce el pasado, el presente, el futuro. Conoce la historia de cada corazón humano, sus miserias, sus grandezas. Conoce el plan concreto de Dios sobre cada alma. Conoce la vocación personal. Su instinto maternal le hace descubrir el secreto de cada uno en cada momento.

Pero hay otra cosa. Ella lo ama a Cristo apasionadamente. Ama

del mismo modo a Dios. Formar a Cristo en el corazón del hombre, hacerlo crecer, reflejar su rostro en cada alma, es la respuesta siempre actual de su inmenso amor a Dios y a los hombres. La manifestación de la gloria de Dios y la glorificación del Espíritu Santo.

La hagiografía nos descubre el fuego apostólico que hierve en el corazón de los grandes santos. Salvar y santificar "es la más divina de las obras divinas", es como una nueva generación de Cristo. Es la más perfecta conjunción de lo divino y de lo humano.

Pues bien, ningún santo, ni siquiera todos los santos juntos han vivido ni vivirán el fuego apostólico de María, su anhelo de santificar a los hombres. No necesita ser llamada; Ella siempre está en actitud de darse.

IX. COMO ENTRA EN CONTACTO CON NOSOTROS

Antes que nada por sus ruegos: incesantemente ruega por nosotros y es la Madre a quien el Hijo Dios no puede decir que no.

Pero además de sus ruegos Ella entra en contacto con las almas por su presencia y su concreta acción personal.

Se da en Ella una plenitud de gracia. Se da en Ella "un arcano poder" — **arcana quaedam eius actio** (León XIII)— que sin violentar el orden de las cosas, posibilita una extensión de Sí misma, sobre todo el universo, en especial sobre cada corazón humano.

Glorificada en cuerpo y alma, Ella desborda las leyes físicas que rigen la condición del hombre mortal, como ocurre en Cristo Resucitado.

Pusimos el ejemplo del sol, que envuelve y abarca a todo el universo físico, al que abraza con su luz y su calor, perennemente el mismo, perennemente renovado. ¿No es acaso María en el universo de la gracia muchísimo más de lo que es el sol en el orden cósmico? No olvidemos que en María Santísima todo es relación personal con Dios y con Cristo. Dios la ha hecho partícipe de todo lo participable que hay en El.

La teología de los sacramentos — como ya vimos — nos enseña que la presencia de Cristo en cada sacramento no es una multiplicación del Cuerpo de Cristo, sino una multiplicación de los lugares en los que se presentifica su multiforme virtud.

La acción formadora de María en un alma es muy similar a la acción secreta del Espíritu Santo. Se siente un soplo, pero no se sabe de dónde viene y a dónde va. Es un toque, una luz, una inspiración, un aliento. No tiene un modo único, ni tiene esa parte sensible que tiene todo sacramento.

Tampoco está María en el alma al modo como la inhabita la Trinidad Augusta, embebiéndola en su vida — "contacto de la sustancia de

Dios a la sustancia del alma" (San Juan de la Cruz). María Santísima se sitúa junto al alma y, como absorbiéndola en la suya, la introduce en una muy honda comunión con Ella, comunión entre la Madre y el Hijo.

También por ósmosis espiritual y por un tipo de simbiosis, transfunde su virtud, su perfección, la santidad de su alma. Ella no infunde otra vida, sino la vida de Cristo, cuya plenitud posee en grado superior al caudal conjunto de todos los santos.

Las madres actúan más por hechos que por palabras. Una mirada puede producir muy profundas reacciones. Un beso puede cambiar una vida, una intuición puede marcar un rumbo.

María conoce la escala de valores, la vocación personal de cada hijo, el designio de Dios sobre cada alma, las respuestas positivas y las repulsas. Ella puede actuar y actúa de un modo directo, personal, cierto. En cierto modo se imprime Ella misma, revirtiendo sobre cada alma su propia alma.

Su estilo, su modo de actuar, es el silencio. Normalmente crea un clima, una atmósfera impregnada de gracia, llena de Dios. Sale al encuentro con sus propios dones recibidos también para nosotros y nos hace respirar ese clima hasta traspasarlo al alma. Hay corazones que afirman vivir en el Corazón y en el Alma de María. ¿Es un absurdo? Ciertamente no. Diríamos más: Ella tiende a cobijarnos en su propia alma para hacer "más fácil, más rápida y más segura nuestra transformación en Cristo" (San Pío X, "Ad Diem Illum").

† **ADOLFO TORTOLO**
Arzobispo de Paraná



LA VIRGEN MARIA Y LA EUCARISTIA

Enseña Pablo VI que la unión "con Cristo no la podemos pensar separadamente de Aquella que es la Madre del Verbo encarnado y que Cristo mismo quiso tan íntimamente unida a Sí para nuestra salvación. Así ha de encuadrarse en la visión de la Iglesia la contemplación amorosa de las maravillas que Dios ha obrado en su santa Madre. Y el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia" (1).

El Hijo de Dios vino al mundo para hacer posible que los hombres nos unamos a El como a nuestro Salvador. La unión se realiza por todos los bienes constitutivos de la vida cristiana: por las virtudes, sobre todo por la fe, la esperanza y la caridad; por el servicio al prójimo, por el ejercicio del apostolado de acuerdo con la peculiar vocación de cada uno y por la práctica de cualquier obra cristiana. Pero los grandes medios de unión con Cristo son los sacramentos y entre éstos corresponde un puesto absolutamente único a la eucaristía, en la cual está El real y sustancialmente presente y por medio de la cual se entrega a los hombres en la totalidad de su naturaleza divina y humana.

Todas las formas de unión con Cristo se ordenan, por una parte, a posibilitar la unión con El en la eucaristía, por otra, a desarrollar sus virtualidades. La eucaristía pone en movimiento todos los medios de unión con Cristo y es el ápice o culmen de esa unión. El Concilio Vaticano II, inspirándose en Santo Tomás, a quien cita, enseña que "los otros sacramentos, así como todos los ministerios eclesiásticos y obras de apostolado, están estrechamente ligados con la eucaristía y se ordenan a ella. Y es que en la santísima eucaristía se contiene todo el bien espiritual de la Iglesia, a saber, Cristo mismo, nuestra pascua y pan vivo, el cual, mediante su carne vivificada y vivificante por virtud del Espíritu Santo, da la vida a los hombres" (2).

Tanto cada persona como la Iglesia en su totalidad encuentran en la eucaristía una unión con Cristo que es la suprema a que se puede aspirar en este mundo. Nunca la Iglesia es cuerpo y es-

(1) Pablo VI, Alocución del 21-X-1964 en la clausura del tercer período conciliar: AAS 56 (1964) 1014-1015.

(2) Concilio Vat. II, Decreto *Presbyterorum ordinis* sobre el ministerio y vida de los presbíteros, n. 5b.

posa de Cristo con tanta propiedad como cuando celebra y recibe la eucaristía. Y lo mismo hay que decir de cada cristiano en particular, porque nunca se puede afirmar de él con tanta verdad que es otro Cristo como cuando recibe el cuerpo y la sangre del Señor. Es Cristo en la eucaristía quien hace de la Iglesia cuerpo suyo y quien transforma en Sí al cristiano.

Todos los demás medios de unión con Cristo tienen la finalidad de preparar la unión eucarística y de disponer el espíritu para sacar de ella el mayor fruto posible. Por lo cual hay que considerar desviada cualquier espiritualidad que anteponga a la celebración y recepción de la eucaristía otras prácticas o actividades; y aunque éstas fuesen en sí mismas genuinamente cristianas, quedarían deformadas por el solo hecho de atribuirles una primacía que no les corresponde. La eucaristía es con entera propiedad "la fuente y cima de toda la vida cristiana" (3) y es al celebrarla cuando los presbíteros "cumplen su ministerio principal" (4).

Cuando la Iglesia predica la unión con Cristo —y la predica por la totalidad de su vida— está invitando a los hombres a celebrar y recibir la eucaristía, aunque no siempre hable de ésta expresamente. Los bienes integrantes de la vida cristiana están ordenados entre sí de tal modo que todos se orientan a la celebración y recepción de la eucaristía.

Y ahora, después de haber asentado sólidamente lo que se refiere a la principalidad de la eucaristía en la vida cristiana, es preciso volver los ojos a las palabras de Pablo VI transcritas al comienzo. La unión con Cristo no podemos pensarla separadamente de María. Se trata de la unión con Cristo en toda su universalidad y, por consiguiente, incluyendo también la unión eucarística. Pero, ¿cómo es posible que la acción de la Virgen penetre también en la eucaristía? Este es el problema que se intentará resolver.

Eucaristía y redención

Por la eucaristía Jesucristo se ofrece en sacrificio al Padre como víctima que libra a los hombres de los pecados, se da en comunión a quienes quieren recibirlo y está permanentemente presente en el sagrario para acompañarnos y para recibir nuestra adoración. Es decir, en la eucaristía, dentro de su máxima unidad, hay que distinguir tres aspectos fundamentales a los que se reducen todos los demás. Ante todo, la eucaristía es un sacrificio inmolado en conmemoración de la muerte del Señor hasta que El venga (cfr. 1 Cor. 11, 24-26). Es también el sacramento por el que recibimos el cuerpo y la sangre del Señor para transformarnos en

(3) *Con. Vat. II*, Constitución *Lumen gentium* sobre la Iglesia, n. 11.

(4) Decreto *Presbyterorum ordinis*, n. 13c.

El mismo y expresar su unidad (cfr. Cor 10, 16-17). Es, finalmente, el medio por el cual Cristo permanece realmente presente en el mundo "para ser adorado y para servir de ayuda y consuelo a los fieles" (5).

Juan Pablo II distingue las modalidades de la eucaristía diciendo que ella es sacramento-sacrificio, sacramento-comunión, sacramento-presencia (6). Repite tres veces la palabra **sacramento** para dar a entender que el sacrificio, la comunión y la presencia se realizan **de manera sacramental**, es decir, bajo signos. Porque, en efecto, la celebración de la eucaristía no es un sacrificio cruento como el de la cruz, ni en la comunión se nos da el cuerpo y la sangre del Señor según su propia forma y figura, sino bajo especies sacramentales, ni, por último, la presencia permanente de Cristo en el sagrario es perceptible sensiblemente, sino sólo por medio de la fe la cual nos enseña que bajo el signo sensible es el Señor mismo quien vive entre nosotros para acompañar permanentemente nuestra peregrinación por este mundo hacia la casa del Padre. Se trata siempre de las tres modalidades o aspectos de la eucaristía que han sido expresados por Juan Pablo II en una formulación peculiar suya.

Pero, al hablar de sacrificio, de comunión y de presencia que perdura por siempre, es preciso entender estos conceptos no de manera puramente teórica o abstracta, sino con el contenido concreto que les atribuye la fe. La celebración de la eucaristía no es un sacrificio cualquiera, sino determinadamente renovación del sacrificio de la cruz, el cual tiene una serie de peculiaridades concretas: la intensidad del amor y del dolor con que murió Cristo, las causas de donde provenían uno y otro, el acompañamiento al lado de la cruz y las ausencias que allí se notaron, etc. Todas estas realidades que no pueden ser incluidas en una definición teórica de sacrificio, están unidas inseparablemente con el sacrificio de la cruz, le acompañan siempre que se renueva y ejercen un influjo salvífico sobre los cristianos que se acercan a la eucaristía. Análogamente, en la comunión recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo en cuanto inmolado dentro del conjunto de circunstancias concretas que concurrieron en su muerte. Y, por último, todo eso que constituye el acompañamiento del sacrificio de la cruz se perpetúa entre nosotros a través del tiempo mediante la presencia sacramental en el sagrario, puesto que Cristo "está allí como **memoria de su sacrificio y de su pasión**" (7).

Para mantener íntegro el contenido del sacrificio de la cruz

(5) *L. c.*, n. 5e.

(6) *Juan Pablo II*, *Redemptor hominis*, n. 20.

(7) *Pío XII*, Alocución del 29-IX-1956 a los participantes en el Congreso Litúrgico Internacional de Asís: AAS 48 (1956) 722.

hay que dirigir la mirada al conjunto de la vida y misterios de Cristo. Todos ellos, comenzando por el de la encarnación, tienen una eficacia salvífica permanente, que acompaña a la persona de Jesús siempre y en todas partes hasta integrarse en el misterio último y definitivo de su muerte y resurrección. El Cristo inmolado en la cruz es el que nació de la Virgen María, el que recibió de Ella una educación humana y le estuvo sujeto durante los largos años de la vida oculta, el que asoció a María a los momentos culminantes de su vida y de su misión. Pues bien, por la eucaristía se inmola, se nos da en alimento y está constantemente presente entre nosotros este Cristo concreto, con la totalidad del valor salvífico inherente a su vida entera de Redentor. Por eso el Concilio Vaticano II repite muchas veces que en la eucaristía "se renueva la obra de nuestra redención" (8).

La eucaristía, por así decir, no es una realidad original. Lo que está en el principio de todo es la persona misma de Cristo, el cual quiso venir al mundo y redimirnos por medio de unos misterios concretos, en los cuales está contenida la salvación de los hombres de todos los tiempos. La eucaristía renueva lo que en Cristo tuvo lugar para salvación de todos, sin añadir ni quitar nada. Por lo cual, para saber si la Virgen ejerce algún influjo a través de la eucaristía, el camino que debemos seguir es averiguar si influyó de alguna manera en la fase original de la redención. Si la Virgen contribuyó con algo a la obra de la redención, eso tiene que aparecer y ser operante en la eucaristía.

Jesús, Hijo de María

Como dato fundamental y previo a cualquier reflexión sobre el tema, hay que tener en cuenta que Cristo siempre y en todas partes es el Hijo de María. En la eucaristía Cristo se inmola, se nos da en alimento y permanece con nosotros tal como es, o sea, como Hijo de la Virgen. Lo cual implica que nos pide amarla e imitarla como medio de asemejarnos a El mismo. Si la celebración eucarística no tuviese nunca un recuerdo para la Virgen, no estaría bien organizada, porque una "parte" del misterio de Jesús consiste precisamente en que es Hijo de María; y si se olvida esto, no sólo se comete una desatención con la Virgen, sino que también y sobre todo se desfigura el misterio de Jesús mismo. Para mantener la necesaria integridad de la fe en este punto, las Plegarias de que se sirve la Iglesia en la celebración de la eucaristía contienen todas mención explícita de la Virgen; e incluso una de ellas, la cuarta, la menciona dos veces. Sería un error interpretar esto como puro adorno devocional; es, por el contrario, una obligada expresión de la fe en el nexo indisoluble que hay entre Cristo co-

(8) Constitución *Sacrosanctum Concilium* sobre la liturgia, n. 2; Const. *Lumen gentium*, n. 3; Decreto *Presbyterorum ordinis*, n. 13c; Decreto *Optatum totius* sobre la formación sacerdotal, n. 4a.

mo Hijo y María como Madre. La celebración de la eucaristía requiere, por su misma naturaleza, un ambiente de amor a la Virgen o, si se prefiere precisar más el enunciado, un ambiente de amor a Jesucristo **en cuanto determinadamente Hijo de María**. Jesucristo inspira siempre y pide amor a su Madre; si se prescinde de este amor, o no se le da la importancia debida, Cristo mismo sufre un desacato. Y es evidente que allí donde no se respeta íntegramente la voluntad de Cristo, no puede existir un encuadramiento adecuado para la celebración eucarística.

Para comprender esto en su misma raíz, es necesario tener en cuenta que la obra de la redención, renovada en la eucaristía, contiene todo el valor salvífico de la encarnación, la cual sería desfigurada sustancialmente, si se prescindiera de la persona y de la cooperación de la Virgen. De hecho quienes no prestan atención a la Virgen, no destacan tampoco el valor redentivo de la encarnación, ni dan cabida en sus exposiciones a la infancia y vida oculta del Hijo de Dios, como si todo esto fuera marginal a la obra de la redención, la cual consistiría únicamente en la muerte y resurrección de Cristo. Frente a esta representación de las cosas que, si no siempre se hace explícita, se encuentra por lo menos latente en bastantes casos, el Concilio Vaticano II da especial relieve salvífico al consentimiento de María en la encarnación por el que Ella "se consagró totalmente como esclava del Señor a la persona y a la obra de su Hijo, sirviendo al misterio de la redención bajo El y con El, por gracia de Dios omnipotente" (9).

Cristo y la Virgen están indisolublemente unidos. Si alguien introduce división entre Ellos, cualquiera que sea el pretexto, produce cortes en la obra de la redención. Cristo, como Hijo, pide siempre amor a la Virgen, que es su Madre. Y la Madre, sabiendo que su Hijo es Dios, se lo devuelve todo a El, haciendo que "sea debidamente conocido, amado, glorificado y que sus mandamientos sean cumplidos" (10). Por eso la genuina piedad mariana florece en expresiones de vida eucarística. Lourdes y Fátima son dos ejemplos mundialmente conocidos, donde se muestra con evidencia que la piedad para con la Madre orienta eficazmente hacia el Hijo. En la historia de la Iglesia, la renovación eucarística y el florecimiento de la piedad mariana son movimientos sincrónicos; no sólo no se estorban, sino que mutuamente se reclaman.

El razonamiento precedente nos permite ver la perfecta coherencia entre piedad mariana y vida eucarística. Lo cual es, desde luego, un dato importante que no siempre se tiene en cuenta. Pero ello sólo no puede bastar a quien desea conocer en profundidad el misterio de María. Porque, efectivamente, la Virgen no se con-

(9) Const. *Lumen gentium*, n. 56.

(10) L. c., n. 66.

tenta con estar, por así decir, a la puerta de la celebración eucarística para invitarnos y ayudarnos a entrar dentro. Ella misma está en el interior de la celebración y desde adentro nos transmite el influjo de su maternidad espiritual.

Participación de la Virgen en la obra salvífica

Ya se dijo anteriormente que la encarnación del Hijo de Dios es uno de los actos salvíficos fundamentales y que no podemos ni siquiera pensarlo separadamente de María, puesto que es de Ella de quien el Verbo tomó la naturaleza humana. La Virgen, por tanto, no sólo asiste a la obra salvífica para presenciarla y contemplarla; participa también en su realización.

El Concilio Vaticano II caracteriza muy bien el modo como la Virgen participó en la obra salvífica, diciendo que Ella sirvió al misterio de la redención **bajo** Cristo y **con** Cristo (11). En primer lugar, la Virgen, como criatura que es, depende totalmente de Cristo, actúa bajo la acción de su gracia y le está subordinada en todo; presta su aportación salvífica **bajo** Cristo. Pero la Virgen, mediante la gracia recibida de Cristo, se convierte en colaboradora suya; sirve a la obra de la redención **con** Cristo.

Esta equilibrada doctrina del Vaticano II excluye a la vez dos posiciones extremas. En primer término, no se puede atribuir a la Virgen una cooperación **con** Cristo que llegue a convertirla en su igual; nunca una criatura puede equipararse al Creador. Un hipotético intento de igualar a la Virgen con Cristo no sólo no contribuiría a su engrandecimiento, sino que sería una verdadera aberración. Nada más ajeno a un sentido cristiano elemental que la pretensión de divinizar a una criatura, por excelente que sea.

Pero, por otra parte, tampoco se puede urgir el concepto de dependencia tan unilateralmente que llegue a excluir la asociación. María actúa bajo Cristo, depende de El y le está subordinada; pero, a la vez, colabora **con** Cristo y junto con El y por gracia suya coopera a la salvación de los hombres. Dependencia y asociación son los dos conceptos fundamentales para determinar la relación de María con Cristo y para definir el modo como participa en la obra salvífica.

Esta participación de la Virgen en la obra de la redención no era, ciertamente, necesaria. Procede del puro beneplácito divino y se funda totalmente en la gracia de Jesucristo (12). Pero hablar de beneplácito y de gracia no es negar la participación de la Virgen, sino todo lo contrario, puesto que si el beneplácito de Dios dispuso las cosas así, nosotros no tenemos ningún poder de cambiarlas; de-

(11) L. c., n. 56.

(12) Cfr. l. c., n. 60.

bemos aceptarlas tal como Dios las quiso y sigue queriéndolas de hecho. Quien obrase de otro modo, no sólo intentaría rebajar a la Virgen, sino que también se situaría fuera del plan salvífico diseñado por el beneplácito divino: y esto es mucho más grave.

La compasión de la Virgen

“Dios —dice Pío XII— quiso que en la realización de la redención humana la santísima Virgen estuviese inseparablemente unida con Cristo, tanto que nuestra redención es fruto de la caridad de Jesucristo y de sus padecimientos asociados íntimamente al amor y a los dolores de su Madre” (13).

Según esto, la Virgen coopera a la redención de los hombres con su amor y sus dolores, es decir, amando y sufriendo en inseparable unión con el Hijo. La contribución principal es la que se realiza por vía de amor, puesto que la caridad es la virtud suprema, la que informa y vivifica todos los actos conducentes a la salvación de los hombres. Pero la redención no se reduce a solo amor; hay en ella un aspecto penal, aflictivo, doloroso, que consiste en ofrecer a Dios la satisfacción debida por los pecados de la humanidad. Cristo y la Virgen la practican y la ofrecen a impulsos del amor, pero sintiendo realmente todo lo que ella implica de sufrimiento, de auténtico desgarrar para la pobre naturaleza humana, aplastada por el peso de culpas cuyo número y gravedad sólo Dios conoce.

La dolorosa contribución de la Virgen, aceptada y ofrecida bajo el impulso del amor, es comúnmente designada en la tradición de la Iglesia con el nombre de **compasión**: la muerte **padecida** por el Hijo fue **com-padecida** por la Madre. Y, al hablar de **muerte**, se incluyen todos los dolores que Cristo y la Virgen hubieron de soportar. El término a que se ordenaba la **com-pasión** era el mismo al que estaba ordenada la **pasión**, es decir, la salvación de todos los hombres. Sólo cuando se piensa en esta salvación, se puede encontrar un sentido a la **pasión** de Cristo y a la **com-pasión** de María.

Ordinariamente la **com-pasión** de la Virgen es entendida sólo como el conjunto de actos por los cuales Ella se identificó con su Hijo para participar en su dolor y salvarnos a nosotros. Pero creo que esa **com-pasión** debe ser considerada también del lado de Jesucristo, el cual no sólo vio que su Madre **com-padecía**, sino que, además, asumió El mismo aquella **com-pasión** y la incorporó a su propia pasión y muerte. De este modo la **com-pasión** adquiere un valor nuevo, porque ya no depende de la sola iniciativa de la Virgen, ni del solo valor de su caridad hacia Cristo y hacia la totalidad

(13) Pío XII, *Haurietis aquas*: AAS 48 (1956) 352.

de los hombres, sino que, siendo todo eso, es, además, una realidad querida por Cristo, tomada por El y fusionada con el misterio de su propia muerte redentora. Cristo, al morir, tomó todo el dolor y toda la caridad de su Madre, fusionándolos con su propio dolor y caridad, para ofrecerlo al Padre todo unido como rescate de la humanidad pecadora. Fue Cristo el único que efectivamente murió en la cruz; pero fue El también quien quiso asumir y fusionar en su muerte toda la cooperación de la Virgen: sus padecimientos y su caridad maternal para con todos los hombres.

Y ahora me parece fácil hacer la aplicación de todo esto al sacrificio de la misa. En la misa es Jesucristo el único que se inmoló sacramentalmente. Pero, siendo su inmolación renovación incruenta de la que tuvo lugar en la cruz, se realiza con el mismo contenido que poseía en la cruz, es decir, incluyendo de modo inseparable la cooperación de la Virgen: su **compasión** inspirada en la máxima caridad que una simple criatura haya tenido jamás para con Dios y para con los hombres todos. Cada vez que se celebra la misa, se ofrece de nuevo al Padre el sacrificio de Cristo y la **compasión** de la Virgen, porque esta **compasión** fue fusionada por Cristo mismo con su propia muerte de la cual ya no puede ser separada nunca. En consecuencia, los hombres no recibimos por medio de la misa una sola gracia a la cual no alcance la acción de la Virgen y que no lleve de alguna manera su "sello". Lo "cristiano" está cualificado internamente por lo "mariano", no en virtud de una imposición de la Virgen, sino porque Cristo mismo quiso libérrimamente fusionar en su propia obra la cooperación salvífica de su Madre.

Las reflexiones precedentes se refieren a la eucaristía como sacrificio que es ofrecido al Padre. Cristo, al renovar eucarísticamente su inmolación en cruz, lo hace incluyendo en ella la **compasión** o coinmolación de María, lo mismo que la había incluido o asumido en el calvario. Esto implica que el influjo mariano ha de notarse también en la eucaristía como comunión o como sacramento que recibimos nosotros. Las gracias que nos son comunicadas al recibir la eucaristía, provienen ante todo del valor infinito y trascendente del sacrificio de Cristo; pero esas mismas gracias se conectan también con la cooperación salvífica de la Virgen que, por voluntad de Cristo, es inseparable del sacrificio redentor. Así, por cada comunión que se recibe están influyendo salvíficamente en el alma Cristo y la Virgen, o, si se prefiere otra fórmula, Cristo solo, pero en cuanto asume en su acción todo el influjo que por gracia suya brota de la obra salvífica de la Virgen. Lo más importante no son las fórmulas de expresión, sino el modo de entender la realidad expresada. Y la realidad es que por la comunión eucarística el hombre pecador establece una relación especial con la Virgen en cuanto colaboradora de Cristo en la salvación de los

hombres. Finalmente, cuando nos acercamos al sagrario para adorar a Cristo, que se queda con nosotros después de terminado el sacrificio eucarístico, hemos de ser conscientes de que El está allí **como memoria de su sacrificio y de su pasión** y, por tanto, incluyendo en esa "memoria" toda la **compasión** o **compadecimiento** de su Madre. Supuesta la vinculación "original" y la fusión de los padecimientos de María con los de Cristo, es imposible pensar en una "memoria" del sacrificio de Cristo que no diga relación a los dolores de la Virgen y a la caridad inmensa con que los aceptó. Además, —como ya se dijo antes— Cristo dondequiera que se halle es Hijo de María y nos invita a pensar en Ella para estimularnos a un amor semejante al que Ella misma le tiene. En el proceso de acercamiento a Cristo por el amor que nos hace buscar su compañía o su presencia sacramental, nuestro principal guía y modelo es la Virgen; Ella lo amó siempre con toda la plenitud de que era capaz y buscó siempre la intimidad de su presencia a la que, sin embargo, supo renunciar cuando así lo requería la misión salvífica que su Hijo había de cumplir.

La Virgen fue, "entre todas las criaturas, compañera singularmente generosa del divino Redentor" (14). El acompañamiento salvífico que María hizo a Cristo es un bien que cualifica la redención misma y que ahora ejerce su influjo sobre los hombres por los comunes medios de santificación, entre los cuales la eucaristía ocupa siempre el primer puesto.

El desposorio de Dios con la humanidad

Los profetas expresan frecuentemente las relaciones de Dios con el pueblo bajo el símbolo del matrimonio. Dios, autor, liberador y protector de la comunidad escogida, quiere dársele como esposo y convertirla a ella en esposa. "Como un joven se desposa con una doncella, así el que te edificará se desposará contigo. Y como la esposa hace las delicias del esposo, así harás tú las delicias de tu Dios" (Is 62,5). El desposorio de Dios con la comunidad elegida es el tema desarrollado a través de todo el Cantar de los Cantares.

Como sabemos por la realización de la historia salvífica, el llamamiento de Dios es **convocante**; busca la salvación del hombre no como simple individualidad, o como si cada uno estuviera desligado de los demás, sino haciéndolo miembro de una comunidad, que es la que recibe las promesas de salvación. En el Antiguo Testamento esa comunidad fue el pueblo de Israel o descendencia de Abrahám y en el Nuevo es la Iglesia, cuya misión ya no

(14) Const. *Lumen gentium*, n. 61.

se restringe a un determinado linaje de hombres, sino que se extiende a la humanidad entera.

La comunidad es convocada no sólo para recibir los dones de Dios, sino también para cooperar como esposa al desarrollo del plan salvífico. En la fundación de la Iglesia como comunidad de la promesa y, por tanto, en el desposorio de Dios con la humanidad hay que distinguir dos momentos principales: la encarnación del Verbo y su muerte en la cruz. Por la encarnación Dios "entra en la historia humana de modo nuevo y definitivo, enviando a su Hijo en nuestra naturaleza" (15), por la cual "se unió en cierto modo con todo hombre" (16).

La tradición de la Iglesia ha visto siempre en el misterio de la encarnación, libremente querida por Dios, el primer acto histórico por el que Dios, en la persona de su Hijo, se alía esponsalmente con toda la humanidad. Esta alianza, como cualquiera otra de índole esponsal, requiere el consentimiento de ambas partes, es decir, de Dios que toma la iniciativa y de la humanidad que debe corresponder a ella. Pero la humanidad llamada por Dios al desposorio se hallaba sumergida en el pecado y no era capaz de dar por sí misma la respuesta o consentimiento esponsal. Entonces Dios, con vistas a la encarnación, prepara una criatura totalmente inocente, libre incluso de la culpa original, que pueda prestar en nombre de toda la humanidad el consentimiento a la entrada esponsal de Dios en la historia y en la vida de los hombres. Esa criatura es la Virgen María. Cuando María da su consentimiento a la encarnación del Verbo, lo da no a título meramente personal, sino también en nombre de la humanidad entera. La encarnación —dice Santo Tomás— "es un cierto matrimonio espiritual entre el Hijo de Dios y la naturaleza humana. Por la anunciación se pedía el consentimiento de la Virgen **en representación de toda la humanidad**" (17).

La Virgen dio el consentimiento guiada por la fe, por una fe que representaba a todos los hombres, es decir, que fue un acto de verdadera mediación universal, el cual ejerce un influjo salvífico sobre los hombres de todos los tiempos salvados por la encarnación del Verbo. Precisamente porque la fe de María cumplía una función de representación universal, Ella concibió al Verbo no sólo como Hijo suyo, sino también como cabeza de toda la humanidad, es decir, su maternidad recaía ya desde el principio sobre la totalidad de los hombres, cuya salvación estaba contenida en la vida del Salvador. En el seno de la Virgen se inicia el gran misterio de la Iglesia, el misterio por el cual Cristo se constituye en cabeza de una humanidad que es su cuerpo.

(15) Decreto *Ad gentes* sobre la actividad misionera de la Iglesia, n. 3a.

(16) Const. *Gaudium et spes* sobre la Iglesia en el mundo actual, n. 22b.

(17) Santo Tomás, *Suma teológica*, III, 30, 1.

Por la encarnación del Verbo Dios se alía esponsalmente con toda la humanidad y con ello da un paso decisivo en orden a la salvación de los hombres. Quienes actualmente niegan valor salvífico a la encarnación, se enfrentan con una tradición firme y constante de la Iglesia y se dejan arrastrar a una negación práctica del misterio, porque no es posible creer de verdad que por la encarnación el Hijo mismo de Dios asume una naturaleza humana y luego afirmar que ese misterio no tiene importancia para la salvación.

El contenido del misterio de la salvación continúa enriqueciéndose con los misterios del nacimiento de Jesús, de su infancia, vida oculta y predicación del reino, en todos los cuales la Virgen se halla activamente presente al lado de su Hijo. El momento culminante llega en la pasión y muerte del Señor en cuyo cuerpo entregado y en cuya sangre derramada se contiene **la alianza nueva y eterna** de Dios con todos los hombres, porque la sangre de Cristo fue derramada por todos sin excepción.

En el sacrificio de Cristo alcanza su plenitud salvífica el consentimiento de María dado inicialmente en la encarnación. Cristo mismo lo asume y lo fusiona en su propio sacrificio del que es ya inseparable y con el que constituye un único principio de salvación para los hombres de todos los tiempos.

Y ahora se podrían hacer los razonamientos del apartado anterior en que se mostró cómo la **compasión** de María se aplica a los hombres mediante el sacrificio eucarístico que renueva la inmolación de Cristo al Padre, mediante la comunión sacramental recibida por los fieles y mediante la presencia permanente de Cristo en el sagrario. Pero esto daría lugar a repeticiones innecesarias y fastidiosas. Por lo cual, prescindiendo de ello y dándolo ya por supuesto, es preferible continuar en el tema de la alianza esponsal.

Mediante la eucaristía, que renueva el sacrificio de la cruz, Cristo invita al banquete de sus bodas con la Iglesia y, a través de la Iglesia, con toda la humanidad por la que murió. Los "manjares" de este banquete son el cuerpo inmolado y la sangre derramada del Señor. Pero esos "manjares" entraron en el mundo y ahora son ofrecidos a todos los hombres, porque María, como representante de todos, dio su consentimiento a la iniciativa que Dios tomó de establecer una relación esponsal con la humanidad. La índole esponsal del banquete eucarístico sería incomprensible sin referencia a María. Fue Ella la que acogió el plan de Dios y lo introdujo en la humanidad, adelantando un **fiat** que nosotros no podíamos pronunciar.

Cada vez que se celebra la eucaristía, se renueva la alianza esponsal de Dios con la Iglesia y con la humanidad. Y, al renovar-se, hace presente la eficacia santificante de todos los elementos

que la fueron enriqueciendo a través de la historia salvífica, uno de los cuales es el consentimiento de la Virgen en la encarnación del Verbo. San Pablo llama "misterio grande" al de la unión esponsal entre Cristo y la Iglesia (Ef 5, 32). Pues bien, a tenor de lo dicho, ese misterio sufriría una grave mutilación, si alguien lo desconectase del **fiat** de María.

El interés por descubrir la presencia y la acción de María en la obra "original" de la redención y, por tanto, en su renovación eucarística no obedece a un afán de exaltar indebidamente a la Virgen, sino a la exigencia puramente evangélica de aceptar como fuente de salvación todo lo que Jesús hizo y del modo que lo hizo. El, para establecer una relación esponsal con la Iglesia y con la humanidad, se sirvió de María, haciéndola intervenir activamente en la realización de su designio. Nosotros ahora no podemos suprimir esa intervención mariana en nombre de un pretendido purismo evangélico. Por el contrario, prescindir de María conduce irremediablemente a introducir cortes en la obra de Jesús, cuando no a desfigurar su misma persona. Como dice Pablo VI en el pasaje citado al comienzo de este artículo, "el conocimiento de la verdadera doctrina católica sobre María será siempre la clave de la exacta comprensión del misterio de Cristo y de la Iglesia". La Virgen está indisolublemente unida con Cristo; si alguien la separa, arranca algo de Cristo mismo.

Complementariedad subordinada

La Virgen María se hace presente en la obra de salvación como asociada a Cristo y subordinada a El. Pablo VI ha dado una fórmula nueva y muy apropiada para comprender mejor las funciones salvíficas de María y su relación con Cristo; he aquí sus palabras: "justamente de la **complementariedad subordinada** de la Virgen respecto al designio cosmológico, antropológico, soteriológico de Cristo recibe Ella todas sus prerrogativas, toda su grandeza" (18).

Hablar de **complementariedad** podría dar la impresión de que se considera la obra de Cristo incompleta y necesitada de complemento. Desde luego Pablo VI no intenta decir tal cosa. En primer lugar, se trata de una complementariedad **subordinada**, porque no se puede pensar que María, u otra criatura cualquiera, esté al nivel de Cristo. Además de ser subordinada, queda comprendida dentro del **designio soteriológico de Cristo**; en otros términos, es asumida por Cristo, porque sólo El puede incluir dentro de su obra la cooperación prestada por la Virgen.

Así entendida y encuadrada la cooperación de María, la fórmula de Pablo VI sirve muy bien para destacar la participación ma-

(18) Pablo VI, Homilía del 17-X-1971 en la beatificación del P. Maximiliano Kolbe: AAS 63 (1971) 821.

riana en la obra de salvación. María interviene de modo activo, aunque siempre de modo subordinado y presuponiendo la gracia de Cristo, en la reconciliación de los hombres con Dios.

La **complementariedad** de María resulta todavía más comprensible, si se la considera a la luz de las relaciones existentes entre los orígenes de la humanidad y la redención de la cual "nace" una humanidad **nueva**, en el sentido tantas veces expresado por los escritores del Nuevo Testamento. El plan de Dios, cumplido en Cristo, es una restauración, un retorno a lo que inicialmente había sido la humanidad, pero retorno muy mejorado y enriquecido con los dones singularísimos que Cristo trajo al mundo (19).

La idea de retorno o de humanidad nueva es sumamente apropiada para comprender que al lado de Cristo, **nuevo Adán**, debe estar presente María en calidad de **nueva Eva**. La tradición de la Iglesia repite a menudo el pensamiento de que Dios, para reparar o restaurar la humanidad, tomó los elementos del plan primitivo, sustituyendo unas personas por otras, pero haciendo que quienes llevasen a cabo la restauración estuviesen ya prefigurados por los progenitores del género humano. Dios salva al mundo reasumiendo su plan primitivo de utilizar para esta obra no solamente al hombre, sino también a la mujer, que es María.

Esta relación entre la humanidad redimida y la humanidad original sería **para nosotros** mucho menos clara, si faltase la cooperación de María con Cristo, en asociación con El y en dependencia de El. El conocimiento pleno de los orígenes de la humanidad, por lo que respecta a su situación salvífica, nos llega, sobre todo, a través de la persona y de la obra de Cristo. Pero también aquellos orígenes nos ayudan a comprender ciertos aspectos de la obra de Cristo que, de otro modo, nos pasarían desapercibidos. Lo cual no es más que expresión y consecuencia de la unidad que reina en el orden de la gracia a través de todos los tiempos. Para tener idea adecuada de la gracia recibida por los progenitores de la humanidad en el primer momento de su vida, es necesario llegar hasta Cristo viviente entre los hombres y hasta su gloriosa manifestación el último día. Pero para entender debidamente la venida de Cristo y su gloriosa manifestación final no podemos prescindir de los orígenes de la humanidad ni de la situación en que entonces vivió el hombre. El estado de justicia original y el pecado original son realidades con las cuales es preciso contar para entender la obra de Cristo.

Pero volvamos al tema mariano. Aunque María no añade nada a la obra de Cristo y todo cuanto hizo se debe únicamente a la gracia que de El recibió, sin embargo se puede y se debe afirmar

(19) Es el pensamiento ampliamente desarrollado por San Pablo en Rom 5, 12-21.

que María encarna una verdadera complementariedad, consistente en facilitarnos la comprensión de un elemento preciso del plan de Dios, a saber, que Dios quiso que así como la mujer había contribuido a la ruina de la humanidad, así también otra mujer —María— contribuyese a la restauración de esta misma humanidad (20).

Es Dios mismo quien introduce en el plan salvífico la presencia de la mujer, de esta mujer concreta que es María. Pero es también quien decide que la presencia y la acción de esta mujer tengan valor salvífico solamente por relación con Cristo y en dependencia de El, porque sólo El, en cuanto Dios y hombre, es el verdadero y único Mediador.

La eucaristía renueva la redención tal como ésta tuvo lugar, es decir, como obra de Cristo a la cual contribuye la Virgen aportando su **complementariedad subordinada**. Esta **complementariedad** actúa salvíficamente sobre nosotros bajo la triple modalidad de la eucaristía, o en cuanto ésta es sacrificio inmolado al Padre, comunión recibida por los participantes, presencia permanente en el sagrario. Bajo estas tres modalidades o en estos tres "momentos" la eucaristía nos da a Cristo, pero no de cualquier manera, sino en cuanto determinadamente vinculado con María de quien El mismo quiso hacer una **complementariedad subordinada**.

Este considerar a Cristo en cuanto vinculado con María como **complementariedad** suya, de tal manera que los dos, presidiendo siempre Cristo, constituyen un solo principio de restauración del género humano, ayuda notablemente a situar la obra de la redención y, por consiguiente la eucaristía que la renueva, dentro del conjunto de la historia salvífica, haciéndonos retroceder hasta los orígenes mismos de la humanidad. Cristo, en efecto, con la asistencia **complementaria** de María, borra el pecado y restaura para bien de la humanidad el designio originalmente querido de Dios, realizado ahora de una manera más excelente, porque el don de Cristo supera infinitamente la culpa y las culpas de los hombres. De este modo contemplamos en la eucaristía no ya una inmola-ción, una comunión y una presencia permanente aisladas o en-cerradas en sí mismas, sino esas mismas realidades ramificadas a través de la historia de la salvación y conectadas con todos los personajes y con todos los hechos que componen el tejido de esa misma historia. Por la eucaristía, bajo sus tres modalidades, entramos en contacto salvífico con los profetas, las patriarcas y con todos los justos que, desde el origen de la humanidad, contribuyeron a preparar la venida del Hijo de Dios a este mundo.

La "historicidad" de la eucaristía aparece expresada en el mo-

(20) Cfr. Const. *Lumen gentium*, n. 56.

do como la Iglesia celebra este misterio. La primera Plegaria eucarística o canon romano conduce nuestro espíritu a entrar en comunión con la oblación pura del sumo sacerdote Melquisedec, con el sacrificio de Abrahán, nuestro padre en la fe, y con los dones del justo Abel, es decir, nos hace retroceder hasta el origen mismo de la humanidad para asimilar el torrente de gracia que circula a través de toda la historia salvífica. El tema de la "historicidad" es desarrollado mucho mejor en la cuarta Plegaria eucarística, la cual está compuesta siguiendo precisamente el orden de los grandes acontecimientos de la historia de salvación. Es el mejor modo de contemplar la eucaristía en toda su grandeza y en las virtualidades que contiene para hacernos penetrar en la universal comunión de gracia, cuyo autor y centro es Cristo.

Pues bien, para la visión y celebración "histórica" de la eucaristía la Virgen presta una ayuda preciosa. Ella, unida a Cristo y dependiente de El como **complementariedad** suya, nos hace contemplar la obra de la redención, renovada en la eucaristía, como la gran intervención de Dios para liberar al hombre de la ruina, contraponiendo a las dos personas que fueron causa de la muerte corporal y eterna otras dos personas que son principio de la vida espiritual en este mundo, de la bienaventuranza en el futuro e incluso de la resurrección en el último día.

ARMANDO BANDERA, O. P.



NUESTRA SEÑORA DEL BUEN AIRE
Imagen que se venera en Cerdeña

SANTA MARIA DEL BUEN AIRE

La celebración del cuarto centenario de la fundación de la ciudad de Buenos Aires por Juan de Garay nos es propicia para recordar ésta, hasta no hace mucho, un tanto olvidada advocación mariano-mercedaria que, al decir del V. Episcopado Argentino fue **“la primera con que se manifestó la devoción a la Santísima Virgen en estas tierras, dando su nombre a la ciudad en que aquélla se asienta”** (Declaración del 7 de marzo de 1958).

Son numerosos los historiadores tanto argentinos como extraños que han logrado demostrar, a través de la documentación escrita e iconográfica, el verdadero origen de aquel nombre que no es otro que el procedente de la devoción cristiana a la Madre de Dios bajo la advocación de Bonaria, Buen Aire o Buenos Aires. Es justo destacar la constante preocupación, entre otros, de José Torre Revello quien, en diversos trabajos desde 1931 a 1943, ha probado que el nombre de nuestra ciudad procede de aquel lejano lugar donde, hoy como ayer, la devoción a la Virgen de Bonaria es el eje sobre el que se centra la piedad mariana de los habitantes de la isla de Cerdeña, posesión entonces de la corona de Aragón, y hoy de la república italiana.

Con ello ha venido a confirmar lo que no sólo los historiadores mercedarios han sostenido sobre el particular, a saber: que el origen del nombre de Buenos Aires procede de aquel santuario mariano donde, desde 1370, se venera una imagen de la Sma. Virgen María llegada a sus costas, en la playa de Cagliari, de manera prodigiosa; que con el correr de los años, dicha advocación y devoción pasó a España, donde en Sevilla tuvo su más alta expresión; y, finalmente, que de allí pasó hasta nuestras tierras en las circunstancias conocidas de la expedición de Pedro de Mendoza en 1535-36.

En efecto. Conocemos el origen de esta advocación de la que un historiador, Fr. Felipe Guimerán, escribió en 1591: **Partió de un puerto de España para Italia, una nave cargada de mercancías y durante el viaje sobrevino una furiosa tempestad. Hubo que arrojar al mar cantidad de bultos y entre ellos, una caja grande de madera que no se sumergió, sino que colocándose delante de la nave, parecía que tiraba de ella y la guiaba. Al llegar frente a la isla de Cerdeña, la caja, seguida la nave, torció hacia la playa de Cagliari, donde se detuvo a la lengua del agua. A la novedad acudió la gente**

y queriendo transportarla, no fue posible moverla. De improviso, se oyó la voz de un niño que dijo que llamasen a los padres de la Merced, que tienen su convento en la colina, a pocos metros de distancia. Ellos la llevaron fácilmente y, al abrirla en casa, encontraron una hermosa imagen de la Ssma. Virgen, tallada en madera, con el Niño Jesús en un brazo y un cirio encendido en la otra mano”.

Cumplíase así la profecía que cincuenta años antes había hecho el santo fundador de aquel convento mercedario, Fr. Carlos Catalán, a quien recurría el pueblo para que alcanzase del cielo mejor aire y mejor clima para aquella atribulada ciudad: **“Gracias sean dadas al Señor que accedió a la súplica, y gracias a la Huésped que ha de venir a habitar en esta iglesia. Cuando Ella venga, su imagen dará celebridad al templo, y el puerto tendrá tan buenos aires, que su imagen llevará su nombre”**.

Aquella caja misteriosa se conserva aún en el santuario de Cagliari y cuatro grandes relieves esculpidos en el siglo XVII dan cuenta de aquel memorable acontecimiento. Más aún, una información de testigos hecha por el arzobispo de Cagliari en 1592 avala documentalmente la veracidad del suceso y portentos, información conservada en el archivo arzobispal y de la que a principios de siglo se hiciera una traducción del catalán al italiano.

De cómo esta devoción y advocación pasó a España, se comprueba al saber que la isla de Cerdeña y su capital Cagliari pertenecieron desde fines del siglo XII a la corona de Aragón, tras haber sido sucesiva o simultáneamente campo de Agramante donde actuaron fenicios, griegos y romanos, vándalos, ostrogodos y moros, y por último (en la época de nuestra historia), pisanos y aragoneses, sin dejar de mencionar como dato ilustrativo la afirmación de Mantegazza, de que hasta en las venas de aquellos sardos corra alguna gota de sangre de los fugitivos de Troya o de los cuatro mil israelitas y egipcios que Tiberio relegó a aquella isla en castigo de haber querido propagar sus cultos en Roma.

Precisamente en una de sus colinas, denominada de Bonaria, se levantaba la iglesia que el infante don Alfonso había dedicado a la Virgen y que entregó en 1335 a los mercedarios. Estos y los numerosos navegantes y marinos (a más de las autoridades aragonesas) que se hacían a la vela de un puerto hacia el otro, fueron los vehículos naturales que llevaron a España la noticia de aquellos sucesos, y con ellos la devoción a la que desde entonces se constituyó en protectora de los navegantes, como lo prueba el numeroso muestrario de exvotos existentes, y algunos más desaparecidos pero que constan en documentos de la época. La imagen

recibió el nombre de aquella colina de Bonaria, muy a propósito para designar los buenos vientos o aires necesarios para una feliz navegación.

Hay un hecho fehaciente que corrobora nuestra afirmación anterior. Cuando a comienzos del siglo XV, a pocos años del suceso, el consejero y capellán especial del rey Martín de Aragón, Fr. Jaime Thauist, en su condición de Maestro General de la Orden de la Merced visitó dicho santuario, convirtiéndose en uno de sus más fervientes propagandistas. Nos dicen los historiadores de la Orden que embelleció a sus expensas el altar de la Virgen, mandó sacar copias de la imagen, de las que llevó a España para su oratorio privado, y ordenó en toda la Orden el rezo de preces y oraciones especiales por él compuestas en honor de la Virgen de Bonaria, las que habían de rezarse a continuación de las horas canónicas establecidas para la Iglesia universal.

Dado el carácter profundamente católico y filialmente mariano del pueblo español, más el mercedarismo aragonés, fácil es convenir en que aquellos marinos y navegantes llevaron consigo la devoción a la patrona de los que desde entonces se acogieron a su patronazgo, y así arraigó de manera especial en los puertos y ciudades de donde más tarde partirían las naves para el nuevo mundo. Así lo comprueba el hecho de que durante los años 1510-11, cuando la toma de la ciudad y puerto de Trípoli por el conde Pedro Navarro, los tripulantes de una nave en peligro hicieron voto de que si llegaban sanos y salvos a tierra, sería sorteado uno de ellos para ir en calidad de peregrino a cumplir la promesa hecha ante la imagen de Nuestra Señora venerada en su santuario de Cagliari. Y no era para menos ya que, al decir del arzobispo Parragues, la navegación del Mediterráneo no era nada agradable y ninguno afrontaba la travesía por simple deporte, pues todo viaje era una aventura y era cosa ordinaria el perderse los que navegaban, y cosa de milagro escapar de las naves corsarias, como no pocas veces sucedió con los cautivos redimidos por los mercedarios en tránsito para la patria.

A Ella acudían los navegantes para internarse a la mar, como lo comprueba el suceso de la navecilla de marfil, del que el mismo historiador Guimerán nos dice cuanto sigue:

“Sucedió años después que yendo una señora en peregrinación a Jerusalén, pasó a visitar este santuario, y prendada de la Virgen le dejó en recuerdo una navecilla de marfil que llevaba, con ánimo de regalarla en el Santo Sepulcro. Colgada del techo ante la imagen, tiene la navecilla siempre vuelta la proa al viento que corre en alta mar . . . , de donde cuantos marineros han de partir del

puerto, van primero a certificarse, por la navecilla, del viento que tienen en alta mar, y conforme a él ordenan sus partidas a su tiempo”.

La ciudad de Sevilla se distinguió sobremanera en rendir culto público a la Virgen del Buen Aire, como lo prueban la antigua Corporación de mareantes de Triana y su cofradía. La expedición de Pedro de Mendoza no pudo de ninguna manera ignorar ese antecedente, más aún cuando en la misma tomaron parte, entre otros clérigos y religiosos, dos mercedarios de dicha ciudad, Fr. Juan de Salazar y Fr. Juan de Almasi, pertenecientes ambos a aquella Orden que, en la isla de Cerdeña, era y es la guardiana y custodia de la célebre imagen, cuyo culto y devoción extendiera también por España. El padre Salazar tuvo gran ascendiente sobre Mendoza y otros jefes de la expedición, según lo prueban sus cartas al rey en años posteriores, como aquella que le escribe en 1546 donde le dice de su homónimo, el capitán Juan de Salazar de Espinosa, haber **“tenido, diez años ha, su alma en mis manos y con él he conversado de continuo”**. Este ascendiente, más la religiosidad de los expedicionarios con su adelantado a la cabeza, pudo haber dado motivo, entre otras causas, a lo que no sin fundamento escribe Torre Revello al decir: **“Hasta es posible que (el padre Salazar) consiguiera de Mendoza la promesa de que bautizaría con la advocación de la Virgen del Buen Aire, el primer pueblo que fundase en su conquista, si la navegación se cumplía felizmente o si arribaba con vida al lugar”**.

La documentación posterior a la fundación del puerto de Santa María del Buen Aire es bastante probatoria del origen advocacional que nos ocupa. Así diversos poderes, provisiones, instrucciones, autos e informaciones, expedientes, testimonios, la misma acta de fundación de Garay en 1580 y, en general, las actas capitulares de la ciudad lo demuestran in extenso. El testimonio de contemporáneos a los sucesos, así también lo acredita. Tal el caso del clérigo Luis de Miranda de Villafañe, del flamenco Simón Jacques, de Alvar Núñez en su relación de 1546, y de Alonso de Cabrera en una notificación de 1539. Hasta el mismo Ruy Díaz de Guzmán, tras consignar la frase de Sánchez del Campo **“el cual —dice— vista la pureza de aquel temple, su calidad y frescura, dijo ¡qué buenos aires son los de este suelo! De donde le quedó el nombre”**, añade a renglón seguido que don Pedro de Mendoza **“dejando los navíos de más porte en aquel puerto (de San Gabriel) con la guarda necesaria, se fue con los restantes al de Buenos Aires, del cual media legua arriba fundó una población, que puso por nombre la ciudad de Santa María, el año de mil quinientos treinta y seis...”**. Nadie que conozca y haya vivido en este inconstante clima, abru-

mado a veces por la humedad y pesadez ambiental, suscribiría la eufórica exclamación de quien anhelaba seguramente tocar tierra de una vez por todas.

Por otra parte llama la atención que nada de esto diga quien se halló precisamente en aquel entonces. Ulrico Schmidl sólo nos dice: **“Allí hemos levantado un asiento, éste se ha llamado Buenos Aires: esto, dicho en alemán, es: buen viento”**. Su comentarista acota en nota respectiva: **“Se nota que el autor se compenetró bien del idioma castellano, pues aquí da a entender el verdadero sentido de la voz de “aire” como de “viento”, y tan luego el “buen viento” con que les favoreció la virgen del Buen Aire del Puerto de Santa María, en España. Para él no rigió la leyenda del capitán del Campo...”**. Cuando Ulrico de Schmidl escribía su Crónica de viaje, entre 1554 y 1563, a menos de treinta años de aquel suceso, por entonces nacía Díaz de Guzmán, quien concluiría **La Argentina** por 1612.

Desde fines del siglo pasado cuenta nuestra capital con un monumento público verdaderamente digno que nos recuerda aquel origen y trayectoria de Santa María del Buen Aire. Se trata de la actual Basílica homónima, cuyos comienzos fueron bien humildes, y cuyos protagonistas son los sucesores de los mercedarios de Cagliari y de Sevilla, de aquellos mismos frailes y misioneros que junto con la Cruz y el evangelio traían consigo la imagen de la Madre de Dios en sus advocaciones del Buen Aire y de la Merced, advocación ésta que ha llenado el continente americano de las mercedes de María.

Cuando después de setenta años de forzosa ausencia, los mercedarios se establecen en Buenos Aires en 1893, lo hacen en el barrio de Caballito donde instalan un pequeño oratorio y una también pequeña escuelita cuyos primeros alumnos fueron seis niños. A fines de dicho año debió viajar a Roma el entonces provincial y fundador de dicha casa, Fr. José León Torres (fundador en 1887 de las Mercedarias del Niño Jesús y cuyo proceso de beatificación se tramita en Roma), y allí conoció y trató a un gran historiador y propagandista del culto a la Virgen de Bonaria, el P. Fr. Francisco Sulis. Al enterarse éste de la nueva fundación, insistió ante el padre Torres para que se erigiese un templo y santuario a la Virgen de Bonaria.

A su regreso, así lo hizo el P. Torres, ordenando que la nueva capilla provisoria inaugurada en 1894 fuese dedicada a Ntra. Sra. de Buenos Aires, mientras el colegio llevaba el nombre de San Pedro Nolasco, y en 1895 se expuso a la veneración pública, por

primera vez, su imagen (que aún se conserva), pintada al óleo por la señorita Manuela Márquez, teniendo como modelo una estampa que el P. Torres trajo de Roma.

A comienzos de 1901 llegó desde su Mendoza natal un joven enfermo pero lleno de fe, quien habría de ser el verdadero propulsor y alma mater del hermoso templo que hoy apreciamos en todo su esplendor. Fue el P. Fr. José H. Márquez quien, deshauciado de los médicos, encontró el remedio a sus males al conocer la advocación de Ntra. Sra. de Buenos Aires, de la que se constituyó en su sacristán, según sus palabras, y a quien suplicó la salud a cambio de la cual él le levantaría un gran santuario, saldando de esta manera el olvido de más de tres siglos en que la ciudad no hubo levantado templo a la que le diera su nombre.

A sus trabajos y desvelos, que muchas veces pusieron en peligro su frágil y delicada naturaleza, débese la colocación de la piedra fundamental en 1911, su inauguración el 3 de diciembre de 1932, su elevación al rango de Basílica en 1936 y su erección como parroquia en 1912 cuyo párroco fue ininterrumpidamente hasta su muerte acaecida el 1º de agosto de 1962. Cumplióse en él **"la conjunción de fuerzas espirituales que fueran capaces de elevarlo al infinito: fe profunda, abnegación sacrificada, voluntad decidida, inspiración artística, caridad sobrenatural: tales materiales se exigía para el trono de Santa María de los Buenos Aires"** en acertada expresión de uno de sus más cercanos y activos colaboradores.

Desde entonces la ciudad de Buenos Aires tiene un trono para su Reina en aquella advocación primera que nos recuerda la declaración del Episcopado Argentino y que en este Año Mariano Nacional y cuarto centenario de la fundación de Garay se nos presenta como portadora de gracias para conducirnos al puerto de la vida eterna.

JOSE BRUNET, O. de M.
de la Junta de Historia
Eclesiástica Argentina

ROMANCE A LA VIRGEN DE LUJAN

*Virgencita de Luján,
Virgen gaucha de los llanos,
en cuyas benditas manos
halla su paz nuestro afán.*

*Virgencita que perdura
con su bella tradición,
la bondad y la emoción
de una infinita ternura.*

*Desde los remotos años
de aquel mil seiscientos treinta
tu poder allí se asienta
para librarnos de daños.*

*Hacia el Norte eras llevada,
dicen que para Sumampa.
Tú preferiste en la pampa
la soledad despiadada.*

*Las carretas rechinantes,
en largas tropas reunidas,
siguen las huellas vividas
desde largos años antes.*

*De Arbol Solo por el vado,
en su noble desafío
cruza aquella tropa el río
que de Luján es llamado.*

*Cuando llegan a la orilla
de Cañada de la Cruz,
ya esconde el día su luz
y la noche desensilla.*

*Rosendo de Oramas tiene
su rancho en aquel lugar,
y es el sitio que conviene
para poder descansar.*



*Con música de guitarras
y con fervor de oraciones,
libran los negros rincones
de demoníacas garras.*

*Y se encienden las hogueras
de fraterno crepitar,
como ansiando renovar
la fe en las almas sinceras.*

*La noche es calma serena,
jergón para descansar,
y en grato sueño alejar
la sombra de toda pena.*

*El nuevo día prodiga
la vigencia del camino,
que con su férreo destino
a proseguir siempre obliga.*

*Y la tropa de carretas
se dispone ya a partir,
sin saber que han de vivir
prodigio de horas secretas.*

*Esa carreta en que va
la Virgen Inmaculada,
parece al suelo clavada
y sin moverse allí está.*

*Bajan la imagen y así
pueden continuar el viaje:
es el virginal mensaje
que debe quedarse allí.*

*Una y otra vez insisten,
y la imagen quieren llevar
y no pueden continuar,
aunque tercios se resisten.*

*Hasta que al fin convencidos
del milagro en la ocasión,
admiten su decisión
y se sienten conmovidos.*

*Ese negrito Manuel
con la imagen queda allí:
y lo da todo de sí,
alegre, devoto, fiel.*

*Fue del amo decisión
sin saber que le otorgaba
la ocasión en que exaltaba
del pueblo la devoción.*

*Con don Rosendo propaga
del milagro la noticia:
se convierten en milicia
de una luz que no se apaga.*

*Y la gente del lugar
y lejanos peregrinos,
por cien distintos caminos
su gracia van a implorar.*

*Una ermita hay que erigirle
a la Celeste Señora,
piensa don Rosendo ahora
y la ermita va a surgir.*

*Y algunos años más tarde,
en mil seiscientos setenta,
esa ambición que lo alienta
logra su devoto alarde.*

*Troncos de árboles los muros,
su techo paja trenzada,
esa ermita es levantada
sobre cimientos seguros.*

*Porque es en el corazón
donde con fervor anida
la presencia amanecida
de una inmensa devoción.*

*Milagros innumerables
jalonan su bella historia,
guardados en la memoria
de los hechos memorables.*

*Salvaste a cientos y cientos
de recias cautividades,
de tristes enfermedades
y peligrosos momentos.*

*Así aquel bien recordado
Juan de Lezica, el primero
que un santuario verdadero
a la Virgen ha legado.*

*Así el padre misionero
que Salvaire fue llamado
y por la Virgen salvado
del cautiverio más fiero.*

*Los trabajos comenzó
del templo que hoy admiramos:
su nombre aquí recordamos,
porque bien lo mereció.*

*Y tantos otros que un cielo
de bondad y paz lograron,
porque a la Virgen rogaron
en sus horas de desvelo.*

*Así nosotros también,
en la hora en que vivimos,
a la Virgen le pedimos
que nos otorgue su bien.*

*Virgen de Luján, Señora,
Virgen gaucha de esta tierra,
a cuya bondad se aferra
la ansiedad de nuestra hora.*

*Rogamos tu intercesión
en el diario acontecer,
para poder merecer
del Señor la bendición.*

*Eres consuelo, esperanza,
refugio, amparo, ternura,
eres la eterna dulzura
que con la oración se alcanza.*

*Tú eres la luz verdadera
que cielo y tierra ilumina,
de nuestra Patria Argentina
y de la América entera.*

ENRIQUE GONZALEZ TRILLO

EL PAPEL HISTORICO DE MARIA

Existe en los tiempos actuales un proceso de secularización, de creciente naturalismo, en que se ha perdido la inteligencia y el sentido de los valores morales más elementales. Hablamos el lenguaje del Hombre, pero no el de Dios. Contemplamos una sistemática concatenación de causas segundas históricas, radicalizándose en la aversión a Dios.

Contra ese poder, se levanta en la Iglesia la presencia carismática de la Santísima Virgen, como una gracia especial de la Providencia, para los tiempos que corren.

Es eso lo que denominamos El Papel Histórico de María, en los tiempos actuales. Hay serios motivos —lo veremos a continuación— para afirmar que existe en la Iglesia, desde hace aproximadamente 150 años, un movimiento que llamaríamos de promoción carismática de la maternidad espiritual de María como algo querido por Dios para la salvación de los hombres. Al parecer, el Espíritu Santo está orientando la Iglesia hacia su Esposa, y quiere que los cristianos todos, en esta hora difícil, aprovechemos de su maternidad divina. Trátase de un movimiento de la Iglesia, movida en su totalidad —jerarquía y fieles— hacia la Madre de Dios y de los hombres.

Movimiento carismático, que no es ningún vacío pentecostalismo, sino el fruto de la vida interior de la Iglesia, guiada por el Espíritu Santificador, prometido por el Señor cuando dijo: "El os lo enseñará todo, y os traerá a la memoria todo lo que yo os he dicho" (Jn. 14, 26).

Promoción carismática como lo fue la propagación del Santo Rosario, la devoción al Corazón de Jesús, los Ejercicios Espirituales, el tomismo, los congresos eucarísticos, etc. Todo esto puede asignarse a la vida carismática de la Iglesia, lo mismo que la fundación de las Ordenes religiosas. Trátase en nuestro caso de un fenómeno semejante: la maternidad espiritual de María está más presente que nunca en la Iglesia, indicando al cristiano el camino de su unión con Dios.

Esto es lo que queremos explicar. Queremos demostrar por cuáles motivos la Santísima Virgen está presente en el mundo de los últimos tiempos, más que en otros períodos de la historia. Esta presencia no es un hecho casual. Pertenece al gobierno de la Iglesia, a la providencia especial de Dios, en todo lo que respecta a los caminos de salvación.

Vamos a enumerar algunas razones por las cuales pensamos en una verdadera promoción carismática de la maternidad espiritual de

María, en el mundo actual. Enseguida explicaremos la necesidad que tenemos de recurrir al poder de la que es madre y reina de los hombres.

He aquí los motivos que justifican lo que decimos:

- a) el movimiento mariológico,
- b) la presencia de María en el Magisterio ordinario,
- c) la exaltación de la Realeza y Poder de María,
- d) el énfasis sobre el tema de la Maternidad espiritual de María,
- e) la declinación del poder de Satanás.

1. PRIMERA RAZON: EL MOVIMIENTO MARIOLOGICO

Es realmente admirable el intenso movimiento mariológico de estos últimos 150 años, a partir de Pío IX y su declaración dogmática de la Inmaculada Concepción; el auge de la Mariología, o sea los estudios teológicos acerca de la misión de María en la economía de la redención; el crecimiento de la piedad mariana en todas las regiones del mundo. Todo esto no deja de sorprender.

Las peregrinaciones a los santuarios marianos son un hecho ordinario en la vida de la Iglesia. Siempre las hubo, pero ahora se han intensificado: Zaragoza, Lourdes, Fátima; entre nosotros, Luján, Nuestra Señora del Milagro, del Valle, de Itatí, de Guadalupe, de Sumampá, etc., son santuarios siempre visitados por nutridas procesiones de romeros, que depositan sus votos y sus ruegos a los pies de Nuestra Señora. El patrocinio de la Virgen en iglesias, ciudades, regiones y países, no es un hecho insólito; donde está la Iglesia allí está la devoción a la Virgen. No mencionemos el rezo del Rosario, que pertenece al común de las costumbres cristianas. La devoción a la Virgen está unida por lazos misteriosos e indestructibles al corazón de la piedad cristiana.

Si pasamos de la devoción popular a la devoción docta, advertimos también el mismo fenómeno. En estos últimos tiempos, es ingente el número de congresos, jornadas, semanas, donde se tratan y profundizan los privilegios marianos. Dice un especialista, el P. Gabriel María Roschini O.S.M.: "Los primeros congresos marianos nacionales se tuvieron en Italia, en Livorno (1895), Florencia (1897) y en Turín (1898). Francia fue la primera en seguir el ejemplo de Italia celebrando su primer congreso nacional mariano en Lyon (1900). A estos primeros congresos siguieron muy pronto varios congresos nacionales e internacionales" ("La Madre de Dios"). Durante el Año Santo de 1950 celebróse en Roma el Congreso Internacional Mariano, con intervención de distinguidos teólogos de todo el mundo; unos años más tarde el Congreso de Lourdes (1954) y el Congreso Mariológico de Compostela (1965); por entonces la Sociedad Mariológica Española celebra sus bodas de plata; ha publicado y sigue publicando Estudios Marianos. En

Francia está la Sociedad Francesa de Estudios Marianos; los Estudios Marianos contienen trabajos leídos y discutidos en reuniones anuales, y ulteriormente publicados en un Boletín. Y ahora esperamos el Congreso que se realizará en Mendoza, que sin duda no será menor que los mencionados.

No deja pues de ser sintomático este movimiento que comenzó a definirse después del pontificado de Pío IX, sin duda a raíz de la definición del dogma de la Inmaculada Concepción.

La enseñanza de la Mariología, con cátedra especial dedicada a la misma, comienza también en la misma época. Santo Tomás, y toda la docencia teológica posterior, estudiaba las cuestiones relativas a la Santísima Virgen dentro del tratado sobre la Vida de Cristo ("De Vita Christi"). La primera cátedra especial de Mariología fue creada por el cardenal Lepicier en el Pontificio Ateneo de Propaganda Fide (año 1894). En la Universidad Santo Tomás de la Orden de Santo Domingo, dictaba Mariología el P. Priethoff O.P., y el P. Ceuppens O.P. Mariología Bíblica.

Todo esto significa un amplio movimiento de interés por la teología de la Santísima Virgen. Sobretudo se estudia la corredención mariana, o sea la participación de María en la obra de la Redención. Como puntos culminantes de este movimiento tenemos las dos definiciones dogmáticas, frutos del Magisterio solemne de la Iglesia: la Inmaculada Concepción (año 1854), y la Asunción de María al cielo (año 1950), esta última definida como dogma de fe por Pío XII. Otro jalón importante lo constituye el hecho de que el Concilio Vaticano II haya dedicado, en su Constitución sobre la Iglesia ("Lumen Gentium"), un capítulo especial consagrado al "oficio de la Madre del Salvador en la economía de la Redención" (cap. VIII). En la Constitución sobre la Liturgia, el mismo Concilio se refiere a "la Virgen María, unida con lazo indisoluble a la obra salvífica de su Hijo".

Hemos hecho una corta e incompleta reseña. Nuestro objetivo era señalar la presencia de María en las preocupaciones de la Iglesia actual, lo cual demuestra la acción del Espíritu Santo. No es un hecho casual sino providencial.

2. SEGUNDA RAZON: PRESENCIA DE MARIA EN EL MAGISTERIO ORDINARIO

Tal es el segundo motivo que justifica lo que decimos: el Magisterio ordinario de la Iglesia en estos últimos 150 años, o sea desde Pío IX hasta ahora.

Repetimos: este inmenso movimiento hacia María no obedece a causas fortuitas; no es ciertamente una moda. Estamos ante un movimiento unánime de la Iglesia hacia la Madre de Dios. El Magisterio

ordinario de la Iglesia nos impulsa, como en ningún otro tiempo, a acogernos a la maternidad espiritual de María.

La Virgen viene a la Iglesia, a nosotros que somos la Iglesia y sus hijos. Sabemos que Nuestra Señora mira a su Iglesia, por las dos grandes definiciones dogmáticas que hemos mencionado; también por los mensajes de Lourdes y Fátima, que la Iglesia, en cierto modo, ha sancionado y hecho suyos. Pero sobre todo por el mismo Magisterio ordinario, que habla de recurrir a María como en ninguna otra época de la historia, si no nos equivocamos.

En lo que a dicho Magisterio respecta, tenemos lo siguiente: Desde Pío IX y León XIII, los vicarios de Jesucristo ponen prácticamente la universal Iglesia en manos de María. A ella le recomiendan todas las necesidades, grandes o pequeñas; al encomendar la Iglesia a la Virgen, no lo hacen como personas privadas sino en su carácter de cabezas de la Iglesia. Hay efectivamente una prudencia sobrenatural, el instinto del Espíritu Santo que gobierna la Iglesia.

Es el mismo movimiento carismático que mueve a cada cual según su oficio o modo de ser. Es el mismo Espíritu que mueve las multitudes hacia los santuarios de María; que mueve a las familias a unirse y rezar el Rosario; que mueve a los teólogos a estudiar la corendención mariana y que mueve al Papa a insistir una y otra vez sobre la devoción a la Santísima Virgen.

Pío IX con la bula "Ineffabilis Deus", sobre la Inmaculada Concepción, dio impulso al gran movimiento de la Iglesia alrededor de María. Poco después las apariciones de Lourdes, y los milagros subsiguientes, daban un mentís rotundo al necio materialismo de las sectas masónicas, empeñadas en el vano propósito de destruir la Iglesia.

Viene después el Papa del Rosario, León XIII. Este Papa tiene que afrontar tiempos muy duros para la Iglesia. En una de sus primeras encíclicas, "Supremi Apostolatus" (1-IX-1883), pide a la Virgen que asista a la Iglesia entera:

"La Virgen exenta de la mancha original, escogida para ser madre de Dios, y asociada por lo mismo a la obra de la salvación del género humano goza cerca de su Hijo de un poder tan grande como nunca han podido ni podrán obtenerlo igual ni los hombres ni los ángeles. Así pues ya que le es sobremana dulce y agradable conceder su socorro y asistencia a quienes la pidan, desde luego es de esperar que acogerá cariñosa las preces que le dirija la Iglesia universal". Continúa el Papa hablando de Santo Domingo y del Rosario; invita León XIII a enfrentar los siniestros planes de la masonería, no con una nueva astucia, sino con la oración; la Iglesia —dice— ha puesto en la madre de Dios toda su confianza (ibid.). Y esa confianza la

vemos hoy tan necesaria, cuanto es imposible pensar en nada humano para contrarrestar la acción del materialismo ateo, armado de doctrina y de misiles, de espionaje y de contraespionaje, de satélites y de contrasatélites.

En la misma Encíclica, León XIII pide a la Virgen nada menos que velar por la integridad de la Iglesia, previniendo y rechazando los peligros que la amenazan. El mismo Pontífice debía volver en diez Encíclicas y tres Epístolas sobre la devoción a la Virgen. En dichos documentos insiste en la necesidad de invocarla como intercesora frente a las incesantes aflicciones de la Iglesia:

"A la Iglesia se la combate no sólo por medios particulares, sino también mediante instituciones y leyes" ("Salutaris Ille Spiritus", 25-XII-1883). Once años después, como ya lo había hecho muchas veces, reitera el llamado a la intercesión de María "por los tiempos calamitosos que atraviesa la Iglesia" ("Iucunda Semper", 8-IX-1894). Invoca a Nuestra Señora como cooperadora en la administración del misterio de la redención ("Adiutricem Populi", 5-IX-1895).

León XIII tenía una visión completa de todas las necesidades de la Iglesia y del mundo actual. Necesidad tanto de fortalecer lo institucional y jurídico, dentro de una filosofía cristiana, como de suscitar en el mundo de una sociedad opulenta la conciencia de los bienes de salvación.

El hombre puede perder, y a menudo pierde, por el acopio de bienes temporales, la conciencia de salvación; el "velle" salvífico, la voluntad de salvarse queda sofocada por el bienestar mundano. Ante la sociedad industrial, opulenta, autosuficiente y orgullosa, el Santo Padre invoca el auxilio de la Madre de Dios; y quizás por ese auxilio, pedido con insistencia, debía después someterse, la Europa mundana y feliz, a la pedagogía de las grandes calamidades.

Frente a las fuerzas organizadas del mal, la Iglesia apela al poder divino capaz de obrar eficazmente sobre las causas segundas, y volverlas a un orden de bien común espiritual y temporal. Tales requerimientos se continúan en el posterior Magisterio ordinario de la Iglesia: San Pío X, Benedicto XV, Pío XI, Pío XII, Pablo VI, etc. Los textos están suficientemente divulgados y no son un misterio para nadie; aunque sí es un misterio que los Papas insistan tanto en el recurso a la Santísima Virgen.

San Pío X: "No hay camino más seguro y expedito que María para llegar a Cristo" ("Ad Diem Illum", 2-II-1904).

Pío XI recuerda que María ha destruido todas las herejías del mundo. Por este motivo invocó el poder de la Virgen contra el comunismo ("Ingravescentibus Malis", 29-IX-1937).

Pío XII destaca una vez más hasta qué punto la maternidad divina se extiende a todos los miembros del Cuerpo Místico: "Unida siempre estrechísimamente con su Hijo, lo ofreció como nueva Eva al Eterno Padre en el Gólgota, juntamente con el holocausto de sus derechos maternos, y de su materno amor por todos los hijos de Adán, manchados con su deplorable pecado; de tal suerte que la que era madre corporal de nuestra Cabeza, fuera por un nuevo título de dolor y de gloria, madre espiritual de todos sus miembros" ("Mystici Corporis", 29-VI-1943).

Pablo VI enseña que la Virgen es el modelo de la Iglesia, especialmente de la actitud espiritual con que la Iglesia celebra los divinos misterios: "La ejemplaridad de la Santísima Virgen en este campo dimana del hecho que ella es reconocida como modelo extraordinario de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la perfecta unión con Cristo" ("Marialis Cultus", 2-II-1974).

3. TERCERA RAZON: LA EXALTACION DE LA REALEZA Y PODER DE MARIA

Es especialmente Pío XII quien ha puesto de relieve la Realeza y el Poder de Nuestra Señora, en su "Munificentissimus Deus" y "Ad Coeli Reginam".

En el primero de esos documentos (1950) dice que María "obtuvo un pleno triunfo sobre el pecado y sobre sus consecuencias". Lo afirma al proclamar el dogma de fe de la Asunción de María. Pero el triunfo sobre el pecado no es solamente personal; somos beneficiarios de él todos los que integramos el género humano. Así lo enseña el misterio de la realeza de la Virgen, proclamada madre del Rey por toda la tradición católica. En la Encíclica "Ad Coeli Reginam" (1954), el triunfo sobre el pecado no aparece solamente como el triunfo de un poder personal sino que tiene proyecciones ecuménicas. El poder de María contra el demonio afecta a todo el género humano.

No hay realeza sin poder, sin dominio, sin imperio sobre los súbditos; luego, al proclamar la Iglesia la realeza de María está hablando de su poder, y es ese poder el que invoca la misma Iglesia en los tiempos actuales.

Dice Pío XII: "El fundamento principal documentado por la tradición y la sagrada Liturgia en que se apoya la realeza de María, es indudablemente su divina maternidad. Ya que se lee en la Sagrada Escritura del Hijo que una Virgen concebirá: 'Hijo del Altísimo será llamado y a El le dará el Señor Dios la sede de David su padre y en la casa de Jacob reinará eternamente, y su reino no tendrá fin' (Lc. 1,32-3). Y con esto María llámase Madre del Señor" ("Ad Coeli Reginam").

Entre los hombres, la madre del rey es reina. El rey posee el poder legal; y la reina, un poder moral, no menos trascendente para la vida del reino. En este caso el Rey es Cristo; toda potestad le ha sido dada en el cielo y en la tierra (cf. Mt. 28, 18); potestad por El ejercida para la salvación de los hombres. La reina, Madre del Señor, utiliza ese poder también en orden a la salvación de los hombres.

La maternidad divina y la plenitud de gracia para el digno ejercicio de sus funciones de madre de Dios y de madre nuestra, son las grandes fuentes del poder de la Santísima Virgen contra el pecado y el demonio. Lo primero, porque incorpora a María al orden hipostático de la causalidad eficiente de la Redención; lo segundo, porque asegura el ejercicio de su divina maternidad espiritual entre los hombres.

Dice la misma encíclica que comentamos: "Por voluntad divina tuvo [María] parte excelentísima en la obra de nuestra eterna salvación". Esta parte no fue la de Pedro o algún ministerio especial, sino que "fue asociada por voluntad de Dios a Cristo Jesús, principio de la salud en la obra de la salvación espiritual, y lo fue en modo semejante a aquel con que Eva fue asociada a Adán, principio de muerte" ("Ad Coeli Reginam").

La sociedad con Cristo no es algo abstracto sino que tiene su modelo concreto en aquella otra sociedad del primer hombre y la primera mujer, que es su modelo y su antítesis: el género humano, sujeto a la muerte por una virgen, se salva también por una virgen. Hay un poder opuesto y superior al de Eva. Por tanto María coincide con Eva en el vértice del poder; aunque los poderes se ejercen en sentidos divergentes: el de Eva para la muerte, el de María para la vida (1).

Al considerar a María como asociada a su Hijo Jesús, debemos pensar que todos los privilegios marianos (santificación de María, virginidad, maternidad divina) se deben a la Redención, son efectos de los méritos de Cristo, fruto de los actos redentores del mismo Jesucristo. Todo esto pertenece a la Redención preventiva del pecado, que antecede en el tiempo a la redención liberativa del mismo.

María es redimida antes del pecado, concebida sin pecado desde el primer instante de su concepción, y así hasta el momento de la Anunciación del ángel, en que recibe el privilegio de la maternidad divina, y es constituida Madre de Dios. Entonces la consideramos verdaderamente asociada a la tarea de la Redención del género humano.

(1) El paralelismo Eva-María es lo primero que aparece en los Santos Padres, empezando por San Justino y San Ireneo. Los textos se transcriben en todas las Mariologías. Mencionemos el siguiente texto, tomado de los sermones de San Elredo: "Por María hemos nacido mucho mejor que por Eva, por el hecho de haber nacido de Ella Cristo. En vez de la caducidad, hemos recobrado la novedad, en vez de la corrupción la incorrupción, en vez de las tinieblas, la luz" (PL 195, 324).

Socia, asociada como Eva con Adán, pero desde otra perspectiva más elevada: Eva sale de Adán, María sale del Hijo, Dios y hombre. El Hijo tiene plenitud de potestad sobre la redención, el pecado, el demonio, el género humano, sobre María. Su misión temporal es en orden a la salvación de los hombres. En lo alto de los cielos, los ángeles escucharon decir al Padre: "Tú eres mi hijo; hoy te he engendrado yo. Pídemme y te daré en herencia todas las naciones; te daré en posesión los confines de la tierra" (Hebr. 2,8). La misión del Hijo se ordena a la salvación: "Tiene en sus manos las llaves del infierno y de la muerte" (Ap. 1,18).

De esta plenitud de potestad sobre todas las creaturas viene la maternidad divina y la íntima asociación y participación de María en la obra de la Redención. Dice San Luis María Grignon de Montfort:

"Dios Hijo ha comunicado a su Madre todo lo que El ha adquirido por su vida o su muerte, sus méritos infinitos y sus virtudes admirables, y la ha hecho tesorera de todo lo que su Padre le ha dado en herencia. Por Ella aplica El sus méritos a sus miembros, comunica sus virtudes y distribuye sus gracias; es su canal misterioso, es su acueducto, por el cual hace pasar dulce y abundantemente sus misericordias" ("Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen").

Al llamarla Cristo a la maternidad divina le confiere las prerrogativas de una digna maternidad espiritual. Los intereses del Hijo iban a ser una vez más los intereses de la madre.

La realeza indica jurisdicción, potestad para intervenir. Es el ejercicio de esa potestad lo que anhelan los pueblos congregados ante la imagen de la Madre de Dios.

4. CUARTA RAZON: EL ENFASIS SOBRE EL TEMA DE LA MATERNIDAD ESPIRITUAL DE MARIA

En los documentos últimos del Magisterio hemos advertido una gran insistencia en el misterio de la maternidad espiritual de Nuestra Señora. El tema que tratamos nos lleva a considerar más que la dignidad de la maternidad divina, su condición de potencia, primero en orden a la generación natural del Hijo, segundo en orden a la generación espiritual de los hijos de adopción por gracia. Luego consideraremos a esa potencia en orden a la lucha contra el poder del demonio. Esto último es lo que más intentaremos poner de relieve, por los problemas actuales de la cristiandad.

"El Espíritu Santo vendrá sobre ti y la fuerza del Altísimo te protegerá con su sombra" (Lc. 1,35).

Son las palabras del Evangelio que indican la formación del cuerpo de Jesús, en un instante, por el poder infinito del agente, el

Espíritu Santo, que formó dicho cuerpo (cf. Santo Tomás, Suma Teológica, III, 33,1).

La concepción no precede a la formación perfecta del cuerpo; toda la concepción debe atribuirse al Hijo: el cuerpo de Cristo es, en todo momento, asumido por el Verbo.

"En el misterio de la encarnación no se considera la ascensión como de una creatura preexistente que asciende hasta la dignidad de la unión, como lo afirmó el hereje Fotino; más bien se considera aquí el descenso, en cuanto que el Verbo perfecto de Dios tomó la imperfección de la naturaleza humana" (ib., III, 33,3, ad 3).

La Virgen fue siempre, en todo momento, Madre de Dios; nunca fue madre de un puro hombre. Nunca la carne de Cristo fue concebida antes de ser asumida por el Verbo (ib., III, 33,3).

En la generación temporal del Hijo, el Espíritu Santo desempeña el papel activo del principio masculino. La Santísima Virgen tiene el papel de todas las madres: suministra la materia a la concepción. No es un papel totalmente pasivo. Dice Santo Tomás:

"El principio pasivo natural basta para una transformación natural cuando es movido por su principio natural propio, de modo natural y ordinario; pero esto no tiene lugar en nuestro caso, y por tanto aquella concepción no puede decirse absolutamente natural" (ib., III, 33,4, ad 3).

"Amor Dei —escribe Santo Tomás— est creans et infundens bonitatem in rebus" (ib., I, 20,1). Al venir sobre María el Espíritu Santo, ha puesto en su alma el don de la maternidad divina, la capacidad de ser Madre de Dios; le ha conferido la gracia de la maternidad divina. Como lo dice Santo Tomás, aquella concepción no puede decirse del todo y absolutamente natural.

La maternidad en sí misma es oficio de la naturaleza humana en la mujer, y no requiere don especial alguno. Tal oficio está dentro de las posibilidades específicas del sexo, y no requiere nada particular. No así en la maternidad divina.

En la maternidad humana el sujeto engendrado es un hombre; en la maternidad divina el sujeto engendrado es Dios. Para eso, por ese motivo, María sería preservada del pecado original. Pero ello no era suficiente. Los hijos de Eva que hubieran nacido sin pecado original no serían por eso hijos de Dios. Para engendrar al Hijo de Dios, o sea para proveer de naturaleza humana a la unión hipostática, María debía tener un don especial que posibilitara la maternidad divina.

¿Qué es la maternidad divina? Al hacerse esta pregunta los teólogos la comparan con la gracia habitual santificante, y más aún con

la plenitud de la gracia. Dice el P. Garrigou Lagrange:

"La maternidad divina, aun considerada en forma aislada, es la razón de la plenitud de gracia, y por tanto superior a ella" ("La Madre del Salvador"). Lo prueba con la analogía del alma racional; el alma racional es del orden sustancial; aun considerada aisladamente es más perfecta que sus facultades superiores, la inteligencia y la voluntad, pues ella es la razón de ser de estas facultades... Análogamente la maternidad divina es la razón de ser de la plenitud de gracia en la Santísima Virgen. En esto coinciden Hugon, Merkelbach, Alastruey, Cuervo, etc.

La excelencia de la maternidad divina sobre la gracia supone su distinción. La maternidad divina es inamisible; la gracia santificante puede perderse. Luego, debemos señalar su distinción. Expliquémosla mejor.

La maternidad divina es poder, oficio, habilitación física para engendrar al Hijo de Dios. En tal sentido es potencia, pertenece al segundo género de cualidad. La gracia santificante es para un tipo moral de operación, inclinando la potencia al bien, según la norma moral. Por eso el hábito está en la potencia, y no la potencia en el hábito.

La potencia es un principio próximo de operación por el cual se constituye el sujeto, no para operar bien o mal, sino simplemente para obrar:

"Et nomine potentiae intelligimus illud principium proximum operandi, quo constituitur subjectum non ad bene vel male operandum, sed simpliciter ad vere operandum" (Juan de Santo Tomás, "Lógica").

Ad simpliciter operandum; los teólogos distinguen con razón la gracia santificante de la maternidad divina. Y si bien es cierto que hablan de una "gracia de la maternidad divina", ésta no puede entenderse más que en un sentido lato. La gracia acompaña a la maternidad divina, pero existe entre ambas una real distinción.

La potencia es un primer principio operativo; por ejemplo la voluntad en el hombre. El hábito no es primer principio operativo; por ejemplo los actos de caridad o de templanza, elícitos de los hábitos respectivos, son, per prius, actos voluntarios.

No negamos a la maternidad divina su naturaleza de don gratuito del Señor, el más excelso privilegio de que puede gozar una creatura después de la unión hipostática. En tal sentido es una gracia de Dios.

Sin embargo, juzgamos más perfecto decir así: Por la maternidad divina, la Santísima Virgen es madre de Dios; por la gracia santificante es digna madre de Dios.

En síntesis, la maternidad divina, que incorpora a la Santísima Vir-

gen al orden hipostático, es un fruto preciosísimo del amor de Dios, que crea en María ese don, esa capacidad, esa habilitación para engendrar al Hijo de Dios. Aquella concepción —como lo afirma Santo Tomás— no es absolutamente natural; existe en María el don sobrenatural, por el cual es Madre de Dios, y tal es el fundamento de su relación al orden hipostático.

La relación de María al orden hipostático no es solamente relación al Hijo en su encarnación, sino relación sponsal con el Espíritu Santo, que forma el cuerpo de Jesús. La divina maternidad se continúa así en maternidad de gracia, a la sombra del Altísimo.

La sombra del Altísimo proyecta en la maternidad divina un doble poder: poder para la redención del género humano, y poder contra el demonio.

Y volvemos así a lo que decíamos más arriba. La misión histórica de María en los tiempos actuales, es una misión que implica poder. La Santísima Virgen no solamente posee el bien, la bondad correlativa a la gracia santificante, sino el poder, la potencia, la habilitación inherente al oficio. Por ese motivo asimilamos la maternidad divina al carácter, como algo semejante al carácter sacramental, que habilita para oficios determinados. La presencia intensificada en el mundo actual, en que la Virgen parece estar en todos los problemas del hombre, se debe a ese poder, a ese oficio de **sotería**, de salvación, que es inherente a la maternidad.

En la divina maternidad vemos una ordenación a la redención de los hombres; la maternidad divina tiene su razón de ser en la misión salvadora del Hijo; la misión del Hijo le da sentido y presencia en el mundo. Por eso los teólogos destacan el carácter soteriológico de la maternidad divina. Quiere decir que el oficio, el poder regio, como dice Pío XII, es poder extensivo contra el pecado en el mundo. Es aquello mismo a lo que se refiere la profecía del protoevangelio: que la mujer iba a sostener enemistades contra el demonio (cf. Gen. 3, 15).

Esta profecía de insondable sentido se refiere a la misión de María, no sólo como Madre de Dios, sino en el aspecto formal de opositora eficaz contra el reino de Satanás. La oposición viene por el carácter mismo de la Redención, que es quitar al diablo el dominio sobre el hombre; por el mismo motivo, la oposición vincula a María como corredentora.

El poder, la potencia es una perfección que puede ser mayor o menor. En este caso es el poder de colaborar con Cristo en la salvación de los hombres. Es el poder que vemos crecer en estos últimos tiempos.

Es doctrina común del Magisterio ordinario de la Iglesia extender la maternidad divina a todos los hombres. Así en la Constitución "Lumen Gentium" del Vaticano II:

"Y esta maternidad de María perdura sin cesar en la economía de la gracia, desde el momento en que prestó fiel asentimiento en la anunciación, y lo mantuvo sin vacilación al pie de la Cruz, hasta la consumación perfecta de todos los elegidos".

En todo este capítulo consagrado a la Santísima Virgen aparece la mediación de María, su maternidad de gracia entre los hombres, y su poder contra el demonio, tema este último al que queremos dedicar nuestras consideraciones finales. Uno de los más recientes documentos del Magisterio, la Exhortación "Marialis Cultus" de Pablo VI, recuerda: "La última misión de María hacia el pueblo de Dios es una realidad sobrenatural operante y fecunda en el organismo eclesial". Del mismo Papa podríamos mencionar multitud de homilias, exhortaciones y documentos similares. Asimismo, Juan Pablo II, en su homilía en la Basílica de Guadalupe (México, 27-I-1979), encomienda a la Virgen la paz de las naciones del continente.

5. QUINTA RAZON: LA DECLINACION DEL PODER DE SATANAS

El poder de la maternidad divina, según las Escrituras, es contra el poder de Satanás. Quiere decir que si existe una promoción carismática de la maternidad espiritual de María, el poder de Satanás declina.

Esto lo afirmamos a pesar de todas las apariencias en contra. Ya veremos el problema en la hora actual.

Por ahora expongamos los argumentos bíblicos que presentan el poder de la Virgen contra Satanás.

El primero es el argumento clásico de la Escritura:

"Pondré enemistades entre ti y la mujer; entre tu linaje y el suyo; éste te aplastará la cabeza, y tú le morderás el calcañar" (Gen. 3,15).

El Señor condena al diablo, para referirse enseguida a la mujer y al linaje de la mujer. Eva y la descendencia de Eva ya están bajo la sujeción del demonio; ni Eva ni su descendencia ordinaria podrán sostener nunca enemistades contra el poder del ángel caído que las domina. Sin embargo, vendrá la Mujer, la mujer única y capaz; el Linaje de la mujer aplastará la cabeza de la serpiente; Ella estará dotada de un poder sobrehumano, que va a esgrimir contra el poder de Satanás.

Esta glosa del texto, así elemental, está autorizada por toda la tradición de la Iglesia. El demonio se muestra victorioso; pero llegará la hora de su derrota. El hombre está vencido, derrotado; pero espera la hora de la Mujer y su Linaje. El Linaje indudablemente es Jesucristo, artífice de la victoria contra el demonio; el poder de la Mujer contra el demonio le viene por los méritos que su Linaje contraería en el árbol de la Cruz.

Los Santos Padres han comparado el papel de María con el de Eva. Todo lo que hace Eva para la perdición, con signo contrario lo hace María para la salvación. Desde su concepción inmaculada María posee la salvación; es la tierra sin mancha alguna, paraíso del nuevo Adán. El nuevo Adán debía volver a un nuevo Paraíso, que no sería destruido por el demonio:

"Alégrate, hija de Sión; canta, hija de Jerusalem; mira a tu Rey que viene a ti, justo y victorioso" (Zac. 9,9).

En el Nuevo Testamento son múltiples los testimonios de aquel poder de la Virgen que comentamos. Los testimonios más directos nos parecen ser: el hecho de la Visitación y los textos del Apocalipsis.

Sobre la Visitación, ya nos ocupamos en otra parte. El contexto bíblico nos dice: "En aquellos días se puso María en camino y con presteza fue a la montaña, a una ciudad de Judá, y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel; así como oyó Isabel el saludo de María saltó el niño en su seno e Isabel se llenó del Espíritu Santo" (Lc. 1, 39-41).

Nos interesa consignar la santificación de la casa de Isabel por la presencia de Dios, ya en el seno de María. Los saltos de alegría son interpretados como la extirpación del pecado original en el futuro Bautista. Es nada menos que el primer encuentro de la Madre de Dios venciendo el poder del demonio. Tal encuentro de María con Satanás, y el triunfo de la Virgen, no es algo ocasional; es significativo de una acción constante, que se repetirá a lo largo de toda la economía de la cristiandad.

Pasemos ahora a los textos del Apocalipsis.

La lucha de María contra el demonio está más explícita en el libro del Apocalipsis, en las visiones de San Juan sobre la historia futura de la humanidad. En el capítulo 12 comienza a describirse la guerra entre la Mujer y su Linaje, la Virgen y el Mesías, contra el Dragón, o sea el demonio. Primero aparece la Mujer revestida de sol, con la luna bajo sus pies, y frente a Ella el dragón color de fuego; el dragón estaba a su frente "para tragarse a su hijo apenas naciera. Dio a luz un varón que ha de apacentar a todas las naciones con vara de hierro; pero el Hijo fue arrebatado a Dios y a su trono; la Mujer huyó al desierto donde tenía un lugar preparado" (12, 6).

El Dragón persigue a la mujer, pero nada puede ni contra la mujer ni contra su hijo. Entonces añade el texto:

"Se enfureció el Dragón contra la mujer, y fue a hacer la guerra contra el resto de su descendencia, contra los que guardan los preceptos de Dios y que tienen el testimonio de Jesús" (12, 7).

La mujer, según la interpretación más convincente, es María y la

Iglesia. María, solidaria con sus hijos; con los cristianos, que son sus hijos. La profecía del Génesis se encuentra aquí ampliada, en una perspectiva escatológica. Es el enfrentamiento contra el diablo, anunciado en el Génesis, realizado por primera vez en la Visitación, y que ahora se describe en el Apocalipsis.

El enfrentamiento en cuestión, reducido a sus elementos formales, es la oposición entre la gracia y el pecado; la oposición entre la conversión a Dios y la aversión. El demonio lucha por arrastrar al hombre a la aversión a Dios, conculcando su ley y sus preceptos. La gracia conduce al hombre por el camino de la conversión a Dios, la obediencia y el amor. En el Génesis, el diablo muerde el calcañar; aquí aparece haciendo la guerra. En esa guerra debemos inscribir las alternativas todas de la historia de la cristiandad.

La acción del diablo se reduce a solamente tentar, inducir. No puede ser causa directa que obligue a pecar. Como dice Santo Tomás, el diablo no puede obligar al hombre a pecar necesariamente. El hombre permanece siempre libre, y puede resistir al pecado (cf. Suma Teológica, I-II, 80, 3). Si el hombre no pudiera resistir al pecado no podría reputarse como culpable. Debemos destacar que el interior del hombre es inviolable; sólo depende de Dios y de la propia persona que obra según su conciencia; es el hombre quien responderá de ello delante de Dios. Tal es el motivo del axioma: "de internis non iudicat Ecclesia"; la Iglesia no juzga según lo interno, sino según lo exterior. Santo Tomás, al hablar del demonio como causa del pecado, tiene en cuenta la inviolabilidad de la conciencia humana. La parte interior del hombre es inteligencia, voluntad y sensibilidad. En la tentación, el demonio no intenta iluminar, sino más bien entenebrecer la conciencia, para llevarla al pecado; la tenebrosidad proviene de la fantasía y del apetito sensitivo (cf. ib., I-II, 80, 1). Sólo ocasionalmente, y por vía indirecta, dice Santo Tomás, es causa de nuestros pecados (ib., ad 4) (2).

CONCLUSION

a. La Historia es el orden de las causas segundas, de más relieve social y político en el mundo, que obran con libertad de acción en el mismo. Estas causas segundas son los hombres, que obran libremente por su inteligencia y voluntad. La Historia del mundo, tomada complejivamente, desde el Renacimiento hasta nuestros días, ha seguido un proceso, en sus instancias supremas, de abandono de lo sobrenatural, de laicización, llamado asimismo de secularización, radicalizándose cada vez más en el mal, en la prescindencia de Dios Creador y de la ley divina. Este proceso es llamado también naturalismo, y significa una

(2) La tentación del demonio y la respuesta afirmativa a su sugestión, puede ser algo enteramente personal sin trascendencia histórica, o puede ser algo que trascienda históricamente, que abra para otros los caminos de la aversión a Dios.

reorganización de la vida sin Dios, en el marco de realidades solamente empíricas.

Supuesta esta radicalización en el mal, en la aversión a Dios, tenemos lo siguiente, que creemos ser el plan de la Providencia:

El incremento de la maternidad espiritual de María entre los hombres, es lo único capaz de influir en el orden de las causas segundas libres —acontecimientos humanos—, para volverlas a la conversión a Dios y salvarlas.

Para explicar esto debemos distinguir: el orden de la providencia general, que rige el orden natural de las causas segundas defectibles, naturales y libres, y el orden de la providencia especial, que rige, en aquellas creaturas libres, la economía de la vida sobrenatural de la gracia. El orden de la providencia general no tiene remedio contra el pecado; el orden de la providencia especial sí tiene remedio contra el pecado. Solamente la gracia de Dios trae los remedios contra el pecado de las creaturas defectibles y libres. Y la gracia vendrá por María.

La teología distingue perfectamente la providencia general y la providencial especial de las creaturas intelectuales llamadas por el mismo Dios a participar de la vida eterna. Es la distinción entre providencia y predestinación (cf. Santo Tomás, Suma Teológica, I, 23, 1).

Dios Creador, que pone las cosas en el ser, es causa también de su perfección, de su orden, de su bien particular en función del bien del universo. Todo el bien universal, desde el movimiento de las galaxias en el cielo hasta la compleja intimidad del átomo, todo está regido por las leyes de la providencia, el sistema concatenado de causas segundas que tejen la perfección del universo.

Por encima de aquellas leyes generales está la providencia especial de las creaturas intelectuales, llamadas a la vida eterna. Obrando con libertad, estas creaturas merecen o pecan; colócanse en la conversión a Dios o en la aversión. Es aquí, en este orden, donde existe remedio contra el pecado. Toda la economía de la Redención es para salvarnos del pecado. Y la Iglesia espera en la mediación de María.

b. La Historia es actuación de causas segundas defectibles, y que a menudo defecionan; debemos tener en cuenta su propia falibilidad.

Como la cizaña en el campo sembrado de la parábola, el mal permanece. Cuando la cizaña sembrada es moral, el mal es menor; pero cuando la cizaña es intelectual, cuando se trata del error, de la herejía, sugestión de una apostasía de la fe, el mal es mucho mayor. Entonces hay un vuelco de la inteligencia del hombre, de imprevisibles consecuencias. Consecuencias no previstas; por ejemplo: Guillermo de

Ockham, sentado en el interior de su celda conventual, no podía prever las consecuencias del nominalismo.

En diversos tiempos históricos, han ocurrido estos vuelcos de la inteligencia: en la crisis nominalista, que acabamos de insinuar; en el protestantismo; en la Revolución Francesa que endiosó la razón, en la revolución soviética que endiosó al Estado o el partido. La Argentina se ha estado rigiendo durante dos siglos —y se rige aún— por los postulados de un liberalismo jacobino y sin altura.

Vuelcos de la inteligencia, que por el espejismo de la "conquista" se radicalizan cada vez más en la aversión a Dios. Digamos que son episodios de la guerra del Dragón contra la Mujer.

En cada uno de estos vuelcos, ha habido un arraigarse en el error, en el mal, pletórico de funestas consecuencias. Fáciles de detectar son las consecuencias del protestantismo, del libre examen, el confusionismo en materia tan grave como es la religión. El individualismo religioso abrió la puerta a otros individualismos funestos, como el político, el económico, etc.

A la furia del Dragón puede asignarse este penoso transitar del hombre por los caminos del error; esta búsqueda inútil y penosa del Paraíso, en los campos de la aversión a Dios. La furia del Dragón, la guerra despiadada es contra los que guardan el testimonio de Jesús. La lucha resulta explicable. El demonio es, aunque destronado, el Príncipe de este mundo. El pudo ofrecer a Jesús los reinos de la tierra; ahora no los tiene, pero los sigue ofreciendo. El hombre se engaña por la imaginación; la vida histórica de los pueblos se organiza en la aversión a Dios. Eso no pueden desbaratarlo las causas segundas solas, sino unidas a la Mujer. Ello explica que la Iglesia, en estos últimos tiempos, tan a menudo, por boca de sus Pontífices, invoque a María.

Los grandes Estados del mundo actual, instalados en la aversión a Dios, no tienen ninguna preocupación moral. Reorganizan la fuerza para incrementar el poder. Son causas segundas radicalizadas en el mal; adoran, lo que es menester, al diablo, para obtener de él los reinos de la tierra (cf. Lc. 4, 7).

Contra ese orden de causas segundas radicalizadas en el mal: protestantismo, subjetivismo filosófico, tradición naturalista, liberalismo, comunismo, materialismo en todas sus formas; contra todo eso ya organizado en instituciones, leyes, costumbres, no hay remedio en el orden natural. En el orden natural, no hay remedio contra el pecado. El remedio es sobrenatural, o no existe (3).

Un ejemplo nos lo muestra claramente: el pueblo hebreo no logró salir de la cautividad de Egipto, sino gracias a la oración y petición

(3) Puede recuperarse el orden público, por un tiempo; pero si no intercede la acción de la gracia y de las virtudes cristianas, esa recuperación se desvanece pronto.

perseverante de varias generaciones. Solamente así, por la oración perseverante, Dios obró el milagro. Se quebró el orden normal de las causas segundas, y el pueblo salió de Egipto. La ciencia del mal ha penetrado profundamente en las mentes y en las instituciones del mundo actual; quizás tiene que crecer, universalizarse y penetrar más hondo. Así será mayor el triunfo de la Mujer que pisa la cabeza de la serpiente.

El orden normal o natural de las causas segundas (hombres, instituciones), que han echado raíces en el mal, sólo podrá ser quebrado por un milagro de Dios. Creemos que ese milagro está reservado a la misión histórica de María.

ALBERTO GARCIA VIEYRA, O. P.



ORDENACIONES

DIACONADO

RAUL HUMBERTO GALAN. Nació en Luján de Cuyo, Mendoza, el 23 de noviembre de 1944. Hizo sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de febrero en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

REINALDO RAMON GODINO. Nació en Las Heras, Mendoza, el 19 de diciembre de 1954. Realizó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de febrero en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

DANIEL ALFREDO MUÑOZ. Nació en Godoy Cruz, Mendoza, el 25 de enero de 1955. Cursó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 7 de febrero en la Basílica de Nuestra Señora del Rosario, de Mendoza, por la imposición de manos de Mons. Cándido Rubiolo, para la Arquidiócesis de Mendoza.

ROBERTO HECTOR BARON. Nació en Arrufó, Pcia. de Santa Fe, el 15 de enero de 1954. Realizó sus estudios de Filosofía y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 15 de marzo en la Catedral de Rafaela, por la imposición de manos de Mons. Alcides J. Casaretto.

RUBEN RAFAEL DALZOTTO. Nació en Federación, Pcia. de Entre Ríos, el 5 de noviembre de 1952. Hizo sus estudios secundarios en el Seminario Menor de Paraná. Cursó Filosofía en el Seminario de Concordia, y Teología en el Seminario de Paraná. Fue ordenado el 24 de mayo en la Catedral de Concordia, por la imposición de manos de Mons. Adolfo Gerstner.

MINISTERIOS

ACOLITADO

Lo recibieron el 13 de enero los seminaristas RAUL GALAN, REINALDO GODINO, DANIEL MUÑOZ, DANIEL BECERRA, PEDRO MARTINEZ y FERNANDO YAÑEZ, de la Arquidiócesis de Mendoza; el día 1º de marzo los seminaristas OSCAR BOURLLOT y HERALDO REVERDITO, de la Diócesis de Gualeguaychú; y el día 24 de mayo el seminarista REINALDO VIVEROS, de la Arquidiócesis de Paraná.

LECTORADO

Lo recibieron el 13 de enero los seminaristas PEDRO MARTINEZ, DANIEL BECERRA, FERNANDO YAÑEZ, MARTIN PFISTER, ROBERTO JUAREZ VILLEGAS, RUBEN RIALE y JOSE ALVAREZ, de la Arquidiócesis de Mendoza; el día 1º de marzo los seminaristas CARLOS VENTURINO y FERNANDO VISCONTI, de la Diócesis de Gualeguaychú; el día 24 de mayo los seminaristas BLAS CORBALAN, ERNESTO PALERMO, JULIO PUGA, DARIO RODRIGUEZ, GUILLERMO SPIRITO y OSCAR TRIANO, de la Arquidiócesis de Paraná, así como el seminarista JUAN PERCARA, de la Diócesis de Concordia.

Soneto a la Natividad de la Virgen

Vino a la vida para que la muerte
Dejara de vivir en nuestra vida,
Y para que lo que antes era vida
Fuera más muerte que la misma muerte.

Vino a la vida para que la Vida
Pudiera darnos vida con su muerte,
Y para que lo que antes era muerte,
Fuera más vida que la misma vida.

Desde entonces la vida es tanta vida
Y la muerte de ayer tan poca muerte,
Que si a la vida le faltara vida,

Y a nuestra muerte le sobrara muerte,
Con esta vida nos daría vida
Para dar muerte al resto de la muerte.

Francisco Luis Bernárdez



MARIA Y EL SACERDOTE

"Si bien a todos ama la Virgen Madre con ardiente amor, abraza con un amor especial a los sacerdotes, que son imagen viva de Jesucristo. Si consideráis, pues, con gran consuelo de vuestra alma, este amor singular y esta particular tutela de la Virgen para con nosotros, experimentaréis que se os hace más fácil el trabajo, tanto para vuestra santidad personal como para cumplir vuestros deberes sacerdotales".

(Pío XII, *Menti nostrae*)

El misterio de la Santísima Virgen es de veras insondable. "De María nunquam satis", decía San Bernardo, haciéndose eco de una frase aún más audaz de San Anselmo: "Nada hay igual a María, nada más grande que María sino sólo Dios" (1). Vigorosas expresiones a las que haría eco el gran Papa Pío IX al afirmar solemnemente en su Bula "Ineffabilis Deus": "Dios la ama más a Ella sola que al universo entero".

No es extraño. Si la grandeza de un ser puede mensurarse en razón de su proximidad con Dios, se hace evidente que ninguna creatura es más grande que la Santísima Virgen, porque "Ella toca los confines de la divinidad", según la conocida expresión de ese gran teólogo dominicano que fue el Cardenal Cayetano (2). Entre María y Dios, especialmente por el misterio de la maternidad divina, se establece un lazo de estrecho parentesco (3).

A lo largo de estas páginas nos asomaremos a ese abismo de perfección que es la Santísima Virgen y consideraremos sus principales misterios particularmente en su relación con el sacerdocio católico.

I. LA MATERNIDAD DE MARIA Y LA FECUNDIDAD DEL SACERDOTE

La Mariología íntegra gira en torno a un hecho central: la maternidad divina de María. Todos los misterios anteriores de la vida de la Virgen son tales por su ordenación a la maternidad divina, y los posteriores por consecuencia de la misma.

1. Madre del Verbo

La maternidad de María sobre el Verbo encarnado en su seno es un

(1) "Nihil aequale Mariae, nihil nisi Deus major Mariae": *Orationes et meditationes*; PL 158, 956.

(2) "Ad finem deitatis propria operatione attigit, dum Deus concepit, peperit et genuit": *Com. in II-II*, q. 103, a. 4, n. IV.

(3) "Affinis Deo": *ibid.*

misterio de una plenitud impresionante. No se trata sólo de una maternidad física. Su cooperación es más plenaria, se realiza por su intensa caridad, por su unión de amor con el Hijo de Dios. No fue un mero instrumento pasivo sino consciente cooperadora de la salvación. San Agustín no trepida en decir que por su fe —por su fe viva, empapada en caridad— la Virgen concibió a Cristo en su corazón antes de engendrarlo en su carne (4). Al solicitarle su consentimiento, el ángel la invitó a unirse al acto de amor infinito por el cual Dios resolvió encarnarse en su seno para salvar a los hombres. Por eso María es madre del Verbo encarnado no sólo por la naturaleza de su cuerpo, porque le dio su carne y su sangre, sino que es madre también por su inteligencia y su voluntad, porque creyó y obedeció. La totalidad de su ser humano contribuyó a este parto inefable.

El Papa Pablo VI, en su Exhortación Apostólica "Marialis Cultus", pide que dirijamos siempre de nuevo la atención sobre este misterio central, para lo cual —dice— nada mejor que la solemnidad litúrgica de la Maternidad de María, establecida recientemente por la Iglesia para el día 1º de enero, según un uso antiguo de la liturgia de Roma, "destinada a celebrar la parte que tuvo María en el misterio de la salvación y a exaltar la singular dignidad de que goza la Madre Santa, por la cual merecimos recibir al Autor de la vida" (5). Fiesta que se une a la ya tradicional del 25 de marzo, la Anunciación del Señor, en la que se hace memoria tanto del "fiat" salvador del Verbo que entra en el mundo como del "fiat" cooperador de María (6).

2. Madre del Sumo y Eterno Sacerdote

Destaquemos en el misterio que nos ocupa un aspecto que hace más a nuestro propósito. La Santísima Virgen, al ser hecha Madre de Dios fue hecha madre del Sumo y Eterno Sacerdote. Porque el Verbo no vino al mundo sólo para asumir la naturaleza humana, sino que se encarnó para salvarnos. Su misión es la de un redentor, una misión propiamente sacerdotal, una vocación sacerdotal. La Encarnación fue resuelta por Dios para hacer posible la vocación sacerdotal del Hijo de Dios. Ser Madre de Cristo es, por consiguiente, ser Madre del Sumo y Eterno Sacerdote.

Escribe hermosamente P. Philippe: "Naciendo de María, el Hijo de Dios tomaba de este Corazón Inmaculado la sangre que formaría su propio Corazón y que sería derramada después por la salvación de la humanidad. Cuando bebemos el cáliz de nuestra Misa bebemos ciertamente la sangre de Jesucristo, la sangre de las llagas del Crucificado, y, sobre todo, de la llaga del Corazón; pero es también la sangre que

(4) "Prius mente quam ventre": *Sermo* 215, 1; PL 238, 1074.

(5) Nº 5.

(6) Ibid. cf. Nº 6.

ha sido formada en el Corazón de María, durante estos benditos meses en que Ella llevaba en su seno al Hijo de Dios" (7).

María Santísima es la nueva Arca de la Alianza, el nuevo Templo de Dios (8), el altar donde se realizó esta suprema ordenación sacerdotal que salvaría a los hombres. Por medio de María, en María, Jesús se ha hecho sacerdote, porque por medio de Ella, en Ella, la naturaleza humana se ha desposado con la naturaleza divina, de modo tal que el Verbo hecho carne ha quedado constituido Mediador entre Dios y los hombres. Cristo no necesitó una consagración especial: por el solo hecho de su Encarnación es Sacerdote, ya que unió en sí la divinidad y la humanidad (9). Haciéndose Hijo de María el Hijo de Dios se hizo Sacerdote.

3. Madre de los sacerdotes

La maternidad de María no termina en el Hijo divino de sus entrañas. Porque en Cristo, en cierto modo nos concibió a todos los que nos gloriamos con el nombre de cristianos. Al engendrar la Cabeza, incoactivamente engendró el Cuerpo de esa Cabeza, es decir, la Iglesia. Llevando en su seno al Salvador, María llevaba también a todos los salvados. Por eso bien dice San Agustín que cuantos estamos unidos en Cristo y somos miembros de su cuerpo, de su sangre y de sus huesos, hemos salido del seno de María, así como el cuerpo sale unido con su cabeza (10). Cristo se prolonga en los cristianos, el seno de María se amplía en el seno de la Iglesia, virgen y madre como María. La Iglesia, al engendrar nuevos miembros de Cristo en las aguas del bautismo, prolonga la maternidad virginal de María. Así enseña San León Magno: "El origen que Cristo tomó en el seno de la Virgen, lo ha puesto en la fuente bautismal; ha dado al agua lo que dio a la Madre; en efecto, la virtud del Altísimo y la sombra del Espíritu Santo, que hizo que María diese a luz al Salvador, hace también que el agua regenere al creyente" (11). María y la Iglesia son madre de Cristo, pero ninguna de las dos lo da a luz íntegramente sin la otra.

Desde el sublime momento de la Encarnación del Verbo María es, pues, madre de todos los cristianos. Pero de una manera peculiar madre de los sacerdotes, que son aquellos cristianos que participan de manera más estrecha en la obra de la Redención. Si María es Madre del Sumo Sacerdote, consiguientemente es madre especial de los sacerdotes, ya que de Cristo todos los sacerdotes reciben su propio sacerdocio. Por eso Pío XII decía que "los sacerdotes pueden ser llamados

(7) P. Philippe O. P., *La Virgen Santísima y el Sacerdocio*, Bilbao, 1953, pp. 35-36. De esta obra nos hemos ayudado principalmente para el presente artículo.

(8) Cf. "Marialis cultus", Nº 6.

(9) Cf. *S. Th.* III, 22, 1 y 26, 1.

(10) Cf. *De virginibus*, 6.

(11) *Sermo* In Nativ. Domini 5; cf. también *Conc. Vat. II*, Const. "Lumen gentium", n. 63; y Exhort. Ap. "Marialis cultus" Nº 19.

con un título muy particular los hijos de la Virgen María" la cual, "siendo la Madre del Sacerdote eterno es, por causa de esto, la Madre amantísima del clero católico" (12). Porque no todos los miembros del Cuerpo Místico de Cristo tienen la misma función, sino que cada uno cumple un oficio peculiar (cf. Rom. 12, 4-8). El sacerdote es otro Cristo. El oficio propio de los sacerdotes en la Iglesia es ser los continuadores del sacerdocio de Cristo. María los llevaba ya en su seno: eran los futuros sacerdotes de su Hijo. Lo que María fue para Cristo, esto mismo es para el sacerdote. No puede ser sacerdote quien no se deje engendrar por María. Oportuna resulta aquí aquella invitación que nos hace San Luis María Grignon de Montfort de colocarnos en María, como en el "molde" que ha formado a Jesús, único molde capaz de modelar imágenes perfectas de Jesucristo. Podemos desde ahora entrever los lazos singulares que existen entre María y nuestro sacerdocio y comenzar a darnos cuenta hasta qué punto nuestro sacerdocio depende de la Madre de Cristo Sacerdote.

La maternidad de María en relación con los sacerdotes comienza pues en la Anunciación. Pero ésta es una maternidad en germen, en camino hacia la Cruz —momento culminante de la redención— donde (como veremos más adelante) María fue constituida Madre nuestra en la persona de Juan. "He aquí a tu hijo", dijo Jesús a María, señalándole a Juan. "He aquí a tu madre", añadió, dirigiéndose al Apóstol predilecto. Y el mismo San Juan, ordenado sacerdote juntamente con los otros apóstoles en la Última Cena, nos afirma que "desde ese momento la tomó en su casa" (Jo. 20, 25-27). Podemos ver en aquellas palabras de Nuestro Señor una confirmación de la Maternidad —dolorosa— de María sobre todos los sacerdotes.

4. Madre ejemplar de los sacerdotes

El sacerdote está llamado a reeditar en cierto modo la maternidad de María. Él también está destinado a engendrar a Cristo en el interior de los hombres, a multiplicar navidades por el mundo. El teólogo alemán Scheeben dice que a los sacerdotes se los llama justamente "padres" aun cuando formalmente hacen oficio de "madres", porque engendran a Cristo a veces no sin dolor. Ya lo decía San Pablo: "¡Hijos míos, por quienes sufro de nuevo dolores de parto hasta ver a Cristo formado en vosotros!" (Gal. 4, 19). Al obrar así el sacerdote no hace sino imitar la maternidad de María. Siempre que Cristo es dado a luz en un alma por mediación de un sacerdote, allí estará necesariamente María. Ello no sería posible sin la presencia y colaboración de María.

Maternidad virginal la de María. Y también la del sacerdote. La virginidad de María —condición de la admirable fecundidad de aquella que "no conoció varón"— deberá ser imitada por el sacerdote me-

(12) Enc. "Menti nostrae"

dante el cumplimiento gozoso del celibato. Toda su fecundidad le viene de Dios, del Espíritu Santo, no de la voluntad de la carne ni de creatura alguna.

Pero la ejemplaridad maternal de la Santísima Virgen tiene sus exigencias. Su maternidad está en estrecha relación con su humildad. Si el ángel se dirigió a Ella para invitarle a ser Madre de Dios fue porque el Señor "miró la humildad de su esclava". La paternidad —o maternidad— sacerdotal exige humildad. Si el sacerdote es otro Cristo, si obra "in persona Christi", es porque previamente se ha vaciado de sí. De lo contrario, no podrá llenarse de Dios y menos aún podrá darlo a luz como por sobreabundancia. De ahí que la humildad sea una virtud tan propia del sacerdote. Nadie como él está tan apremiado a hacer suya la expresión del Apóstol: "Ya no vivo yo sino que es Cristo el que vive en mí" (Gal. 2, 20).

La humildad de María, tan especialmente patente en el misterio de la Anunciación, no le impidió el ejercicio de otra virtud, aparentemente opuesta, como es la magnanimidad. "Hizo en mí grandes cosas el que es poderoso", canta en el Magnificat. También el sacerdote está llamado a hacer grandes cosas, a continuar las maravillas de Dios, las maravillas de María. Ningún fundamento mejor para ello que la humildad. Porque si bien es cierto que el sacerdote se sabe destinado a llevar a cabo grandes cosas no ignora por ello que, a ejemplo de María, no es últimamente él quien las obra, sino aquel Cristo que vive en él, y por eso hablará, como María, en voz pasiva: "hizo en mí grandes cosas". El sacerdote no hace otra cosa que prestar sus labios, sus manos, su inteligencia, para que Cristo obre y gesticule salvíficamente por su intermedio.

II. LA PLENITUD DE GRACIA EN MARIA Y LA SANTIDAD DEL SACERDOTE

No es posible ahondar en el papel que la Virgen cumplió respecto a Cristo Sumo Sacerdote y consiguientemente respecto a los sacerdotes que participan en el Supremo Sacerdocio de su Hijo, si no nos colocamos en la perspectiva divina, y vemos las cosas como las ve Dios.

Porque Dios no ama a sus creaturas de la manera como las amamos nosotros. Para que nosotros amemos a alguien —enseña Santo Tomás— tenemos primero que conocer en esa persona su bondad, tenemos que encontrarla amable. En cambio Dios empieza por amar aun antes de crear, ya que su amor mismo es creador; El infunde en las cosas la bondad al mismo tiempo que la existencia. Por consiguiente, su amor no está determinado por la previa bondad del objeto amado, sino que la bondad del objeto amado es infundida por su amor (13). No

(13) Cf. S. Th. I, 20, 2.

ama las cosas porque las encuentra amables, sino que al amarlas las hace amables.

Este principio de pre-dilección gratuita se cumple de manera palmaria en el caso de la Santísima Virgen. Su gran perfección, su plenitud de gracia desde el primer instante de su concepción, manifiesta de manera esplendorosa el amor infinitamente gratuito con que ha sido amada por Dios, al mismo tiempo que su papel junto a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote.

1. María, un sueño de Dios

Desde toda la eternidad, María fue soñada por Dios juntamente con Cristo. Si, según el adagio escolástico, lo primero en el orden de la intención es lo último en el orden de la ejecución, aun cuando Dios hizo ante todo a la primera pareja humana, Adán y Eva, en su intención fue primero la pareja Cristo-María, el nuevo Adán y la nueva Eva. De modo que al soñar a María, Dios Padre que la predestinaba para ser nada menos que la Madre de su Hijo divino, la llenó de gracias desde el primer instante de su existencia. Tal es el sentido del misterio de la Inmaculada Concepción. Este misterio no consiste solamente en el hecho de que María haya sido preservada del pecado original, sino, sobre todo, en el hecho de que María fue invadida con una plenitud de gracia tan inmensa que hizo de Ella la santa más perfecta que podamos imaginar.

Ponderemos las palabras con que la Iglesia promulgó este dogma: "En el principio y antes de todos los siglos, Dios escogió y preparó para su Hijo Unico la Madre en la que El debía encarnarse y de la que debía nacer. La quiso más a Ella sola que al universo entero, y con un amor tal, que puso en Ella de manera singular sus más grandes complacencias. Porque en el poder de los tesoros de su Divinidad, Dios la colmó maravillosamente y más que a todos los espíritus angélicos y a todos los santos, para que fuera siempre totalmente exenta de todo pecado. Y toda pura y perfecta, apareció en una tal plenitud de inocencia y de santidad, que nadie puede, después de la de Dios, concebir otra mayor, ni otro entendimiento que el de Dios puede llegar a concebir su grandeza" (14).

Desde el primer instante de su concepción, María fue más santa que cualquier otro santo, por grande que éste sea; más santa que todos los ángeles y santos juntos. Nuestro espíritu no puede abarcar las dimensiones de su santidad: sólo Dios es capaz de ello, dice el Papa.

Llena de santidad desde el primer momento de su concepción. Sin embargo esa plenitud de gracia no fue de tal naturaleza que no pudiese acrecentarse más y más. A lo largo de toda su vida María San-

(14) Pío IX, Bula "Ineffabilis Deus".

tísima respondió en cada momento al Amor infinito que se le entregaba, con un amor siempre más ardoroso. Y el ritmo del crecimiento de ese amor se iba acelerando sin cesar, como el movimiento de una piedra que cae se hace cada vez más vertiginoso.

2. Santos, a ejemplo de María

También el sacerdote, a semejanza de María, ha sido elegido por Dios desde toda la eternidad. Cuando el Padre soñó la Encarnación de su Hijo y con ella su ordenación como Sumo y Eterno Sacerdote, en cierto modo nos soñó a todos los sacerdotes en Él. El Apóstol se sabía soñado desde siempre por Dios "Pablo, siervo de Cristo Jesús, llamado a ser apóstol, elegido para predicar el Evangelio de Dios..." (Rom. 1,1). Todo sacerdote ha sido proyectado por Dios desde toda la eternidad, de modo similar a la Santísima Virgen. De ahí la necesidad de imitar la santidad de María, y de manera siempre creciente.

A la excelsitud del estado sacerdotal debe corresponder la santidad de vida. Somos llamados a ser ejemplo para los demás, "forma gregis" (1 Petr. 5, 3). Si María fue santa desde el primer instante de su vida destinada al maravilloso ministerio de engendrar a Dios, también nosotros, llamados a imitar aunque sea pálidamente esa divina maternidad, debemos ascender sin descanso la cuesta de la santidad. "Este es el programa por vosotros libre y espontáneamente aceptado: ser santos, pues santo es vuestro ministerio", recordaba Pío XII (15). Nuestra condición de mediadores entre Dios y los hombres, el carácter de instrumentos de Dios que debemos obrar "in persona Christi", el carácter sacerdotal y la gracia sacramental del Orden Sagrado nos impelen sin cesar a ello. Si no somos santos o, al menos, si no tendemos seriamente a la santidad, la fecundidad de nuestro ministerio quedará fallida. No podemos convertirnos en "burócratas de la fe", en "funcionarios de Dios". Nuestra meta es altísima. María será siempre el espejo de nuestra tendencia nunca satisfecha a la santidad.

III. MARIA EN NAZARET Y LA CONTEMPLACION DEL SACERDOTE

1. María, la contempladora

Treinta años permaneció María en Nazaret. Rescatemos de ese período el encantador episodio del Niño perdido en el templo de Jerusalén. Cuando su turbada Madre lo encontró, escuchó de El una extraña respuesta, ininteligible para Ella. Nos dice el Evangelio que volvió a Nazaret y allí "conservaba todo esto en su corazón" (Lc. 2, 51) (16). María captó como nadie la inefabilidad de su Hijo. A partir de entonces nunca se interrumpió esa serena meditación comprendiendo que

(15) Adhortatio ad clerum universum, 1950.

(16) Y en otro lugar dice San Lucas, luego de relatar el nacimiento del Salvador: "María guardaba todo esto y lo meditaba en su corazón" (2, 19).

jamás podría comprender los inagotables misterios de su Hijo. Treinta años dedicados a "contemplar" a Cristo, en el silencio y la adoración.

Con este largo retiro María inauguró la meditación secular que la Iglesia nunca ha dejado de hacer en torno a la persona de Cristo. Se ha comparado a esta actividad con la "rumiación". María contemplaba a Cristo y lo volvía a poner siempre de nuevo ante sus ojos, sin cansarse, sin agotarlo. Lo rumiaba: era como un alimento siempre traído de nuevo a su boca, para gustarlo, para paladearlo, para saborearlo. La meditación de María prefigura así esa intensa rumiación que es la Tradición de la Iglesia, la contemplación de los santos, de los teólogos, de los doctores, de los místicos.

2. Contemplar a Cristo en unión con María

Nosotros, sacerdotes, debemos aprender a pensar, a sentir, a querer, a obrar y a sufrir como Cristo, no solamente como Cristo modelo de toda perfección, sino específicamente como Cristo Sacerdote, como Cristo pontífice y mediador entre Dios y los hombres. Ahora bien, para reproducir un modelo, hay que contemplarlo de cerca y con la mayor frecuencia posible. Máxime cuando se trata de un modelo vivo: el solo contacto con un hombre de una personalidad fuerte y atractiva ejerce sobre aquellos que viven en su intimidad, que lo admiran y lo aman, una influencia irresistible; hay como una transfusión espiritual de las disposiciones de su alma. Leemos en el Evangelio que Cristo eligió a sus apóstoles "ut essent cum Illo". Asimismo escogió a los sacerdotes "para que estuviesen con Él", para que lo imitasen y reprodujesen en sí los sentimientos de su sacerdocio ("sentire in nobis quod et in Christo Iesu sacerdote"). Nadie más apto para esa tarea que María, madre y educadora de los sacerdotes, "nadie en el mundo ha conocido como Ella a Jesús, nadie es mejor maestro y mejor guía para hacernos conocer a Jesús" (17).

Los sacerdotes debemos entrar en la escuela de Nazaret. Lo que antes ella vio y oyó de Jesús no cesa de repasarlo en su corazón. Y sus meditaciones eran —y son— sacerdotales, del todo identificadas con los sentimientos y las intenciones sacerdotales de Jesús. Penetró hasta el sancta sanctorum del corazón sacerdotal de su Hijo. Sin Ella, la divina contemplativa, nos quedaríamos en la superficie de Jesús; con Ella, nos hacemos capaces de penetrar en su interior. Cuando nos ponemos a meditar en tal o cual virtud sacerdotal de Jesús juntamente con María, Ella hace en cierto modo que a partir del Corazón de Jesús y pasando por su Corazón Inmaculado, fluyan hasta nosotros las disposiciones sacerdotales de su Hijo. Con María podemos pasarnos horas en la contemplación de Jesús Sacerdote, sin razonar, sin hablar, mirando, admirando, amando.

(17) Pío X, "Ad diem illum".

3. El silencio de María y el silencio del sacerdote

Nuestra Señora de Nazaret nos enseñará también el amor al silencio. "Mater muta Verbi silentis", la llama un autor medieval: "Madre muda de un Verbo que calla". Gracias a su silencio, María pudo abordar los secretos de su Hijo. Y gracias a su silencio de treinta años, Cristo se preparó eficazmente para su predicación apostólica. Por eso el amor al silencio, la educación en el silencio, más sobre todo en una época como la nuestra, signada por el ruido y la agitación, es requisito necesario para la formación sacerdotal. El silencio es la matriz de la palabra. No es palabra verdadera sino aquella que brota del silencio. El silencio de María en Nazaret no fue simplemente ausencia de palabra, de ruido, sino el ambiente propicio para el recogimiento, para la vida interior. No que María estuviese constantemente en éxtasis. Pero nunca se disipaba del todo. Ya trabajase, ya hablase, ya cocinase, todo lo relacionaba con Jesús. "Permaneced en Mí y Yo permaneceré en vosotros", dijo Jesús a sus apóstoles (Jo. 15, 4). Algo semejante pide de sus sacerdotes. El alma de un sacerdote sin recogimiento es como una plaza pública abierta a todos los ruidos y a todos los tumultos, un alma que se deja arrastrar por los sentidos. La actividad de un sacerdote disipado es más agitación que acción sobrenatural. El ejemplo de María es una muda invitación al recogimiento, a la victoria sobre la dispersión disgregante en pro de la unificación de todo el ser, una invitación a polarizarse en Cristo, en Cristo Sacerdote.

4. Una escuela de oración

Finalmente, Nazaret nos enseña el valor de la oración. Nazaret es una casa de oración, una casa de oración sacerdotal. José, María y el Niño constituyen una comunidad de oración. La Exhortación de Pablo VI, "Marialis cultus", se refiere a María como a "la Virgen orante". Su espíritu de oración se manifestó a lo largo de toda su vida: en la visita a la madre del precursor cuando glorificó a Dios con el Magnificat; en las bodas de Caná al lograr de su Hijo el primer milagro; en el Cenáculo rogando por la venida del Espíritu Santo; y ahora desde el cielo intercediendo por nosotros (18). Pero quizás "la Virgen orante" nunca lo fue tanto como en su período de Nazaret. Su oración, resumida en el Magnificat, es por sobre todo una oración de alabanza, que parece inaugurar la oración oficial de las horas litúrgicas u Oficio Divino, oración que para el sacerdote es un deber cotidiano. La mejor manera de rezar la Liturgia de las Horas será revistiéndonos de los purísimos sentimientos de María en Nazaret.

IV. MARIA AL PIE DE LA CRUZ Y LA INMOLACION DEL SACERDOTE

Toda la vida de Cristo es un lento pero incesante caminar hacia la Cruz: de Belén al Calvario. Porque si el Verbo se hizo carne fue pa-

(18) Cf. "Marialis cultus" N° 18.

ra tener alguna materia que ofrecer en sacrificio. Un solo acto interno de amor hubiera bastado, sin duda, para nuestra redención. ¿Por qué, entonces, la Pasión, la Sangre, la Cruz? La razón es el Amor Infinito que Dios nos tiene, y su anhelo de suscitar en nosotros una respuesta de amor. Porque nada despierta mejor una respuesta de amor que una muestra de amor verdadero.

Esa respuesta de amor al Amor que Cristo espera de todos los miembros de su Cuerpo Místico comenzó ya en el corazón de María, y de una manera especialmente intensa al pie de la cruz. Porque María no es sólo la Madre de Cristo Sacerdote y, por consiguiente, madre de todos los sacerdotes, sino que es también su socia en el sacerdocio. No que sea sacerdote Ella misma, pero sí la "socia de Cristo sacerdote", la Esposa del Sumo Sacerdote. San Alberto Magno expone así esta doctrina: "La Virgen bienaventurada no ha sido escogida por el Señor para ser ministra, sino para ser esposa y ayuda, según aquella expresión del Génesis: 'Hagamos una ayuda semejante a él' (2, 18). La bienaventurada Virgen no es vicaria, es decir, instrumento, sino coadjutora y compañera, participando en el Reino como participó en la Pasión cuando, habiendo huido todos los discípulos, permaneció sola al pie de la Cruz. Las heridas que Cristo recibió en su cuerpo, Ella las recibió en su Corazón" (19).

1. Nuestra Señora de la Compasión

Al pie de la Cruz, María se muestra la Esposa doliente de Cristo Sacerdote y Víctima. Allí lo fue, sin duda, de manera culminante. Sin embargo lo fue también a lo largo de toda su vida. Desde el momento mismo de la Anunciación, Ella consintió en proveer la Víctima hecha de su propia sustancia, sabiendo al menos genéricamente lo que le esperaba; su encuentro con Simeón se lo reveló con mayor claridad, como lo recuerda Pablo VI cuando, al evocar a María con el hermoso nombre de "la Virgen oferente", relaciona expresamente su ofrecimiento de Jesús en el Templo con el ofrecimiento de la Cruz (20), relación perceptible en las palabras de Simeón al unir en un solo vaticinio al Hijo, signo de contradicción (cf. Lc. 2, 34) y a la Madre, a quien una espada traspasaría el alma (cf. Lc. 2, 35). Todo Nazaret es María educando a la Víctima con miras al sacrificio. Por eso María al pie de la Cruz no es sino la consumación del estado víctimal en que estuvo toda su vida, desde su "fiat" inicial.

(19) *Mariale*, 42.

(20) Cf. "Marialis cultus" N.º 20: "El episodio de la Presentación en el Templo orienta en sus varios aspectos hacia el acontecimiento salvífico de la Cruz. La misma Iglesia, sobre todo a partir de los siglos de la Edad Media, ha percibido en el corazón de la Virgen que lleva al Niño a Jerusalén para presentarlo al Señor, una voluntad de oblación que trascendía el significado ordinario del rito. De dicha intuición encontramos un testimonio en el afectuoso apóstrofe de San Bernardo: 'Ofrece tu Hijo, Virgen sagrada, y presenta al Señor el fruto bendito de tu vientre. Ofrece por la reconciliación de todos nosotros la víctima santa, agradable a Dios' (In purificat. B. Mariae, Sermo III, 3)".

Allí, en la Cruz, como dice la "Lumen gentium" (21), no sin divino designio se mantuvo de pie y se asoció con maternal corazón al sacrificio de su Hijo. Místicamente sufrió en carne propia los dolores de su Hijo, en esa carne que Ella le había dado a Él. La lanza que abrió el costado de Cristo perforó su costado, como se lo había profetizado Simeón, los clavos que taladraron las manos del Sacerdote se hundieron en las manos de la Madre del Sacerdote. Fue con crucificada. Por eso la Iglesia se complace en llamarla Corredentora. Porque así como en el Templo sostuvo a su Hijo para el penoso rito de la Circuncisión, con el consiguiente derramamiento de las primeras gotas de sangre del Redentor, así ahora toda Ella es como una patena en la que ofreció la divina Víctima durante esa primera y fontal Misa de la historia: tres crueles horas de elevación, la primera antes de la que todos los días reeditamos los sacerdotes en la Misa luego de la consagración y confección del sacrificio.

Los documentos de la Iglesia aluden con frecuencia a esta identificación de María con la Víctima inmolada. Así por ejemplo León XIII: "Ella ofreció libremente a su Hijo a la justicia divina, muriendo con El, con el corazón traspasado por la espada del dolor" (22). Y Benedicto XV: "María compadeció de tal modo con su Hijo que sufría y moría, casi al punto de morir con El, renunció con tanta generosidad a sus derechos maternos sobre su Niño con miras a la salud de los hombres, inmolando a su Hijo en la medida en que esto le competía para apaciguar la justicia divina, que se puede afirmar que junto con Cristo salvó al género humano" (23). Si Cristo es la Pasión, María es la Compasión. La sangre del Hijo y las lágrimas de la Madre confluyen en el mismo canal salvador.

2. La com-pasión del sacerdote

Pues bien, como sacerdotes renovamos todos los días el Sacrificio de la Cruz. Nos ordenamos ante todo para esto, para el Santo Sacrificio de la Misa. "El sacramento del Orden se ordena al sacramento de la Eucaristía" enseña Santo Tomás (24). "El sacerdote ejerce dos acciones: una, la principal, concierne al verdadero Cuerpo de Cristo; la otra, que depende de la primera, concierne al Cuerpo Místico" (25). El poder que se nos ha dado sobre el Cuerpo Místico es en orden a disponer a las almas para tomar parte con Cristo en la Misa. De modo que para un sacerdote lo primero es la Misa. No en vano cuando Cristo instituyó el sacerdocio dijo a sus apóstoles: "haced esto en memoria mía". Por consiguiente, somos sacerdotes ante todo para ofrecer el Sacrifi-

(21) N.º 59.

(22) "Iucunda semper", 1894.

(23) "Inter Sodalicia", 1918.

(24) *S. Th.*, Suppl. 37, 2.

(25) *Ibid.* 36, 2.

cio de la Misa, del mismo modo que Cristo es Sacerdote para ofrecer el sacrificio de la cruz (26).

Nuestra Misa es su Cruz rediviva. "No hay más que una sola e idéntica Víctima, enseña Trento. Una misma persona que se ofrece ahora por el ministerio del sacerdote, como fue ofrecida en otro tiempo sobre la cruz; sólo el modo de ofrecerla es diferente" (27). Cristo se vale de nosotros como de un instrumento, se sirve de nuestros labios, de nuestra inteligencia. Nos asume de nuevo: "Él es el verdadero sacerdote que se ofrece sobre la cruz, y en virtud del cual su Cuerpo es consagrado cada día sobre el altar" (28). Por eso en la Misa no decimos: "Esto es el Cuerpo de Cristo" sino "Esto es mi Cuerpo". En cierta manera, no hay dos personas en ese momento. Obramos "in persona Christi" (29), somos "la imagen de Cristo" (30). Así como las dos personas no obran más que una misma acción sobre el altar, así los dos corazones no constituyen más que uno por el amor. La Misa es el punto central de nuestra jornada sacerdotal: el momento en que nos unimos con el Corazón de Cristo de una manera especial.

Tratando sobre el amor escribe Santo Tomás: "El amado se encuentra en el que ama, puesto que éste piensa incesantemente en su amigo; y, al revés, el que ama se encuentra por el pensamiento en el amado, porque no se contenta con un conocimiento superficial del amado, sino que se aplica a conocerle a fondo y en detalle. Así, penetra hasta en lo que de más íntimo hay en él. Del Espíritu Santo, que es el amor de Dios, se ha dicho que 'escudriña las profundidades de Dios' (1 Cor. 2, 10)... En el amor de amistad, el que ama está en su amigo por el hecho de hacer suyos los bienes y los males de su amigo. Es como si gozara y sufriera él mismo en el amigo. Por esto es propio de los amigos querer las mismas cosas, sufrir y gozar por las mismas cosas. Así pues el que ama, considerando como suyo todo lo que concierne al amado, le parece estar en éste e identificado con él. Y al revés, el amado está en el amigo por el hecho de que quiere y obra en relación con él, como si fuera para sí, puesto que lo considera como otro yo" (31). Releamos este texto pensando que este amigo es el mismo Cristo Sacerdote. De hecho a los apóstoles —sus primeros sacerdotes— los llamó sus amigos (cf. Jo. 15, 15). Por la caridad sacerdotal, Cristo Sacerdote penetra en nuestras almas y nos invita a pensar continuamente en El como Sacerdote; nos introduce en su alma de sacerdote. Es precisamente en la Misa donde se realiza al máximo esta unión total con Cristo sacerdote, fuente misma de la santidad sacerdotal.

(26) Cf. S. Th. III, 22, 4.

(27) Ses. XXII, c. 1; Denz. 940.

(28) S. Tomás, *Contra Gent.* IV, 76.

(29) S. Th. III, 82, 1.

(30) Ibid. III, 83, 1, ad 3: "Sacerdos gerit imaginem Christi, in cuius persona et virtute verba pronuntiat ad consecrandum... Et ita quodammodo idem est sacerdos et hostia".

(31) S. Th. I-II, 28, 2.

"Con un deseo intenso deseé comer esta Pascua con vosotros" (Lc. 22, 15), confió Jesús a sus apóstoles. Con un deseo intenso he deseado celebrar esta Misa contigo, el día de hoy.

Celebrar la Misa es participar en la Pasión del Señor, hacernos uno con Cristo paciente. Esta participación no tiene carácter cruento, pero exige una comunión interior con los sentimientos del Corazón de Cristo, un compadecer, padecer-con, un compartir la agonía de su Corazón sagrado. La Misa es últimamente un acto de amor, de caridad. De amor de Cristo, que se da "hasta el fin", de amor al sacerdote, que com-padece. Ahora bien, nadie tiene mayor amor que el que da la vida por sus amigos. Nuestro Señor podría llegar a pedirnos que derramásemos nuestra sangre por Él. Tal pedido estaría en la misma línea de la Misa. Por eso dice Santo Tomás que los sacerdotes deben estar internamente dispuestos al martirio, de manera que se encuentren prontos a derramar su sangre, si se presenta el caso, para mejor conformarse con ese Cristo crucificado que tienen en sus manos (32).

3. María al pie del altar

Si María tuvo un papel tan relevante junto a la Cruz, no podrá dejar de tenerlo en nuestra Misa cotidiana. Donde está la Cruz —o la renovación de la Cruz— allí está María. La Corredentora no puede estar ausente donde se conmemora la Redención. El sacerdote tiene verdadera necesidad de esta presencia santa en su Misa, presencia invisible pero cuán eficaz sobre su pobre corazón de hombre. Pasando por el Corazón de María, podrá participar en los sentimientos sacerdotales de Cristo crucificado. Ella le enseñará a unirse a la Víctima santa del Calvario, a conformarse con su sacrificio.

Cuánta plenitud encierran para nosotros, sacerdotes, aquellas estrofas del himno "Stabat Mater":

*"Oh Madre, fuente de amor,
haz que yo sienta la fuerza de tu dolor.
Haz que arda mi corazón
en amor de Cristo, mi Dios,
para que así le agrade.
Haz que lleve la muerte de Cristo,
hazme socio de su Pasión,
haz que herido con sus heridas
me sienta embriagado con su Cruz
y con la Sangre de tu Hijo".*

La embriaguez de la cruz es una gracia excelsa. También ella nos viene por María, Medianera de todas las gracias. A este respecto recuerda Pablo VI en su "Marialis cultus" aquella oración litúrgica que

(32) Cf. S. Th. II-II, 40, 2: "Omnes clericorum ordines ordinantur ad altaris ministerium in quo sub sacramento representatur Passio Christi... Et ideo competit eis esse paratos ad propriam sanguinis effusionem pro Christo, ut imitentur opere quod gerunt ministerio"; "Christo occiso... omnes ministri praedicti sacramenti (Eucharistiae) debent conformari": Ibid. Suppl. 39, 3.

se reza después de la comunión el día 15 de setiembre: "...para que, recordando a la Santísima Virgen Dolorosa, completemos en nosotros, por el bien de la santa Iglesia, lo que falta a la Pasión de Cristo" (33). La Misa de un sacerdote unido a Cristo no puede concebirse sin la ayuda de María. Antes de comenzar a celebrarla le pediremos que nos una a Cristo sacerdote, y nos recuerde que nos ponemos místicamente al pie del monte Calvario. Durante la Misa, en especial en el momento de la consagración, podremos imaginarnos junto a nosotros, al pie del altar. Después de la Misa entonaremos con Ella el Magnificat.

4. Socia del sacerdote

Esta unión, comenzada en el altar, debe prolongarse a lo largo de toda nuestra jornada. Porque como sacerdotes que somos hemos sido llamados a ser víctimas, a llevar en nuestra carne los estigmas de Cristo crucificado, a mortificarnos, a disponernos al martirio. Y así como María fue socia y esposa de Cristo en toda su obra redentora, y especialmente en su Pasión, así nos acompañará en nuestra labor apostólica, que es nuestro modo de colaborar en la redención: será nuestra socia, nuestra esposa. Entre María y el sacerdote se establece una unión de amor, una amistad espiritual, sobrenatural. El Corazón de María es el corazón complementario que el sacerdote necesita "a fin de que no esté solo" (Gen. 2, 18). María no es tan sólo la Madre del sacerdote. Es también su esposa, su colaboradora.

San Juan Eudes ha dado a esta unión entre el sacerdote y la Virgen el nombre de "contrato de alianza". "¡Oh admirable y amabilísima María!... —dice a la Santísima Virgen en una de sus oraciones— no me maravilla que hayáis querido ser la esposa del último de los hombres y del mayor de los pecadores, que se ha atrevido a escogeros, desde los más tiernos años, para su única esposa, y consagraros enteramente su cuerpo, su corazón y su alma: es que queréis imitar la bondad infinita de vuestro Hijo Jesús, que se ha dignado ser el Esposo de un alma pecadora y miserable... Como el esposo y la esposa no deben tener más que un corazón y un alma, haced también, si os place, ¡oh Reina de mi corazón!, que yo no tenga más que un alma, un espíritu, una voluntad y un corazón con Vos" (34).

De este don mutuo nace una compenetración recíproca, esa "mutua inhaesio" que Santo Tomás considera como el fruto más puro de la amistad (35). El sacerdote vive en María y María en el sacerdote. Como escribe Grignon de Montfort: "Ya no es el alma la que vive; es María quien vive en ella, o el alma de María, por así decirlo, viene a ser su alma" (36).

(33) N.º 11.

(34) *Oeuvres choisies de Saint-Jean Eudes*, Paris, 1934, pp. 433-443.

(35) Cf. S. Th. I-II, 28, 2.

(36) *El Secreto de María* N.º 55.

V. MARIA EN EL CENACULO Y EL MINISTERIO DEL SACERDOTE

"El último trazo biográfico de María nos la describe en oración: los Apóstoles 'perseveraban unánimes en la oración, juntamente con las mujeres y con María, Madre de Jesús, y con sus hermanos' (Act. 1, 14): presencia orante de María en la Iglesia naciente y en la Iglesia de todo tiempo" (37). Su recogimiento, en un momento tan solemne, sin duda que impulsó a los Apóstoles a la plegaria. María presentía que iban a descender del cielo gracias inmensas para convertir a esos hombres, todavía tan débiles y tan llenos de errores, en columnas de la Iglesia. Pedía al Espíritu Santo que se derramara con abundancia sobre cada uno de ellos, los transformara radicalmente y los hiciera otros Cristo, santos sacerdotes. A la oración de la Virgen debe atribuirse en gran parte que la Iglesia empezara el día de Pentecostés su ministerio apostólico en el mundo.

1. Nuestra Señora del Cenáculo

Si Cristo quiso necesitar de María en la obra de la Redención, fue para enseñarnos que no podemos prescindir de la asistencia de María en nuestro ministerio. Su presencia en el Cenáculo es una prueba de ello. Allí oró para que los discípulos se convirtieran en santos apóstoles, como una madre que ruega a Dios en vísperas de la ordenación de su hijo. Y sin duda los siguió asistiendo con su oración durante los años que permaneció en la tierra, junto a San Juan. Pedía y obtenía para ellos la gracia de que su predicación fuese escuchada, la gracia de la conversión de los gentiles. Era como una madre escondida, velando por la fundación y expansión de la Iglesia.

¡Nuestra Señora del Cenáculo! Todo el tiempo del Seminario es una especie de tiempo de Cenáculo, bajo la especial protección de María, en espera de que se abran sus puertas y salgan por ellas los nuevos sacerdotes como encendidos apóstoles de Cristo Rey, sin miedo, sin cobardía, odiando la mediocridad, el error, el pecado. Pero en cierto modo toda nuestra vida sacerdotal es una suerte de Cenáculo ya que nunca podemos evadirnos del manto de María. Junto a Ella —a María orante— obtendremos las gracias que necesitamos para nuestro ministerio.

Si María en el Cenáculo atrajo de los cielos al Paráclito, y como consecuencia de su venida brotaron los apóstoles, los profetas, los doctores, los pastores, los mártires, bien podemos decir que todo ese torrente de maravillas, esos milagros, esas conversiones, esos martirios que se narran en los primeros capítulos de los Hechos, en cierto modo provienen de María. Porque Ella no abandonó a la Iglesia así como no abandona a los seminaristas luego que las puertas del Seminario se abren para ellos, el día de su ordenación. Nos sigue acompañando, nos

(37) "Marialis cultus" N.º 18.

acompaña en todo momento, nos acompaña hasta la Cruz. Nos enseña a comportarnos como sacerdotes, como instrumentos inteligentes, conscientes y responsables, llenos de ese ardoroso celo de las almas que caracteriza a todo sacerdote mariano. El oficio educador de una madre ordinaria termina cuando su hijo llega a la madurez. El de nuestra Madre del cielo no termina sino con nuestra muerte, porque frente a Ella siempre seguimos siendo sobrenaturalmente niños. Mejor que Pablo, Ella podría decirnos: "Hijos míos, a quienes concibo de nuevo hasta que Cristo —Cristo Sacerdote— sea formado en vosotros" (cf. Gal. 3, 19).

2. María y la predicación del sacerdote

Pentecostés está íntimamente unido con el comienzo de la predicación de la Iglesia. Si Cristo ha venido al mundo "para dar testimonio de la verdad" (Jo. 18, 37), los otros-Cristos que somos nosotros, hemos de sentir la urgencia de ir a todas las naciones, enseñando y predicando. Toca al sacerdote predicar a Cristo, hacerlo conocer más a los que ya lo conocen, y revelarlo a los que aún lo ignoran; predicarlo desde el ambón, en el catecismo, en conferencias, artículos, conversaciones privadas, por la palabra y por la pluma. También en este aspecto tan esencial de nuestro ministerio debemos contar con María. Es cierto que no fue misión de la Virgen el predicar. Pero fue misión suya hacer posible la predicación y así lo hizo radicalmente al dar a Cristo —el Verbo— al mundo. Cuando predicamos —nuestra palabra sólo tiene sentido si es prolongación de la Palabra, del Verbo— haciendo conocer a Cristo a los hombres, estamos en continuidad con la misión de María.

En la predicación nos acordaremos especialmente de María, la divina evangelizadora, que ni bien comprendió ser madre del Verbo encarnado, corrió "cum festinatione" a su prima Isabel para comunicarle esa maravilla. María presentó a Cristo a los pastores, a los Magos, a Simeón, en Caná. María siempre presente, señala a Jesús. Por eso nuestra predicación debe apoyarse en María. Se dice de San Alfonso que si por casualidad le acaecía alguna vez tener que predicar sin la imagen de la Virgen junto al púlpito, o sobre la mesa de conferencia cuando hablaba ante sacerdotes u otros oyentes, sentía el vacío a su alrededor, como si su palabra fuese débil y anémica. La proximidad sensible de María le daba una plenitud de facundia y un ímpetu de elocuencia arrolladora.

VI. LA ASUNCION DE MARIA Y EL SACERDOTE COMO SU HIJO PREDILECTO

Al decir de Pablo VI la Asunción de Nuestra Señora es la "fiesta de su destino de plenitud y de bienaventuranza, de la glorificación de su alma inmaculada y de su cuerpo virginal, de su perfecta configuración con Cristo resucitado" (38). Según el mismo Pontífice media una

(38) Ibid. Nº 6.

estrecha correlación entre el misterio de la Inmaculada y el de la Asunción: "En la Concepción sin mancha de la Virgen reconocen (los textos) el exordio de la Iglesia, Esposa sin mancilla de Cristo; en la Asunción reconocen el principio ya cumplido, y la imagen de aquello que para toda la Iglesia, debe todavía cumplirse" (39).

1. Desde el cielo María mira al sacerdote como a su Hijo prolongado

María desde el cielo no nos abandona. Sentada allí junto a su Hijo se interesa más que nunca en la obra de la Redención. Ella ve cómo Cristo se entrega a cada sacerdote para que lo reedite; sabe bien que "todos los sacramentos los hace Cristo: es El quien bautiza, quien perdona los pecados; es El quien consagra en nosotros" (40). Si por un imposible Cristo dejase de ser Sacerdote en el cielo, inmediatamente todos los sacerdotes de la tierra se convertirían en hombres como los demás. Recordemos las hermosas palabras atribuidas a San Norberto:

*"O Sacerdos, quis es tu?
Non es a te, quia de nihilo.
Non est ad te, quia mediator hominum.
Non est tibi, quia sponsus Ecclesiae.
Non est tui, quia servus omnium.
Non est tu, quia Deus es.
Quis ergo es tu? Nihil et omnia.
O Sacerdos!"*

Toda esta grandeza del sacerdocio, todo esto que tratamos de adivinar pero que comprendemos tan mal, María lo penetra a fondo y lo ve en el cielo a la luz de Cristo Sacerdote. Nos ve como la prolongación, la reedición de su Hijo. Y por eso siente por cada uno de nosotros una profunda veneración. Nos ve en su Hijo. Contempla en nosotros el Sacerdocio de su adorado Hijo.

Desde el cielo la Virgen emplea todo su poder —su omnipotencia suplicante— en favor nuestro. Mientras estaba en la tierra, por grande que haya sido su poder sobre el Corazón de su Hijo, estaba, sin duda, limitada en su acción. Desde el cielo lo ve todo, nos contempla, y vela sobre nosotros con predilección, como si cada uno de nosotros fuese el único sacerdote. Una madre no mira a sus hijos como si se tratase de un grupo anónimo. Así la Santísima Virgen no considera a los sacerdotes en masa sino que conoce y ama a cada uno de ellos de manera particular. Por eso está intercediendo en el cielo para que nos lancemos a la santidad, para que seamos celosos en nuestro ministerio, para que celebremos siempre mejor la Santa Misa.

La Asunción de María es su Coronación real, como lo recuerda el Papa Pablo VI: "La solemnidad de la Asunción se prolonga jubilosamente en la celebración de la fiesta de la Realeza de María, que

(39) Ibid. Nº 11.

(40) Santo Tomás, *Contra Gent.* IV, 76.

tiene lugar ocho días después y en la que se contempla a Aquella que, sentada junto al Rey de los siglos, resplandece como Reina e intercede como Madre" (41). María es Reina porque su hijo es Rey. Junto con su hijo —Cristo Rey— gobierna la Iglesia, y dispone como Reina de los favores divinos, "non solum rogans sed imperans, domina non ancilla", dice San Pedro Damiano (42).

María Reina es desde el cielo la distribuidora, la medianera de todas las gracias. En nuestro caso, de las gracias propias del sacerdote. Si al sacerdote, por ser conductor de los hombres en el ámbito de las cosas divinas, se le exige una gran santidad (43), María no puede permanecer indiferente a ello. Es una Madre que nos ama con la ternura propia de las madres, pero al mismo tiempo una Reina que nos quiere con el poder propio de las reinas.

Desde el cielo María se deleita en contemplar las altas y bellas obras salidas de la mano de Dios. Y el sacerdote es maravilla singulárrima. Si leemos el Evangelio advertimos que el principal cuidado de Jesús durante su vida terrena fue el de ir plasmando el corazón sacerdotal de sus apóstoles. A ellos dedicó lo mejor de su enseñanza, sus cuidados, su ternura. Y a lo largo de la historia lo sigue haciendo con todos sus sacerdotes. Es pues obvio que el corazón de María sea todo ardor por los sacerdotes. Ella ve en los sacerdotes la imagen de su Hijo, más parecida que la de cualquier otro fiel; Ella ve en los sacerdotes aquellos de quienes dijo Jesús: ya no os llamaré siervos sino amigos, los amigos de su Hijo; Ella ve en los sacerdotes los ministros de la redención; Ella ve en los sacerdotes las co-víctimas de su Hijo. María desde el cielo necesita de los sacerdotes. Es sobre todo gracias a ellos que puede seguir cumpliendo su misión de dar a Cristo al mundo.

2. La pedagoga del sacerdote

Por eso desde las alturas María Santísima es la pedagoga de los sacerdotes. Nos enseña a vivir nuestra fe, esa fe nuestra sacerdotal que debe ser tan viva, tan ardiente. Nos enseña la abnegación sacerdotal, condición necesaria para poder seguir a Cristo Víctima; nos forma en la humildad sacerdotal, recordándonos hasta qué punto somos instrumentos de su Hijo; nos enseña la pobreza sacerdotal, exhortándonos a desapegarnos de los bienes terrenos, a preferir a Cristo antes que a todos los bienes de la tierra porque donde está nuestro tesoro allí estará nuestro corazón; nos inculca la pureza sacerdotal, la fidelidad al celibato, Ella que no conoció la menor mancha en su virginidad; nos recuerda que somos los hombres de la trascendencia, no los hombres de esta tierra, que son de la tierra y sólo hablan de la tierra, hombres terráqueos, que

(41) "Marialis cultus" Nº 6.

(42) Serm. in Nativ. 44.

(43) "Cum in quolibet ordine aliquis dux sit in rebus divinis, ideo sanctitas vitae requiritur ad ordinem": S. Th. Suppl. 36, 1.

sueñan con el paraíso en este mundo, que somos hombres destinados a recordar a las almas que son peregrinas en esta tierra, hombres puestos para indicar a los demás el camino que conduce al cielo, para ser los señaladores del cielo; enardece nuestro celo por las almas, que es nuestra forma más específica de caridad sacerdotal, haciendo de nosotros "sacerdotes todo fuego" como quería Grignion de Montfort. En fin, desde el cielo es nuestra mejor educadora, en el grado en que nos pongamos en sus manos.

CONCLUSION. Afinidades entre María y el sacerdote

María hizo posible la existencia de Cristo dándole su cuerpo físico. El sacerdote le confiere una nueva forma de existencia, dándole su cuerpo eucarístico (la Encarnación se prolonga en la Eucaristía).

María para ser toda de Dios, se consagró a Él por su virginidad. El sacerdote, para vacar del todo a las cosas de Dios, toma el solemne compromiso del celibato.

María, Virgen y Madre, dio a luz a Cristo por obra del Espíritu Santo. El sacerdote, virgen y padre (con algo de madre) engendra virginalmente a Cristo en las almas por obra del Espíritu Santo.

La maternidad divina imprime en la persona de María una relación indeleble a Cristo Sacerdote. La ordenación sacerdotal imprime en el alma del sacerdote un carácter indeleble que lo pone en especial relación con Cristo Sacerdote.

María es corredentora en el sacrificio de la Cruz. El sacerdote ayuda a la redención aplicando los frutos de la Cruz.

María es distribuidora de todas las gracias de la redención. El sacerdote es distribuidor, en dependencia de María, de una parte de esos frutos.

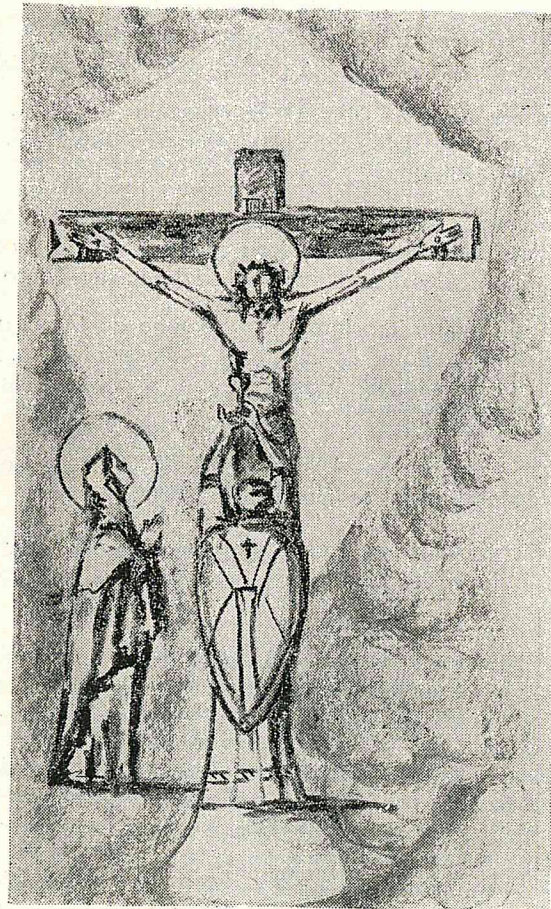
Todas las actividades de María se resumen en una: dar a Jesús al mundo. También el sacerdote tiene por misión dar a Jesús al mundo, especialmente por medio de la predicación y de los sacramentos.

María nunca ha existido sino para Dios y para las almas. Desde su ordenación sacerdotal, el sacerdote no debe ya existir para sí mismo; no debe vivir sino para Dios, para Cristo y para las almas.

Se podría continuar este paralelo. Pero lo dicho baste. Podemos ahora concluir: dos personas que tienen las mismas tareas y los mismos fines, las mismas disposiciones, las mismas maneras de ver, de sentir y de querer, experimentan naturalmente la necesidad de asociarse. Eso es lo que debe existir entre la Santísima Virgen y el sacerdote: una unión íntima.

En un sermón sobre el evangelista San Juan, dice Bossuet que Nuestro Señor dio al apóstol virgen las tres cosas que más apreciaba: le dio su Corazón, haciéndolo reposar sobre su pecho; le dio su Pasión, llamándole a él solo entre todos los Apóstoles para que asistiera al drama del Calvario; y le dio, en fin, por madre a su propia Madre, a fin de que desde ese instante "la tomase con él" (44).

P. ALFREDO SAENZ, S. J.



(44) Panégryque de Saint Jean l' Evangeliste.

LOS ASPECTOS DE MARIA - NUEVA EVA EN JUSTINO E IRENEO

La figura de María asociada a la Persona y a la Obra del Redentor, como Nueva Eva junto a Cristo el Nuevo Adán, aparece reflejada de distintos modos en el magisterio de los últimos Pontífices (1). Concretamente, en la Bula definitoria del dogma de la Asunción, Pío XII hace notar que ya desde el siglo II los Santos Padres propusieron a la Santísima Virgen como Nueva Eva unida íntimamente, aunque de manera subordinada, al Nuevo Adán en la lucha contra el enemigo infernal (2).

Efectivamente el paralelismo Eva-María se atestigua en la literatura cristiana primitiva, tanto en Oriente como en Occidente. Ya hemos estudiado el tema en otros escritores eclesiásticos de esa época; en el presente trabajo nos limitamos a exponer lo referente a San Justino y San Ireneo.

El testimonio extrabíblico (3) más antiguo que se conoce es el de **San Justino** (4). El texto donde se encuentra dice literalmente: "Lo leemos escrito en las memorias de sus apóstoles como Hijo de Dios y le llamamos Hijo (suyo) y comprendemos que no sólo es y procedió del Padre antes de todas las criaturas por su poder y voluntad... sino que también se hizo hombre por medio de la Virgen, a fin de que por el camino que tuvo principio la desobediencia venida de la serpiente, por ese mismo camino también tomara la destrucción. En efecto Eva, siendo virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra salida de la serpiente, dio a luz desobediencia y muerte, en cambio, María la Virgen, habiendo concebido fe y alegría, al darle el ángel Gabriel la buena nueva de que el Espíritu del Señor vendría sobre Ella y una fuerza del Altísimo la cubriría con su sombra, por lo cual lo nacido de Ella sería hijo de Dios, respondió:

(1) Cfr: Pío IX, Bula *Ineffabilis*: Pii IX Pontificis Maximi Acta, Roma, pars I, I (1854) 598, 607, 610-613. León XIII, Encíclica *Augustissimae Virginis*: ASS 30 (1898) 129; Pío X, Encíclica *Ad diem illum*: ASS 36 (1904) 462; Pío XI, Encíclica *Divini Redemptoris*: AAS 29 (1937) 96; Pío XII, Constitución *Munificentissimus Deus*: AAS 42 (1950) 768.

(2) Cfr. AAS 42 (1950) 768.

(3) Somos conscientes de que en la Sagrada Escritura no existe un testimonio directo del paralelismo Eva-María. Las relaciones que, sin embargo, puedan darse entre una y otra (Eva y María) tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento han sido estudiadas, entre otros, por F. M. Braun, dominico, profesor de la Universidad de Friburgo, *Eve et Marie dans les deux Testaments*: Etudes Mariales (1954) 9-34. En las conclusiones de su trabajo afirma acertadamente que "decir de María que es la Nueva Eva sería recurrir a una expresión que no figura textualmente en los datos escriturísticos" p. 32.

(4) Diálogo 100, 4-6, CACH, I, 2, p. 355 ss.

Hágase para mí según tu palabra. Y de Ella nació aquel de quien hemos demostrado que hablaron tantas Escrituras, por quien Dios destruye la serpiente y los ángeles y hombres que se le asemejan, mientras que libra de la muerte a los que se arrepienten de sus malas acciones y creen en El".

El pasaje está tomado del **Diálogo con Trifón** que, como se sabe, fue compuesto a mediados del siglo II. Forma parte de una amplia exégesis que Justino hace al salmo XXI intentando demostrar su carácter mesiánico (**Diálogo** 97,3-108). El texto que estudiamos se centra en versículo 4: "Tu autem in sancto habitas, laus Israelis". A propósito de ello afirma que el Mesías obtendría una gloria máxima precisamente por su obra redentora que abarca encarnación, pasión, muerte y resurrección. Justamente la encarnación es el inicio y al propio tiempo, origen de esa gloria y obra redentora; y en la encarnación, punto de arranque de la redención y de la gloria del Mesías, se encuentra la figura de María como Nueva Eva.

En el texto que hemos transcrito podemos distinguir tres partes: una introducción, una descripción del plan divino de la redención y finalmente una concreción de ese plan divino en el hecho de la encarnación.

Dejando a un lado la introducción, la exposición general del plan divino de la redención la presenta San Justino como una forma distinta del llamado principio de recirculación (5): ofrece la perspectiva de la redención, según se ha realizado en los planes divinos, y marca el paralelismo antitético entre la caída y su reparación designada por Dios. En ese paralelismo contrapuesto, las fases que desembocan en el reinado del pecado y de la muerte en el mundo sirven de punto de referencia para las fases opuestas que llevan al vencimiento del pecado y de la muerte. En esta contraposición es conocida la antítesis paulina Adán-Cristo. San Justino, además, introduce la contraposición Eva-María, dando a entender que se trata de cosa conocida. Esto supone que en el siglo II, cuando escribe el Apologeta, la antítesis Eva-María era un hecho admitido o, lo que es lo mismo, se veía a María asociada al Nuevo Adán, Cristo Redentor.

En la tercera parte, San Justino hace aplicación concreta de ese principio general en el que ha mencionado la antítesis Eva-María. Se fija precisamente en el punto de arranque de esta contraposición destacando personajes, proceso causal y resultados. Eva y la serpiente para el mal, María y el Ángel Gabriel para el bien. Ambas son presentadas como vírgenes; ambas reciben una sugerencia. Eva de la serpiente, accede y peca; María del Ángel, accede y engendra a Cristo. Resultado de Eva: desobediencia y muerte;

(5) No se trata de un principio exclusivamente mariológico, sino que abarca todo el proceso de la redención.

resultado de María: obediencia y vida, ya que concibe y da a luz a Cristo, principio de revitalización, de redención universal.

Aunque el paralelismo antitético es claro: serpiente-Ángel, desobediencia-obediencia, muerte-vida, San Justino desarrolla más ampliamente el proceso en María, toda vez que sobre la pauta concepción-parto en Eva, en María se delinea una doble concepción y un doble parto: por una parte en sentido metafórico (consiente lo que se le anuncia), por otra en sentido físico (concibe lo anunciado); pero para que se dé ese paso de la concepción metafórica a la concepción física ha sido precisa la fe gozosa de María ("habiendo concebido fe y alegría"). Tenemos aquí el primer esbozo de la fórmula patristica "prius concepit mente quam corpore". Pero sobre todo, cruzándose en Eva y María la responsabilidad de las dos situaciones contrapuestas de ruina y redención para la humanidad, y poniéndose el énfasis en el consentimiento de ambas mujeres, el balance resalta aún más el papel predominante de María; Eva, en efecto, consintiendo se dejó seducir; María, consintiendo tuvo que poner en juego su fe y se dobló a la voluntad soberana de Dios. El consentimiento de Eva fue desobediencia a Dios, el consentimiento de María es obediencia en fe a Dios. María, de este modo, aparece en San Justino como **influyendo positivamente** —con su fe y obediencia, aparte de su misma maternidad divina— en el inicio mismo de la obra de la redención (6).

Pasando a **San Ireneo**, la antítesis Eva-María queda enmarcada plenamente en el ya mencionado "principio de recirculación". Según este principio, la sabiduría divina proyectó un plan en el que quedara contrarrestada perfectamente la caída con la reparación. En este planteamiento, el combate se establece entre Dios y el demonio. Este, valiéndose del hombre (Adán), combate a Dios haciendo del hombre su presa y su botín mediante el pecado y la muerte. Dios, por su parte, vence al demonio, valiéndose también de un hombre (Cristo-Nuevo Adán), quien con su obediencia a Dios, recupera al género humano devolviéndole la vida al alma y también al cuerpo (7).

Pero en el plan general de la "recirculación" tanto el primer Adán como el segundo, Cristo, están relacionados con dos muje-

(6) El influjo que subraya San Justino es positivo e indiscutible, pero ciertamente subordinado. Para San Justino es claro que la redención es ante todo de Dios-hombre Jesucristo (cfr. p. e. Dial. 45,1).

(7) Un estudio pormenorizado de este principio, llamado de "recirculación", en San Ireneo y su aplicación en la antítesis Adán-Cristo, puede verse en J. A. de ALDAMA, **María en la Patrística de los siglos I y II**, BAC 300, Madrid 1970, pp. 273-278. Se hace resaltar con abundante documentación la multitud de rasgos que caracterizan tal antítesis: p. e. Adán-hombre, Cristo-hombre; Adán-de tierra virgen, Cristo-de carne virgen; Adán-desobediente junto al árbol, Cristo-obediente en el árbol (de la Cruz), etc. El autor resume así su estudio (p. 278): "Adán estaba ordenado por Dios para ser figura de Cristo: Pero el paralelismo entre ambos es en muchas ocasiones antitético, como lo exige el plan fundamental: el segundo Adán viene precisamente a rehacer la obra mal hecha por el primero en relación con la vida divina en el mundo. Cristo recapitulará a Adán plenamente".

res: Eva y la nueva Eva, María. Para enjuiciar el papel que a una y otra atribuye San Ireneo en el plan concreto de la redención, transcribimos a continuación los tres pasajes que consideramos básicos:

1 - "Y en consecuencia María es encontrada (invenitur) virgen obediente al decir: He aquí tu esclava, Señor; hágase en mi según tu palabra. Eva por su parte [es encontrada] desobediente: en efecto no obedeció, cuando todavía era virgen. Como ella, teniendo a Adán por esposo, permaneciendo (exsistens) no obstante virgen todavía (los dos estaban desnudos en el paraíso y no se perturbaban [non confundebantur], porque hechos hacía poco no tenían conocimiento [intellectum] de la generación de hijos; pues convenía que ellos antes se desarrollaran [adolescere] y después ya así multiplicarse), hecha desobediente, se constituyó tanto para sí como para todo el género humano en causa de muerte: así también María, teniendo predestinado un esposo, y no obstante virgen, obediente, se constituyó tanto para sí como para todo el género humano en causa de salvación. Y por esto, la Ley a aquella que había sido desposada con un varón (aunque fuera virgen todavía), la llama esposa de aquel que se desposó con ella, significando aquella recirculación [recircumlationem] que se da desde María hacia Eva. Porque no se soltaría lo que está atado de otro modo si no es que los mismos ensamblajes de la atadura se vuelvan atrás, de suerte que las primeras uniones se desaten por las segundas, y las segundas a su vez liberen a las primeras. [...] Y así también, el nudo de la desobediencia de Eva fue desatado [solutionem accepit] por la obediencia de María: en efecto lo que ata Eva virgen por la incredulidad, esto mismo lo desató María virgen por la fe" (8).

Tenemos en este primer texto una clara aplicación del principio de recirculación aplicado a María y por cierto de una forma sorprendente, puesto que el punto de arranque es María y el término de la recirculación es Eva [eam, quae est a Maria in Evam, recircumlationem significans]. Quiere esto decir que, hablando con propiedad, la relación no se establece entre Eva y María, sino a la inversa, esto es, como dice atinadamente Aldama: "no se hace a María calcándola en Eva, sino se delinea a Eva según los rasgos futuros de María: ... lo que equivale a afirmar que María es el antitipo de Eva; ... Es, pues, Eva verdadero tipo y figura de María; fue pensada y decretada por Dios para prefigurar a María. Como Adán para prefigurar a Cristo" (9).

Esta tipología incluida en la recirculación se refleja en una serie de paralelismos unas veces igualitarios y otras veces contrapuestos; en unos casos, desde un ángulo individual, en otros en un plano social histórico-salvífico. Ambas, Eva y María, son pre-

(8) Adv. haereses, 3,22,4; SC 34,378-382; PG 7, 958-960.

(9) Cfr. ALDAMA, o. c. pp. 279-280, donde se confirma esta perspectiva con otros textos de San Ireneo.

sentadas como vírgenes, ambas sin embargo llamadas **uxor** o desposadas con varón; ambas reciben un mensaje, y ambas acceden al mismo, aunque ya aquí se inicia la paradoja: porque el asentimiento de Eva implica una incredulidad en Dios y una desobediencia al mismo, y el resultado es para ella una seducción. El asentimiento de María, por el contrario, incluye fe en Dios y obediencia a su divina voluntad, dando como resultado la sorpresa de un inefable acercamiento a Dios al concebirlo en su seno.

En cuanto a las repercusiones de las conductas de Eva y de María, el paralelismo es claramente **in contrario**. Aquella causa la muerte para sí y para el género humano; ésta, María, causa la salvación para sí y para el género humano (10). "Eva... ha hecho un nudo que ata al género humano y lo encadena a la muerte... Su fe [de María] desata el nudo, y al deshacerlo devuelve al mundo la vida" (11).

No podemos cerrar el comentario de este texto sin hacer una referencia a su contexto inmediato. Ello viene exigido por la misma partícula de unión usada por San Ireneo: **consequenter**, es decir, en consecuencia, en estricta lógica. Efectivamente, el autor ha hablado anteriormente de Adán como figura de Cristo, quien lo "recapitula"; con esta fórmula se viene a expresar que como Cristo redime la acción de Adán en el desastre del pecado, también María contribuye en esa misión redentora, reparando lo que Eva aportó en aquel desastre. Queda de esta manera subrayado, que como Adán y Eva estuvieron unidos en la obra de perdición para todo el género humano, así Cristo y María van unidos en la obra de restauración de la salud para todo ese mismo género humano. Este planteamiento supone que la acción de María en la salvación no termina y se agota en el hecho, ya en sí sustancioso, de ser madre física de quien traería la salud a la humanidad, sino que implica una clara contribución, con su libre y consciente asentimiento, a la función misma salvadora del Hijo Redentor. María no consiente simplemente en ser madre, sino en ser madre del Redentor.

Esta repercusión sobre toda la humanidad de la acción de María, y en su caso de la de Eva, viene confirmada por el hecho de la doble virginidad de ambas mujeres esposas. El P. Orbe así lo ha hecho notar agudamente. Si Eva no hubiera sido todavía virgen, aunque esposa, a la hora de su conducta desobediente, esta conducta no hubiera repercutido ruinosamente en ella y en todo

(10) La fórmula latina "sibi causa facta est salutis" podría también corresponder a una fórmula original griega que hiciera corresponder el *sibi* por *ipsi* refiriéndose entonces a Eva y, consiguientemente, dando mayor fuerza a la salvación causada por María. Efectivamente, su obra salvadora alcanzaría a Eva e incluso arrancaría de ella en el sentido de que aquello mismo que enmarañó a la humanidad por causa de Eva con su incredulidad, eso mismo lo desata María con su fe; Cfr. ALDAMA, *Sibi causa facta est salutis*: Eph Mar 16 (1966) 319-321.

(11) Cfr. ALDAMA, *María en la Patrística*... p. 281.

el género humano. Igual, aunque inversamente, María, si no hubiera sido virgen, aunque esposa, a la hora de su conducta obediente, esta conducta no hubiera repercutido saludablemente en ella y en todo el género humano. "Fue menester que las tres circunstancias de esposa y virgen y dócil a la palabra de Dios recayeran en la madre del segundo Adán, a fin de asociarse a la obra de salud de su hijo" (12).

2 - "Así pues, habiendo venido el Señor de una manera manifiesta a su propio dominio, habiendo sido llevado por su propia creación; que él mismo lleva, y habiendo hecho la recapitulación de la desobediencia que tuvo lugar en el árbol por la obediencia que tuvo lugar en el árbol; y habiendo sido disuelta aquella seducción de la que había sido víctima miserablemente aquella que ya había sido destinada a un varón, Eva virgen, por la verdad con la cual fue evangelizada hermosamente por el ángel la ya destinada a un varón, María virgen; porque como aquella fue seducida mediante la palabra angélica para ahuyentar a Dios después de transgredir la palabra del mismo Dios, así también ésta, fue evangelizada por medio de la palabra angélica para llevar a Dios después de haber obedecido a la palabra del mismo; y como aquella fue seducida para desobedecer a Dios, así también ésta se dejó persuadir para obedecer a Dios; a fin de que la virgen María llegara a ser abogada de la virgen Eva; y como el género humano había sido sometido a la muerte por una virgen, fuera desatado por una virgen: contrarrestada la desobediencia virginal por medio de la obediencia virginal..." (13).

En el presente texto el principio de recirculación se aplica conjuntamente a Cristo y a María. Se empieza hablando de Cristo cuya divinidad expresamente se subraya por llamarle **Señor** y señalar que su epifanía (emfanos) se hace viniendo a lo que es suyo por razón de **creación**. En cuanto hombre, Cristo es presentado en parangón con Adán. El principio de recirculación se expresa aquí con la palabra **recapitulación** (anakefaláiosin). El objeto de esta recapitulación es precisamente la desobediencia acaecida en el árbol [del paraíso] y destruída por la obediencia acaecida en el árbol [de la Cruz]. Pasa inmediatamente de Cristo y su parangón implícito con Adán, a María parangonándola explícitamente con Eva. En este cotejo se mantiene como hilo conductor el mismo pensamiento de recapitulación de la desobediencia de una por la obediencia de otra (los términos: parakoé, hypakoé se mantienen tanto para el caso Adán-Cristo como para el de Eva-María). Pero además reincide San Ireneo en su tema preferido de subrayar para la antítesis Eva-María la circunstancia

(12) Cfr. A. ORBE, *La antropología de San Ireneo*, BAC 286, Madrid 1969, p. 250. Desarrolla todo su pensamiento anteriormente pp. 247 ss.

(13) *Adv. Haereses* V, 19, 1, SC 153, 248-251; PG 7, 1175-6.

esencial de **desposadas** (hypandros) y **vírgenes** (parzénos), insistiéndose expresamente en la condición virginal de ambas para que se produzca un efecto negativo o positivo, según los casos, para todo el género humano.

Como dato peculiar se presenta a la virgen María como "abogada" (parákletos) de Eva, fórmula que precisa una explicación que pensamos que es más oportuno abordar una vez estudiado el tercer texto en el que vuelve a aparecer la fórmula de María "abogada" de Eva.

3 - "De la misma manera que por el hecho de una virgen que había desobedecido ocurrió que el hombre fue herido, cayó y murió, así también [es] por el hecho de la Virgen que ha obedecido a la palabra de Dios, [que] el hombre reanimado, por la vida ha recibido la vida... Y, si él [el Señor] no se ha hecho otra carne formada cualquiera que ella sea, sino que por esta misma (?) [virgen] que tenía su raza de Adán, ha conservado la semejanza de esta carne formada, es porque era preciso que Adán fuese recapitulado en Cristo, a fin de que lo que es mortal fuera absorbido y asumido por la inmortalidad, y que Eva [fuese recapitulada] en María, a fin de que una virgen, haciéndose la abogada de una virgen, destruyera y aboliera la desobediencia de una virgen por la obediencia de una virgen" (14).

El texto de **Epideixis** recurre a la idea clave interpretativa de Ireneo, de la recapitulación: de Adán en Cristo y de Eva en María, con la particularidad de que en este texto no se arranca de la antítesis Adán-Cristo para luego tratar de Eva-María, sino a la inversa. Se insiste en la circunstancia de la "virginidad" en Eva y en María a la hora de entrar en escena en contra o en pro de la humanidad; el término de la acción de Eva es la destrucción del hombre, descrita en tres fases: herida, caída, muerte; el término de la intervención de María es la vida. Una vez más se contraponen desobediencia y obediencia en una y otra mujer como vehículo del mal o del bien según el caso. En esta contraposición, la desobediencia de Eva se expresa en términos absolutos, sin complemento (por el hecho de que una virgen había desobedecido), mientras que la obediencia de María se especifica, es obediencia a la palabra de Dios.

(14) *Epideixis*, c 33, SC 62,83-87. La traducción es muy literal y para mayor facilidad del lector la transcribimos a continuación en texto francés cual aparece en la edición crítica citada:

"De meme que [ce fut] par le fait d'une vierge qui avait désobéi [que] l'homme fut frappé, tomba et mourut, de meme aussi, [c'est] par le fait de la vierge qui a obéi a la parole de Dieu [que] l'homme ranimé a, par la vie, recu la vie [...]. Et, s'il ne s'est pas falt autre chair faconnée quelle qu'elle soit, mais si par cette meme (?) [vierge] qui tenait sa race d'Adam, il a conservé la ressemblance de cette chair faconnée, c'est parce qu'il fallait qu'Adam fut récapitulé dans [le] Christ, afin que ce qui est mortel fut absorbé et englouti par l'immortalité et qu' Eve [fut récapitulée] en Marie, afin qu'une vierge, se faisant l'avocate d'une vierge, détruisit et abolit la désobéissance d'une vierge par l'obéissance d'une vierge".

Por otra parte, el tratamiento que se hace de la antítesis Adán-Cristo da la impresión de que se supedita a la recapitulación de Eva por María. Efectivamente, si es cierto que se afirma que "Adán fue recapitulado en Cristo" la razón es porque Cristo había sido engendrado por virgen, **descendiente de Adán** y por tanto hábil para prestarle una carne semejante a la de Adán con capacidad para recapitularlo. María virgen presta el elemento mortal de Cristo, y Este, ya en condición de Inmortal-encarnado, absorbe lo mortal para hacerlo inmortal.

Al final se resume el tema de la virginidad explicitando en qué consiste la recapitulación de María: en destruir y abolir la desobediencia virginal de Eva con la obediencia virginal de María. Y es aquí donde se intercala la apelación de María como "abogada" de Eva.

Para poder precisar el sentido exacto de esta palabra y su correspondiente puesto en el pensamiento de San Ireneo acerca de la obra de la redención, carecemos del texto original griego. La traducción latina ha empleado el término "advocata", y esa es también la transcripción de la versión armenia. Sólo en estas ocasiones usa San Ireneo esta expresión, si bien el tema aparece en la traducción latina otras tres veces: una vez el sustantivo "advocatus" (15) y otras dos el de "advocatio" (16).

(15) **Advs. Haereses** 3,33,8: PG 7,965; SC 34,398: "Mentiuntur ergo omnes qui contradicunt ejus salutem, semper seipsos excludentes a vita, in eo quod non credant inventam ovem quae perierat. Si autem illa non est inventa, adhuc possidetur in perditione omnis hominis generatio. Mendax ergo is, qui prior hanc sententiam, imo hanc ignorantiam et caecitatem induxit, Tatianus; connexio quidem factus omnium haereticorum, quemadmodum ostendimus: hoc autem a semetipso adinvenit, uti novum aliquid praeter reliquos inferens, vacuum loquens, vacuos a fide auditores sibi praepararet, affectans magister haberi, tentans et subinde uti hujusmodi a Paulo assidue dictis: Quoniam 'in Adam omnes morimur'; ignorans autem, quoniam 'ubi abundavit peccatum, superabundavit gratia'. Ostendo ergo hoc manifeste, erubescant omnes qui ab eo sunt, et concertant de Adam, quasi magnum aliquid lucrentur, si ille non salvetur, quando magis nihil proficiant; quemadmodum et serpens nihil profecit dissuadens homini, nisi illud quod eum transgressorem ostendit, initium et materiam apostasiae suae habens hominem; Deum autem non vicit. Si et hi, qui contradicunt salutem Adae, nihil proficiunt, nisi hoc, quod semetipsos haereticos et apostatas faciunt veritatis, et **advocatos** se serpentis et mortis ostendunt".

El sentido parece claro: los que niegan la salvación de Adán se equivocan (mentiuntur) y además no sacan ninguna ventaja (nihil proficiunt) si no es la de hacerse herejes y apóstatas de la verdad y también **abogados** de la serpiente y de la muerte (advocatos se serpentis et mortis ostendunt). El significado de "abogado" equivale aquí a **defensor**.

(16) **Advs. Haereses** 3,18,7: PG 7,937-8; SC 34,326: "Haerere itaque fecit et adunivit, quemadmodum praediximus, hominem Deo. Si enim homo non vicisset inimicum hominis, non juste victus esset inimicus. Rursus autem, nisi Deus donasset salutem, non firmiter haberemus eam. Et nisi homo conjunctus fuisset Deo, non potuisset particeps fieri incorruptibilitatis. Oportuerat enim mediatorem Dei et hominum, per suam ad utrosque domesticitatem, in amicitiam et concordiam utrosque reducere, et facere, ut et Deus assumeret hominem, et homo se dederet Deo.

Qua enim ratione filiorum adoptionis ejus participes esse possemus, nisi per Filium eam, quae est ad ipsum, recepissemus ab eo communionem; nisi Verbum ejus communicasset nobis, caro factum? Quapropter et per omnem venit aetatem, omnibus restituens eam, quae est ad Deum communionem. Igitur qui dicunt eum putative manifestatum, neque in carne natum, neque vere hominem factum, adhuc sub veteri sunt damnatione, **advocationem** praebentes peccato, non devicta secundum eos morte, quae 'regnabit ab Adam usque ad Moysem, etiam in eos qui non peccaverunt in similitudinem transgressionis Adae'. Veniens autem lex, quae data est per Moysem, et testificans de peccato, quoniam peccator est, regnum quidem ejus abstulit, latronem et non regem eum detegens, et homicidam eum ostendit: oneravit

En los casos de "advocatus" y "advocatio" el significado claro es de **defensor** y **defensa** respectivamente. Parece lógico que sea este también el significado de "advocata", es decir, **defensora**. Concretamente, María viene definida por San Ireneo como **defensora** de Eva (17). Si la palabra corresponde, como es de suponer, al término griego "parákletos", traducible también por "consolador", el siguiente texto de San Ireneo puede considerarse como confirmación del significado por el que optamos. Dice efectivamente: "Et propter hoc, in novissimis temporibus, in amicitiam restituit nos Dominus per suam incarnationem, mediator Dei et hominum factus; propitians quidem pro nobis Patrem, in quem peccaveramus, et **nostram inobaudientiam per suam obaudientiam consolatus**" (18). Quiere ello decir que Cristo al encarnarse y hacerse mediador entre Dios y los hombres se ha hecho propiciación nuestra ante el Padre contra el que habíamos pecado "y ha **consolado** (saliendo a favor nuestro) con su obediencia nuestra desobediencia". Se adivina que el "consolatus" latino ha traducido al "parakléo" griego, igual que "advocata" ha traducido al "paraklétos", dándose además un perfecto paralelismo, para San Ireneo, entre la "consolación" de Cristo con su obediencia por nuestra desobediencia, y la "defensa" de María con su obediencia por la desobediencia de Eva. Si Cristo, al consolar, nos **defiende** ante el Padre, María también con su obediencia **defiende** a Eva.

Se aclara así el sentido de esa defensa de María respecto a

autem hominem, qui habebat peccatum in se, reum mortis ostendens eum. Spiritualis enim cum lex esset, manifestavit tantummodo peccatum, non autem interemit: non enim Spiritui dominabatur peccatum, sed homini. Oportebat enim eum qui inciperet occidere peccatum, et mortis reum redimere hominem, id ipsum fieri quod erat ille, id est hominem: qui a peccato quidem in servitium tractus fuerat, a morte vero tenebatur, ut peccatum ab homine interficeretur, et homo exiret a morte.

Quemadmodum enim per inobedientiam unius hominis, qui primus de terra rudi plasmatus est, peccatores facti sunt multi, et amiserunt vitam; ita oportuit et per obedientiam unius hominis, qui primus de virgine natus est, justificari multos, et percipere salutem. Sic igitur Verbum Dei homo factus est, quemadmodum et Moyses ait: 'Deus, vera opera ejus'. Si autem non factus caro, parebat quasi caro, non erat verum opus ejus. Quod autem parebat, hoc et erat; Deus hominis antiquam plasmationem in se recapitulans, ut occideret quidem peccatum, evacuet autem mortem, et vivificaret hominem: et propter hoc vera opera ejus".

Hablando de los docetas que niegan que Cristo tuviera carne verdadera afirmando que era sólo aparente, San Ireneo les arguye que entonces Cristo no hubiera obtenido la salvación y por tanto ellos, los docetas, se verían privados de la misma, **defendiendo** (prestando defensa = advocationem praebentes) al pecado.

El segundo texto en que aparece el término "advocatio" se encuentra en **Advs. Haereses** 4,34,4: PG 7,1085; SC 100,854 y dice así: "Si autem aliquis Judaeis **advocationem** praestans, erectionem templi, quae, posteaquam in Babylonem transmigraverunt, facta est sub Zorobabel, erectionem populi, quae facta est post septuaginta annos, dicat hoc esse novum testamentum; cognoscat quoniam lapideum quidem templum restructum est tunc (adhuc enim illa quae in lapideis tabulis facta fuerat, lex servabatur); novum autem testamentum datum est nullum, sed ea lege, quae per Moysen data est, utebantur usque ad adventum Domini...".

La traducción de "Judaeis **advocationem** praestans" significa también ofrecer **defensa** a los judíos, poniendo a su disposición elementos bélicos para conservar sus posiciones, según se confirma por el contexto inmediato posterior, ibd. 1086.

(17) Indudablemente "advocatus" y "advocata" admite otros significados, sobre todo el de **intercesor-intercesora**. Por este último sentido se ha inclinado, Mons. JOUASSARD: Revue de Sciences Religieuses 30 (1956) 217-229 y ya antes en Etudes Mariales 12 (1954) 37 ss. Este sentido creemos queda excluido por el texto mismo como ha hecho ver muy bien ALDAMA, o. c. pp. 290-291.

(18) **Advs. Haereses**, 5,17,1; PG 7,1169; SC 153,220-222.

Eva. Como bien concluye Aldama: "A la 'defensa' de Eva hay que darle una amplitud general; la que está pidiendo la frase que la explica: por la obediencia de María se desata el nudo hecho con la desobediencia de Eva, se deshacen los vínculos de la muerte con que esa desobediencia había atado al género humano. Eso es lo que constituye la verdadera defensa de Eva, porque interrumpe definitivamente el funesto proceso causal que ella inició con su mala intervención en el paraíso. La idea es la misma en la **Epi-deixis**: María es abogada de Eva destruyendo con su propia obediencia la desobediencia de ésta. Porque, como esa desobediencia fue causa de la caída y de la muerte del hombre, la obediencia de María le hizo reanimarse y recibir nueva vida. Defensa, pues, en primer término de Eva; pero igualmente de todos los hombres: siempre por su obediencia" (19).

El paralelismo con el texto arriba citado en que Cristo aparece como **mediador** (Mediator Dei et hominum factus), precisamente por su obediencia, que San Ireneo llama "recapitulación" (20), apunta hacia la mediación también de María que, como hemos visto, recapitula la desobediencia de Eva con su obediencia (21).

La comparación de los textos de San Justino y de San Ireneo nos han hecho ver claras semejanzas, pero también diferencias. El pensamiento del primero es más elemental, mientras que el del segundo se muestra más elaborado. Por razones externas sería difícil poder determinar la prioridad cronológica de uno sobre otro: ambos pertenecen a la segunda mitad del siglo primero. No parece que San Justino haya conocido los textos de San Ireneo, ya que no aprovecha todos sus aspectos y la reducción podría interpretarse como una incompreensión de los mismos. No cabe más que admitir la hipótesis contraria: San Ireneo conoce a San Justino, en cuyo caso desarrolla aspectos nuevos en el paralelismo Eva-María. Puede ocurrir también que ambos autores sean mutuamente independientes, hipótesis probable que da pie a suponer una fuente común. No existen antecedentes escritos, ya que aun suponiendo que la llamada 2ª **Carta de Clemente** fuera anterior o contemporánea, pone en parangón a Adán y a Cristo, y si recurre a Eva es para establecer su paralelismo no con María, sino con la Iglesia, sin duda conexas Génesis 1,27 ("fecit Deus hominem masculinum et feminam") con Efesios 5,31-32 ("propter hoc relinquet

(19) ALDAMA, o. c. 291-292.

(20) Cfr. el segundo texto estudiado donde se dice: "y habiendo hecho la **recapitulación** de la desobediencia que tuvo lugar en el árbol por la obediencia que tuvo lugar en el árbol", y nota 13.

(21) Sobre la realidad de esa mediación mariana, aunque no se use el término "mediadora" y sobre la realidad de esa recapitulación llevada a cabo por María, aunque tampoco se la llame "recapituladora", ha hecho un sugerente estudio el P. ORTIZ DE URBINA, *Mediatio Mariae estne exclusiva ab unico mediatore Christo?*, en *De Mariología et Oecumenismo* [BALIC] Romae 1962, pp. 154-155.

homo patrem, et matrem suam, et adhaerebit uxori suae: et erunt duo in carne una. Sacramentum hoc magnum est, ego autem dico in Christo et in Ecclesia") (22).

Ello, no obstante, la referencia a este paralelismo no se ofrece ni en San Justino ni en San Ireneo como un hallazgo personal, sino como un dato que tuviera sus raíces más atrás, en la misma tradición apostólica (23). Los mismos escritos neotestamentarios, especialmente los evangelios de San Lucas y de San Juan y el Apocalipsis, tienen a la vista, como contrapunto, el protoevangelio (24). Puede afirmarse que en el contenido de la predicación apostólica, dentro del marco caída del hombre y reparación divina, no sólo aparece el binomio Adán-Cristo sino también el de Eva-María. Prescindiendo de posibles testimonios escritos postapostólicos no conservados y dejando a un lado la predicación oral de esa misma época, los textos de San Justino y de San Ireneo, cada uno insistiendo en aspectos convenientes para sus propios planteamientos, se constituyen en testimonio claro de que la asociación de María con Cristo, y en concreto con su obra redentora, era una verdad sostenida en la segunda mitad del siglo II, al menos en el ámbito de la Iglesia de Occidente.

J. IBAÑEZ - F. MENDOZA

(22) II Clementis XIV, 1-2: FUNK, *Die Apostolischen Vatern*, I, 77.

(23) Así lo propuso LEBON, *Sur la doctrine de la médiation mariale*: Angelicum 35 (1958) 3-35 resumiendo trabajos que ya había publicado desde 1930.

(24) Entre la variada bibliografía al respecto, cfr. F. M. BRAUN, *Eve et Marie dans les deux Testaments*: Etudes Mariales 12 (1954) 20-33.

ORACION PARA EL AÑO MARIANO NACIONAL

Santa María, Virgen y Madre, el Señor te ha bendecido más que a todas las mujeres de la tierra: nuestro pueblo, lleno de alegría, celebra tu gloria.

Tú has concebido primero en tu corazón, por medio de la fe, y luego en tu seno virginal al Hijo del Altísimo y lo has dado a luz por obra del Espíritu Santo, convirtiéndote en Madre de Dios.

Tú, al pie de la cruz de tu Hijo, mientras el dolor traspasaba tu alma, mostrando tu esperanza inquebrantable has cooperado en nuestra restauración en la gracia y eres madre nuestra.

Tú que nos has dado ejemplo en tu hogar de Nazaret, haz que en el santuario de nuestras familias sea siempre bendecida y respetada la vida concebida y que reine en ellas la concordia y el amor cristiano.

Tú, que eres signo de esperanza y consuelo para todos, ayúdanos a renovar espiritualmente nuestro país, amando y respetando a nuestros hermanos, haciéndonos promotores de verdad, de justicia, de libertad y de paz.

Tú, a quien todas las generaciones llaman bienaventurada, concede a todos los hombres caminar juntos, sin desfallecer y superando obstáculos, hasta encontrarnos unidos en la casa del Padre.

Santa María, Virgen y Madre, recibe la alabanza y el agradecimiento de este pueblo argentino que a lo largo de su historia ha experimentado eficazmente tu valiosa intercesión. Amén.

JUAN PABLO II

VALLE DE LUZ

Romancero de Catamarca

El gran poeta y dramaturgo argentino, Juan Oscar Ponferrada, autor de diversas obras entre las cuales se destacan "Carnaval del diablo" y "Llor de Nuestra Señora", ha ofrecido gentilmente para este número especial de MIKAEL dedicado a la Santísima Virgen algunos trozos selectos de una admirable obra suya, por desgracia aún inédita, donde teje el elogio de su querida ciudad natal, amamantada en el culto a Nuestra Señora del Valle.
(N. de la R.)

PORTICO

*Canto a mi tierra que hoy he recordado
áspera y tierna como la rugosa
mano del labrador enamorado.*

*Tierra pobre a la vez que generosa;
campo del corazón y de las manos,
del cardo solo y de la viva rosa.*

*Desde los horizontes más lejanos
me llega su recuerdo caudaloso
como un fuerte regusto de veranos.*

*Me llega su recuerdo rumoroso
poblado de cigarras y de abejas,
de sol desnudo y pensamiento umbroso.*

*Y en tal silencio canto, que las quejas
del corazón no se oyen como antaño
cuando, a la vera de un balcón con rejas,
todo era amor y espera, o desengaño.*

I

Claridad de verte en sueños
y espejos de recordarte
sacan de mi alma tu nombre,
geografía de mis lares;
sacan de mi alma tu nombre
para lucirlo en el aire
como un anillo de novio
con sus fechas e iniciales.

Cuatro sílabas que suenan
de pronto, por todas partes,
como si el nombre tuviera
cuatro puntos cardinales;
yo las escucho en la brisa
llena de hogar y de calles
que como duende se asoma
por ventanas y tapias.

Y las oigo en las placitas
y en las veredas con árboles
pues el viento entre las hojas
también parece nombrarte:
cuna de mi nacimiento,
campo de mis mocedades
que por donde voy te llevo
como al amor el amante.

La luz en tu nombre viene
cada día a despertarme;
con tu nombre me parecen
más olorosas las tardes.
A veces canto de noche
zambas que en tu nombre salen
y en todas partes los grillos
cantan para acompañarme.

II

Nombre-trébol de cuatro hojas
que la suerte quiso darme
para sembrar mis recuerdos
y habitar mis soledades.
Voy a juntar en mis versos
como en un ramo de azahares
la frescura y la fragancia
que tienes al aromarme:

Una vocal que cortejan
cuatro fieles consonantes
se hace paloma en tu nombre
cuando voy a mencionarte.
Yo la escucho en sus arrullos
como una copla que nace
echando esta adivinanza
tan fácil de adivinarse:

C de **cuna** en que naciste;
T de **tierra** que dejaste;
M de **morir** buscando
la C que ha de **consolarte**.
Con ellas se arma tu nombre
echando a volar cuatro aes
como palomas saliendo
de otros tantos palomares.

V

Los indios te bautizaron
buscándote en su lenguaje
la más hermosa palabra
que les fue posible darte;
nombre que recuerda al agua
saltando en los manantiales
y a las campanas cantando
su bendición por el aire.

Nombre del pueblo que espera
cada día en sus umbrales
la luz del ángel naciente
sobre las **Sierras de Ancaste**.
Nombre del pueblo que sueña
recostado en sus solares
a la hora en que del **Ambato**
baja el ángel de la tarde.

Nombre de una tierra novia;
nombre de una tierra madre:
paz, amor, refugio y sueño,
todo eso en tu nombre cabe.
Pero, sobre todo, nombre
del solar en que no en ba'de
brilla como sus milagros
Nuestra Señora del Valle.

Por Ella canto tu nombre,
dulce cauce de mi sangre,
con la voz que mis mayores
me dieron para alabarte.
Por Ella escribo estos versos
para que mis nietos canten:
Catamarca, abuela nuestra,
Dios te bendiga y te guarde.

LAS FUNDACIONES

VII

De la Virgen Protectora

Volviendo a nuestro relato
—que el tiempo pasa sin vueltas—
vamos al año, cerquita,
de mil seiscientos ochenta.

Ya los hombres de conquista
se han apegado a las siembras;
se han hecho hombres de labranza
con buenas quintas y huertas.
En la **Población del Valle**
todo marcha sobre ruedas:

No hay otra, fuera de Córdoba,
más floreciente de veras
pues de pequeña alquería
que allá en sus comienzos fuera
ya va camino de ser
una verdadera aldea.

Ciento cincuenta vecinos
con sus familias se encuentran
por el lado de **Las Chacras**
cultivando sus haciendas.

Tienen el **Río Del Valle**
para el riego de las tierras
con catorce bocatomas
que dan agua a sus acequias.
Siembran el maíz y el trigo
y hay viñedos de primera
pues las plantas de Castilla
se dan pródigas y frescas.
Disponen de algodinales
con abundantes cosechas
y algarrobales surtidos
para harina y para leña.

En los campos sosegados
brotan jardines y huertas
conque ofrecerle tributos
al hambre y a la belleza.
Son de ver esos vergeles
al llegar la primavera
cuando las plantas se visten
como si fuera de fiesta.
Rosas y flores del aire
se asoman por donde quiera
prestando al aire su aroma
junto con las madreselvas.
En torno de las cabañas
o coronando sus cercas
hay un verdadero lujo
de claveles y azucenas.
Y entre esas flores florece
la de más alta pureza:
Nuestra Señora del Valle,
Virgen Flor y Madre Nuestra.

A la imagen de la Virgen
le han levantado una iglesia.
Allí le hacen romería
gentes del lugar y ajenas
pues es la llave del cielo
gracias a cuya presencia
la paz ha ido madurando
a la par de las cosechas.

Su clemencia y sus milagros
por todas partes se mentan.
Dios te salve Reina y Madre
la dicen cuando le rezan;
pues ella ha sido el escudo
de campos vidas y haciendas
cuando la zozobra andaba
golpeando en todas las puertas.
Ya habrán de dar, los testigos,
testimonios sin reservas
de las gracias derramadas
en nuestra tierra por Ella;
ya habrán de dar su palabra
cuando el Cabildo y la Iglesia
para conocer sus obras
abran el proceso a prueba:

“Que oído tienen, de niños,
por boca de sus abuelos:
que los indios calchaquíes,
no bien reducidos fueron,
al ver la Imagen que estaba
entronizada en el templo
o huían o se quedaban
mudos de asombro y de miedo;
porque aquella era la imagen
que ellos entre nubes vieron
cada vez que en las batallas
iban a tomar el pueblo;
y que a pesar de saber
que eran miles contra ciento
nunca pudieron tomarlo
por la visión que tuvieron:
que ella aparecía en el aire
como reina de los cielos
cegándolos con sus rayos
que parecían de fuego...”

De estas cosas más no digo
ya las menté en los poemas
que escribí para la Virgen
hablando del mismo tema.

IX

Así se la ve por fin

La miro desde mis años
con los ojos de la infancia
llenos de su cielo puro,
llenos de su luz tan blanca;
la miro con mis recuerdos
como a través de una lágrima
pues en ella fui nacido
para mirarla y amarla;
y a la distancia la miro
como a una novia lejana
a quien no se olvida nunca
pues nadie puede olvidarla.

Ciudad de hogares fragantes
y de calles empinadas
donde el sol pinta acuarelas
en las quintas y las plazas.
Ciudad que la luz enjoya
de la noche a la mañana
con los zafiros del cielo
y con las perlas del alba.

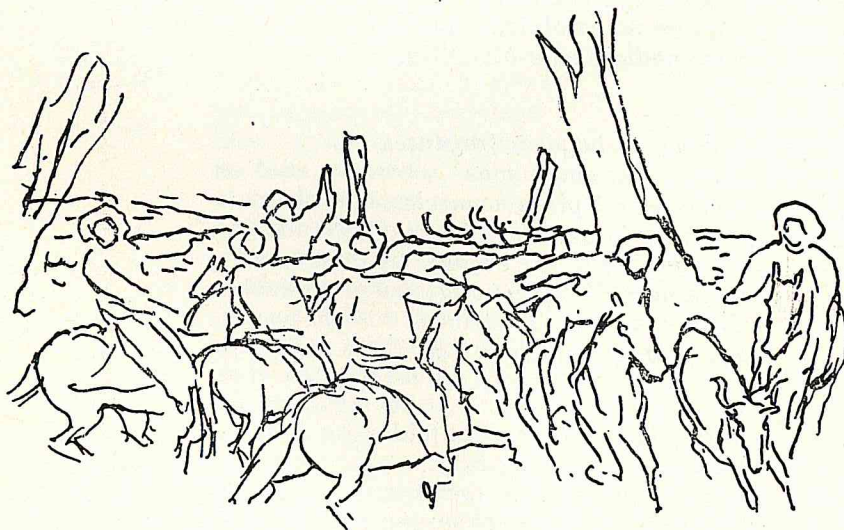
el que la exhibe en sus faldas
Pues es un valle de luz
con sus paisajes de torres
que parecen encantadas;
valle en que la claridad
traza caprichosos mapas
con las quebradas y cumbres
que dibujan sus montañas.



*De un lado muestra a Las Sierras,
paradas a la distancia,
con caminos que le suben
como cintas onduladas;
del otro, muestra al Ambato
encumbrado de atalayas
de donde El Tala desciende
como serpiente de agua.*

*Tal el lugar de la tierra
donde fueron a dejarla
los vaivenes de la guerra
y el destino de dos razas.
Y ahí está, ya para siempre,
como un palomar de gracia,
mi ciudad que es San Fernando
del Valle de Catamarca.*

JUAN OSCAR PONFERRADA



LA VIRGEN SANTISIMA EN LA POESIA ORAL DE LA ARGENTINA

Por poesía **oral** se entiende la transmitida no solamente de persona a persona, sin artificios intermediarios, como la escritura, sino también, en igual forma, de generación a generación, y en este caso se la llama poesía **tradicional**. Toda la poesía folklórica es tradicional por excelencia; pero no toda poesía tradicional es folklórica. La de los cantos litúrgicos de la Iglesia antigua, por ejemplo, proviene de una tradición, no popular, sino **clerical**, de **clerics**, o letrados. La tradición de la Iglesia, en ese sentido, está sostenida por la escritura y la escuela. La tradición popular o folklórica, en cambio, se sostiene sola; hay en el **folk**, en las comunidades campesinas y aldeanas, gente que sabe escribir, y hasta puede conservar los versos que sabe por escrito. Pero, cuando debe transmitirlos, no recurre al papel escrito, que es sólo un ayuda memoria. El hábito oral caracteriza a esa sociedad. Por otra parte, la poesía popular tradicional, o folklórica, es cantada, por excelencia, y anónima. Cada una tuvo, sin duda, un autor; pero también caracteriza a la sociedad **folk**, o pequeña comunidad tradicional, generalmente lugareña, el no tener concepto de autor individual, aunque, a veces, las "mentas" den por autor de un cantar a tal o cual cantor o poeta regional famoso. Este último personaje, el poeta lugareño que hace versos pero no necesariamente los canta, no necesariamente es juglar, está bien documentado en el folklore de la Argentina, por obra, sobre todo, de Juan Alfonso Carrizo, quien registró en voluminosos cancioneros casi toda la poesía de ese tipo aún vigente o bien recordada por mucha gente mayor en Catamarca, Jujuy, Salta, Tucumán y La Rioja. Lamentablemente, no la recogió con la música con que se cantaba; pero ésta llegaron a documentarla otros: Andrés Chazarreta, Manuel Gómez Carrillo, Carlos Vega, Isabel Aretz, Alberto Rodríguez, Leda Valladares y los investigadores del Instituto Nacional de Musicología. En lo que se refiere a la poesía popular tradicional de Cuyo y Santiago del Estero, fue documentada, respectivamente, por Juan Draghi Lucero y Orestes Di Lullo.

Para dar una muestra de la parte de esa poesía que tiene a la Virgen Santísima como personaje —cantares narrativos— o que está a Ella consagrada —cantares líricos—, nos atendremos a las especificaciones consignadas y a los estudiosos citados. Por tanto, las letras de canciones u oraciones catequísticas o que corren impresas serán dejadas

de lado. El conocedor avezado de la tradición poética del **folk**, aquí como en otros países, distingue inmediatamente, por su estilo, su métrica, su lenguaje o su manera de combinar los versos, un cantar tradicional de otro aprendido escolásticamente o tomado de un pliego impreso.

CANTARES NARRATIVOS

Las formas poéticas con función narrativa que se presentan en el folklore poético de la Argentina —y de todo el ámbito iberoamericano— son el romance español o monorrímo y el romance criollo o en cuartetas. Todos los romances monorrímos —que son los viejos romances de España y Portugal— provienen aquí de Europa, por más que con innúmeras variantes. Serán 10 o 12, y muchos de ellos pertenecen al folklore infantil. Casi todos los de argumento religioso solían cantarse, como **villancicos**, delante de los Pesebres. En cuanto a los romances en cuartetas, llamados aquí **corridos**, **compuestos**, etc., desarrollan, casi todos, temas profanos y locales. En ninguno de ellos aparece la Virgen María. (Queda sobreentendido que no hay en América ni en la Península versos folklóricos de más de 8 sílabas).

De los romances, uno en que la Virgen ocupa el primer plano es el titulado "La fe del ciego", una típica canción de Pesebre, pues en él intervienen la Virgen, San José y el Niño. La versión que recordamos nosotros, por haberla oído cantar en la ciudad de Tucumán frente al Pesebre, hará unos sesenta años dice así:

La Virgen va caminando,	caminito de Belén.
Como el camino es tan largo,	al Niño le ha dado sed.
—Calla, niño de mi vida,	cailla, niño de mi bien,
que allí adonde vamos	hay un lindo naranjel.
El dueño de las naranjas	es un ciego que no ve.
—Ciego, dame una naranja,	para al Niño entretener.
—Pase, mi señora, y corte	las que le sean menester.
Tome de aquéllas más grandes,	deje las chicas crecer.
Mientras cortaba la Virgen,	más volvía a florecer.
Una le dio a su niño,	otra le dio a José,
y otra quedó en sus manos,	para la Virgen oler.
Con la bendición, el ciego,	abre los ojos y ve.
—¿Quién será esta señora	que me hace tanto bien?
Sin duda, será María,	que pasa para Belén.

(Hemos anotado los versos en su forma originaria —de 16 sílabas—, separando por un blanco sus hemistiquios).

Curiosamente la melodía con que se cantaba este romance es similar, en sus primeros 4 compases, a la del español Himno de Riego, cuyo espíritu, por cierto, nada tiene de piadoso.

En el conocido romance, titulado "El marinerito" o "La nau Catari-neta", la Virgen sólo aparece nombrada al final:

Entre San Pedro y San Juan	hicieron un barco nuevo.
Los remos eran de oro	y los remuebles (?) de acero.

En una noche oscurita,	cayó un marinero al agua.
El diablo, que nunca duerme,	gritole de la otra banda:
—¿Qué me das, tú, marinero,	si yo te saco del agua?
—Yo te doy mis tres navíos	cargados de oro y de plata.
—Yo no quiero tus navíos,	ni tu oro ni tu plata.
Yo quiero que, cuando mueras,	a mí me entregues el alma.
—Yo el alma la entrego a Dios	y el cuerpo al agua salada;
y el corazón que me queda	a la Virgen soberana.

El tercero empieza con unos pentasílabos ininteligibles:

Dos palomitas	en un palomar
suben y bajan	al pie del altar.

Cantan la Misa,	levantan la voz,
besan y besan	la mano de Dios.

Seguidamente entra el romance —con otra melodía, como es obvio—:

Por aquel postigo abierto,	se paseaba una doncella,
vestida de azul y blanco,	reluciente como estrella.
Pasó San José y le dijo:	—¿Por qué llora, esposa mía?
¿Llora acaso por pañales	o es que llora por mantillas?
—Yo no llo-ro por pañales	ni tampoco por mantillas.
Lloro por los pecadores	que mueren todos los días.
¡El infierno ya está lleno	y la gloria está vacía!

El último verso no puede ser más encantador, dentro de su sobregedora melancolía.

Este romance-oración tuvimos ocasión de anotarlo en San Francisco del Monte (San Luis), hace unos diez años:

Madre mía del Rosario,	defensa de pecadores,
defendé esta alma, Señora,	de los incendios mayores.
No permitas que el Demonio	se haga presente en esta hora,
perturbándome los labios	para clamarte, Señora.
A vos, Señora, te pido,	como madre intercesora,
a esta alma triste afligida	que la perdonéis ahora,
la recibáis en tus brazos	y la llevéis a la Gloria. Amén.

Finalmente, como "oración" también, recogió Carrizo varios fragmentos romanceados del cantar de La Pasión, o "Camino del Calvario", conocido en España, Italia y varios países de Hispanoamérica. El mejor conservado procede de Tucumán:

Allá arriba de Belén,	siete leguas del Calvario,
encontré una señora	que iba rezando el Rosario.
Le pregunté si había visto	pasar a Jesús amado.
—Sí, señora, sí lo he visto	a Jesús crucificado.
Lo llevaban los judíos	para el lado del Calvario.
—Caminemos, que tal vez	lo estarán crucificando.
Ya le clavaron los pies,	ya le clavaron las manos.
Y vinieron tres Marías	con su cáliz consagrado,
para recoger la sangre	de Jesús crucificado.

Otra versión (de La Rioja) dice:

En la calle La Amargura	está una niña sentada.
—¿No ha pasado por aquí	un hijo de mis entrañas?
—Por aquí pasó, señora,	cuando los gallos cantaban.
Una sogá lleva al cuello,	en ella va tropezando;
y una corona de espinas,	todo el rostro ensangrentado.
Una cruz lleva a los hombros,	de un madero muy pesado.
Como el caminc era nuevo , (?)	caminaba arrodillado.

Y Juan Draghi Lucero, en su **Cancionero Popular de Cuyo**, anotó la siguiente, que "se recita —advierte— en las reuniones en la precordillera de Mendoza y San Juan":

Yo tenía un escapulario	de la Virgen del Rosario.
Cada vez que me lo pongo	me acuerdo de Jesucristo.
Jesucristo era mi padre,	la Virgen era mi madre.
Los ángeles, mis hermanos,	me tomaron de la mano,
me llevaron a Belén,	y de Belén al Calvario.
Encontré a la Virgen Santa	que iba rezando el Rosario.
Me dijo: —Mujer cristiana,	¿no has visto a Jesús amado?
—Hace rato que ha pasado,	con la corona de espinas
y una cadena arrastrando.	Por mucho que caminís ,
ya lo habrán crucificado.	
Quien rezare esta oración	todos los viernes del año
sacará un alma de pena	y la suya del pecado.

Aparte de esta "oración", hay en la compilación de Draghi Lucero tres glosas en décimas a Nuestra Señora del Rosario de Andacollo. Pero están impresas en pliegos provenientes de Chile y con la firma de su autor: "Nicasio García". Por tal razón no las transcribimos más adelante.

CANTARES LIRICOS

La poesía lírica tradicional del pueblo se divide, por su forma, en dos grandes grupos: la monoestrófica (coplas) y la poliestrófica. Las estrofas de esta última pueden ser cuartetos **abcb**, quintillas (poco frecuentes) y décimas. La sextina de **Martín Fierro**, como la octavilla de "La pampa tiene el ombú", no pertenecen al folklore. El grupo más notable de los cantares poliestróficos es el de las **glosas**, que constan de un tema —generalmente, una cuarteta— y tantas estrofas como versos tiene el tema —como se ha dicho, cuatro por excelencia—. Son, todos, cantares artificiosos, pues cada estrofa suele terminar con los respectivos versos del tema; hay otros artificios también, pero de uso escaso, salvo los versos **encadenados**, en cuartetos octosílabos **abcb**, cada una de las cuales, desde la segunda, termina con el último verso de la precedente o contiene una palabra de aquél.

Juan Alfonso Carrizo documentó en Tucumán, directamente de ancianos cantores, o transcribió de cuadernos antiguos, unas 800 composiciones poliestróficas, en su mayor parte glosas en décimas, y unas 1500 coplas. Empezaremos por éstas.

Saetas, como en España, no las hubo aquí; por otra parte, si las improvisa un devoto en el curso de una celebración y luego se olvidan, no pasan a integrar la tradición popular. Juan Alfonso Carrizo recitaba en sus conferencias una bella copla de desafío mariano:

Sepa el moro y el judío	y el inglés que anda en la mar
que María es concebida	sin pecado original.

Seguramente, la tomó de una recopilación española, pues no la hallamos en sus Cancioneros. En Jujuy encontró la siguiente, que tiene su gracia:

Lucifer está enojado,	lleno de melancolía,
porque rezan el rosario	las devotas de María.

El mismo ilustre investigador, al relatar una "payada de contrapunto" que habría sostenido un famoso poeta lugareño, José Domingo Díaz, con el Diabolo, dice que aquél, al verse apurado, como Santos Vega por Juan sin Ropa, cantó de pronto esta invocación:

Madre mía del Rosario,	ayudale a tu devoto.
No permitas, madre mía,	que a mi ciencia la lleve otro.

En seguida, entonó el Credo, con el siguiente resultado:

Domingo Díaz, cantando,	por el Credo comenzó.
No cantó cuatro palabras,	que el Maldito reventó.

Así, la Tradición, vencida en el Sur, en la persona de Santos Vega, triunfó en el Norte, en la persona de José Domingo Díaz. Al decir Tradición, pensamos tanto en el folklore como en el sentimiento religioso del pueblo; y al decir que triunfó en el Norte, nos limitamos al momento de la payada y a dos generaciones más. Desde la tercera década de este siglo, efectivamente, ya no es el cantor Juan sin Ropa el que aparece, sino la gigantesca red de los medios de comunicación de masa, y no hay un José Domingo Díaz que les haga frente. Por suerte para él, podría decirse, porque perecería aplastado bajo el peso de la prensa, el disco, el cine, la radio y la TV, los cinco brazos del gigantesco Juan sin Ropa del siglo XX.

Una bella imagen mariológica la suministran otras coplas que Carrizo encontró en Tucumán, pertenecientes a una payada antigua de contrapunto. Un cantor le planteó a su contrincante la dura cuestión siguiente:

Dígame, señor cantor,	le pregunto por querella:
¿cómo es que parió María	y volvió a quedar doncella?

La respuesta fue magistral (poéticamente):

Yo tiré una piedra al agua:	se abrió y se volvió a cerrar.
Así concibió María:	doncella volvió a quedar.

En los villancicos de Navidad hay bastantes coplas, pero en pocas

aparece la Virgen. Entre ellas, está la siguiente, sin duda española y sobradamente conocida:

En el portal de Belén hay estrella, sol y luna:
la Virgen y San José y el Niño que está en la cuna.

Las fiestas consagradas a la Madre de Dios en algunas de sus advocaciones, sobre todo la Candelaria y Nuestra Señora del Rosario, son numerosas; sin embargo, lo que se canta en ellas es poesía **clerical**, del tipo de los **gozos** o alabanzas, que suelen estar a cargo de las **rezadoras**, mujeres que, en circunstancias solemnes, faltando el sacerdote, sustituyen a éste en las oraciones rituales.

Las **glosas** ofrecen mayor material mariológico, si bien no tanto como cabría esperar. Hay una que recogió Carrizo en varias provincias y cuyo bonito tema es el siguiente:

Cuatro son las Tres Marías, cinco los cuatro elementos,
ocho las Siete Cabrillas, once los Diez Mandamientos.

El poeta glosador resuelve así el primer acertijo:

Entre raras luces bellas, como reluciente aurora,
Dios puso a Nuestra Señora en un palacio de estrellas.
Dejó su grandeza en ella por mostrar lo que valía
en las altas jerarquías. Y es por eso que ahora vemos:
con la Reina de los cielos, cuatro son las Tres Marías.

Como se observa, el último verso de la primera décima es el primero de la cuarteta del tema, artificio ya explicado. Se observará también que el estilo y el lenguaje no son los de las coplas y romances. Eso se debe a que las glosas pertenecen, como las payadas, a una juglaría mayor, distinta de la menor de los cantos de bailes y vidalitas, que están al alcance de cualquier cantor popular.

Glosa también notable es la que atribuye poder irresistible a las lágrimas de María y que encontraron Carrizo, en varias provincias, y el doctor Di Lullo, en Santiago del Estero:

Tema

El que pierde a una doncella de un pecado hace dos:
la Virgen llora por ella y lo hace enojar a Dios.

Glosa

La fatal ira de Dios, con tremenda furia o calma,
cae entera sobre el alma del hombre que la perdió.
Si por otra la negó y no se casa con ella,
ante Dios va la querella, y tenga allá en su memoria
que no llegará a la Gloria el que pierde a una doncella.

Si con ella se casara, mostrando arrepentimiento,
a Dios dejara contento y la Virgen no llorara,
y con amor perdonara un pecado tan atroz,
pues está en gracia de Dios con su mujer en su casa.
Pero aquel que no se casa de un pecado hace dos.

Es bueno de arrepentirse el que se hallare culpado,
librarse así del pecado y darle con que se pase.
De no, será condenarse al fuego de una centella,
porque, por la cuenta de ella, su alma será condenada,
ya que tiene su abogada: la Virgen llora por ella.

Aquí este consejo dio Jesús a su madre bella:
—¡Madre, no llore por ella! ¡Llore por quién la perdió!
A quien el pecado echó en este mundo veloz,
oír a decir a una voz, en el postrer paroxismo,
que lo mandará al abismo pues lo hace enojar a Dios.

Las imperfecciones y torpezas del texto pueden ser obra de una tradición más estragadora que conservadora. Pero lo que importa es el aviso, y al darlo, al son de una música grave, el cantor se constituye en una especie de "sachacura" (sacerdote del monte).

Diez o doce glosas como las transcritas son dignas de citarse. Por razones de espacio, nos limitaremos a mencionar dos. Una es la glosa en diez décimas, sobre el tema representado por otra décima, antes muy conocida por estar en algunos devocionarios:

Bendita sea tu pureza y eternamente lo sea,
pues todo un Dios se recrea en tan graciosa belleza.
A ti, celestial princesa, Virgen sagrada María,
te ofrezco desde este día alma, vida y corazón.
¡Mírame con compasión, no me dejes, madre mía!

Damos solamente la primera estrofa:

Madre del amor hermoso y de la santa confianza,
en ti pongo mi esperanza y espero quedar airoso.
Tú, que al dragón insidioso, quebrantaste la cabeza,
tú, torre de fortaleza a la faz de mi enemigo,
atiende a lo que te digo: ¡Bendita sea tu pureza!

La glosa entera —y, como se ve, muy bien conservada, posiblemente por provenir de un pliego impreso— la anotó Carrizo a un vecino de Tucumán, quien la había oído a su madre, la cual, a su vez, la había aprendido de su madre, en Santa María (Catamarca). Cómo pudo conservarse así tan largo cantar a través de tres generaciones, no es fácil explicar sin la existencia del aludido pliego impreso. De todas maneras, es evidente la homogeneidad de estilo y lenguaje que guarda con las glosas más sencillas y peor conservadas de la tradición popular. *

Igualmente de hechura **clerical**, aunque también similar por su estilo y lenguaje a las glosas tradicionales de cuatro estrofas, es el

(*) En otro lugar de esta misma Revista publicamos la glosa completa (N. de la R.).



largo poema "El fin del hombre", que transcribió Carrizo de tres cuadernos manuscritos de viejos cantores tucumanos, y que empieza:

Piadoso lector y amigo,	leyendo estás desengaños.
Tiende la vista a tus años	y mira cómo has vivido;
no sea que, estando dormido,	en el lecho de la cama,
de la noche a la mañana,	pases del tiempo a lo eterno;
porque no sólo el inferno	tiene la muerte cercana.

Las décimas —sin artificio— son veintiséis, y en el juicio, el alma pecadora, imaginándose "en la presencia del Juez", invoca el auxilio de María Santísima, después de agotar su arsenal de eximentes:

Y recurriendo a María,	le diré con voz llorosa:
—¡Madre misericordiosa,	amparad la causa mía!
¡Reina compasiva y pía,	oye, Madre, mis clamores!
¡No me niegues tus favores,	no me deseches, por Dios,
que el Cielo te destinó	por madre de pecadores!

Siguen cuatro décimas más, la última de las cuales dice:

¡Ea, pues, Señora, venid!	Nos presentemos los dos,
porque estando junto a vos	habrá piedad para mí.
Dulce madre, desde aquí,	que sois toda mi esperanza,
yo cantaré tu alabanza	con los afectos más tiernos,
por los siglos sempiternos	de la bienaventuranza.

Descartado que sea obra del poeta lugareño José Domingo Díaz —como pensaba con indulgencia Carrizo—, ¿la será acaso de un poeta **clerical** español, como las décimas precedentes? Lo preguntamos por la tan curiosa forma subrayada del imperativo "nos presentemos", por "presentémonos", muy usada coloquialmente en Tucumán. Es el único regionalismo que se advierte en el largo cantar. Si se considera que ambas formas tienen igual número de sílabas, cabe suponer que vino "presentémonos" y aquí se cambió "nos presentemos". Y ¿cómo es que vino de España y allí no aparece, a pesar de la diligencia que siempre puso Carrizo en la rebusca de antecedentes europeos de lo que aquí encontraba? Es un enigma. Tal vez el poema fue escrito en América en tiempos hispánicos; o tal vez está en España, y no se lo quiso publicar por no provenir estrictamente de la tradición oral. De cualquier manera, no era ésa preocupación de los que lo escuchaban. Un día, en 1933, Carrizo lo recitó delante de un grupo de cañeros y trabajadores rurales en el Ingenio Santa Rosa (Tucumán), y no bien comenzó, todos, descubriéndose con reverencia, se levantaron de sus asientos. Hay una diferencia, sin duda, entre ese público **folk** y el actual **de masa**, aunque ambos estén compuestos de seres humanos, no mucho mejores en el fondo unos que otros.

BRUNO C. JACOVELLA

Ex Director del Instituto Nacional de Musicología

NUESTRA SEÑORA, ESPERANZA DEL ISLAM

Madre del Verbo, María es el nudo donde se encuentran atadas todas las cosas, porque lo que nació de Ella, es la recapitulación de todo. Raíz de Cristo, todo lo que es de Cristo, tiene su raíz en María: Cuerpo Místico, Bautismo, Vida Divina. Como escribe Charles de Koninck: "Por esa sobreabundancia de gracia, de gloria, expresada en Ella, la Santísima Virgen efectúa el retorno al principio según la razón misma de principio de toda gracia y de toda gloria. Es a Ella a la que conviene depositar, en los elegidos, el principio de su conversión a Dios, las raíces divinas: 'Entonces el Creador de todas las cosas me dio sus órdenes, y Aquel que me creó hizo morada en mi Tabernáculo y me dijo: ...Arraiga en medio de mis escogidos' (Eccli. 24, 12). 'En Ella reside toda la gracia del camino y de la verdad, en Ella está toda esperanza de vida y de virtud' (Eccli. 24, 25)" (1). Ella es "como el canal por donde se derrama el agua inmensa de un río, como un acueducto que deriva las aguas de la fuente hacia el jardín (Eccli. 24, 40-41)".

Así como no hubiera acaecido el Advenimiento de Cristo en la carne, en su primera venida, sin la Santísima Virgen, así ahora tampoco puede producirse Advenimiento alguno de Cristo en espíritu, entre los gentiles, si María no prepara otra vez el camino. Antaño fue Ella el instrumento para que se cumpliera la esperanza de Israel; lo es también ahora para que alcancen su desemboque las esperanzas de los paganos. Es misión suya permanente preparar las venidas de Cristo. Ella precede a Jesús, no ontológica, sino físicamente. Lo precedió en Israel, como Madre del Verbo encarnado, y lo precede espiritualmente entre los gentiles preparando su tabernáculo entre los hombres. Así como hay una gracia que prepara para la Gracia, así en todas las tierras paganas del mundo se actúa el influjo de María, disponiéndolas para el Advenimiento de Cristo. Según la feliz expresión del recientemente fallecido Mons. Fulton Sheen, es Ella el espiritual "caballo de Troya" que prepara el asalto de amor que conducirá a Cristo, su Divino Hijo (2).

Queremos ocuparnos aquí, aunque sea en forma suscita, de los rasgos fundamentales que caracterizan la figura de la Santísima Virgen según la considera el Islam. No nos cabe duda que tal caracterización, a pesar de los errores que incluye, es una suerte de "praeparatio evan-

(1) Charles de Koninck, *Ego Sapientia*, Surco, La Plata-Buenos Aires, 1947, cap. VIII.

(2) Cf. Fulton Sheen, *El Primer Amor del Mundo*, Difusión, Buenos Aires, 1957, p. 146.

gelica". Ya los antiguos Padres, como por ejemplo San Justino, hablaban de las "semina Verbi", "semillas del Verbo", que Dios había ido derramando fuera del ámbito del pueblo elegido en el curso de los siglos. Pero la semilla —entonces como ahora— fue sembrada para que germinase, creciese y madurase. No basta la semilla. La preparación evangélica no quita nada a nuestro deber misionero, sino que lo hace más urgente, si cabe, ya que todo lo que en este orden tiene oficio de preparación no logra su cometido sino con el advenimiento del Reino de Dios. Los que no tienen Fe (y los musulmanes no tienen Fe sobrenatural sino natural), deben ser encomendados muy especialmente a María para que hallen a Cristo, el Hijo de Dios.

Toda la doctrina del Islam brota del Corán que es, para los musulmanes, la palabra textual y definitiva de Dios. "Ningún musulmán, dice el P. Abd-El-Jalil, puede tolerar fórmulas como éstas: 'Mahoma ha compuesto el Corán', 'El Corán se ha inspirado en tal fuente', 'El Islam ha sufrido la influencia del Judaísmo y del Cristianismo'" (3). Junto al Corán, pero en un nivel inferior, está el Hadith, palabra que designa un relato o conjunto de relatos que se refieren (real o ficticiamente) al Fundador del Islam y que trazan el camino que se ha de seguir (Sunna). Son las "Tradiciones del Profeta".

1. LOS MISTERIOS DE MARIA SEGUN EL CORAN

Consideremos ahora los textos coránicos referidos a la Virgen. Como se verá, coinciden más con los diversos apócrifos del Nuevo Testamento que con los Evangelios Canónicos.

La "Inmaculada Concepción"

Según el Corán, María descende de la familia de Imram, padre de Aarón. El Libro Sagrado hace decir a la Madre de María:

"¡Oh Señor mío! Por cierto que te he consagrado íntegramente el fruto de mis entrañas, ¡acéptamelo! (...) y cuando hubo dado a luz, dijo: Señor, yo la he traído al mundo: ¡es una hija! Y Dios sabía mucho mejor que ella lo que había traído al mundo" (Corán 3, 32-33). "Y le he dado por nombre Maryam (María), y la pongo, así como a su descendencia, bajo tu protección contra Satanás..." (ib. 3, 34).

A este respecto escribe el P. Abd-El-Jalil: "El Corán no es muy explícito; pero la tradición musulmana proclama con unanimidad un privilegio extraordinario de María y de su Hijo: el de haber sido preservados ambos de todo contacto satánico en el momento de su nacimiento. He aquí la versión más corriente de este célebre hadith: 'Todo hijo de Adán, al nacer, es tocado por Satanás, salvo el hijo de María y su madre; con este contacto, el recién nacido lanza su primer grito'" (4).

(3) Jean Abd-El-Jalil, O.F.M., *Cristianismo e Islam*, Rialp, Madrid, 1954, p. 18.

(4) *Ibid.*, p. 29.

El teólogo musulmán Al-Alusi (+ 1854) dice que Dios ha purificado a María en el sentido más vasto, y que le ha dado el privilegio de permanecer pura de todas las manchas (5). Este es el sentido en que el Islam acepta un cierto equivalente de la Inmaculada Concepción.

Infancia y Juventud de María

Poco encontramos en el Corán en relación con los primeros años de la vida de Nuestra Señora. En una de sus páginas leemos:

"Y su Señor la acogió con complacencia e hizo que creciera agradablemente" (Corán 3, 34).

Y en otro lugar:

"...cada vez que Zacarías la visitaba en el santuario la encontraba provista de alimentos. Y le decía: '¡Oh María! ¿De dónde te ha venido esto?'. Ella decía: '¡De Dios! Porque Dios agracia sin medida a quien le place'" (Corán 3, 36).

Frecuentemente este texto se halla transcrito en el nicho que en cada mezquita señala la dirección de La Meca, hacia la cual se posttran los creyentes al orar.

Otro texto del Corán invita a María a llevar en el templo una vida de plegaria:

"¡Oh María! sé devota de tu Señor, arrodíllate e inclínate con los orantes" (Corán 3, 42).

Algunas almas meditativas del mundo musulmán han visto en este pasaje una especie de insinuación de la plegaria universal de María: María "se arrodilla" por todos (6).

La Anunciación

El capítulo 19 del Corán se intitula "Maryam" en honor de Nuestra Señora. Transcribimos de él las siguientes palabras de Allah a Mahoma (vers. 15-21):

"Y menciona, en el Libro, a María, cuando ésta se retiró, lejos de los suyos, hacia Oriente. Estableció una separación entre sí misma y ellos. Nosotros le enviamos Nuestro Espíritu; él se le apareció bajo la forma de un hombre perfecto. Dijo ella: 'Me refugio en Dios, lejos de ti, si Le temes...'. El dijo: 'Yo no soy más que el Enviado de tu Señor para darte un hijo puro'. Ella dijo: '¿De dónde me vendrá un hijo, si ningún hombre me ha tocado ni soy licenciosa?'. El dijo: 'Así ha hablado tu Señor: Esto es para mí fácil. Para que hagamos de él un signo para los hombres y una misericordia nuestra'. Y era cosa decidida. Ella concibió y se retiró con él lejos".

Hemos preferido, para analizar el alcance de este texto entre los

(5) Cf. Al-Alusi, III, 132.

(6) Cf. J. Abd-El-Jalil, *op. cit.*, p. 37.

musulmanes, tomar dos páginas clásicas, muy hermosas, a modo de ejemplo. He aquí la primera. Comentando el versículo que dice: "Cuando ella se retiró lejos de los suyos hacia el Oriente" (19, 15), Al-Baqli (+ 1209) escribe:

"Aquí la indicación real es que la substancia de María es la substancia misma de la santidad original. Educada por lo Real, en la luz de la intimidad, es, en cada una de sus respiraciones, imantada por los signos de la proximidad y de la intimidad hacia el hogar de las luces divinas; acechaba a cada instante la salida del sol de la Potencia en el Oriente del Reino. Retirose lejos de todos los seres creados, por su aspiración elevada, llena de la luz del misterio oculto. Volvióse hacia el horizonte donde brillaban los resplandores de la Esencia y de los Atributos (de Dios), aspirando las brisas de la unión que soplan desde el mundo de la eternidad. Hasta ella llegó una de las brisas del encuentro eterno y el sol de la contemplación y de la santidad se levantó sobre ella. Cuando hubo contemplado la manifestación del Oriente irrumpiendo desde lo eterno, sus luces la invadieron y sus secretos llegaron hasta lo íntimo de su alma. Su alma concibió por el soplo del misterio oculto. Y se convirtió en portadora de la más alta Palabra y de la luz del Espíritu más elevado. Cuando su estado llegó a ser grandioso por reflejarse en ella la belleza que manifiesta al Eterno, se ocultó lejos de las criaturas, poniendo todo su gozo en los desposorios con la Realidad" (7).

A su vez, el breve diálogo arriba citado entre la Virgen y el Ángel, ha sido desarrollado poéticamente por Jalalu-d-din Ar-Rumi (+ 1273):

"María, estando sola en su cámara, vio una forma aumentadora de vida, robadora de corazones: el Espíritu fiel se alzó frente a ella desde la faz de la tierra, como sol que se alza esplendente desde Oriente. Un temblor sobrecogió a María, temerosa de corrupción. María quedó fuera de sí y en tal estado exclamó: 'Me acojo a la protección divina'. Porque Ella, toda pura, solía elevarse en vuelo a lo invisible. Considerando que este mundo es un reino sin permanencia, prudentemente se hizo una fortaleza con la presencia de la divinidad, para poder hacerse fuerte en la hora de la muerte y que el adversario no hallara modo de asaltar. Y no halló mejor fortaleza que la protección de Allah, y escogió sitio para acampar junto a tal fortaleza. La prueba de la bondad divina le dijo: 'Yo soy el fiel Mensajero de su Presencia. No me temas. De los Favoritos del Poderoso no alejes tu mirada. A tales confidentes del bien no cierras la puerta'. Habiendo dicho esto un rayo de luz pura salió de sus labios y lentamente se elevó al cielo. '¡De mi presencia te refugiabas en el Invisible! ¡En el Invisible yo soy Jefe y Portaestandarte! ¡Mi hogar y mi morada están en el Misterio; sólo mi adoptada forma está ante ti, oh Señora! ¡María! mira bien, porque soy

(7) Citado por J. Abd-El-Jalil, *op. cit.*, p. 97.

forma difícil de aprehender: soy juntamente luna nueva y fantasía en el corazón. No una aparición inconsistente y vana, semejante a la falsa aurora fugitiva de la mañana. Soy la luz del Señor, como la verdadera aurora que no trae ronda alguna nocturna en torno al día. Así, pues, ¡oh hija de Imram!, no exclames contra mí: 'sólo el Omnipotente existe', pues de la orilla del Omnipotente he descendido hasta ti. Para mí no hay más que el Omnipotente, es mi origen y mi alimento: luz del Omnipotente que existió antes de toda palabra. Huyendo de mí, te refugiabas en lo Real; pero yo soy en la eternidad la forma de este refugio. Este refugio soy yo; yo soy tu liberación; tú dices: 'De ti me guarezco'. Y yo soy tu guarida. Desdicha mayor sólo en la ingratitud se halla. Estás con el Amigo y no sabes cómo amar. Supones que el Amigo es un extraño; has puesto al gozo el nombre de aflicción...!' " (8).

El papel de San José

El Corán pasa enteramente en silencio la intervención de José en la vida de la Virgen. Pero la tradición musulmana conoce su nombre y su relación con ella. El drama de conciencia de José está expresado en una página de gran belleza, redactada por At-Tabarí, que se complacen en reproducir numerosos Comentaristas e Historiadores:

"... Algo me ocurre con respecto a ti —empezó José—. He hecho todo lo posible por reprimirlo, pero me ha vencido; hablar de ello aliviaría mi corazón.

— Habla, pero que tus palabras sean honestas.

— No las dijera, si no fueran tales. ¿Por ventura brota el trigo sin semilla?

— Sí —respondió ella.

— ¿Y los árboles crecen sin lluvia?

— Sí —respondió de nuevo María.

— ¿Y puede haber un hijo sin padre?

— Sí —respondió finalmente María. ¿Tú no sabes que Dios bendito y ensalzado hizo crecer el trigo, en el momento de la Creación, sin necesidad de semilla? La semilla actual procede de aquel trigo que Dios hizo brotar al principio sin semilla. ¿E ignoras que Dios, con su Potencia, ha hecho que crezcan los árboles sin agua? Esta misma Potencia es la que ha hecho a la lluvia capaz de vivificar a los árboles. ¿O me dirás acaso que no ha podido Dios hacer que los árboles crezcan sin recurrir a la lluvia, a falta de la cual no hubiera podido hacerlos crecer?

— No —respondió José—, yo no digo esto; bien sé que Dios puede cuanto quiere; dice a una cosa 'sé' y la cosa es.

— ¿No sabes —prosiguió María— que Dios creó a Adán y a su mujer sin concurso de padre y madre?

— Sí —contestó José.

Cuando ella hubo dicho esto tuvo José la intuición de que su esta-

(8) Citado por Félix Pareja en *La religiosidad musulmana*, BAC, Madrid, 1975, pp. 407-408.

do era el resultado de una volición divina y que no podía interrogarla sobre ello por el secreto que ella guardaba. Entonces se encargó él sólo del servicio del Templo y tomó sobre sí el trabajo que antes hacía ella..." (9).

Bendito el Fruto de tu Vientre

Cuando trata de la Navidad, el relato coránico en nada se parece al Evangelio: Al pie de una palmera, a María le llegan las angustias del parto. Dios le envía un consuelo sensible y milagroso dirigiéndole la palabra (por medio del Ángel o del Niño, según las versiones). Le manda que sacuda el tronco de la palmera para que caigan dátiles; hace que una fuente brote en su proximidad e invita a María a que se regocije y guarde silencio ante los hombres (10). Al volver hacia los suyos con el Niño, María fue recibida con desaprobación indignada. Ella nada respondió y se limitó a mostrar con un signo a Jesús que habló desde su cuna, para declarar inocente a su Madre frente a toda acusación malévola (cf. Corán 19, 26-32).

A los ojos de los musulmanes, este acontecimiento es muy importante en la vida de María. El Corán agrega que una de las razones principales por la que los judíos han sido reprobados, es la acusación abominable que hicieron contra María:

"Y por su incredulidad y por afirmar contra María una calumnia monstruosa y por su declaración: hemos matado a Jesús, el Mesías, Hijo de María y Enviado de Dios..." (Corán 4, 155).

En Corán 23, 52 se lee:

"Hemos hecho del Hijo de María y de su Madre un signo (=milagro) y hemos resguardado a ambos en un lugar elevado, en donde reina la paz y en donde brotan manantiales de agua".

Los comentaristas ven en este texto una alusión a la huida a Egipto. Una opinión aislada cree que se trata más bien de una insinuación de la Asunción de María (11).

Otros acontecimientos de la vida de la Virgen aparecen relatados por algunos autores serios del Islam. Así, At-Tabarí (+923), tiene textualmente el "Beatus venter qui te portavit et ubera quae suxisti" (Lc. 11, 29), texto aducido a propósito del comentario del Corán (19, 30): "Y (Dios) me ha hecho —dice Jesús— piadoso para con mi madre".

En conjunto, como se ha podido apreciar, tanto el Corán como los autores islámicos tradicionales, son parcos en datos biográficos, aunque más aquél que éstos.

(9) Del comentario de At-Tabarí, citado por J. Abd-El-Jalil, *op. cit.*, p. 42.

(10) Cf. J. Abd-El-Jalil, *op. cit.*, p. 52.

(11) Cf. Ahrens, *Muhammad als Religionsstifter*, Leipzig, 1935, p. 195. La Ascensión de Jesús es afirmada en otro lugar con claridad.

2. PROBLEMAS DE LA MARIOLOGÍA MUSULMANA

Si en este rápido esbozo hemos podido encontrar alguna aproximación con la doctrina cristiana (aunque siempre con rasgos equívocos), las dificultades o problemas que plantea la Mariología musulmana son muy serios. Los dos más importantes se refieren a la Filiación Divina de Cristo y a la relación de María con la Santísima Trinidad.

Jesús es presentado como Palabra de Allah, Profeta, Enviado, Mesías. Cristo aparece, además, como nuevo Adán, pero sólo en el sentido de que da testimonio de la potencia creadora de Dios —pues no tiene padre— y constituye, por lo tanto, un signo para los hombres. Su Crucifixión fue sólo aparente, siendo que Dios, para salvarlo, lo ascendió hasta Sí. Volverá en los últimos tiempos anunciando el Juicio Final. Pero se le niega, en forma absoluta, su naturaleza divina.

También reprueba el Islam, juntamente con la Encarnación, el dogma de la Santísima Trinidad. Impugna una concepción que, a sus ojos, admitiría, al lado del Dios verdadero, otras divinidades que se presentan como asociadas a El o nacidas de El.

"¡Oh Jesús! ¿Eres tú quien ha dicho a los hombres: 'Tomadme a mí y a mi madre como dioses al lado de Dios'?" (Corán 5, 116).

Hay que añadir a esto una razón lingüística que está lejos de ser deleznable en la lengua árabe: Al-Jahiz (+869), fino letrado y espíritu sagaz, ya reconoció que la palabra "hijo", usada en el Corán hablando de Jesús, tiene clara resonancia carnal y repugna a una generación espiritual, como la sobrenatural Generación eterna del Verbo por el Padre. Respecto al Espíritu Santo, el Corán lo identifica con el Ángel Gabriel, "Espíritu de Dios y su mensajero" (12). Vemos así que, al parecer, Mahoma no ataca el verdadero dogma trinitario, al que tal vez nunca conoció o no llegó a comprender, sino una equívoca y burda imagen de ese misterio (13). El sentido de la Trascendencia Divina lleva a los musulmanes a una exasperación indignada contra las fórmulas cristianas: Algacel (+1111), y, más aún, polemistas como Ibn-Hazm (+1064) e Ibn-Taymiya (+1328), lanzan invectivas hirientes para los cristianos.

Teniendo presente estas graves reservas, veamos finalmente cuál es, en definitiva, el grado de dignidad que los musulmanes conceden a María, según lo revelan los textos por ellos mismos usados. Uno de ellos nos asegura que, tiempo antes de la Anunciación, ya los Angeles acudían delante de María, cuando ésta iba a buscar agua, diciendo:

"¡Oh María! Dios te ha elegido y te ha purificado, y te ha preferido por encima de las mujeres de los mundos" (Corán 3, 41).

Los musulmanes sienten especial cariño por esta magnífica procla-

(12) Cf. J. Abd-El-Jalil, *op. cit.*, p. 71.

(13) Cf. Italo Sordí, *Qué ha dicho verdaderamente Mahoma*, Madrid, 1972, p. 123.

mación de la santidad y dignidad supereminentes de María. Ella es colocada por encima de todas las mujeres, es la verdadera Sayyida —“Dolina”, “Señora”— de las mujeres del Paraíso, y, por consiguiente, de todas las mujeres, ya desde su vida terrestre. A Fátima, la hija queridísima de Mahoma, la única posible “rival” de la Santísima Virgen, su padre le dijo: “Tú serás la Señora de las mujeres del Paraíso, después de María...” (14). El grupo de “heterodoxos” dentro del Islam, el de los Shíitas, que tanto exaltan la figura de Fátima, la Hija del Profeta, “condensan” a menudo ambos personajes, María y Fátima, pero sin confundirlos. La excelencia de Fátima le viene por ser Hija del que, a los ojos de los musulmanes, es el Sello de los Profetas, el Mayor de los Enviados, el hombre más perfecto y próximo a Allah. Pero cuando Fátima recibió —dice un hadith— una especial muestra de la Providencia de Dios en su favor, le dijo a su padre: “Loado sea Dios, que te ha dado esta semejanza con la Princesa de las mujeres de Israel” (15).

Esto en los textos. Pero también en la vida cotidiana de muchos creyentes musulmanes, se advierte una cierta presencia mariana. Ella es puesta como modelo a las niñas; en Irán y Marruecos las casas suelen estar adornadas con una imagen suya; se afirma que verla en sueños es un muy buen presagio, etc.

3. NUESTRA SEÑORA DE FATIMA, EVANGELIZADORA DEL ISLAM

A lo largo de estas páginas nos hemos ocupado en la consideración de la figura de Nuestra Señora tal como la presenta el Islam oficial, de una ortodoxia más bien exterior y legalista. En este tipo de Islam, no puede decirse que María ocupe un lugar proporcionado a los privilegios excepcionales que le son reconocidos. Se la considera como un caso particular de acumulación gratuita de favores divinos, y poco más. El Islam esotérico, en cambio, que es el más vital de nuestro tiempo, especialmente en tierras no islámicas, el más profundo y espiritual, va más lejos. Según enseña el Director del Centro de Estudios Islámicos de la Argentina, profesor Ricardo Hesain, es doctrina común en los círculos del esoterismo musulmán, tanto en Europa como en el Próximo Oriente, que la Virgen tiene una función de Maternidad espiritual sobre los creyentes, tanto cristianos como musulmanes, y es en Ella en quien hay que poner la esperanza en estos tiempos, que son los últimos. Más aún, es absolutamente cierto para los musulmanes que —según dice un hadith— Satanás, si bien puede tomar la figura de Jesús, no puede aparecerse bajo la figura de María. Esta doctrina, firmemente aceptada, abre, sin duda, una rendija hacia Lourdes y Fátima... y últimamente hacia la luz del Evangelio del Verbo de Vida, hacia la conversión a la Fe y hacia la Gracia.

[14] Ibn-S'ad, *Tabaqat*, II, p. 40.

[15] Az-Zamakhchari, II, 409.

Cuando se buscan las razones de ese universal amor a María incluso en pueblos que ni siquiera conocen a su Hijo (y los musulmanes no lo conocen pues no saben que es Dios Encarnado), las hallamos en cuatro instintos profundamente arraigados en el corazón humano, y que aparecen nítidamente en el Corán: al afecto a lo hermoso, la admiración por la pureza, la reverencia debida a una Reina, el amor a una Madre. Todas estas tendencias se centran y enfocan en María. Y esto nos lleva a la conclusión:

La Iglesia nos enseña que en el curso de los últimos tiempos se manifestarán más y más los misterios de María, la cual “debe resplandecer como nunca en misericordia, en fuerza y en gracia”, según expresión de San Luis María Grignon de Montfort. ¿Acaso será pura coincidencia el hecho de que Nuestra Señora haya elegido para manifestarse un pequeño pueblo que lleva el mismo nombre que la hija predilecta de Mahoma? Por eso nos preguntamos, con Mons. Fulton Sheen: “¿Por qué la Bienaventurada Madre, en este siglo XX, se ha manifestado y revelado en el insignificante pueblecito de Fátima, de modo tal que todas las generaciones futuras la habrán de conocer como ‘Nuestra Señora de Fátima’?. Como nada proveniente de lo Alto sucede sin fineza de detalles yo creo que la Bendita Señora eligió ser conocida como ‘Nuestra Señora de Fátima’ como un alegato y una señal de esperanza para el pueblo musulmán, y como una señal que ese pueblo, que tanto respeto y veneración le tributa, aceptará un día a su Divino Hijo” (16).

Y un poco más adelante: “La prueba definitiva de la relación de Fátima para con los musulmanes es la entusiasta recepción que en África, en la India y en otras partes han tributado a la estatua peregrina de Nuestra Señora de Fátima. Los musulmanes asisten a las funciones eclesiásticas hechas en las iglesias en honor de la Virgen; permiten que ante sus mezquitas se verifiquen procesiones y se eleven plegarias; y en Mozambique, donde no había musulmanes convertidos, muchos de ellos comenzaron a abrazar la fe cristiana tan pronto como la estatua de Nuestra Señora fue entronizada en ese lugar” (17). Al parecer, los misioneros obtendrán un gran fruto —según lo demuestra la experiencia— si predicán a la Santísima Virgen bajo la advocación de Nuestra Señora de Fátima.

Los musulmanes ya profesan devoción a María. Será menester purificarla, expandirla y desarrollarla. Abrigamos la esperanza de que algún día, bajo la moción de la Gracia divina, acaben por preguntarse: “Quae est ista? ¿Quién es ésta que avanza como la aurora, hermosa como la luna, terrible como un ejército dispuesto para la batalla?” (Cant. 6, 9).

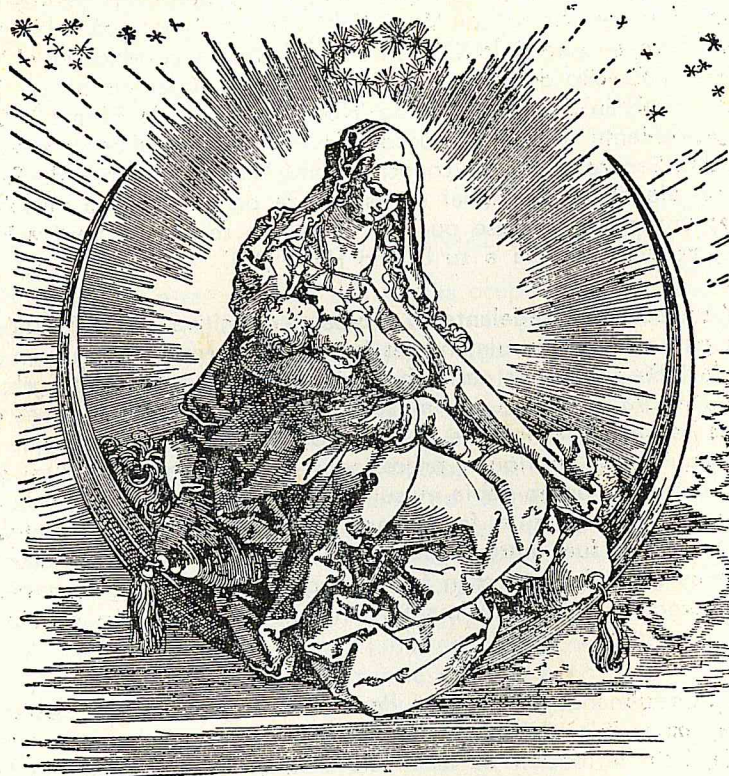
[16] Fulton Sheen, *op. cit.*, p. 159.

[17] *Ibid.*, p. 160.

Y los discípulos de la Media Luna verán al fin el signo decisivo: "una gran señal apareció en el cielo: una Mujer vestida de sol, **con la luna debajo de sus pies**". Entonces oirán las palabras definitivas: "He aquí el tiempo de la salvación y de la potencia y del Reino de Nuestro Dios y del poder de su Cristo" (Ap. 12, 1.10).

GUILLERMO A. SPIRITO

Seminarista de la Arquidiócesis de
Paraná, 2º Año de Teología.



LA VIRGEN Y LOS COLORES DE NUESTRA BANDERA

Siendo la Argentina, desde su cuna, un país eminentemente mariano, fruto de la herencia hispánica, resulta natural la relación que la historia nos muestra entre la Santísima Virgen, especialmente en su advocación de Nuestra Señora de Luján, y los colores azul y blanco de nuestra bandera.

No existe ciertamente un documento, firmado por Belgrano, donde se declare expresamente que impuso a la bandera los colores marianos. Pero es un error creer que hace falta un documento tal, inédito y lleno de polvo, para demostrar esta verdad. Porque científicamente hay un amplio contexto documental y un ceñido substrato biográfico que autorizan con toda legitimidad a concluir que los colores nacionales derivan de los colores del manto de Nuestra Señora.

Cuando Vicente Sierra se refiere a este tema, pese a ser un historiador de reconocida posición católica, se muestra hipercrítico; sin embargo, luego de haber expuesto diversas objeciones, concluye que los colores de nuestra bandera fueron tomados por los porteños de la bandera de los Borbones, concretamente de la de Carlos III, el cual había fundado la Orden de la Inmaculada Concepción a la que perteneció Belgrano.

Los siguientes extractos de varios libros, nos confirman en la conclusión anterior.

(N. de la R.)

“Cuando el rey Carlos III consagró España y las Indias a la Inmaculada en 1761, y proclamó a la Virgen principal Patrona de sus reinos; creó también la Orden Real de su nombre, cuyos caballeros recibían, como condecoración, el medallón esmaltado con la imagen azul y blanca de la Inmaculada, pendiente al cuello de una cinta de tres franjas: blanca en el medio, y azules a los costados.

El artículo 40 de los estatutos de la Orden, reformados en 1804, dice:

Las insignias serán una banda de seda ancha dividida en tres franjas iguales, la del centro blanca y las dos laterales de color azul celeste”.

(Aníbal Atilio Rottjer, *El General Manuel Belgrano*, Ed. Don Bosco, Bs. As., 1970, p. 62).

* * *

“Mitre dijo que los colores nacionales blanco y azul celeste pu-

dieron ser adoptados 'en señal de fidelidad al rey de España, Carlos IV, que usaba la banda celeste de la Orden de Carlos III, como puetada de blanco y celeste, colores de la Inmaculada Concepción de la Virgen, según el simbolismo de la Iglesia'. El artículo IV de los estatutos de dicha orden, decretados en 1804, dice: 'Las insignias... serán una banda de seda ancha dividida en tres fajas iguales, la del centro blanca, y las dos laterales de color azul celeste'. Augusto Fernández Díaz recuerda que, cuando el último ensayo de gobierno republicano en España, se acordó cambiar la bandera rojo y gualda por otra de tres franjas: rojo, gualda y morado, Miguel de Unamuno, entonces diputado, dijo: "...Bandera monárquica podríais acaso llamar a la celeste y blanca de los Borbones de la casa española, **cuyos colores son también los de la República Argentina y los de la Purísima Concepción**".

(Vicente Sierra, *Historia de la Argentina*, Ed. Garriga Argentina, T. V, 1962, L. III, cap. II, p. 472).

* * *

"Si bien la escarapela azul y blanca no se usó en 1810, y sólo aparece al año siguiente, como distintivo de la Sociedad Patriótica; sus colores habían adquirido una especial significación, por haberlos usado los voluntarios que prepararon la **Reconquista**, y que, reunidos en Luján, combatieron luego en la Chacra de Perdriel. Las crónicas de Luján nos hablan del

Real Pendón de la Villa de Nuestra Señora, bordado en 1760 por las monjas catalinas de Buenos Aires. En él había dos escudos: uno con las armas del rey y otro con la imagen de la Pura y Limpia Concepción de María Santísima, singular patrona y fundadora de la villa.

El Cabildo de Luján entregó este estandarte a las tropas de Pueyrredón,

como su mejor contribución para el servicio y la defensa de la patria.

Después de implorar el auxilio de la Virgen, y usando, como distintivo de reconocimiento, los colores de su imagen, por medio de dos cintas anudadas al cuello, una azul y otra blanca, y que llaman **de la medida de la Virgen**, porque cada una medía 38 centímetros, que era la altura de la imagen de la Virgen de Luján; los 300 soldados improvisados se lanzan al ataque contra 700 veteranos de Beresford, y mueren en la acción tres argentinos y veinte británicos.

Los dispersos se unen más tarde a las fuerzas de Liniers, y obtienen, días después, la victoria definitiva, que se atribuyó oficialmente a la intervención de la Virgen María, como consta en las actas del Cabildo de 1806.

Estos colores los conservaron los húsares de Pueyrredón en la **Defensa**, durante las jornadas de julio de 1807".

(Aníbal Atilio Rottjer, op. cit., pp. 61-62).

* * *

"Soldados! Somos de ahora en adelante el Regimiento de la Virgen. **Jurando nuestras banderas os parecerá que besáis su manto** ... Al que faltare a su palabra, Dios y la Virgen, por la Patria, se lo demanden".

(Proclama del Coronel Domingo French, pronunciada en Luján el 25 de septiembre de 1812; en P. Jorge María Salvaire, *Historia de Nuestra Señora de Luján*, T. II, 1885, pp. 268 ss.).

* * *

"Carlos III, Carlos IV y Fernando VII vestían sobre el pecho la banda azul y blanca con el camafeo de la Inmaculada, y el manto real lucía estos mismos colores, como puede observarse en los retratos que adornan los salones del Escorial y el palacio de Oriente en Madrid, donde se custodian también las condecoraciones con la cruz esmaltada en blanco y celeste.

Pueyrredón y Azcuénaga los usaron, como caballeros de esa Orden, y Belgrano, como congregante mariano en las universidades de Salamanca y de Valladolid. Ya hemos referido en otro lugar que Belgrano, al recibirse de abogado, juró 'defender el dogma de la Inmaculada Concepción de la Virgen María, Patrona de las Españas', y que, al ser nombrado secretario del Consulado, declaró en el acta fundamental de la institución que la ponía 'bajo la protección de Dios' y elegía 'como Patrona a la Inmaculada Virgen María', cuyos colores, azul y blanco, colocó en el escudo que ostentaba el frente del edificio".

(Aníbal Atilio Rottjer, op. cit., pp. 62-63).

* * *

"...al fundarse el Consulado en 1794, quiso Belgrano que su patrona fuese la Inmaculada Concepción y que, por esta causa, la bandera de la dicha Institución constaba de los colores azul y blanco. Al fundar Belgrano en 1812 el pabellón nacional ¿escogería los colores azul y blanco por otras razones diversas de las que tuvo en 1794?

El Padre Salvaire no conocía estos curiosos datos y, sin embargo confirma nuestra opinión al afirmar que 'con indecible emoción cuentan no pocos ancianos, que al dar Belgrano a la gloriosa bandera de su Patria, los colores blanco y azul celeste, había querido,

cediendo a los impulsos de su piedad, obsequiar a la Pura y Limpia Concepción de María, de quien era ardiente devoto' ”.

(Guillermo Furlong S.J., **Belgrano. El Santo de la espada y de la pluma**, Club de Lectores, Bs. As., 1974, pp. 35-36).

* * *

“Al emprender la marcha (hacia el Paraguay) pasa (Belgrano) por la Villa de Nuestra Señora de Luján donde se detiene para satisfacer el deseo que le anima de poner su nueva carrera y las grandes empresas que idea en su mente, bajo la protección de la milagrosa Virgen de Luján. Manda, al efecto, celebrar en ese Santuario una solemne misa en honor de la Virgen a la que asiste personalmente, a la cabeza del Ejército de su mando, y robusteciendo su corazón con el cumplimiento de este acto religioso, prosigue lleno de fe y de esperanza el camino que le trazara el deber y el honor”.

(P. Jorge María Salvaire, op. cit., pp. 262-263).

* * *

“José Lino Gamboa, antiguo cabildante de Luján, juntamente con Carlos Belgrano, hermano del General, afirmó que:

‘Al dar Belgrano los colores celeste y blanco a la bandera patria, había querido, cediendo a los impulsos de su piedad, honrar a la Pura y Limpia Concepción de María, de quien era ardiente devoto por haberse amparado a su Santuario de Luján’ ”.

(José Manuel Eizaguirre, **La bandera argentina**, Peuser, Bs., As., 1900, p. 43).

* * *

“El sargento mayor Carlos Belgrano, que desde 1812 era comandante militar de Luján y presidente de su Cabildo, dijo:

Mi hermano tomó los colores de la bandera del manto de la Inmaculada de Luján de quien era ferviente devoto.

Y en este sentido se han pronunciado también sus coetáneos, según lo aseveran afamados historiadores”.

(Aníbal Atilio Rottjer, op. cit., p. 66).

BENDITA SEA TU PUREZA*

*Bendita sea tu pureza
Y eternamente lo sea,
Pues todo un Dios se recrea
En tan graciosa belleza.
A ti, celestial princesa,
Virgen sagrada María,
Te ofrezco desde este día
Alma, vida y corazón,
Mirame con compasión
No me dejes, madre mía.*

*Madre del amor hermoso
Y de la santa confianza,
En ti pongo mi esperanza
Y espero quedar airoso.
Tú, que al dragón insidioso
Quebrantaste la cabeza,
Tú, torre de fortaleza
A la faz de mi enemigo,
Atiende lo que te digo:
Bendita sea tu pureza.*

*Hija hermosa del Excelso
Y al mismo tiempo su esposa,
Primavera deliciosa,
Que ahuyentas al torvo invierno.
Tú confundes al averno,
Tú admiras a Galilea
Tú fuiste la bella hebrea
En quien el Verbo se hizo hombre.
¡Bendito sea tu nombre!
Y eternamente lo sea.*

* Tomamos esta preciosa poesía de los cantares populares recopilados por Juan Alfonso Carrizo en las provincias de Catamarca, Salta, Jujuy y Tucumán. “Esta glosa me fue dictada en la ciudad de Tucumán por don Luis A. Espinosa quien la sabe por haberla oído a su señora madre doña Rosa Cabezas de Espinosa; ella a su vez la había aprendido oyéndola recitar a su madre, en Santa María (Catamarca) de donde era natural. Quizás la glosa sea española, pues es la única composición que he encontrado en donde se glosa una décima”.

Tú eres el huerto cerrado,
La hermosa fuente sellada,
En donde no tuvo entrada,
Ni la sombra del pecado.
Así lo hubo decretado
La Augusta Trina Asamblea,
Que al formarte te hermosea,
Con tales gracias y tantas,
Que al mismo Creador encantas,
Pues todo un Dios se recrea.

Luna clara que iluminas
Mi noche caliginosa,
Nítida, fragante rosa,
Y lirio entre las espinas.
Si constante me encaminas
Hacia el Dios de la pureza,
Tendré, Virgen, la certeza
De verme en tu compañía,
Viviendo un eterno día
En tan graciosa belleza.

Puerta franca eres del cielo,
Arca de la nueva alianza,
Iris de paz y bonanza,
Y todo nuestro consuelo.
Desde este mísero suelo
Donde mi alma se embelesa
Siendo cada día presa
De mis tiranas pasiones,
Recurro en mis oraciones
A ti, celestial princesa.

¡Dios te salve, Virgen pura,
Madre de grata memoria,
Llena de paz y de gloria
Vives, madre, en las alturas,
Cual ninguna criatura!
Tú tienes la primacía
Sobre toda jerarquía,
Y estás de Dios tan vecina,
Que rayas casi en divina,
Virgen sagrada María.

Salúdote reverente
Con el más profundo afecto
Y al declararme imperfecto
Y que mis culpas lamente,
Verás ¡oh Virgen clemente,
Abogada y madre mía!
Que tomándote por guía
Y llorando mi pecado,
Un corazón humillado
Te ofrezco desde este día.

Hermosa como la luna,
Escogida como el sol,
Rubia como el arbol,
Agraciada cual ninguna,
No hubo existencia alguna,
Para mí en la creación,
Ni la habrá, que es excepción
Tan grande y tan verdadera,
Y por lo tanto te diera
Alma, vida y corazón.

Soberana emperatriz,
Señora de cielo y tierra,
Cuya planta al diablo aterra
Y le pisa la cerviz.
Sólo tú fuiste feliz
Y pura en tu concepción
Por la gloriosa excepción
De la culpa original;
Madre pía, sin igual,
Mírame con compasión.

¡Oh templo de Salomón!
¡Oh arca del testamento!
¡Del cielo nuevo ornamento
Y de la tierra blasón!
No desdén mi oración,
Muéstrate conmigo pía,
Y en mi postrera agonía,
Cuando el infernal dragón
Intente mi perdición,
No me dejes, madre mía.





LA REALEZA DE MARIA

Intensísimo fue el amor que profesaba a María, la Madre de Cristo, el gran Papa Pío XII, ese Papa tan querido por los argentinos desde su venida a nuestra Patria en ocasión del Congreso Eucarístico Internacional del año 1934, cuando aún era el cardenal Eugenio Pacelli. Fue un Papa eminentemente mariano. Pues bien, este Papa, cuando todavía estaba vivo el dolor, y teñido de luto el mundo como consecuencia de la Segunda Guerra Mundial, había proclamado, el 1º de noviembre del Año Santo de 1950, el dogma de la Asunción de la Beatísima Virgen María al cielo, "donde, presente en alma y cuerpo, reina entre los coros de los Angeles y de los Santos, a una con su Unigénito Hijo".

Cuatro años después, el 11 de octubre de 1954, instituyó la fiesta litúrgica de la "Bienaventurada María Virgen Reina". No era su propósito proponer una nueva verdad al pueblo fiel, dado que la dignidad real de María había sido sobreabundantemente expresada desde los más lejanos tiempos de la historia cristiana, según lo prueban los más antiguos documentos de la Iglesia y los venerables libros de la Sagrada Liturgia, sino que deseaba, según reza la introducción de la Encíclica **Ad Coeli Reginam**, "renovar las alabanzas de nuestra celestial madre", y así hacer más viva la devoción en las almas cristianas. Devoción que, en los duros y desequilibrados tiempos de la post-guerra, era indispensable promover y alentar, pues paralelamente a las destrucciones materiales los males morales se acrecentaban más y más. Según las propias palabras del Sumo Pontífice, la iniquidad avanzaba "en cenagosas oleadas, a la par que vemos resquebrajarse las bases mismas de la justicia y triunfar la corrupción". Y agregaba el Santo Padre: "En este incierto y pavoroso estado de cosas Nos vemos profundamente angustiados, pero recurrimos confiados a nuestra Reina María".

Para dar los fundamentos de la devoción mariana que proclama Reina a la Madre de Cristo, hace Pío XII un examen de la Tradición, la cual "considerando... las íntimas relaciones que unen a la Madre con el Hijo, reconoció fácilmente en la Madre de Dios una regia preeminencia sobre todos los seres". Acompañemos al Santo Padre en dicho examen.

Devoción a María Reina de parte de los Padres

Todos los escritores sagrados, desde los más lejanos tiempos, vieron en las palabras del arcángel Gabriel a la Santísima Vir-

gen el primer anuncio de la Realeza de María: "Concebirás en tu seno y darás a luz un hijo. El será grande y llamado Hijo del Altísimo y le dará el Señor Dios el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob por los siglos, y su reino no tendrá fin" (Lc. 1, 31-33). Asimismo vieron una proclamación semejante en las palabras de Isabel quien, al recibir la visita de su prima, María, se inclinó reverente delante de ella, llamándola Madre del Rey y Madre del Señor, en claro testimonio del reconocimiento de la singular elevación y preeminencia de la Santísima Virgen.

Luego, en el curso de los siglos, la Realeza de María fue proclamada y cantada por todos los escritores sagrados. San Efrén, Confesor y Doctor, llamado "la cítara del Espíritu Santo", en el siglo IV, cuando la herejía arriana parecía que iba a acabar por destruir la Cristiandad, oraba del siguiente modo: "Virgen augusta y Dueña, Reina, Señora, protégeme bajo tus alas, guárdame, para que no se gloríe contra mí Satanás, que siembra ruinas, ni triunfe contra mí el malvado enemigo". Y la oración de este santo Diácono y Doctor fue el manantial de la devoción a María Reina para los coptos y orientales. Asimismo, la altísima dignidad real de María se halla rotundamente afirmada por Orígenes, San Jerónimo, San Pedro Crisólogo, San Epifanio, San Andrés de Creta, San Germán, San Juan Damasceno, Venancio Fortunato y San Ildefonso de Toledo. Todos ellos reiteradamente la invocan como a Señora, Dominadora, Reina. San Jerónimo, al cual la Iglesia llama "Doctor Máximo" por su sabiduría en la interpretación de las Sagradas Escrituras, y que llevó a cabo la versión latina de la Biblia, al exponer su pensamiento sobre las varias interpretaciones del nombre de María escribe: "Sébase que María en la lengua siríaca significa Señora". En igual sentido se expresa San Pedro Crisólogo en una de sus renombradas homilías: "El nombre hebreo María se traduce en latín 'Dómina'; por lo tanto, el ángel la saluda Señora". Venancio Fortunato, obispo, historiador y poeta del siglo VI, en su "De laudibus Mariae" la llama "Reina feliz, Reina eterna, junto al Hijo Rey, cuya nivea cabeza está adornada con áurea corona". Para cerrar el cuadro de los testimonios de la antigua tradición, Pío XII transcribe de San Ildefonso de Toledo, la gran lumbrera de la Iglesia visigótica en el siglo VII, una salutación en su "De Virginitate perpetua" a la Madre del Salvador: "¡Oh Señora mía! ¡Oh Dominadora mía! tú mandas en mí, Madre de mi Señor, Señora entre los esclavos, Reina entre los hermanos".

La Realeza de María en los Santos posteriores

En el siglo XIV, el Beato Enrique Suso, gran asceta y místico, llamado el San Francisco alemán, fundador de la Hermandad de la Eterna Sabiduría, recomendaba a sus discípulos un entrañable y ardiente amor a la Madre de Cristo, soberano Rey, con las si-

guientes palabras en las que se proclama la grandeza de María: "El discípulo deberá saludar a su Reina desde el amanecer. Antes de prosternarse ante el Divino Sol, la Eterna Sabiduría, Cristo Nuestro Señor, sus labios pronunciarán la salutación angélica. Al mismo tiempo depositará entre sus manos inmaculadas todas las buenas obras del día, a fin de que esa tierna Madre las presente a su Divino Hijo... y cuando, llegada la noche, el discípulo haya terminado sus plegarias, invocará una vez más a la Reina del cielo, antes de entregarse al sueño".

Y así, todos los siglos, a través de sus Confesores, Doctores y Santos, han ido proclamando la Realeza de María, incluso durante el impío siglo XVIII que intentó abatir la cruz y que, sin embargo, tuvo hombres como San Luis María Grignon de Montfort y San Alfonso María de Liguori, que reivindicaron para la Madre del Verbo Encarnado su insigne señorío y dominio sobre todas las criaturas.

En la tercera década del siglo XIX se suceden las apariciones de la Santísima Virgen a Santa Catalina Labouré, de la Congregación de Hermanas de San Vicente de Paul, cuya vida humilde y silenciosa transcurrió en el hospital Enghien del arrabal de París de San Antonio. Siendo aún novicia, el 2 de diciembre de 1830, tuvo su segunda visión en la que contempló a María en su doble faz: como **Virgo Potens**, es decir como Reina y Soberana del mundo, llevando en sus manos el globo terráqueo, y como **Virgo Clemens**, abriendo sus brazos misericordiosos hacia los hombres.

El eco de las artes

La poesía no ha permanecido al margen de esta advocación. Así, la luminosa y cautivante claridad de María Reina encendió el alma de los poetas de nuestra lengua. Desde el clamor angustioso de Fray Luis de León, que en su largo encarcelamiento la contempla: "de estrellas coronada — cual Reina habrá ninguna — pues por chapín lleváis la blanca luna"; hasta un Manuel Machado, en nuestro siglo, quien de rodillas ante la imagen de Nuestra Señora en Burgos, llora en soneto perfecto la amargura que colma al hombre de nuestros días.

La figura de María como Reina ha sido, a lo largo de casi dos milenios de Cristiandad, permanente fuente de inspiración creadora para artistas cristianos. Todas las artes se han dignificado con ella. Lo reconoce así Pío XII cuando escribe: "El arte, al inspirarse en los principios de la fe cristiana, como fiel intérprete de la espontánea y auténtica devoción del pueblo, ya desde el Concilio de Efeso, ha acostumbrado representar a María como Reina y Emperatriz que, sentada en regio trono y adornada con enseñas rea-

les, ceñida la cabeza con corona y rodeada por los ejércitos de ángeles y de santos, manda no sólo sobre las fuerzas de la naturaleza, sino también sobre los malvados asaltos de Satanás”.

Fundamentación teológica

La advocación de María como Reina y Señora de todo lo creado se fundamenta en su divina Maternidad. En efecto, ya vimos cómo, según San Lucas (1,31-33), cuando el ángel le anuncia que concebirá en su seno y dará a luz un hijo, a quien debe llamar Jesús, le agrega que será grande y que el Señor Dios le dará el trono de David, reinando por todos los siglos. Y vimos también que cuando la Virgen visita a Santa Isabel, ésta le dice: “¿De dónde a mí que la madre de mi Señor venga a mí?”, quedando con ello claramente establecido, como lo asevera Pío XII, que “ella misma es Reina, pues ha dado vida a un Hijo que, ya en el instante mismo de su concepción, aun como hombre, era Rey y Señor de todas las cosas, por la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo”. Siendo María la Madre del Creador es Señora y Reina de toda la creación, pues adquirió una dignidad que está por encima de todos los santos y de todos los ángeles.

Pero María es Reina, no sólo por su divina Maternidad sino por su íntima asociación con la obra redentora del Salvador, su Hijo. Por ello canta la Sagrada Liturgia: “Dolorida junto a la Cruz de Nuestro Señor Jesucristo, estaba Santa María, Reina del cielo y de la tierra”. María es corredentora de la humanidad pues, como dice Francisco Suárez, el “Doctor Exímio”, en su “De Mysteriori vitae Christi”: “Así como Cristo, por el título particular de la Redención, es nuestro Señor y nuestro Rey, así también la Bienaventurada Virgen es nuestra Señora, por su singular concurso prestado a nuestra redención”.

Por todo ello María Reina supera en dignidad a todas las criaturas pues, como lo expresa Pío IX en su Bula “Ineffabilis Deus”, “Dios inefable ha enriquecido a María con gran magnificencia con la abundancia de sus dones celestiales, sacados del tesoro de la divinidad, muy por encima de los ángeles y de todos los santos. Tuvo tal plenitud de inocencia y santidad que no se puede pensar otra más grande fuera de Dios”.

La voz oficial de la Iglesia

En todos los tiempos los Sumos Pontífices no cesaron de proclamar la Realeza de María. Tal el caso de Gregorio II, quien en su famosa carta al patriarca San Germán, aclamada por los padres del séptimo Concilio Ecuménico, proclamaba a María “Señora de todos, verdadera Madre de Dios y Señora de todos los cristianos”.

Reina la llamó Sixto IV; y Benedicto XIV, en su Bula “Gloriosae Dominae”, la llama “Reina del cielo y de la tierra”.

Asimismo la Realeza de María ha estado siempre sólidamente asentada en la Liturgia oriental y occidental. Textualmente dice Pío XII: “La Sagrada Liturgia, fiel espejo de la enseñanza comunicada por los Padres y creída por el pueblo cristiano, ha cantado en el correr de los siglos y canta de continuo, así en Oriente como en Occidente, las glorias de la Reina celestial. Y desde hace varios siglos, en el Santo Rosario, en el quinto misterio glorioso, todos los cristianos contemplan y meditan la coronación de la Santísima Virgen como Reina de todo lo creado”.

Con tales precedentes teológicos, históricos y litúrgicos, Pío XII, en virtud de su Autoridad Apostólica, decretó e instituyó la fiesta de María Reina, que debería celebrarse en todo el mundo el día 31 de mayo, fecha que posteriormente fue trasladada al 22 de agosto. En esa celebración mandaba “se renueve la consagración del género humano al Inmaculado Corazón de María”. El 1º de noviembre de 1954, en su discurso con motivo de la proclamación de dicha fiesta litúrgica, expresaba con palabras que no han perdido actualidad: “Ojalá que nuestra invocación a la Realeza de la Madre de Dios pueda obtener para los hombres conscientes de sus responsabilidades la gracia de vencer el abatimiento y la indolencia, en un momento en que nadie puede permitirse un instante de descanso, cuando en tantas regiones la justa libertad está oprimida, la verdad está ofuscada por los ardides de una propaganda engañadora y las fuerzas del mal parecen como si se hubieran desencadenado sobre la tierra”.

La enseñanza de Pío XII fue ratificada por el Concilio Vaticano II al declarar que la Santísima Virgen, al ser asunta en cuerpo y alma a los cielos, fue “ensalzada por el Señor como Reina del Universo”.

TORIBIO M. LUCERO

“MIKAEL”

Se vende en las siguientes Librerías:

CAPITAL FEDERAL

- Librería del Temple**, Viamonte 525.
Librería Huemul, Santa Fe 2237.
Club del Libro Cívico, Córdoba 679, 5º Piso, Of. 504.
Librería San Luis, Guido 1624, Local 9.
Librería Acción, Avenida de Mayo 624.
Librería San Pablo, Callao 325.
Librería Guadalupe Ed., Mansilla 3865.
Editorial Theoría, Rivadavia 1255, 4º Piso.
Librería del Instituto, Rodríguez Peña 1054.

INTERIOR

- Librería Fénix**, Buenos Aires 267, Paraná.
Librería El Sol, Gualeguaychú y 9 de Julio, Paraná.
El Templo del Libro, San Juan esq. Uruguay, Paraná.
Libros Selectos, España 609, Salta.
Librería El Saber, Sarmiento 143, Rafaela.
Librería San Agustín, Chile 719, Mendoza.
Librería Hogar del Libro, Deán Funes 252, Córdoba.
Librería San Pablo, Avenida Vélez Sársfield 74, Córdoba.
Librería Anello, Colón y Belgrano, San Luis.
Librería San Pío X, Rivadavia y Pringles, San Luis.
Librería San José, Alvear 100 - Local 14, Villa Ballester - Prov. Bs. Aires.

TEXTOS DE PADRES Y DOCTORES DE LA IGLESIA

LA DORMICION DE NUESTRA SEÑORA

San Juan Damasceno es uno de los últimos Padres de la Iglesia oriental, cuya actividad se desarrolló entre el fin del s. VII y la primera mitad del VIII. Nacido en una familia cristiana de Damasco —de allí su apodo de Damasceno—, pronto se trasladó a Jerusalén, pasando la mayor parte de su vida en las cercanías de esa ciudad, en el convento de San Sabas. Monje y sacerdote, fue un ilustre defensor del culto de las imágenes en tiempos de la persecución iconoclasta de León Isáurico y Constantino V. Su obra fundamental es una exposición de conjunto de la doctrina católica, llamada “Fuente del conocimiento”, verdadera suma teológica donde resumió, según una elaboración original, toda la enseñanza de los Padres griegos. Santo Tomás de Aquino cita con frecuencia este primer ensayo de síntesis escolástica.

San Juan Damasceno dejó asimismo obras de moral, exégesis y ascética. Fue también un estimable poeta —himnólogo— y brillante orador. Entre las homilías que han llegado hasta nosotros son famosas sus tres oraciones en favor de las sagradas imágenes, así como otras dedicadas a alabar a Nuestra Señora. Por sus sermones sobre la Virgen es considerado uno de los doctores de la teología mariana. De estos discursos, tan sólo cuatro son reconocidos como auténticos: una homilía sobre la Navidad y tres sobre la Dormición y Asunción de la Santísima Virgen.

Publicamos acá la primera homilía sobre la Dormición, pronunciada ante la tumba que la tradición consideró como la de Nuestra Señora. Se abre con un largo preámbulo sobre las maravillas de la Encarnación, cuyo instrumento fue María. Luego consagra una larga primera parte al elogio de Nuestra Señora, según se estilaba en el aniversario de la muerte de los santos o en las oraciones fúnebres: tras el recuerdo de las virtudes de sus padres, relata las etapas de su vida, su infancia, la presentación y retiro en el Templo, la Anunciación, el nacimiento de Cristo, con las principales figuras del Antiguo Testamento que fueron preanunciando sus misterios. Luego, en una segunda parte, relativamente breve, evoca la muerte y la asunción de Nuestra Señora.

La división y los subtítulos los hemos tomado de la traducción que de este sermón nos ofrece la colección “Sources Chrésiennes”.

(N. de la R.)

Preámbulo

1. “La memoria de los justos está rodeada de elogios”, dice el sapientísimo Salomón. “Preciosa es ante la mirada del Señor la muerte de sus santos”, profetizó David, el ancestro de Dios. Si pues la memo-

ria de todos los justos está rodeada de elogios, ¿cuál será la alabanza adecuada a la fuente de la justicia y al tesoro de la santidad, ¿para agregar algo a su gloria, sino para ser uno mismo glorificado con su propia gloria eterna? Ella, la morada de Dios, la ciudad de Dios, no tiene necesidad alguna de ser glorificada por nosotros; sobre ella se han pronunciado palabras de gloria, como le dijo el divino David: "Para tu gloria han hablado, ciudad de Dios". ¿Cómo comprender, en efecto, esta "ciudad de Dios" invisible e ilimitada, que contiene todas las cosas en su mano, sino de aquella que ha podido, ella sola, contener realmente, de una manera sobrenatural y sobreesencial, en su grandeza sin límite, el Verbo de Dios sobreesencial? ¿Cómo no comprenderla sino de aquella para quien el mismo Señor ha dicho palabras gloriosas? ¿Qué puede ser más glorioso que haber dado cabida al designio de Dios?

2. Porque ninguna lengua humana, ni siquiera la inteligencia de los ángeles que están por encima del mundo, pueden celebrar dignamente a aquella por quien nos fue dado contemplar claramente la gloria del Señor. ¿Pero qué? ¿Nos callaremos por ser incapaces de alabarla dignamente, o acaso el miedo nos detendrá? No, por cierto. ¿O bien atravesaremos el umbral, como se dice, desconoceremos nuestros propios límites, y tocaremos sin pudor los temas sagrados desdeñando el freno del temor? De ninguna manera. Más bien, temperando el temor con el amor, y entrelazándolos para formar una sola corona, con santa reverencia, con mano temblorosa y alma inflamada, ofreceremos, en deuda de gratitud, las humildes primicias de nuestro pensamiento a la Reina y a la Madre, bienhechora de toda la naturaleza.

Se cuenta que cierto día unos campesinos, mientras araban con sus bueyes, vieron pasar un rey vestido de magnífica púrpura, resplandeciente con el brillo de la diadema, en medio de una cantidad innumerable de guardias que lo escoltaban; y como en ese momento no tenían nada a mano que pudiesen ofrecer como presente al príncipe, uno de ellos, rápidamente, con sus manos recogió agua (que corría muy cerca en abundancia) y la llevó de regalo al soberano. El rey le dijo: Hijo mío, ¿qué es esto? El respondió con decisión: Te he traído lo que tenía a mi disposición. Pensé que era lo mejor que podía hacer: la indignidad no debía extinguir nuestro celo. Tú no necesitas nuestros dones, sólo quieres nuestra buena voluntad. Para nosotros, este gesto es un deber, e incluso redundante en alabanza nuestra, porque la gloria acompañada de buen grado a aquellos que son generosos. El rey admiró y alabó esta sabiduría, recibió amablemente esta buena voluntad, y resolvió recompensar al hombre con regalos considerables. Ahora bien, si un tirano orgulloso prefirió el buen querer a la riqueza de la ofrenda, ¿cuánto más esta Soberana verdaderamente buena, madre del Dios que es el único bueno, cuya condescendencia es infinita, del Dios que prefirió las "dos moneditas" a las más ricas ofrendas, cuánto más, digo,

no aceptará ella nuestra intención, sin tener en cuenta nuestra capacidad? Sin ninguna duda recibirá nuestra ofrenda y nos dará en recompensa bienes incomparablemente más grandes. Ya que todo nos obliga pues a hablar, para cumplir con nuestro deber, dirijámonle así la palabra.

María en la perspectiva de la Encarnación

3. ¿Con qué título invocarte, oh Soberana? ¿Con qué palabras saludarte? ¿Con cuáles alabanzas coronar tu frente sagrada y cubierta de gloria, tú que eres la dispensadora de los bienes, la distribuidora de las riquezas, la belleza del género humano, el orgullo de la creación entera, tú por quien esta creación se ha hecho verdaderamente bienaventurada? En efecto, a quien en otro tiempo no lo podía contener, he aquí que por ti lo contiene. A aquel sobre quien no tenía la fuerza de fijar su mirada, ahora lo "contempla como por un espejo, con el rostro descubierto". Abre, oh Verbo de Dios, nuestra boca tarda para hablar. Pon sobre nuestros labios abiertos una palabra llena de gracia. Infunde en nosotros la gracia del Espíritu, por la cual de humildes pecadores nos hagamos elocuentes, y a pesar de ser iletrados expresemos la sabiduría que sobrepasa al hombre, de modo que nuestra débil voz logre proclamar, aunque sea de manera inadecuada, las grandezas de tu amadísima Madre.

Es ella, en efecto, elegida desde las antiguas generaciones, en virtud de la predestinación y benevolencia del Dios y del Padre que te engendró fuera del tiempo sin salir de sí mismo y sin alteración, es ella quien te engendró, encarnado de su carne, "en los últimos tiempos", a ti, la propiciación y la salvación, la justicia y la redención, a ti, la vida salida de la vida, "luz de luz, Dios verdadero de Dios verdadero". El alumbramiento de esta madre fue extraordinario; su nacimiento superó la naturaleza y la inteligencia humana, y fue salutífera para el mundo; su dormición fue gloriosa, verdaderamente sagrada y digna de una religiosa alabanza.

El Padre la predestinó; luego los profetas, por el Espíritu Santo, la anunciaron; después la virtud santificadora del Espíritu la visitó, purificó y la hizo santa, regando por así decirlo esa tierra. Tú, entonces, que eres "la definición y la expresión del Padre", vienes a habitar en ella sin quedar por ello limitado, para llamar la extrema bajeza de nuestra naturaleza a la altura infinita de la incomprensible divinidad. De esta naturaleza humana recibes las primicias de la sangre castísima, purísima y totalmente inmaculada de la Virgen santa, de ella te has formado una carne viva con un alma racional e inteligente, y la has hecho subsistir en ti mismo. Y has llegado a ser hombre perfecto, sin renunciar a ser Dios perfecto ni dejar de ser consubstancial a tu Padre, aunque tomando sobre ti nuestra debilidad, por una indecible ternura. Y has salido de ella, tú, un solo Cristo, un solo Señor, un solo Hijo, al mismo

tiempo Dios y hombre, enteramente Dios y enteramente hombre, una sola persona, compuesta de dos naturalezas perfectas, divinidad y humanidad. Ni simplemente Dios ni puramente hombre, sino un solo Hijo de Dios y Dios encarnado, a la vez Dios y hombre en la misma persona, sin admitir confusión ni sufrir separación, llevas en ti mismo las propiedades de dos naturalezas diferentes, unidas hipostáticamente sin confusión ni separación: lo creado y lo increado, lo mortal y lo inmortal, lo visible y lo invisible, lo circunscripto y lo ilimitado, la voluntad divina y la voluntad humana, la actividad divina pero ciertamente también una actividad humana, ambas libres, tanto la divina como la humana, las maravillas divinas y las pasiones humanas, quiero decir las pasiones naturales, no las culpables.

Porque tú, oh Señor, por las entrañas de tu misericordia, has asumido al primer Adán, tal cual era antes de la transgresión, libre del pecado, lo has asumido todo entero, cuerpo, alma, espíritu, con todas sus facultades naturales, para comunicar la salvación a mí ser entero, según aquello de que "lo que no ha sido asumido no ha sido sanado". Y hecho así "mediador entre Dios y los hombres", has suprimido el odio y conducido a tu Padre a aquellos que lo habían abandonado; has devuelto lo que se había extraviado, has esclarecido lo que estaba en tinieblas, has renovado lo que estaba roto, has cambiado en incorrupción lo que estaba corrompido. Has librado a la creación del error politeísta. Has hecho a los hombres "hijos de Dios"; y a los que estaban en el deshonor los has hecho participantes de tu gloria divina. Al condenado a los infiernos subterráneos, lo has elevado "muy por encima de todo Principado y de toda Potestad"; condenado a volver a la tierra y a habitar el Hades, lo has hecho sentar sobre el trono real, en ti mismo. ¿Cuál fue el instrumento de estos infinitos beneficios que sobrepasan todo pensamiento y toda comprensión? ¿No es acaso aquella que te ha dado a luz, la siempre Virgen?

Gloria de la dormición. Piedad filial de Cristo

4. Veis, padres y hermanos amados de Dios, la gracia del día presente. Veis cuán sublime y venerable es aquella que celebramos. ¿No son tremendos sus misterios? ¿Acaso no están llenos de maravillas? Dichosos los que ven todo lo que se puede contemplar allí. Dichosos aquellos que poseen el sentido de la inteligencia. ¡Con qué luz, con qué centelleos resplandece esta noche! ¡Qué escoltas de ángeles hacen brillar la dormición de la Madre que fue el principio de la vida! ¡Con qué divinas palabras los Apóstoles beatifican los funerales del cuerpo que recibió Dios! ¡Cómo el Verbo de Dios, que por misericordia se dignó hacerse su Hijo, sirve, con sus manos soberanas, a esta mujer toda santa y divina, como se sirve a una madre, y recibe su alma sagrada! ¡Oh el perfecto legislador! Sin estar sujeto a la ley, cumplió la ley que él mismo llevó. Porque es él quien prescribió el deber de los hijos con respecto a sus padres: "Honra, dice, a tu padre y a tu madre". Es esta una

verdad manifiesta para cualquiera que esté iniciado, aun de manera incipiente, en los oráculos divinos de la santa Escritura. Porque si es verdad, según esta divina Escritura, que "las almas de los justos están en las manos del Señor", ¿cómo ésta, con mayor razón, no entregaría su alma en las manos de su Hijo y de su Dios? Es una verdad cierta, por encima de toda réplica.

PRIMERA PARTE

Elogio de la Madre de Dios

¿Pero no deseáis acaso que digamos ante todo quién es ella, cuál es su origen, cuál es su relación con este mundo, ella que es el don de los dones de Dios, el más elevado al mismo tiempo que el más amable; cómo ha vivido en la vida presente y de qué misterios fue juzgada digna? Expliquemos estos puntos. Los Griegos, en las oraciones fúnebres con que honraban a los desaparecidos, reunían con minucioso cuidado todo lo que encontraban útil para que el elogio, por una parte, pudiese aplicarse al héroe celebrado, y por otra fuese para los sobrevivientes un estímulo y una exhortación a la virtud, tejiendo generalmente sus discursos con fábulas y ficciones sin límite, por cuanto sus personajes no tenían por sí mismos méritos para la alabanza. Así pues si nosotros disimuláramos en los abismos del silencio, según la expresión corriente, lo que es absolutamente verdadero y respetable, y lo que, existiendo realmente, procura en verdad a todos la bendición y la salvación, incurriríamos en la burla general y en la misma condenación de aquel que enterró su talento. Pero trataremos de que nuestro discurso sea conciso, no sea que fatigue los oídos, como el exceso en la comida perjudica al cuerpo.

Sus padres. Nacimiento y vida en el Templo

5. Joaquín y Ana fueron sus padres. Joaquín, pastor de ovejas, conducía sus pensamientos como guiaba a sus rebaños, guardándolos bajo su autoridad y conduciéndolos según su voluntad. Porque, teniendo él mismo, como una oveja, al Señor Dios por pastor, no carecía de ningún bien excelente. Y nadie se imagine que llamo bienes excelentes a aquellas cosas en las que piensa la multitud, a las que aspira siempre el espíritu de los hombres codiciosos, que no son ni durables por su naturaleza, ni capaces de hacer mejor al que las posee: estos placeres de la vida presente, que no pueden adquirir un valor estable, sino que se esfuman por sí mismos y se disipan enseguida, aunque se los posee en abundancia. ¡Lejos de nosotros el pensamiento de admirar tales cosas! No es esa la parte de los que temen al Señor. De lo que hablo es de los bienes verdaderamente deseables y amables para los hombres de juicio recto, de los bienes que permanecen para la eternidad, que alegran a Dios y ofrecen a sus poseedores el fruto de su estación: me refiero a las virtudes, que darán su fruto a su debido tiempo, es de-

cir la vida eterna en el siglo futuro, al menos para aquellos que los hayan debidamente cultivado, trabajando en la medida de sus fuerzas. El trabajo precede, la felicidad eterna le sigue. Joaquín estaba acostumbrado a conducir interiormente sus propios pensamientos "sobre un prado de hierba fresca" —permanecía en la contemplación de los oráculos sagrados—, y "hacia las aguas del reposo" de la divina gracia, donde encontraba sus delicias; los apartaba de la vanidad y los guiaba "por senderos de justicia".

En cuanto a Ana, cuyo nombre significa "gracia", era su compañera tanto por sus costumbres como por la comunidad de vida; favorecida de todos los bienes, fue no obstante, por una razón mística, golpeada con el mal de la esterilidad. Efectivamente, la gracia era estéril, no teniendo la fuerza de fructificar en el alma de los hombres: porque "todos estaban desviados, todos corrompidos", no había "ni uno inteligente, ni uno que buscara a Dios". Entonces Dios en su bondad, mirando la obra de su propia mano, teniendo piedad de ella, y queriéndola salvar, puso fin a la esterilidad de la gracia, es decir de Ana, a los pensamientos divinos; entonces ésta dio a luz una niña tal como ninguna otra había nacido antes de ella, ni nacerá jamás. La curación de esta esterilidad mostraba con toda nitidez que la esterilidad del mundo, incapaz de producir bienes, iba a terminar, y que el tronco de la beatitud prohibida iba a fructificar.

6. Por eso la Madre de Dios nace en virtud de una promesa: un ángel revela la concepción de la que va a nacer. Porque convenía que, también en este punto, la que debía engendrar según la carne al Dios único y realmente perfecto, no fuese menos que nadie ni estuviese en un lugar secundario. Luego es ofrecida y consagrada en el templo santo de Dios, y allí vive dando ejemplo de un fervor y de una conducta más perfecta y pura que las demás, apartada de toda relación con los hombres y mujeres alejados del bien. Pero al alcanzar la flor de su edad, impidiéndole la ley permanecer por más tiempo en la clausura del lugar santo, fue confiada por el coro de los sacerdotes en manos de un esposo, para que éste fuese el guardián de su virginidad, en manos de José, el cual, hasta su edad madura, había guardado mejor que nadie la ley en su pureza. En su casa viviría esta joven niña santa e irreprochable, ocupada en los quehaceres domésticos, y sin saber nada de lo que pasaba más allá de la puerta.

Anunciación

7. Luego, "cuando llegó la plenitud de los tiempos", como dice el divino Apóstol, el ángel Gabriel fue enviado por Dios a aquella que era verdaderamente la hija de Dios, y le dijo: "Ave, llena de gracia, el Señor es contigo". Admirable saludo del ángel, dirigido a aquella que está por encima del ángel. Tal mensaje aporta la alegría a todo el universo. "Ella sin embargo se turbó por esta palabra", desacostumbrada

como estaba a conversar con los hombres. Pues había resuelto firmemente guardar la virginidad. Y "se preguntaba en su interior qué significaba esta salutación". El ángel le dijo: "No temas, María, porque has encontrado gracia ante Dios". Sí, verdaderamente, encontró gracia, ella que es digna de gracia. Encontró gracia, ella que había trabajado y labrado el campo de la gracia, y cosechado cargadas espigas. Encontró gracia, ella que había producido las semillas de la gracia y había hecho una abundante cosecha de gracia. Encontró un abismo de gracia, ella que había conservado íntegro el navío de una doble virginidad. En efecto, ella había velado por la pureza de su alma no menos que por la del cuerpo, y así, su virginidad corporal quedó también en ella preservada.

"Y darás a luz, le dijo, un hijo, y le pondrás por nombre Jesús —Jesús significa Salvador—: es él quien salvará a su pueblo de sus pecados". ¿Qué responde a esas palabras el verdadero tesoro de la sabiduría? Ella no imita a Eva, su primera madre; más bien corrige el gesto inconsiderado de aquélla, y abrigándose tras la protección de la naturaleza, lleva adelante el razonamiento, replicando así a la palabra del ángel: "¿Cómo se hará esto, pues yo no conozco varón?". Lo que dices es imposible: tu palabra trastorna las leyes de la naturaleza, que su autor ha fijado. No consiento tener el papel de una segunda Eva, ni transgredir la voluntad del Creador. Si no hablas contra Dios, explícame el modo de esta concepción, para quitar mi turbación. El ángel de la verdad le dice entonces: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra. Es por eso que el ser santo que nacerá será llamado hijo de Dios". El misterio que se realiza no está sujeto a las leyes de la naturaleza. Porque el autor y señor de la naturaleza modifica según su voluntad los límites de la naturaleza. Al escuchar con tanto respeto el nombre divino, siempre rodeado de amor y de honor, pronunció las palabras de la obediencia, llenas de temor y de alegría: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según su palabra".

Encarnación y Navidad

8. "¡Oh profundidad de la riqueza, de la sabiduría y de la ciencia de Dios!", diría yo, retomando aquí las palabras del Apóstol. "¡Cuán insondables son sus decretos e inescrutables sus caminos!". ¡Oh inmensidad de la bondad de Dios! ¡Oh amor que sobrepasa toda explicación! "Aquel que llama la nada a la existencia", aquel que "llena el cielo y la tierra", aquel del cual el cielo es el trono y la tierra el escabel de sus pies, hizo del seno de su propia esclava una amplia morada para sí, cumpliendo en ella el más nuevo de todos los misterios. Siendo Dios, se hace hombre, y, llegado el tiempo de su nacimiento, es dado a luz sobrenaturalmente; abre el seno maternal sin haber dañado el sello de la virginidad. Sobre brazos humanos es llevado como un niño pe-

queño, él que es "el resplandor de la gloria, la impronta de la substancia" del Padre, él que sostiene el universo con la palabra de su boca.

¡Oh maravillas verdaderamente divinas, misterios que sobrepasan la naturaleza y la inteligencia! ¡Oh privilegios sobrehumanos de la virginidad! ¿Cuál es, Madre santa y Virgen, el sentido de este gran misterio que te rodea? "Tú eres bendita entre todas las mujeres, y bendito es el fruto de tu vientre". Eres bienaventurada de generación en generación, la única digna de ser llamada bienaventurada. He aquí en efecto que todas las generaciones te dicen bienaventurada, como tú lo has afirmado. Las hijas de Jerusalén, es decir de la Iglesia, te han visto y han proclamado tu felicidad; las reinas, que son las almas de los justos, te alabarán por los siglos.

Figuras de la Virgen en el Antiguo Testamento

Porque tú eres el trono real, junto al cual están los ángeles, contemplando a su Señor y Creador que allí se sienta.

Tú te has convertido en el Edén espiritual, más sagrado y más divino que el antiguo. En el primero habitaba el Adán "terrestre", en ti está el Señor "venido del cielo".

El arca te ha prefigurado, esa arca que salvó el germen de la segunda creación, porque tú diste a luz al Cristo, la salvación del mundo, que ha sumergido el pecado y apaciguado sus oleajes.

De antemano es a ti a quien la zarza ha descrito, a quien las tablas escritas por Dios han designado, a quien el arca de la ley ha narrado; es a ti a quien la urna de oro, el candelabro, la mesa, "el ramo de Aarón florecido" han prefigurado manifestamente. De ti en efecto ha nacido aquel que es la llama de la divinidad, "la definición y la expresión del Padre", el maná delicioso y celeste, el nombre innombrado "que está por encima de todo nombre", la luz eterna e inaccesible, "el pan de vida" venido del cielo, el fruto cosechado sin trabajo; de ti ha salido corporalmente.

¿Acaso no te designaba de antemano el horno donde se mezclaban el rocío y las llamas, imagen del fuego divino que vino a habitar en ti?

La tienda de Abraham es un presagio tuyo bien manifestado, porque al Verbo divino, que vino a habitar en tu seno como bajo la tienda, la naturaleza humana le ha ofrecido el pan cocido bajo la ceniza, es decir sus propias primicias a partir de tu sangre purísima, cocidas y transformadas en pan por el fuego divino, subsistentes en su persona, y sirviendo verdaderamente de alimento a un cuerpo vivificado por un alma racional e inteligente.

Iba a omitir la escala de Jacob. Pero ¿por qué? ¿Acaso no es a todos claro que ella trazó de antemano y mostró tu imagen? Así como Jacob vio el cielo unido con la tierra por las extremidades de la escala, mientras por ella los ángeles bajaban y subían, y aquel que es realmente el fuerte e invencible se trababa con él en lucha simbólica, así tú has llegado a ser la medianera y la escala por la cual Dios ha descendido hacia nosotros y ha tomado sobre sí la debilidad de nuestra substancia, abrazándola y uniéndosela estrechamente; e hizo del hombre un espíritu que ve a Dios; de este modo tú has acercado lo que estaba desunido. Y así los ángeles descienden hacia él, para servirlo como a su Dios y Señor, y los hombres por su parte, abrazando una vida angélica, son elevados al cielo.

9. ¿Qué lugar daré a los oráculos de los profetas? ¿Acaso no es a ti con quien hay que relacionarlos, si queremos mostrar que son verdaderos? ¿Cuál es este vellón evocado por David, sobre el cual el hijo del rey y del Dios universal, sin principio y soberano como su Padre, ha descendido como una lluvia? ¿Acaso no eres tú, con toda evidencia?

¿Quién es la virgen de la que Isaías, en un visión profética, anunció que concebiría y daría a luz un hijo que sería "Dios con nosotros", lo que quiere decir que haciéndose hombre seguiría siendo Dios?

¿Cuál es esta montaña de Daniel, cuya piedra angular, Cristo, fue desprendida, sin intervención de instrumento humano? ¿Acaso no eres tú, que concebiste virginalmente y permaneciste siempre virgen?

Que el divino Ezequiel se adelante, y que muestre la puerta cerrada, franqueada por el Señor sin ser previamente abierta, tal como lo anunció proféticamente; que muestre el cumplimiento de sus palabras. Es a ti, ciertamente, a quien designó, tú por quien Dios, el príncipe universal, ha pasado y en quien ha tomado carne, sin abrir la puerta de la virginidad. Sí, el sello virginal permanece y persiste para siempre.

Homenaje universal cuando se acercaba su muerte

Así los profetas te celebran, los ángeles se te someten, los apóstoles están a tu servicio; el discípulo que permaneció virgen y es oráculo de Dios, te sirve, a ti, la siempre virgen y la Madre de Dios. En ese día en que te fuiste hacia tu Hijo, los ángeles, las almas de los justos, de los patriarcas, de los profetas, te rodearon de honor; los apóstoles te hicieron escolta, con la multitud inmensa de los Padres divinamente inspirados; desde las extremidades de la tierra, por orden de Dios, se reunieron llevados como sobre una nube hacia esta divina y santa Jerusalén, y a ti, que fuiste la fuente del cuerpo del Señor, principio de la vida, te dedicaron himnos sagrados en un transporte del todo divino.

SEGUNDA PARTE

Muerte de María. Su cuerpo, preservado de la corrupción, es fuente de bendiciones

10. Pero ¿cómo la fuente de la vida es conducida a la vida pasando por la muerte? ¡Oh sorpresa! ¡Aquella que en el parto superó los límites de la naturaleza, ahora se inclina bajo sus leyes, y su cuerpo inmaculado se somete a la muerte! Es necesario en efecto dejar aquello que es mortal para revestirse de la incorruptibilidad, ya que el mismo Señor de la naturaleza no ha rehusado la experiencia de la muerte. Porque muere según la carne, y por su muerte destruye la muerte, a la corrupción confiere la incorruptibilidad, y hace de la muerte la fuente de la resurrección. ¡Cómo el Creador del mundo recibe a esta alma santa, en el momento en que sale de la casa que había recibido a Dios, la recibe con sus propias manos, y qué honor tan legítimo le rinde! Por naturaleza ella era la servidora, pero, en las profundidades insondables de su filantropía, Dios hace de ella, según el orden de la economía, su propia Madre, puesto que él se encarnó en verdad, no de manera aparente. El ejército de los ángeles te veía sin duda y esperaba tu partida de la vida de los humanos.

¡Incomparable pasaje éste, que te vale la gracia de emigrar hacia Dios! Porque si Dios concede esta gracia a todos los servidores que tienen su espíritu —de hecho se la concede, como enseña la fe—, sin embargo la diferencia es infinita entre los esclavos de Dios y su Madre. Entonces ¿cómo llamaremos a este misterio que se realiza en ti? ¿Una muerte? Si bien es cierto que, como lo quiere la naturaleza, tu alma santísima y bienaventurada se separa de tu cuerpo bendito e inmaculado, y si este cuerpo es entregado a la tumba siguiendo la ley común, con todo no permaneció en la muerte y no fue destruido por la corrupción. El cuerpo de aquella cuya virginidad permaneció intacta en el parto, al irse de esta vida, es guardado sin descomposición, y ubicado en una morada mejor y más divina, lejos de los ataques de la muerte, y capaz de perdurar por toda la infinitud de los siglos.

El sol, a pesar de ser tan brillante y siempre luminoso, cuando se esconde por un momento tras el cuerpo de la luna, pareciera desaparecer, ensombrecerse en las tinieblas y cambiar su resplandor en obscuridad; sin embargo, no por ello queda desposeído de su luz propia, si no que tiene en sí mismo una fuente de luz siempre pujante, o más bien es él mismo la fuente de luz sin eclipse, según la ordenación de Dios que lo ha creado. Así tú, fuente permanente de la verdadera luz, inagotable tesoro de aquel que es la vida misma, eflorescencia fecunda de bendición, tú que eres para nosotros la causa y la dadora de todos los bienes, aunque por una separación temporal tu cuerpo desapareció en la muerte, sin embargo haces brotar para nosotros, liberalmente, los raudales incesantes, puros, inagotables de la luz infinita, de la

vida inmortal y de la verdadera felicidad, ríos de gracias, fuentes de curaciones, bendición perpetua. Tú has florecido "como el manzano entre los árboles del vergel", y tu fruto es dulce al paladar de los fieles. Por eso yo no diré que tu santa partida es una muerte sino una dormición, o un paso, o más propiamente una entrada en la morada de Dios. Saliendo del dominio del cuerpo, entras en una condición mejor.

Su alma es recibida en la gloria

11. Los ángeles te han llevado, juntamente con los arcángeles. A tu salida los espíritus que frecuentan los aires han temblado. A tu paso el aire queda bendito, la atmósfera santificada. Con alegría el cielo recibe tu alma. Las Potencias salen a tu encuentro, al canto de himnos, en una solemnidad llena de alegría; se adelantan, y he aquí sin duda que dicen: "¿Quién es ésta, que sube en todo su esplendor", "que aparece como la aurora, bella como la luna, resplandeciente como el sol?". ¡Qué bella eres, qué dulce! Eres "la flor de los campos", "como un lirio en medio de espinas"; "por eso las jóvenes te aman". Corremos "tras el aroma de tus perfumes". "El rey te introdujo en su cámara". Entonces las Potencias te hacen escolta, los Principados te bendicen, los Tronos te cantan, los Querubines, sorprendidos de estupor, se alegran, los Serafines glorifican a aquella que es la madre de su propio Señor por naturaleza y en verdad, según la economía.

No, tú no has solamente subido "hacia el cielo", como Elías, ni has sido, como Pablo, transportada "hasta el tercer cielo", sino que has avanzado hasta el trono real de tu mismo Hijo, en la visión directa, en el gozo, y, con grande e indecible seguridad, permaneces junto a él. Para los ángeles, inefable alegría, y con ellos para todas las potencias que dominan el mundo; para los patriarcas, deleite sin fin; para los justos, gozo inexpresable; para los profetas, perpetua exultación. Tú bendices el mundo, santificas todo el universo; eres en la pena el consuelo, en los llantos la consolación, en las enfermedades la salud, en la tempestad el puerto, para los pecadores el perdón, para los afligidos el benévolo estímulo, para todos los que te invocan eres el pronto socorro.

La muerte toma un sentido nuevo

12. ¡Oh maravilla que sobrepasa verdaderamente la naturaleza! ¡Realidades estupendas! La muerte, en otro tiempo odiada y execrada, está rodeada de alabanzas y se la considera dichosa; ella, que en otro tiempo engendraba duelo y tristeza, lágrimas y dolor sombrío, he aquí que aparece como causa de alegría y objeto de una fiesta solemne. Sin embargo, para todos los servidores de Dios, cuya muerte es declarada bienaventurada, el término de su vida les da la seguridad de ser aceptados por Dios, y ésta es la razón por la que su muerte es beatificada. Porque ella pone el sello a su perfección y revela su beatitud, confiriéndoles la estabilidad de la virtud, según la advertencia del

oráculo: "No se alabe la felicidad de un hombre antes de su muerte". Pero a ti no te aplicaremos esta palabra. Porque tu beatitud no viene de la muerte, y tu muerte no ha consumado tu perfección. No, no es tu partida de aquí abajo la que te confirma en gracia. Para ti, el comienzo, el medio y el fin de todos tus eminentes privilegios, su estabilidad y su verdadera confirmación, fueron la concepción virginal, la inhabitación divina, el parto sin daño. Como tú misma lo has dicho con verdad, no es desde tu muerte, sino desde tu misma concepción que eres llamada bienaventurada por todas las generaciones. No, no es la muerte la que te hizo bienaventurada, sino que eres tú quien hizo resplandecer la muerte; has disipado su tristeza y mostrado que ella es alegría.

Asunción corporal

He aquí por qué tu cuerpo sagrado y sin tacha fue entregado a su santa tumba. Los ángeles lo precedían, lo rodeaban en círculo, lo seguían. ¿Qué no hacían para servir dignamente a la madre de su Señor? Los Apóstoles y la Iglesia en su plenitud cantaban himnos divinos y tocaban instrumentos al soplo del Espíritu, diciendo: "Nos saciaremos de los bienes de tu casa, tu pueblo es santo, admirable en su justicia"; y también: "El Altísimo ha santificado su morada". "¡Montaña de Dios, montaña de abundancia, la montaña que Dios ha querido habitar!". Los Apóstoles reunidos te llevaron sobre sus espaldas, a ti, el arca verdadera, como en otro tiempo los sacerdotes llevaron el arca figurativa, y te depositaron en la tumba; entonces, por ella, como por otro Jordán, te hicieron llegar a la verdadera Tierra prometida, quiero decir a "la Jerusalén de arriba", madre de todos los creyentes, "cuyo arquitecto y constructor es Dios". Porque tu alma ciertamente no descendió "al Hades", más aún, tu misma carne "no ha visto la corrupción". Tu cuerpo sin mancha y purísimo no fue abandonado a la tierra, sino que fuiste llevada a las moradas reales de los cielos, tú, la reina, la soberana, la señora, la Madre de Dios, la verdadera Theotokos.

La tumba gloriosa, fuente de gracia y de salud

13. ¡El cielo ha acogido a aquella que era más inmensa que los cielos, y la tumba, por su parte, ha recibido a aquella que fue el receptáculo de Dios! Sí, la recibió, sí, la contuvo. Pero no es la grandeza corporal la que la hizo más vasta que el cielo: ¿cómo este cuerpo pequeño, este cuerpo que se aminoró sin cesar, se va a medir con la amplitud y el largo del cielo? Es por la gracia que sobrepasó la medida de toda altura y de toda profundidad. Porque lo divino no tiene nada que le sea comparable. ¡Oh monumento sagrado, digno de admiración, de honor, de veneración! Todavía ahora los ángeles están allí, llenos de respeto y de temor, ordenados a tu alrededor; los demonios tiemblan; con fe los hombres se aproximan, te rinden honor y reverencia, te saludan con sus miradas, con sus labios, en los transportes de su alma, y vienen a recibir profusión de bienes.

Si un perfume precioso es colocado sobre los vestidos o en un lugar cualquiera y luego se lo retira, perduran los restos de su aroma aunque el perfume haya desaparecido. Así este cuerpo, divino, santo e inmaculado, impregnado del aroma divino, fuente abundante de la gracia, puesto en la tumba, luego retirado y llevado a una región más excelente y más sublime, no ha dejado sin honor esta tumba, sino que le comunica su aroma divino y su gracia, e hizo de este monumento una fuente de curaciones y de toda clase de bienes para aquellos que a él se aproximan con fe.

Consagración y oración

14. Nosotros también, hoy, estamos en tu presencia, oh Soberana, sí, lo repito, Soberana, Madre de Dios y Virgen; fijamos nuestras almas a la esperanza que eres para nosotros, como a un ancla absolutamente firme e irrompible, te consagramos nuestro espíritu, nuestra alma, nuestro cuerpo, cada uno de nosotros con toda su persona; queremos honrarle "con salmos, himnos, cánticos inspirados", tanto cuanto podamos, ya que rendirte el honor que merece tu dignidad es algo que sobrepasa nuestras fuerzas. Si es verdad, según la palabra sagrada, que el honor que se da a los otros servidores es una prueba de amor para con el señor común, ¿el honor que se te rinde a ti, la Madre de tu Señor, puede ser menospreciado? ¿No hay que buscarlo con celo? ¿No es preferible incluso al mismo soplo vital, y acaso no da la vida? Así mostraremos mejor nuestro afecto a nuestro propio Señor. Pero ¿qué digo? Es suficiente, en realidad, a los que guardan piadosamente tu memoria, tener el don inestimable de tu recuerdo, el cual se convierte en el colmo de la alegría imperecedera. ¿De qué alegría no es colmado, de qué bienes, aquel que ha hecho de su espíritu la secreta morada de tu santísimo recuerdo?

He aquí el testimonio de nuestro reconocimiento, las primicias de nuestros discursos, el ensayo de nuestro miserable pensamiento que, animado por tu amor, ha olvidado su propia debilidad. Recibe con benevolencia nuestro ardiente deseo, sabiendo que va más allá de nuestras fuerzas. Dirige tus ojos hacia nosotros, oh excelente Soberana, madre de nuestro buen Soberano, gobierna y conduce según tu voluntad nuestro destino, apacigua los movimientos de nuestras vergonzosas pasiones, guía nuestro camino hasta el puerto sin tempestades de la divina voluntad; y prémianos con la felicidad futura, esa dulce iluminación que proviene del rostro mismo del Verbo de Dios, que se encarnó por medio de ti.

Con él, al Padre, gloria, honor, fuerza, majestad y magnificencia, en la compañía de su Espíritu santísimo, benevolente y vivificante, ahora y siempre por los siglos de los siglos. Amén.

SAN JUAN DAMASCENO

LA ANUNCIACION

La Sabiduría edificó su casa y levantó sus siete pilares. ¿Quién dará a entender el poder de Dios? Como grano de polvo en la balanza es el universo entero a sus ojos, y sin embargo eligió habitar en la más pequeña de las almas e hizo de ella tabernáculo para el Sol que viene de lo alto.

El hombre buscó en vano un punto de apoyo para mover la tierra. Dios se apoyó en María para darnos nuevos cielos y nueva tierra en Aquel que es capaz de hacer nuevas todas las cosas. ¡Feliz la que en su simplicidad creyó que la simplicidad de Dios todo lo puede! En la plenitud de los tiempos, su *fiat* los reduce todos a un instante que se abandona confiado en las manos del Padre. Su obediencia impone ley al mar de la soberbia humana y le fija límite infranqueable diciéndole: "Hasta aquí llegarás, no más allá".

Ana Catalina Emmerich, mística alemana del pasado siglo, escribió una "Vida de María" de la que hemos tomado estas páginas. Con la sencillez del lenguaje evangélico, describe el descenso del Altísimo sobre su esclava, para trocar la antigua maldición en bendición y mutar la vanidad de la creatura en conformidad con el plan intentado por el Señor desde antiguo, antes mismo que alguna cosa fuera, cuando la Sabiduría se reclinaba en juego de amor sobre el secreto seno del Padre. — (N. de la R.).

Una vez que hubo entrado, la Santísima Virgen se ubicó tras la mampara de su lecho; allí se puso un largo vestido de lana blanca con un ceñidor ancho y cubrió su cabeza con un velo blanco amarillento. La servidora, mientras tanto, trajo un candil y encendió una lámpara de varios brazos que colgaba del techo. Entonces la Santísima Virgen tomó una mesita baja ubicada junto a una pared y la colocó en el centro de la habitación. Un tapete rojo y azul con una figura bordada en su parte media (ya no recuerdo si se trataba de una letra o de un ornamento) cubría la mesita. Sobre ésta había un rollo de pergamino escrito.

La mesa se encontraba entre el lecho y la puerta, en un lugar donde el suelo estaba cubierto por una alfombra. La Virgen Santísima, colocó delante de sí un pequeño cojín redondo, sobre el cual se arrodilló, ambas manos apoyadas sobre la mesita. La puerta de la habitación estaba delante de ella y a su derecha; ella daba su espalda al lecho.

María cubrió su rostro con el velo y juntó las manos frente al

pecho, mas sin entrecruzar los dedos. Así la vi mucho tiempo, orando con ardor: invocaba la redención, la venida del Rey prometido a Israel, imploraba también tener parte en tal misión. Permaneció largo rato de rodillas, arrebatada en éxtasis. Luego inclinó la cabeza sobre el pecho.

Entonces del techo de la habitación y en línea algo sesgada, bajó una masa tan grande de luz que me obligó a volver el rostro hacia el patio donde estaba la puerta. En medio de esa luz vi un joven resplandeciente, flotante la rubia cabellera, descender a través del aire hasta llegar junto a ella: era el ángel Gabriel. Le habló y vi salir las palabras de su boca como letras de fuego, pude leerlas y comprender su significado. María torció un tanto hacia la derecha su rostro velado. En su modestia no llegó a mirar al ángel, quien continuó hablándole. Entonces y como quien obedece una orden María dirigió sus ojos hacia él, levantó un poco el velo y le respondió. El ángel volvió a hablar; María alzó totalmente el velo, miró al ángel y pronunció las palabras sagradas: "He aquí la esclava del Señor. Hágase en mí según tu palabra".

La Virgen Santísima se hallaba en éxtasis profundo, la cámara estaba inundada de luz. Ya no podía ver el resplandor de la lámpara ni el techo de la cámara. El cielo parecía abierto y mis ojos siguieron por sobre el ángel una ruta luminosa en cuyo término contemplé la Santísima Trinidad, como un triángulo de luz cuyos rayos se penetran recíprocamente. En ello reconocí el misterio que excede toda definición y sólo permite ser adorado: Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y sin embargo un solo Dios todopoderoso.

Al decir la Santísima Virgen "Hágase en mí según tu palabra" observé la aparición alada del Espíritu Santo que, sin embargo, no se asemejaba a la representación ordinaria bajo forma de paloma. Su cabeza tenía algo de humano; la luz irradiaba hacia ambos lados. Semejantes a alas, tres torrentes luminosos partían de allí para juntarse en el costado derecho de la Virgen Santísima.

Cuando esta irradiación la penetró, ella misma quedó resplandeciente, diáfana. Como la noche se retira ante la llegada del día, así la opacidad desapareció de su cuerpo. La plenitud de luz hizo que ya nada en ella fuese oscuro u opaco. Resplandecía, completamente bañada por la claridad.

Luego el ángel desapareció: la vía luminosa de la que había salido dejó de ser visible, era como si el cielo hubiese aspirado y aquel fulgor se hubiese recogido en su seno... Tras la desaparición vi a la Santísima Virgen en intenso arrobamiento, ensimismada por completo. Conocía y adoraba en ella la Encarnación del Salvador: era como un pequeño cuerpo humano luminoso, total-

mente formado y provisto de todos sus miembros. Aquí en Nazareth sucede al contrario que en Jerusalén: en Jerusalén las mujeres deben permanecer en el atrio sin poder penetrar en el Templo pues sólo los sacerdotes tienen acceso al Santuario; pero en Nazareth una virgen es ella misma el Templo, ya que el Santo de los Santos está en ella, el Sumo Sacerdote está en ella, la única que tiene acceso a El. ¡Qué conmovedor y maravilloso es todo esto, y al mismo tiempo, tan simple y natural! Las palabras de David en el Salmo 45 han encontrado cumplimiento: "El Altísimo ha santificado su Tabernáculo. Dios está en su interior y no vacilará".

ANA CATALINA EMMERICH



BIBLIOGRAFIA

MARTIN L. GROSS, *La falacia de Freud*, Cosmos, Madrid, 1978, 480 pgs.

Martín Gross es conocido ya por sus libros "Los espías del cerebro", crítica de las pruebas psicológicas, que provocó interpelaciones en el Congreso de Estados Unidos, y "Los doctores", estudio crítico de la práctica médica norteamericana que dio lugar a grandes debates y fue acerbamente criticado por la Asociación Americana de Médicos. En la misma línea se inscribe la presente obra, fruto de más de ocho años de investigación y que pretende señalar "el impacto —y el fracaso— de la psiquiatría, la psicoterapia, el psicoanálisis y la revolución psicológica".

Afirma el A. que vivimos en una "Sociedad Psicológica", que considera que "todos somos enfermos, porque la normalidad es casi inalcanzable". En esta sociedad la psicología —sobre todo en su versión freudiana— viene a llenar el vacío dejado por la fe y la ética cristianas e invade prepotentemente todos los campos de la vida personal y social (familia, educación, política, derecho, etc.). Pero esta nueva religión, que tiene sus sacerdotes, profetas, propagandistas —e inquisidores— es sólo un falso mesianismo. Pretende curarlo todo, explicarlo e interpretarlo todo; sin embargo, si se la analiza con objetividad y sin prejuicios, no pasa de ser una **falacia**.

Resumamos las principales tesis que el A. considera convenientemente demostradas:

—El tratamiento y la investigación de las enfermedades mentales han sido mantenidos, atrasados por las teorías psicoterápicas.

—El psicoanálisis es un fracaso y

las teorías psicoanalíticas —freudianas o no— han probado no ser válidas científicamente.

—Los padres han sido forzados a asumir erróneamente la responsabilidad de los problemas emocionales de sus hijos.

—La moderna psicoterapia está próximamente relacionada con el curanderismo y la curación por la fe, y se ha convertido en una nueva religión para las masas.

—Los psiquiatras y psicólogos se han convertido en nuestros "nuevos profetas", ofreciendo opiniones y consejos poco científicos sobre todo, desde la sexualidad hasta los negocios.

—Se ha culpabilizado, erróneamente, del origen de la homosexualidad a las madres dominantes y a los padres débiles. Respecto de la esquizofrenia y de las enfermedades maniaco-depresivas, la ciencia muestra hoy sus bases genéticas y bioquímicas.

—Los tribunales se basan a menudo, para determinar la culpabilidad o inocencia de los acusados, en la poco fiable opinión de la psiquiatría.

—La psicología ha invadido escuelas y universidades, presentando diagnósticos falsos de los estudiantes y rebajando los niveles académicos.

—Al menos uno de cada diez pacientes resulta perjudicado por la psicoterapia.

Pueden sorprender tal vez estas conclusiones tan rotundas y tan contrarcorriente, pero —discutibles o no— cada una de ellas aparece respaldada por la opinión de profesionales, in-

vestigadores y profesores universitarios y apoyada por experimentos, encuestas y estadísticas. Esta es la característica —bien norteamericana— del A. Su crítica del freudismo no se parece en nada a la de Allers, Jugnet, Dalbiez, Castellani o López Ibor. No recurre a la argumentación teórica o filosófica, sino a la paciente acumulación de datos, hechos, cifras y juicios. Como un clisé reaparecen expresiones por el estilo de las siguientes: "El psiquiatra de Harvard Robert Coles hace quizás la crítica más eficaz contra la psichistoria" (p. 104); "la más reciente investigación sobre enfermedades mentales fue comenzada en el verano de 1977, y es descrita por el psiquiatra Nathan Kliene, ganador del Premio Lasker, como..." (p. 176); "el doctor Lester Luborsky, profesor de psicología en la Universidad de Pennsylvania, examinó alrededor de un centenar de estudios sobre la validez de las terapias y llegó a la conclusión..." (p. 287), etc., etc.

Profesor de Ciencias Sociales, es, pues, la investigación sociológica la que marca su método, y el libro nos recuerda el estilo de Vance Packard, en obras como "La jungla del sexo", "Los trepadores de la pirámide" o "Las formas ocultas de la propaganda".

Con todo, "La Falacia de Freud" nos parece una valiosa cantera de datos y de material informativo para reflexiones y estudios posteriores. Alguna reserva sobre tal o cual punto no nos permite negar la abundancia de juicios agudos y observaciones acertadas, e incluso ácidas ironías con las que debemos confesar nuestra plena coincidencia.

Alguna vez creímos —con Roland Dalbiez— en la posibilidad de separar el método psicoanalítico de la doctrina freudiana. No han sido sólo las lecturas y reflexiones posteriores, las que nos llevaron a modificar radicalmente nuestra posición, sino ante todo la experiencia pastoral concreta de los daños psíquicos y espirituales causados por la invasión —ciertamente abrumadora— de la nueva religión psicoanalítica.

P. ALBERTO EZCURRA

BERNARDINO MONTEJANO (h),
La Universidad, Ghersi, Buenos
Aires, 1979, 201 pgs.

Tras un notable prólogo del Dr. Francisco Javier Vocos, experto en el tema de que se trata, Montejano comienza su excelente análisis sobre lo que es —o debe ser— la Universidad.

En la presente obra ocupa un lugar relevante el estudio de la historia de la Universidad tanto en el plano universal como en el ámbito de nuestra Patria. Es la mejor introducción para entender el estado actual en que nos encontramos. Ante todo, en lo que hace al plano universal, Montejano va caracterizando sus principales jalones: Universidad teológica del Medioevo - Universidad filosófica renacentista - Universidad científica - Universidad profesional - Universidad napoleónica - Universidad ideológica - Universidad contestataria - Universidad comunista.

Asimismo, como dijimos, nos ofrece un panorama histórico de la Universidad argentina, partiendo de la vieja Universidad de Córdoba, creada en 1613, pasando por la Universidad de San Francisco Javier, de 1624, luego convertida en la de San Juan de Chiquisaca o Charcas, y llegando a la de Buenos Aires, fundada en 1821. Acá el A. se detiene para estudiar mejor los avatares de esta Universidad. Durante la época de Rosas, especialmente por la enseñanza de Rafael Casagmas, se introdujo un cierto liberalismo romántico que seguiría predominando en el ambiente nacional durante varias décadas; era un liberalismo por así decir espiritualista y tradicional, que subrayaba el respeto a la religión y a los valores sociales. Más tarde a partir de la primera presidencia de Roca va predominando otro liberalismo, esta vez materialista y ateizante. El clima que se forma en el país tras el año "80", caracterizado por la ruptura con la tradición cultural, el laicismo y el enciclopedismo, va despojando de sustancia a la Universidad. Los elementos tradicionales que se salvan del naufragio quedan como fosilizados, a modo de mero ornato ex-

terior. Las Universidades que se fueron fundando posteriormente a la de Buenos Aires, se estructuraron sobre los nuevos modelos europeos, que poco habían conservado de la tradición medioeval. Sucesos posteriores, como la Reforma de 1918, contribuyeron a agravar la situación anterior. Las preocupaciones de dicha Reforma no eran en modo alguno "universitarias": en su nombre se incitaba al pueblo a tomar la Bastilla, a liquidar las oligarquías, a extirpar los dogmas religiosos. El remedio fue peor que la enfermedad.

Montejano dedica varios apartados al análisis de las Universidades en las que él mismo fue o es profesor. Así la Universidad Católica de Mar del Plata, la Pontificia Universidad Católica Santa María de los Buenos Aires y la Universidad Nacional de Buenos Aires. Con gran honestidad y coraje, muestra los logros y las deficiencias de las tres. La lectura de estas páginas es muy recomendable para todos los que tengan responsabilidad en las mismas.

Esto en lo que hace a la historia de la Universidad, sea en un nivel más genérico como en el ámbito local y argentino.

Pero sin duda lo más importante del libro es el juicio del A. sobre el deber-ser de la Universidad. Es evidente la mala preparación con que llegan a la Universidad los estudiantes secundarios. A este respecto escribía Carlos Obligado: "Mi credencial de bachiller no miente: padrón de enciclopedia ignorancia" (cit. p. 23). Estos muchachos mal formados, pasan a una entidad cultural que tampoco acaba por formarlos. Pues la Universidad resulta a veces una especie de club social privado, un ambiente grato donde hacerse de amigos... o ponerse de novio; es en otros casos una especie de comité político, o un trampolín para el "cursus honorum" de la partidocracia (cf. p. 33).

No es eso —no debe serlo— la Universidad. "La Universidad es un grupo social signado por su fin. Y el fin aquí no es otro que la búsqueda, transmisión y contemplación de la verdad bajo modo de saber" (p. 32). No en vano el término *universitas* está foma-

do por la composición de dos palabras: **versus** y **unum**, que significan "hacia la unidad". La Universidad es un grupo humano, "tenso hacia la unidad del saber" (p. 55). De ahí el peligro que encierra una excesiva especialización que olvide la totalidad. "En la nueva Universidad —escribe López Ibor— no han de figurar las Facultades yuxtapuestas como en un mosaico... No hay que estudiar toda la realidad del mundo en una célula —especialismo que conduce a pensar que no hay más que aquello—, sino una célula como si en ella estuviese reflejada toda la realidad del mundo" (cit. p. 45). Si la Universidad renuncia a esta unidad, pierde su esencia. Podrán subsistir en ella conocimientos acumulados, pero sin orden ni jerarquía; "existirán las piedras, pero no la catedral que las dispone hacia las alturas" (p. 46).

Asimismo la Universidad argentina debe integrarse en una tradición cultural viva y auténtica. No en vano somos herederos de una riquísima tradición cuyos pilares son la cultura griega, el derecho romano y la revelación cristiana. Tradición que ha llegado hasta nosotros en la persona de un arquetipo, el español del siglo XVI, integrante de la "pequeña cristiandad hispánica". Hoy Europa ha renegado de esa tradición. "Ante esa apostasía colectiva cuyos resultados diariamente podemos comprobar, es imperioso renovar nuestra fidelidad a ese patrimonio cultural inmenso, que debemos acrecentar y no dilapidar y que debe ser basamento de nuestra vida universitaria" (p. 47).

La Universidad debe ser un verdadero "cuerpo", pero un cuerpo jerarquizado. Como afirma Patricio H. Randle en su libro "La Universidad en ruinas", la universidad es un cuerpo colegiado "con su propia modalidad, su propia base jerárquica y su propio espíritu de cuerpo. Junto con las Fuerzas Armadas y la Iglesia, la Universidad tiene una herencia tan rica como compleja". Bien advierte Montejano que en nuestro país hemos padecido muchos "momentos" universitarios en que se perdió toda noción jerárquica, enarbolándose la bandera tripartita: profesores, estudiantes y

egresados eran los que debían gobernar la Universidad, convertidos en verdaderas "clases" lanzadas a la lucha por el poder. "La 'cuantocracia' también se había apoderado del último bastión de la inteligencia" (p. 53).

No habrá auténtica Universidad si no hay **investigación (in-vestigium: seguir las huellas)** de la verdad. En muchas universidades, estatales o privadas, hoy no se investiga. Tampoco habrá Universidad sin verdadera **doctrina**, o sea transmisión de la verdad. Ni la habrá sin **contemplación**. No pocas veces, al decir de Carlos Disandro, "la Universidad ha dejado de ser la patria del 'logos' para transformarse en la cueva de la 'praxis'..." (cit. p. 59).

La situación universitaria argentina es verdaderamente grave. Conocemos a varios Rectores de distintas Universidades, y los sabemos excelentes, patriotas y generosos. Pero lo que anda mal es la estructura. El gobierno del General Lanusse multiplicó sin límite las Universidades. Y, como bien escribe Montejano, "la Universidad tiene que ser una realidad viva. Y la vida no se crea por decretos o leyes. Este es el drama de muchas 'Universidades' estatales argentinas creadas en forma irresponsable en diversos lugares del país que carecían de vida cultural" (p. 47). Y hoy, sus respectivos rectores se lamentan por la falta de profesores, de presupuesto, de laboratorios, etc. Todo ello era previsible. Y esto lo hacemos extensivo a las Universidades Católicas, multiplicadas a veces con tanta ligereza y sin prever todo lo que una Universidad implica.

El A. dedica algunas páginas al **proyecto de ley universitaria**, dado a conocer por el Ministerio de Cultura y Educación y ulteriormente sancionado. Tras pequeñas observaciones críticas, Montejano cita elogiosamente uno de los artículos de dicho proyecto que constituye como un resumen de todo lo que él ha dicho en su libro: "La Universidad tiene como fines la formación plena del hombre a través de la universidad del saber, la búsqueda desinteresada de la verdad y la preservación, difusión y transmisión de la

cultura" (art. 2º; tomado de "La Prensa", 2 de junio de 1979).

En fin, estamos frente a un libro excelente, que muestra cabalmente la inteligencia, la catolicidad y el patriotismo de su autor. De todos modos creemos que la solución cabal del problema universitario no puede ser considerada de manera separada a la solución del problema nacional. No habrá Universidad auténtica mientras la Nación no se reconstruya sobre la verdad.

P. ALFREDO SAENZ

SAN BERNARDO, **Grandezas de María**, Fontis, Buenos Aires, 1979, 220 pgs.

"Todo lo mucho que se diga de María Santísima, es poco", pero lo "poco" dicho por San Bernardo, el "citarista de María", merece sobradamente el título de la presente obra: **Grandezas de María**.

Tanto en su vida cuanto en sus escritos, Bernardo de Claraval, Santo y Doctor de la Iglesia, mostró cuál era su tema predilecto (el famoso "principio unificador" común a todos los santos), a saber, la Santísima Virgen: **Notre Dame**, como caballerescamente le gustaba llamarla. Es a él a quien debemos el hermosísimo e implorante "Acordaos" como así también la delicada invocación "o clemens, o pia, o dulcis Virgo María", coronación perfecta de la Salve.

La obra que ahora nos ocupa, fue escrita por el Santo hacia el año 1118, cuando, cayendo en una enfermedad incurable, que en pocas horas lo puso en el umbral de la muerte, fue curado por intercesión de la Celestial Señora. No sabemos bien si la misma fue concebida por el A. como obra completa, o responde más bien a una colección de homilias redactadas con ocasión de las festividades marianas. Sea como fuese, se verifica en ella una perfecta unidad de estilo, donde cada uno de los capítulos y a la vez todos los capítulos entre sí, están perfectamente armonizados.

Apoyado principalmente en dos tex-

tos de la Sagrada Escritura: el salmo 84 y el relato de la Anunciación (Lc. 1, 26-38), San Bernardo elabora una exégesis impecable y completísima, de donde extrae un rico material que le sirve para exponer con claridad las grandezas de nuestra Santísima Madre.

El texto del salmo, donde se habla del encuentro de la misericordia y de la verdad, de la justicia y de la paz, es puesto en relación con el misterio de la Encarnación del Verbo, merced al cual, llegada la "plenitud de los tiempos" (cf. Gal. 4,4), aquella "profecía" del Antiguo Testamento se realiza en su plenitud. San Bernardo une los dos textos, y habiéndolos compaginado entre sí, los armoniza admirablemente con otras numerosas citas de la Sagrada Escritura, de la cual demuestra tener un conocimiento casi connatural. Veamos, a modo de ejemplo, un texto que ilustra lo que decimos: "Y llamando (el Rey) enseguida al Angel Gabriel: anda, le dice, y di a la hija de Sión: **Mira que viene tu Rey** (Zac. 9,9). Apresuróse el Angel a cumplir este encargo y dijo a María: **Oh hija de Sión, prepara tu tálamo porque has de recibir en él a tu Rey y Señor**. Y se adelantaron al Rey que había de venir la Misericordia y la Verdad pues está escrito: **La Misericordia y la Verdad irán delante de vuestro rostro** (Ps. 84,11). Y la Justicia le preparó el trono, según el Profeta que dice: **La Justicia y el Juicio son la preparación de vuestro trono** (Ps. 88,15). Y la Paz vino en su compañía también para que se viera que había sido fiel el Profeta que dijo: **Habrá Paz en nuestra tierra cuando El viniere**: de ahí es que habiendo nacido el Señor cantaba el coro de los ángeles: **Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad** (Lc. 2,14)" (pp. 50-51).

No podemos hablar de un momento culminante de la obra, porque no hay tal momento. En todo caso, se da una sucesión de momentos culminantes engarzados a la manera del mejor de los orfebres. Cada uno de los siete capítulos ofrece abundante materia para una densa meditación. Ya los títulos de los mismos (que pertenecen al editor) nos adelantan las

Grandezas Incomparables que el A. quiere destacar: María la escogida del Señor, María la admiración de cielos y tierra, María oráculo del Altísimo, María la llena de gracia, María la Madre de Dios, María la mediadora universal, María coronada de estrellas.

Cuando San Bernardo habla de la Virgen, pareciera que su boca se le llena de miel, y por sus múltiples y magníficas obras, sobre todo marianas, destilantes de dulzura y suavidad, se le ha dado el título de "Doctor Melifluo"; así como por la excelencia de su doctrina y elocuencia de sus palabras, Santo Tomás lo llamó "vaso precioso" y "boca de oro". Ello es advertible en cada una de sus páginas. Citemos una de ellas: "Y ahora, oh Madre de misericordia, postrada humildemente a vuestro pies como la luna, os ruega la Iglesia con devotísimas súplicas que, pues estáis constituida mediadora entre ellas y el Sol de justicia, por aquel sincerísimo afecto de vuestra alma, le alcancéis la gracia de que en nuestra luz llegue a ver la luz de ese resplandeciente Sol, que os amó verdaderamente más que a todas las demás criaturas, y os adornó con las más preciosas galas de la gloria, poniendo en vuestra cabeza la corona de hermosura. Llena estáis de gracias, llena del celestial rocío, sustentada por el amado y rebosando en delicias" (pp. 219-220).

Una característica muy propia del estilo de San Bernardo es el admirable juego de palabras al que recurre con tanta naturalidad, en prosa impecable a la vez que densamente teológica. Veamos un ejemplo: "Oyes hablar de una Virgen, oyes hablar de una humilde; si no puedes imitar la virginidad de la humilde, imita la humildad de la Virgen" (pp. 63-64). No obstante la dulzura de su vocabulario, San Bernardo, que no en vano fue el propulsor de las Cruzadas, nos regala una espiritualidad mariana fuerte y viril, reciamente condensada, capaz de tallar santos, teniendo como guía a la "Stella matutina", la que siempre nos conduce al puerto de la salvación eterna.

Creemos sinceramente que la publicación de este libro es un acierto y

constituye un aporte valiosísimo al Año Mariano Nacional, año sin duda de innumerables gracias para nuestra Patria, que tanto las necesita. Felicítanos por tanto a la Editorial Fontis tanto por la oportunidad cuanto por la calidad de esta magnífica obra.

JULIO ALBERTO PUGA
Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 2º Año de Teología

JOHANNES JORGENSEN, Santa Catalina de Siena, Fontis, Buenos Aires, 1979, 574 pgs.

Gran alegría nos produce la reedición de este magnífico libro. La hagiografía es realmente algo muy importante. Por las vidas de los santos nos ponemos en contacto con ellos, aprendemos a conocerlos, a amarlos, y, por su intercesión, a imitarlos. "La amistad crece con el frecuente trato" nos enseña una sentencia escolástica. Cuanto más tratemos a los santos, mejores amigos suyos seremos. Y según aquello del dicho "dime con quién andas y te diré quién eres", mientras más frecuentemos la compañía de los santos, más nos asemejaremos a ellos.

Para lograr todo esto, la obra de los hagiógrafos es insuplantable: ellos nos presentan al santo y nos introducen en su interior por medio del relato de su vida. Pero, lamentablemente, en estos últimos siglos la hagiografía ha conocido una época de decadencia. Ya pasaron los años en que un santo escribía la vida de otro santo, con luminosa profundidad sobrenatural, como cuando San Buenaventura narró la vida de San Francisco, y San Gregorio Magno la de San Benito.

En siglos posteriores, no pocos hagiógrafos redactaron mediocres vidas de santos. Escribieron —y escriben— sin advertir cuál es la clave de la santidad, ya sea hablando indefinidamente de los milagros que obraron los santos o, en el extremo opuesto, explayándose en melosas sensiblerías. Nada dicen de cómo un santo llegó

a hacerse santo, apenas si se refieren a su vida interior, dejando la idea de que lo sobrenatural consiste en lo innatural, o, por el contrario, borrando toda diferencia entre la gracia y la naturaleza, reduciendo la santidad a un áureo naturalismo.

Estas biografías han hecho y hacen mucho daño.

En las últimas décadas hay —es justo reconocerlo— algunas gloriosas excepciones, como por ejemplo el P. Raymond, el P. Miglioranza, Chester-ton, Jorgensen y varios más. Estos autores, en vez de presentar la vida de los santos como muestras milagreras de solitarias e inaccesibles cumbres, haciendo que el lector desespere de llegar a la santidad y acabe por renunciar a todo conato de emulación (pues lo más que consiguen es una temerosa admiración, si es que no incitan al rechazo cuando los presentan meramente como "buenos tipos" o filántropos ingenuos) los muestran como lo que fueron: grandes hombres que se volvieron grandes santos, haciendo hincapié en su vida interior, en su progresiva santificación, en su fidelidad a la predilección de la gracia.

Tal el caso de nuestro A. Jorgensen escribe una verdadera vida de santo (y todo el énfasis lo ponemos en la palabra **verdadera**). Se trata acá de Santa Catalina de Siena. Su libro tiene múltiples valores que lo hacen plenamente recomendable. Parecería que el escritor danés hubiese leído adelantándose en el tiempo, lo que más tarde escribiría Sor María Clara, hermana del P. Raymond, cuando pedía a éste que redactase una vida de San Bernardo:

"Di las cosas deliciosamente, si es necesario; pero no me vengas con extravagancias o tontas explosiones de sentimentalismo. Sé justamente elevado como para ser auténticamente bueno. Cuenta la historia de un hombre que se hizo santo; y cuéntala con un encanto que se apodere de mí desde el principio y me retenga hasta el fin. Para eso, haz que el personaje sea sobrenatural, pero no innatural; trae cada uno de sus hechos a la piedra de toque de la teo-

logía ortodoxa, de la sólida filosofía, y, por sobre todo, de la verdadera psicología humana. En otras palabras, di la verdad. Haz que tu santo sea para mí un ancho camino hacia la Divinidad. No me importa que sea largo, escarpado y agotador, siempre que me conduzca a mi Dios. Pero, te ruego que no me indiques senderos que, si son sombreados y agradables, no llevan, sin embargo, más que a una mera piedad sentimental" (del prólogo de "La familia que alcanzó a Cristo").

Así es este libro de Jorgensen. Su obra constituye a la vez una artística resurrección de la época y un sagaz estudio de psicología religiosa. Es historia, pues los hechos son reales. La mayoría de las palabras de la Santa son verdaderamente de ella, tomadas del **Diálogo** y de su abundante correspondencia. Si bien ha dramatizado un poco, tal procedimiento no ha hecho sino realzar un relato perfectamente fidedigno. Por otra parte el A., trascendiendo la obra de un mero cronista, se complace en penetrar en el alma de sus personajes, y en pintar la fisonomía espiritual no sólo de "su" Santa sino también de la "bella brigata" de discípulos que la acompañara.

Este libro tiene la ventaja de haber sido gestado en la ciudad natal de Santa Catalina, al sonido de las campanas de su querido San Domenico. Y muchos de sus capítulos han sido concebidos paseando por los caminos que antaño recorriera la Santa; ello le ha permitido al A. comunicar esta experiencia suya de retrotraerse en el tiempo "y os parece que podríais encontrar, a la revuelta de algún camino, a una forma ligera con hábito blanco y negro, empleada en el servicio del Esposo y Maestro, mirándoos con fijeza, mientras pasa rápidamente, con sus dos grandes ojos negros que resplandecen en su cara pálida" (p. 125).

Al correr de los capítulos, Jorgensen va narrando cómo Catalina, coronada de espinas y en la cumbre de la unión mística, por medio de sus cartas a los Prelados de su tiempo, coloca su mano en el timón del bajel de la Iglesia. ¿Sus móviles? Sostener al Papa, **il dolce Christo in terra**, y sus-

citar lo que llama **il dolce misterio del Santo Passaggio**, "el dulce misterio de la Santa Cruzada". Y fue una cruzada dirigida, no contra Mahoma, sino contra el antipapa; no contra la Media Luna, sino contra Lucifer, el astro caído; una cruzada espiritual, intensa y dramática, de oración y predicación.

Al final de su vida, la podemos contemplar en el altar de la Confesión de San Pedro con "su silueta blanca, resplandeciente e inflamada como una antorcha bendita. Y de pronto, la vemos caer como abrumada por inmensa carga, porque Jesús ha puesto sobre sus débiles hombros de doncella la Navicella, el bajel de la Iglesia y todos los pecados que lleva a bordo" (p. 524). Pronto vendría el fin de su destierro y el encuentro definitivo con su Esposo divino.

Catalina y su "bella brigata" de "caterinatti", adelantándose al siglo XVII, plasmaron aquella imagen de los apóstoles de fuego que nos presenta San Luis María Grignon de Montfort: "Como otros Santos Domingos, vayan por doquiera, con la antorcha luciente y ardiente del Santo Evangelio en la boca, y el Santo Rosario en la mano, para ladrar como canes, quemar como fuegos, e iluminar las tinieblas del mundo como soles".

Jorgensen confiesa que, en algún momento, casi tuvo miedo a esta fogosa jovencita Senense. Tal vez nos asuste un poco su audacia y fortaleza, con su continuo clamor de "sangre y fuego". Habla por cierto con severidad de los que "son caritativos y complacientes por amor carnal". Catalina demuestra con insistencia cuán opuesto es a la caridad este cobarde y temeroso egoísmo —pues de egoísmo se trata en definitiva. Cristo no ha venido a predicarnos un cobarde pacifismo bajo cuyo amparo el mal acaba por desarrollarse mejor que el bien. Como verdadero discípulo de Cristo, Catalina predica que "querer vivir en paz es con frecuencia la mayor de las crueldades. Cuando el absceso se halla a punto, debe ser cortado por el hierro y cauterizado por el fuego; si ponemos en él únicamente un bálsamo, la corrupción se extiende y da a veces la muerte" (p. 238).

¿Hemos de concluir que para esta Santa la virtud cardinal de la Fortaleza fue más importante que la virtud teologal de la Caridad? No, pues si bien Santa Catalina insiste mucho en la fortaleza, aclara que "todas las virtudes tienen vida por la caridad, y, sin embargo, una es más propia de uno y otra de otro a pesar de poseerlas todas en la caridad" (Diál. p. V, cap. 3). Y a fin de que no claudiquemos ante la perspectiva de una lucha insoportablemente prolongada, ella nos recuerda que todo se reduce a mantenerse firmes por un instante: "No sufrimos ni por el trabajo pasado ni por el venidero: sólo padecemos por el momento presente, y los sufrimientos que nos trae no son más dolorosos que el pinchazo de un alfiler" (p. 136). Para nuestra época, como para la suya, sólo el ejercicio de la fortaleza, apoyada en la fe y vivificada por la caridad, representa la única solución. ¿No habrá sido necesario a nuestro tiempo que "el dulce Cristo en la tierra", el Papa Pablo VI proclamase a una frágil mujer como Doctora de la Iglesia, precisamente para recordarnos estas doctrinas?

Tal vez podamos sentir menos simpatía por esta ardiente dominica que por el apacible Umbriense, San Francisco de Asís. Pero es muy probable que, al acabar la lectura del presente libro, el lector quede, como Jorgensen, subyugado por ella, y deba rendirse, haciendo propias las palabras del A.: "Como aquel franciscano que en un principio la criticó violentamente, se convertirá en celoso **caterinato**" (p. 16) y le acontecerá lo que al Beato Raimundo de Capua ante el fresco del convento de Génova, la mañana de la muerte de Catalina: en las horas de duda, en las horas sombrías, en las horas de profunda angustia y tristeza, pecibirá su voz familiar y querida, dulce y tierna, como la de una madre que le dirá en voz baja: "Nada temas. Estoy en el cielo por ti. Te protegeré, te defenderé. Tranquilízate, nada temas. Estoy a tu lado" (p. 555).

GUILLERMO A. SPIRITO
Seminarista de la Arquidiócesis
de Paraná, 2º Año de Teología

JOSEF PIEPER, El concepto de pecado, Herder, Barcelona, 1979, 119 pgs.

Hablar del pecado hoy en día es algo inusitado, máxime cuando el tema lo trata un filósofo. Hablar del pecado en nuestro mundo adulto y autosuficiente, parecería una utopía, algo realmente delirado y ridículo. Así lo advierte el A.: "A primera vista, en la conversación normal, y ni siquiera en la superficial, no aparece la palabra 'pecado'; pero tampoco en la conversación seria de los 'intelectuales', que va más allá de lo cotidiano, encuentra este vocablo su lugar justo, por el contrario, se encuentra allí más extraño todavía. En todo caso parece difícil, si no imposible, hablar del pecado con objetividad neutral, a la manera como hablamos de las cosas que nos salen al encuentro, o de los hechos de la existencia interna, de la conciencia, de la justicia o de la muerte. Sin duda hay algo que nos impide usar sin 'miramientos' la palabra 'pecado'. Y cabe suponer que esta circunstancia irritante puede guardar alguna relación con la realidad significada y denominada con tal vocablo" (p. 9).

La palabra "pecado" ha sido erradicada del lenguaje diario, y las pocas veces que se la utiliza, se lo hace desfigurando su sentido. "De hecho, en el campo del lenguaje religioso se habla con tal naturalidad del pecado, sin necesidad de vencer resistencias internas, que podría preguntarse si tal falta de relación con el lenguaje normal de los hombres no es en sí un asunto problemático. Y quisiera mencionar un segundo campo donde la palabra 'pecado' se usa también sin rubor y sin miramientos; me refiero a la industria de la distracción. Nadie desconoce con qué tono y con qué trivial falsificación del sentido se habla aquí de una 'noche de pecado' o de una 'mujer pecadora'" (p. 10). Vemos cómo el demonio, padre de la mentira, se encarga de desfigurar el verdadero contenido y la realidad significada por la palabra pecado.

Pío XII nos advertía que el mundo

ha perdido el sentido del pecado. El sentido del pecado está en relación directa con la intensidad de la fe y del amor a Dios, de lo cual los santos son el ejemplo más acabado. Vale la pena recordar las causas de la desaparición del sentido del pecado. Entre otras:

- La pérdida del sentido de Dios;
- el individualismo y la laicización, que conducen a la idea de un Dios abstracto;
- el optimismo rusoniano, según el cual el hombre es bueno por naturaleza y el pecado está en las estructuras;
- el predominio de la información sobre la formación, por lo cual el sabio se ve reemplazado por el "informado";
- el primado de la eficacia: bueno es lo que sirve, lo que se ordena a la praxis; más importante es lo útil que lo honesto;
- el ateísmo teórico y práctico;
- la mentalidad jurídicista, según la cual el pecado es considerado como una mera transgresión de la ley, y ésta mirada más como capricho del hombre que como voluntad de Dios en orden a nuestro último fin;
- la socialización, merced a la cual la norma de vida la determinan los modos comunes de comportamiento, de pensamiento, generalmente impuestos por la moda; pecador es el "raro", el que no actúa como los demás, el que no ha leído el último best seller, el que no se viste a la moda, el que no gusta del último disco, etc.;
- el psicologismo, que considera el pecado como algo proveniente de un determinismo psicológico o una especie de neurosis;

Sin embargo, y por más que se quiera encubrir y deformar el verdadero sentido de la palabra "pecado", éste no ha sido olvidado ni ha desaparecido de la conciencia humana. De ahí que, como nota Pieper, cuando una fuerte conmoción existencial nos golpea (v. gr. el desequilibrio psíquico

que padece una mujer que ha abortado, con el consiguiente sentimiento de culpabilidad que la acosa) inmediatamente se pone ante la vista el sentido profundo de aquella realidad que se quiso ocultar en el campo semántico, y así "lo que hasta ahora todavía no se ha expresado, o ni siquiera se ha pensado o parece incluso impensable, de pronto puede formularse, a saber: que **el pecado es una inversión**, la cual, si fuera incurable o 'normal', sumiría al hombre en una desesperación total; que es además una inversión cuya esencia se falla cuando es interpretada como enfermedad o como una simple infracción de normas convencionales de conducta; que es, más bien, una claudicación ante un poder suprahumano, judicial, y así exige expiación, cuya necesidad se impone con plena evidencia en el alma del afectado en tanto él llega a penetrar en el verdadero estado de las cosas" (pp. 14-15).

Pieper dedica las siguientes páginas a estudiar, dentro del campo de la filosofía, los elementos esenciales del pecado. No deja de ser sintomático el hecho de que la filosofía moderna se haya preocupado por ocultar el "pecado". "Ahora bien, esa omisión explícita de un concepto antropológico fundamental en la temática de la filosofía, corresponde a una determinada teoría formal, tal como ésta se encuentra, por ej., en Nicolai Hartmann y también en Martín Heidegger" (p. 17). Hartmann en su "Ética", afirma que la moral no conoce en absoluto el concepto de pecado, "no hay lugar para él". Y en "Ser y tiempo" de Heidegger, leemos que "el preguntar filosófico en principio no sabe nada del pecado" (cit. por Pieper en ibid.).

Según estos filósofos, sólo se puede hablar de "conducta contraria a los valores" o de "infracción contra la propia conciencia", de "culpa". Tal esfuerzo cognoscitivo, cualquiera sea su estructura, cuando limita su investigación al hombre empírico, se hace incapaz de reconocer en el pecado la "transgresión de una norma suprahumana", la "transgresión de un precepto divino"; y, por tanto, le resulta antifilosófico hablar de pecado en general. Consiguientemente sería algo

"éticamente invertido, inmoral, una traición al hombre", el hablar de pecado, ya que "la ética filosófica es terrena por completo" (N. Hartmann, "Ethik", p. 811, cit. por el A., p. 19).

Como nota Pieper, desde estas afirmaciones no hay gran trecho hasta la proclamación exaltada de Nietzsche: "Yo mismo estrangulé al estrangulador que se llama pecado", "desterremos del mundo el concepto de pecado" (en "Así habló Zarathustra" y en "Pensamientos sobre moral", cit. por el A., p. 20).

En cambio el A., como verdadero filósofo católico, demuestra que no puede hacerse una dicotomía entre la **verdad sabida**, asequible por la investigación científica y el pensamiento filosófico, y la **verdad creída**, o sea una información teológica sobre aquello que en definitiva acaece en la prevaricación moral del hombre. Y señala asimismo cómo el filósofo cuenta con la posibilidad de que desde la luz de esa verdad suprahumana, el objeto en cuestión puede también ser aprehendido más profunda y claramente por la reflexión filosófica.

Tras estas reflexiones hechas a modo de introducción, Pieper delimita, con notable densidad a la vez que con gran sencillez, el concepto del pecado y sus elementos esenciales. Muestra la perenne actualidad del pecado y sus hondas raíces, partiendo del pensamiento de Homero, Platón y Aristóteles, hasta llegar a los grandes maestros de la Edad Media, sobre todo Santo Tomás, a cuya luz interpreta a los autores modernos y refuta sus falsas concepciones.

Lo primero es considerar al pecado en el ámbito del mal, del **malum**, como algo que no está en **orden**, como algo que no concuerda con el hombre, con su misma naturaleza. Y luego, en un campo más limitado, considerarlo como **acción defectuosa**, atendiendo al mal causado por una acción o por una omisión.

El pecado, dice Santo Tomás, no es simplemente un defecto, es un **acto** al que le falta la debida orientación. A la vez que una infracción a la norma de conducta deducida de la naturaleza del hombre y del fin de

su existencia, que encontramos siempre como previamente dados, y que han sido puestos por un Ser Superior, por el Creador. Y, como agrega Pieper, "porque este fin, dado con la naturaleza del hombre, se refiere claramente a la totalidad de su existencia, en consecuencia también su pérdida afecta y vulnera necesariamente al núcleo de la existencia. Ningún otro defecto que la falta moral, es decir, el pecado, puede hacer culpable al hombre" (p. 39).

De estas primeras ideas sobre el concepto de pecado, o sea del pecado como acto humano, se van desprendiendo sus otros elementos, a saber, su voluntariedad, el ser un acto contra la razón, etc. De este último elemento se desprende que el pecado lesiona el orden, más aún, causa el desorden en el mundo y en el hombre mismo, rompe con el orden puesto por Dios en la naturaleza. De allí que la esencia del pecado, como enseña Santo Tomás, sea el alejamiento voluntario de Dios (cf. II-II, 34, 2), la **aversio a Deo et conversio ad creaturas** de que habla San Agustín.

Ahora bien, esta infracción del orden natural lleva al hombre a estar en contradicción consigo mismo pues, como dice el A., nadie peca "con la fuerza íntegra de su voluntad, nunca sin cierta reserva interna, nunca de todo corazón. Porque el pecado acontece siempre contra el impulso natural del mismo que peca; en consecuencia quien comete injusticia nunca puede estar en unidad completa consigo mismo... Estar totalmente de acuerdo consigo mismo es algo que sólo logra quien hace el bien; sólo a él se le concede la dicha de poderse lanzar a su acción sin restos y a plena vela" (p. 47).

Los últimos capítulos, realmente excelentes, están consagrados a estudiar el papel que juega la **ignorancia** como causa del pecado, a la vez que su conjunción con la libertad y la voluntad. El A. culmina su investigación exponiendo las consecuencias que deja el pecado, o sea, la mancha en el alma y el alejamiento de Dios, cosas ambas que nos dejan reducidos a un estado de encadenamiento y servilismo del demonio. En el pecado se

pone en juego la decisión fundamental de la vida del hombre, el servir a Dios o al demonio, y "nadie puede servir a dos señores". Esta decisión, cuando se hace pertinaz, trasciende a la misma vida, y desemboca en la eternidad, el infierno, donde el pecado queda como cristalizado.

No debemos pensar la vida cristiana como una lucha negativa contra el pecado, una serie de prohibiciones, una lista o catálogo de actos prohibidos y permitidos, sino todo lo contrario. El cristianismo es una lucha diaria, sí, pero para instaurar en nosotros las virtudes cristianas, es un combate heroico, sí, pero en orden a identificarnos con Cristo, día tras día. Allí está lo hermoso del cristianismo a la luz de lo cual se entiende por qué tantos hombres y mujeres han dado incluso su vida por Cristo. Y en comprender de este modo la vida cristiana está la verdadera sabiduría pues, como dijo el poeta, "al fin de la jornada aquel que se salva sabe, y el que no, no sabe nada".

MARTIN M. PFISTER

Seminarista de la Arquidiócesis de Mendoza, 2º Año de Teología.

CARLOS A. UZIN, **La Escuela Normal de Paraná. Antes y después de la creación de la Facultad de Ciencias Educativas**, Facultad de Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de Entre Ríos, Paraná 1979, 74 pgs.

Para todos aquellos que tengan alguna información de nuestra historia cultural no pasará desapercibida la mención de la Escuela Normal de Paraná, verdadera cuna del normalismo argentino, con todo lo que eso significa. Pero a los más enterados no dejaría de resultar una novedad un escrito sobre esta institución educativa que no tenga un franco carácter apologetico. Y de la novedad se podría pasar al asombro si se advirtiese que dicho escrito tiene por objeto aproximarse objetivamente —documentos en mano— a hechos y personajes con

una evidente intención desmitificadora. Tal es la obra que comentamos. Realizada por un especialista en educación, que cuenta con una sólida formación intelectual, tuvo una inesperada difusión cuando se publicó por primera vez, en versión mimeografiada, con motivo de la realización de las II Jornadas Nacionales Universitarias de Historia de la Educación realizadas en San Luis.

Hay en ella afirmaciones que son de vital importancia para comprender nuestra historia educacional en su etapa más reciente. Destaca el A., por ejemplo, la falsa afirmación de la ortodoxia positivista del normalismo, juicio que se comprende si se considera que los orígenes de este movimiento educacional son demasiado complejos y eclécticos como para ser solamente atribuidos a una filosofía a la que, rigurosamente, no adhirieron muchos normalistas más que Pedro Scalabrini y Víctor Mercante. Existió, sí, un denominador común en las distintas etapas por las que atravesó la Escuela Normal. Y éste fue la reiteración de modelos extranjeros, lo que obstaculizó todo intento de realizar una aproximación original y propia a la consideración de nuestra realidad educativa, pese al origen romántico de sus mentores.

Profundo conocedor de la temática y heredero de una valiosísima documentación sobre la misma, el A. trata de llevar a esquemas históricos, y por ende a niveles humanos, este genuino mito de la historia de la cultura argentina, donde los personajes principales han sido presentados como santos laicos de reverenciada memoria.

Presenta esta edición Juan Emilio Cassani, un verdadero actor y gestor de la historia de la educación argentina en los últimos cincuenta años, y heredero, pese a su postura espiritualista, de la tradición pedagógica nacida con el normalismo, con lo que el reconocimiento de la objetividad y juicio equilibrado que hace de este trabajo confiere al mismo un particular atractivo.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

STELLA MARIS VAZQUEZ, **Teorías Contemporáneas del Aprendizaje. Sus bases filosóficas.** Tomo I, CIAFIC Ediciones, Buenos Aires, 1979, 230 pgs.

Hace poco, en estas mismas columnas (Mikael N° 21), tuvimos el gusto de comentar una excelente obra sobre Filosofía de la Educación: Fundamentos y fines de la educación, de Francisco Ruiz Sánchez. En esa oportunidad hicimos una fugaz explicitación sobre esta disciplina que, por su método y contenido, es esencialmente filosófica pero que, por su formalidad propia, está llamada a fundamentar la sistematización pedagógica. Es en ésta, precisamente, donde se hace evidente el permanente contacto en que se encuentra la filosofía con las ciencias que constituyen el saber acerca de la educación. La obra que comentamos ahora, "Teorías Contemporáneas del Aprendizaje", se puede, a nuestro criterio, ubicar también dentro de esta temática. Las teorías del aprendizaje (la denominación tiene una cierta connotación conductista) son lícitamente susceptibles de ser analizadas por la filosofía y esta es la intención de la A. en este primer tomo, donde estudia el pragmatismo, el conductismo ortodoxo y sus continuadores, entre los que destaca a B. F. Skinner; el funcionalismo de Dewey y las posturas que denomina genéricamente ambientalistas. En el tomo segundo promete realizar una consideración crítica sobre la concepción de Jean Piaget, dejando para el tercero la exposición de las bases teóricas para una recta teoría del aprendizaje.

Adherimos calurosamente al intento que esta obra significa. Existen, nos consta personalmente, muchísimos docentes y aun especialistas en psicología educacional que suscriben y enseñan teorías del aprendizaje de las que desconocen su fundamentación filosófica y por ende, sus conclusiones últimas. Pero esta acción crítica de la filosofía de la educación sólo puede ser aceptada si científicos y filósofos admiten mutuamente la validez de sus métodos y la delimitación de sus campos respectivos. Las relaciones entre ciencias y filosofía no

son siempre cordiales, siendo bastante frecuentes los reduccionismos gnosológicos. Tal el caso de Piaget, por ejemplo, que desde un científicismo no confesado niega la posibilidad del conocimiento metafísico y el derecho de la filosofía a explicitar los principios que son presupuestos por las ciencias positivas. Al respecto puede leerse con provecho su obra "Sabiduría e ilusiones de la filosofía".

Esto, desde luego, no es aceptado por la A., que desde una perspectiva filosófica realista trata de desentrañar en las teorías científicas del aprendizaje su fundamentación última para poder así señalar sus errores o carencias. Su conclusión es que existen en estas teorías bases teóricas comunes, tales como el reduccionismo, el formalismo funcionalista y el primado de la acción, tesis que compartimos en gran medida.

Pero hay un aspecto que nos interesa destacar especialmente. Con relación a la **teoría** del condicionamiento operante de Skinner, autor al que nos referiremos con amplitud, la A. afirma: "Nuestro propósito era mostrar que esa tecnología no es neutra, ni puede serlo, desde el punto de vista de una concepción total de la realidad y de la existencia humana y su fin" (p. 115). Esto es importante señalarlo, ya que hay quienes creen, honestamente, que los métodos son neutros y pueden ser utilizados lícitamente en distintos contextos. Recuérdese, por ejemplo, que cuando Paulo Freire estuvo de moda y no se presentaba aún abiertamente como marxista, había quienes afirmaban que si bien había elementos objetables en su teoría, su método podía ser utilizado sin más. Es por esto que consideramos de gran utilidad obras como la que comentamos y esperamos con expectativa su continuación. Colaboró en este primer tomo Lidia E. Canali.

JUAN CARLOS PABLO BALLESTEROS

JOHN BILLINGS, **Amarse en cuerpo y alma**, Paulinas, Florida (B. A.), 1978, 77 pgs.

El médico australiano John Billings

ha llegado a ser mundialmente famoso como descubridor de un nuevo método natural para la regulación de los nacimientos, el método de la ovulación, conocido también como "método Billings". En estas mismas columnas comentamos su libro más técnico "Regulación natural de la natalidad" (cf. MIKAEL 12 (1976) pp. 144s.). Durante más de veinte años el Dr. Billings y su esposa se han dedicado a la investigación del tema, cumpliendo así con el llamado que en 1951 dirigiera Pío XII a los científicos para que se logre "dar una base suficientemente segura, para una regulación de los nacimientos, fundada en la observación de los ritmos naturales", llamado reiterado por Pablo VI en su Encíclica "Humanae Vitae" (N° 24).

Pero, como científico católico, en el mismo espíritu de la "Humanae Vitae" (cf. nn. 9-10), el Dr. Billings no confunde la "paternidad responsable" con una fácil mentalidad antinatalista, ni quiere que el método que lleva su nombre sea una adormidera para tranquilizar conciencias en las que la comodidad y el egoísmo aparezcan como el único motivo para evitar los hijos.

Tal es el sentido de este pequeño libro, en el que la introducción al método de la ovulación aparece insertada en el contexto mucho más amplio de la armonía y el orden, natural y sobrenatural, en que Dios quiso desarrollaran el amor y la vida conyugal, y donde no faltan ni la referencia a la gracia sacramental, ni el llamado insistente a la generosidad.

La psicología del hombre moderno está profundamente invadida por los prejuicios anticoncepcionistas. El antinatalismo, hasta su grado extremo y criminal que es el aborto, aparece ligado a las reivindicaciones de la pretendida "liberación femenina". Incluso en no pocos ambientes católicos se da la siguiente paradoja: mientras se exalta —hasta en modo desmedido— el valor del trabajo como colaboración con la obra creadora de Dios, se menosprecia inexplicablemente la generación de nuevas vidas, que constituye una colaboración incalculablemente más alta y más íntima con el Dios vivo y dador de vida.

Por eso es conveniente que los esposos lean y mediten la palabra que el Santo Padre les dirige en la "Humanae Vitae" (N° 25), Encíclica que, bueno es recordarlo, no se reduce al tan famoso, discutido y valiente parágrafo 14. Más conveniente aún es para los sacerdotes que tantas veces, por cobardía o timidez, nos permitimos actitudes ambiguas o permisivas, releer el llamado tan firme y comprometedor que el Papa nos hace, invocando no sólo los argumentos de razón, sino incluso "la luz del Espíritu Santo, de la cual están particularmente asistidos los Pastores de la Iglesia para ilustrar la verdad" (n° 28).

El librito de Billings no constituye una mera orientación valiosa, sino el testimonio de la fe de un católico que es también esposo y hombre de ciencia. "Regulación natural de la natalidad" es recomendable ante todo para médicos y orientadores responsables. "Amarse en cuerpo y alma" debe ponerse en manos de novios y esposos, deseosos de vivir en plenitud la santidad de su matrimonio, cualquiera sea su nivel de formación cultural.

P. ALBERTO EZCURRA

TEOFANO EL RECLUSO, **Consejo a los Ascetas**, Lumen, col. Ichtys, Buenos Aires, 1979, 158 pgs.

He aquí uno de esos libros para comprar, saborear y hacerse amigo. A veces uno piensa si cada nueva edición de las obras de los "Padres del Yermo", y demás maestros de la antigüedad cristiana, no les estará mercediendo un premio especial en el cielo (aumento de gloria accidental), especialmente por los sabios consejos que, bajo las exóticas firmas de "Teófano el Recluso", "Isaías de Gaza", etc., siguen dando de generación en generación, sobre todo a nuestros jóvenes que, a través de ellos, logran descubrir la "escala espiritual"... y se animan a trepar por ella.

No hay perseverancia sin formación. Y no hay formación integral si no se

dejan las "cosas de niño", como San Pablo quizás llamaría a tantos recursos sensible-emotivos de "captación" grupo-juvenil, y se libra como él "el buen combate". En esa línea nos alienta San Juan Clímaco: "Debéis comenzar por dominar y reducir vuestras pasiones". Lo cita y repite nuestro Teófilo: "No hay más que una manera de comenzar: dominar las pasiones" (p. 56). Y como dichas pasiones están en connivencia con el mal espíritu, "esta lucha contra las fuerzas del mal es absolutamente esencial" (p. 57). Por eso nos exhorta: "Recordemos cómo procede el enemigo para tentarnos" (p. 67).

Una de las primeras lecciones de los "staretz", o maestros espirituales del desierto, es el discernimiento de los espíritus. No toda "ocurrencia" es nuestra, ni del Ángel Custodio. Aquel que "ronda buscando a quién devorar..." no nos tienta solamente con pecados graves o leves, sino también con cosas menos buenas que las que podríamos hacer. Cada vez son más sutiles sus insinuaciones, de donde es preciso discernirlas bien con la ayuda del director sabio y experto.

Lejos de espantar al lector tal perspectiva, lo interesa más en una lectura en la que reconoce experiencias personales y providenciales ayudas. Los Santos no están entre aquellos optimistas que parecen escribir para concebidos sin pecado. Ellos enseñan con realismo y santa libertad, sin respeto humano y con celo por nuestra santificación, "conquistada" con "las armas del cristiano: oración y cruz de Cristo" (S. Juan de la Cruz).

Es que —nos dice Teófilo— "la vida de un cristiano sobre la tierra es una serie de pruebas. Es necesario luchar contra el propio cuerpo, contra las pasiones y los malos espíritus. Nuestra esperanza reside en esa lucha. Nuestra salvación viene de Dios. Habiendo puesto nuestra confianza en Él, debemos soportar pacientemente el tiempo del combate" (p. 142). Y como estamos tentados a hacer como el avestruz, que esconde la cabeza, necesitamos que se nos exhorte con frecuencia a esta "guerra contra las pasiones" (p. 55 ss.) y contra la vanidad.

—**"Vela, por temor a albergar un traidor en ti mismo".**

—**"¿Quién es el traidor?"**, preguntó el discípulo.

—**"Tu deseo de complacerte a ti mismo"**, respondió el anciano (p. 68).

Será menester entrar en el silencio interior ("estar siempre en casa..." p. 70, etc.), el conocimiento de sí, la abnegación, y, fundamentalmente, la humildad: "No necesito repetiros que el arma invencible contra todos nuestros enemigos es la humildad... No podemos llegar a ser humildes solamente pensando en ello. El mejor, o más bien el único medio seguro de llegar a la humildad es la obediencia, y el renunciamiento a toda voluntad propia" (p. 134).

Hermosamente explica lo del "poner la otra mejilla", y concluye: "Tomad la espada de la humildad y la dulzura, conservadla siempre empuñada y, sin piedad, cortad la cabeza de vuestro enemigo mortal" (p. 137).

¿Qué ocurre en el alma dispersa y negligente?: "La paz de Cristo, el don de la oración, se alejan de esta alma indigna; entonces las pasiones la invaden como bestias hambrientas y comienzan a atormentarla" (p. 144).

En síntesis, así como precisamos una inteligencia capaz de discernir, una voluntad que sepa obedecer, una sensibilidad que se renuncia en la mortificación, así como debemos conquistar y defender el amor sobrenatural que nos lleve a esa triple inmolación, frente a un enemigo astuto, y del cual, para peor, somos cómplices, así nos hace falta un repaso de la ascética elemental, que hoy no está de moda.

Gracias efusivas, pues, a los editores de libros como éste. Y que la intercesión segura de los santos autores los aliente a proseguir "ad multos libros".

JORGE BENSON

Diácono de la Arquidiócesis de Paraná, 4º Año de Teología.

ANTONIO ORBE, Oración sacerdotal, EDICA (BAC Minor), Madrid, 1979, 413 pgs.

El P. Orbe S. J., profesor de la Gregoriana, conocido en el mundo entero por su labor científica en el campo de los estudios patristicos, es también un fecundo expositor de temas de espiritualidad. Según nos lo dice él mismo en su prefacio, redactó este libro por sugerencia de una carmelita descalza que lo invitara desde la Argentina a escribir sobre la oración sacerdotal. Es este un libro de meditaciones sobre la plegaria de Jesús al Padre que se contiene en el Sermón de la Última Cena. El A., que ha escrito este comentario "como un desahogo, por salir al paso a la infinita prosa de la vida" (p. 410), en estilo límpido, de altísima calidad literaria, recorre, versículo a versículo, todo el capítulo 17 del evangelio de San Juan. "Quise acercarme así a Jesús. Estamos ahitos de evangelios puestos al día, que dejan colar lo que en el día importa y acaban con la flor de su mensaje. La eterna novedad de Jesús es el propio Jesús" (p. 412).

Penetrar en el corazón sacerdotal de Jesús: tal es su cometido. Pero de un Jesús visto "en la vertiente que da al Padre... Prefiero lo inútil, lo interior e invisible. Eso que el Padre descubre en su Hijo y el Hijo en el Padre" (p. 410). Bien decía San Ireneo que el Padre es lo invisible del Hijo, y el Hijo lo visible del Padre. En la Última Cena, el Hijo se pone de cara al Padre.

El A. trata de penetrar en el corazón mismo de Cristo Sacerdote. Lo hace con delicadeza y elevación admirables. Veamos algunos ejemplos. Comentando aquello de "Y levantados sus ojos al cielo, dijo..." (Jn. 17, 1), escribe: "Uno es libre para definir en cantos donde tantísimos hay. Yo escojo el sesgo sacerdotal de la mirada de Jesús. El misterio al que nunca supo resistir el Padre. Podrán decir los teólogos que al Padre le gana la persona de quien así le mira. Bien. Pero eran muy divinos aquellos ojos, miraban con infinito amor, parecíanse a los

de su Madre Santísima, tenían su mismo mirar... En la humanidad de Jesús todo era cielo. Y en el cielo nadie prohibirá distraerse en su hermosura" (p. 12). Y refiriéndose a la gloria que el Hijo eucarístico rinde al Padre, trae a colación aquella frase del Gloria de la Misa: "te damos gracias por tu grande gloria": Si así oráramos, dice, "pediríamos menos y daríamos más. En vez de distraerle a Dios con intereses menudos, nos distraeríamos fiduciosos con los suyos grandes. Viviríamos a Dios desde Dios. ¡Qué espacio tan inmenso el de un confín a otro de la Trinidad! ¡Qué fácil plegaria cuando todo se oscurece!, y ¡qué a la medida de Dios!" (p. 396).

Admirable asimismo su comentario a las palabras del Señor "no son del mundo como yo no soy del mundo" (Jn. 17, 16): "Hoy la letra del Evangelio, para muchos, se emborronó. Donde dice 'no son del mundo, como yo no soy del mundo', leen: 'los cristianos son del mundo, como Cristo es del mundo'. Uno que no le pertenece tampoco puede ganarlo para Dios. El Hijo vino del cielo para, desde el mundo, y hecho uno con él, ganarle. Nadie gana a otro por sí mientras no le conozca. El mundo no hace excepción. Hay que conocerlo tal como es, desde dentro. Uno que no es del mundo y viene como extraño, se erige en enemigo y lo condena" (p. 222). Tal el lenguaje de los "mundanos". El fiel preferirá, no pocas veces, callar. "Aborrecido del mundo, el cristiano muchas veces no tiene por qué abrir la boca. Sea grande, como Cristo ante Herodes" (p. 225).

Lo importante es entrañarse en Jesús para desde él dar gloria al Padre. "Estar sin Jesús es grave infierno. Estar con Jesús es dulce paraíso, aunque vivas en abandono de quienes dicen estar con él. Funden otros su cielo. Tú ve adonde estuviere Jesús. Si en soledad, bien; si con muchos, mejor. El que pierde a Jesús, pierde muy mucho y más que todo el mundo" (p. 184). Ahondar en Cristo, sumergirse en su costado: "Desea uno entrar en las llagas de Cristo para absorberse y transformarse y embriagarse bien en la sabiduría de los misterios de la hu-

manidad de Cristo escondiéndonos en el pecho de su Amado" (p. 194).

En este libro el P. Orbe descubre algo el velo de su intimidad. Lo conocimos en Roma, donde asistimos a algunas de sus notables clases sobre los Padres de la Iglesia. Allí entrevimos que detrás de sus conocimientos científicos latía el corazón de un sacerdote enamorado de Jesucristo. Y advertimos asimismo el gran dolor que le provocaba la crisis de la Iglesia, el desinterés por las cosas de Dios —tan contrario a lo que experimentaban sus queridos Padres de la Iglesia— y el descompensado interés por las cosas de este mundo horizontal. "A fuerza de manejar con amor a los primerísimos Padres de la Iglesia, discurro como ellos, con una 'forma mentis' distantísima de la actual" (p. 411). Creemos encontrar en el presente libro la expresión pudorosa de su corazón sacerdotal y de su actual sufrimiento. En una de sus páginas leemos: "Los místicos me gustan, en parte, porque son pocos, viven en escondimiento y descansan purísimamente en los brazos de Dios, con un espíritu ajeno a sí. Entienden que otros den al César lo que es del César, pero exigen también que les dejen dar a Dios lo que es de Dios. Y que no les vengan a aleccionar sobre su eficacia ante el mundo quienes nunca sintieron el toque de arriba" (p. 327). Y poco antes: "Hay peligro ahora de entender la virtud en bloque, por grupos, eclesialmente, como si la plegaria de Jesús afectase a los cristianos en bloque, por una virtud eclesial llevada también en grupo... Los grandes santos se labran uno por uno. El Señor no los fabrica en serie: con tentaciones en serie, heroísmos de grupo, experiencias graduadas de una vez para siempre" (p. 326).

Orbe exalta el valor del silencio y de la fe: "Jesús nunca dirigió, evangélicamente, una palabra a San José. Ni San José a él. ¿Luego no se hablaron? No se hablaron en lenguaje asequible por caminos ajenos a la fe. Todo quedó en el escondimiento del hombre interior. El justo, por vivir de fe, habla lo mismo que oye. El se lo calla y él se lo goza" (p. 277). Exalta asimismo el mérito del dolor que hoy

puede sentirse ante "la desolada aridez divina del mundo" (p. 332). Pero la tristeza digerida, unida a la del Huerto, deviene salvífica. "La tristeza ayuda con lágrimas al deshacimiento del grano. Es el signo del régimen primero. Dejemos la alegría del régimen futuro para el día de la incorrupción. Bien merece uno lo otro" (p. 334).

Hemos presentado algunas migajas del espléndido banquete de espiritualidad que es este libro. Orbe no es exégeta de profesión. E incluso, como él mismo afirma en su libro, prefiere citar más a los santos que a los exégetas por ser aquellos quienes con más hondura han penetrado la palabra de Cristo. "Los santos, ungidos con el Espíritu virginal, entienden por simpatía la novedad inmarcesible del verbo" (p. 411). Y entre los santos, demuestra en este libro sus permanentes preferencias: San Ireneo, San Hilario, Santa Teresa y San Juan de la Cruz.

P. ALFREDO SAENZ S. J.

Relatos de un Peregrino Ruso,
Ed. Patria Grande, Buenos Aires, 1978, 109 pgs.

"Relatos de un Peregrino ruso" es una obra clásica de espiritualidad oriental.

Poco se sabe de la vida civil del peregrino que en esta narración sobria y espontánea, hecha sólo de rasgos esenciales, queda elevado a la categoría de símbolo.

El personaje recorre en forma permanente los caminos de la Santa Rusia, teniendo como meta los santuarios y reliquias. A medida que avanza, nos va mostrando una galería de tipos y ambientes de la Rusia del siglo XIX.

Al mismo tiempo que se desarrolla el peregrinar físico, cuya meta es Jerusalén, el protagonista realiza un prodigioso itinerario espiritual en la búsqueda de una explicación comprensible y práctica a la frase del Apóstol: "Orad incesantemente".

Cuenta para eso con una doble ayuda:

a) El magisterio de un guía espiritual: el "staretz",

b) El libro que contiene la síntesis de las enseñanzas de los Padres de la Iglesia y escritos de la antigüedad sobre la vida espiritual: la "Filokalia".

La unidad de los relatos está articulada en torno a la apología de la **oración incesante**, lograda por la repetición de la "Oración de Jesús", el método para aprender a realizarla, y los efectos que causa en el cuerpo, en el alma y en la visión total de la Creación del que la practica.

En la Introducción a los Relatos, un monje de San Benito de Luján, el R. P. Martín de Elizalde, O. S. B., nos explica en qué consiste la "Oración de Jesús", de la cual este libro es una maravillosa poesía:

"La oración de Jesús interior y constante, es la invocación continua e ininterrumpida del nombre de Jesús con los labios, el corazón y la inteligencia, con el sentimiento de su presencia, en todo lugar, en todo tiempo y aun durante el sueño. Ella se expresa con estas palabras: 'Señor Jesucristo, ten piedad de mí'. El que se acostumbra a esta oración siente un gran consuelo y la necesidad de decirla siempre; al cabo de cierto tiempo, no puede vivir sin ella y ella misma brotará de él.

"El peregrino se entrega entonces a la oración; primero la recita tres mil veces por día, después seis mil, y llega hasta doce mil, como se lo ha indicado el anciano. Pero desde entonces ya no cuenta más; la oración se ha vuelto constante, unida a su respiración, y no lo abandona ni siquiera durante el sueño.

"Tenemos en estas breves frases una exposición bastante clara y completa de la oración de Jesús:

a) El elemento principal es la invocación del nombre de Jesús, nombre divino y, por lo tanto, poderoso, "al que se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra, en los abismos" (Fil. 2, 10). En los Evangelios los 'signos' se

realizan por virtud de ese mismo nombre, y por eso se lo invoca para que obre con eficacia.

b) A la invocación del nombre de Jesús se suele agregar la oración del publicano: '¡Ten piedad de mí pecador!' (Lc. 18, 13). Por la unión de ambas expresiones, el que ora confiesa su condición de pecador y que necesita de la ayuda y la misericordia de Dios, al que llama por su nombre poderoso.

c) Esta invocación se hace con los labios, el corazón y la inteligencia, con el sentimiento de la presencia de Dios. No es una repetición rutinaria y distraída, sino con el espíritu atento al Señor que está junto al que ora. Las lágrimas que pueden acompañar la oración, son señal de arrepentimiento y amor.

d) En fin, esta invocación se repite en todo tiempo y lugar. El maestro fija un número de oraciones; mas todo hombre o mujer avanzado en esta práctica, pasará del número fijado a una repetición incesante, de modo que su vida toda sea como una respiración del nombre de Jesús.

"Los maestros de la oración de Jesús en el transcurso de los siglos han ido precisando las indicaciones para su práctica. Recomiendan una posición en la cual el cuerpo esté como recogido, y tener concentrada la mente en el lugar del corazón. Hay quienes aconsejan ligar la invocación con la respiración. Pero estos y otros particulares, según la tradición, deberán ser enseñados por un maestro experimentado más que por la lectura de los textos, para evitar el peligro de la ilusión. Los monjes ortodoxos que la practican asiduamente, usan un rosario, generalmente de lana, que les sirve para contar con sus nudos las invocaciones".

Este valioso libro de espiritualidad oriental ortodoxa no es objetable desde el punto de vista de la doctrina católica. El método que propone el peregrino para llegar a la oración interior es sólo un medio para preparar el corazón y acostumbrar el espíritu al recogimiento interior. El libro no pretende que mediante la aplicación de un método mecánico se pueda encen-



der una luz que depende más de la gracia divina que del empeño humano.

Otro mérito de la presente obra es mostrarnos la profundidad y el valor de la espiritualidad rusa, que subyace todavía bajo el imperio soviético, y que es capaz de explicar un fenómeno como Solzhenitsyn, el cual cifra la salvación de su patria en un posible renacimiento de dicha espiritualidad (cf. su artículo "El Truco Persa", en "La Nación", 28 de noviembre de 1979).

RAFAEL L. BREIDE OBEID

JOSE MARIA LEON, **Muestrario de luchas**, Rialp, Madrid, 1980, 349 pgs.

Orar es elevar la mente y el corazón hacia Dios. Es el intento del A. cuando escribe el presente libro: elevar su mente y su corazón así como la mente y el corazón de sus lectores.

José María León —un padre de familia que, como tantos otros, reza, trabaja, hace apostolado— nos relata escenas, anécdotas, sucesos, "pequeños trozos de vida ordinaria" que le dan ocasión para entablar un diálogo con Dios, mostrándonos cómo la actividad cotidiana no es un óbice para la oración. Aunque estemos sumergidos en un mundo que dispersa, aunque nos veamos rodeados de tentadores carteles luminosos —compre, coma, beba, viaje, diviértase, vístase con esto o con aquello— siempre es posible desenganchar la imaginación, cerrar los ojos y pensar en Dios, contarle nuestro afán de encontrarlo y de edificar este mundo poniéndolo a El como centro.

Con razón señala el A. hasta qué punto nos acostumbramos a lo cotidiano, hasta qué punto el polvo de la rutina va empañando nuestras actividades y nos impide ver más allá de la superficie, nos impide encontrar al Señor en el fondo de toda obra, aun la más profana. Ninguna obra es del todo profana cuando se la hace por amor a Dios, en cuyo caso no care-

cerá de recompensa en el cielo.

El cristiano debe llevar a Cristo en su interior, insiste León. Más aún, debe darlo al prójimo, aunque éste lo rechace, aunque le diga que no lo apetece, que está triste. Precisamente su amargura brota de su falta de contacto con Dios. Por eso se encuentra vacío, sin rumbo ni orientación, como aquel "muchacho que huía": "Chorreaba la tristeza por sus ojos, caía por su semblante como una especie de noche anticipada. El humo del cigarro era una madeja absolutamente enredada en sus dedos inquietos. De vez en cuando, él lanzaba su mirada de frente, como con gallardía, pero la arriaba pronto, pronto la recogía llevándosela a ras-tras para adentro. Me habló de sus pensamientos: se asfixia en esas calles, se aburre entre sus padres, le había el aire viciado de la universidad, está muy harto —hasta no poder más— de tanta hipocresía, de tantos rigodones dialécticos, de tanta falsedad convertida en bandera. Su proyecto consiste en hallar un saliente en la pared cortada del abismo que habita, en agarrarse a algo que le brinde, al menos, la escasa solidez que un cuerpo necesita. No sabe a dónde ir. Le da lo mismo. Tampoco tiene prisa, ni deja de tenerla. Se siente navegar por un mar de pensamientos, como en una barquilla construida con papel de periódico sobre unas cuantas líneas onduladas. En su paisaje no hay brisa. Ni gaviotas. No hay una brizna de alegría. No hay esperanza" (p. 53).

Se trata, pues, de orar sin intermisión. Aun en medio del sufrimiento. A este respecto no deja de ser hermosa "la oración del dolor" que incluye el A. en su serie: "Me da miedo el dolor que se me mete en el cuerpo y lo apalea, que se adentra en la carne como una niebla espesa, y al dolor moral que nos coloca noches en los ojos y trepana con sombras las ideas. Tengo miedo a sufrir, a pesar de que te veo en la Cruz, hecho Tú dolor y sufrimiento. Aunque tengo una fe y aunque te quiero y aunque intento seguirte y pisar donde pisas, tengo miedo. ¡Ayúdame, Señor, a ser valiente!" (pp. 282-283).

El libro se divide en tres capítulos.

En el primero, que titula **En el tajo ordinario**, eleva su oración a partir de circunstancias que pueden presentarse cada día (la oración del trabajo, la oración del saludo, la oración de la calle, la oración del "metro", la oración de la sala de fiestas, etc.). En el segundo, que llama **En lo escondido**, ofrece una serie de plegarias que suponen un contacto más personal con Dios, confiriendo con El la propia intimidad, y poniéndose en sus manos (la oración del agradecimiento, la oración del "yo quisiera ser", la oración del grano de trigo, la oración en carne viva, la oración de la cruz inútil, la oración del ahí, etc.). Finalmente, en el último capítulo, **Las Bienaventuranzas**, a partir de un hecho real que se revela falsa bienaventuranza, presenta el sentido verdadero de las palabras de Cristo (la oración de los pobres, la oración de los que lloran, la oración de los limpios de corazón, etc.).

Tal el espíritu y el estilo de esta obra, escrita con el lenguaje pulido de un profesional del periodismo, no exento a veces de cierta ampulosidad, pero lleno de unción y de espíritu de combate (no por nada se llama "muestrario de luchas"), que trasunta un admirable ímpetu apostólico. "Es un libro con oraciones, pero no es libro de oración... Y va dirigido a quienes inauguran decisiones de tratarse con Dios desde las plurales situaciones de la vida ordinaria, pero luego se cansan y abandonan porque no encuentran agua para su tierra seca; a quienes consideran que es muy difícil hallar al Señor en la espesura del ajetreo corriente de la calle, pero lo intentan tenazmente; a todos los que alientan anhelos de rezar, pero se pierden entre pretextos tópicos que van de la rutina hasta el prejuicio, del aburrimiento a la renuncia ante obstáculos con frecuencia inventados; a quienes rezan ya, y están contentos, pero aprovechan siempre la ocasión que les prestan los bosquejos ajenos, por si tropiezan con un nuevo matiz que les atice el paso" (pp. 21-22).

EDUARDO ARMANDOLA

Seminarista de la Arquidiócesis de Paraná, 1er. Año de Teología.

SANTO TOMAS MORO, **La agonía de Cristo**, Rialp, Madrid, 1980, 178 pgs.

Las obras del gran humanista Tomás Moro han sido publicadas numerosas veces en diversos idiomas; han traspasado los siglos del mismo modo que en su época traspasaron las fronteras de Inglaterra. La figura de Moro, historiador y jurista, diplomático y político en una época crucial está últimamente muy de actualidad; cada vez se le dedican más atención y estudios. La Universidad de Yale (EE. UU.) tiene ya casi terminada una edición crítica de sus obras completas, en varios volúmenes, a cargo de los mejores especialistas; en 1978 se celebró el V Centenario del nacimiento de Moro con Congresos y numerosas publicaciones en variados países; en Francia se publica una revista científica internacional ("Moreana") dedicada sólo a estudios sobre él; etc.

Ahora acaba de publicarse en España la versión castellana de la última obra que escribiera Moro, poco antes de ser decapitado, con el título **La agonía de Cristo**, obra de múltiple interés. Es la primera de Moro que se publica en castellano, aparte de **Utopía** que ha tenido una docena de ediciones españolas. Otro dato interesante y curioso es que el manuscrito original de Moro de esta obra se conserva en Valencia (España), en el "Colegio del Patriarca", fundación de San Juan de Ribera, que perdura hasta nuestros días en el mismo magnífico edificio del siglo XVI.

Moro escribió esta obra en latín, estando ya preso en la Torre de Londres, a la espera de su ejecución. La primera edición inglesa fue hecha en 1557 en base a la traducción de una nieta de Moro. La edición de Yale la ha publicado con el título **De tristitia Christi**, a cargo de C. H. Miller (en el vol. 14 de las **Complete Works**, 1976). La presente edición española ha sido publicada en la "Colección Nebli" de Ed. Rialp, y ha sido preparada por Alvaro de Silva, que ha hecho un excelente estudio introductorio y una esmerada traducción (teniendo en cuen-

ta el texto latino original y las versiones inglesas). En la introducción justifica el título **La agonía de Cristo** en castellano (semejante al de las ediciones francesas) y explica cómo fue a parar el manuscrito original al Colegio del Patriarca. Ha incluido en notas a pie de página los lugares de la Biblia que Moro citaba de memoria y algunas otras aclaraciones.

El manuscrito, así como papeles y libros que tenía Moro en prisión, le fueron requisados por sus carceleros varios días antes de su ejecución. Un teólogo dominico español, Pedro de Soto, se encontraba en Inglaterra hacia 1555-56, probablemente en relación con los medios diplomáticos londinenses, y es quien recibió el manuscrito, salvado por la familia de Moro de los registros destructores que Enrique VIII ordenó en la casa y bienes de Moro. El manuscrito vino a España a través de los Países Bajos, y entregado a Juan de Ribera, arzobispo de Valencia, que lo depositó en el Colegio de Corpus Christi fundado por él, y conocido popularmente como "Colegio del Patriarca". Aquí lo "redescubrió" el erudito G. Bullough en 1962 ("Mo-reana" 2, 1963, 106-108).

La obra muestra la erudición y profunda penetración del humanista y santo. Se trata de un comentario a la Pasión de Cristo, escrito con una serenidad sorprendente en quien estaba ya condenado a muerte por los tribunales e intrigas de Enrique VIII y sabía próxima su ejecución. "La grafía de Moro en esta última obra en prisión es tan clara como rápida —dice Alvaro de Silva en la introducción—. Muestra la gran agilidad que tenía con las palabras, pero también el interés de poner punto final al tema que se había propuesto redactar. Si su proximidad a la muerte explica de alguna manera la rapidez en la escritura, la claridad y cuidado de la misma caligrafía (perfectamente legible hasta en las correcciones del texto) muestran con detalles materiales la serenidad de su ánimo en aquellos momentos finales". La obra es de gran calidad literaria y en cierto modo autobiográfica y reveladora del temple espiritual de Moro. La fe y el humanismo clásico le hacen descubrir te-

soros escondidos en los textos evangélicos. Cristo y los personajes de la Pasión se entrelazan agudamente con situaciones y aplicaciones referidas a los tiempos de Moro.

Tomás Moro, primer ministro del gobierno de Enrique VIII, hombre de formación teológica y humanística serias y profundas, se mantuvo coherente con las verdades que conocía bien (el rey no podía contraer nuevo matrimonio, porque era válido y legítimo el contraído con Catalina de Aragón y por tanto no podía disolverse; tampoco el rey podía ser declarado o reconocido como cabeza de la Iglesia). Y Moro fue más amigo de la verdad que de ventajas materiales o de actitudes "políticas" equívocas, aunque podría fácilmente haber cedido y haberse aprovechado de ellas, como hicieron tantos.

Por la similitud de muchos problemas de la época de Moro con la nuestra, y por la ausencia de las obras de Moro en ediciones españolas, esta edición de **La agonía de Cristo** viene en un momento oportuno. Es de desear que Alvaro de Silva, estudioso de la figura y obras de Moro desde hace años, pueda ofrecernos otras ediciones y traducciones de los escritos del más importante de los humanistas ingleses.

JORGE IPAS

JESUS ALVAREZ GOMEZ, **Manual de Historia de la Iglesia**, Claretiana, Buenos Aires, 1979, 317 pgs.

Bienvenido sea este manual del P. Alvarez Gómez. El conocimiento de la historia de la Iglesia no es sólo de utilidad para el historiador o el teólogo. Todos los cristianos deben interesarse por la historia de su Madre, la Iglesia. Conociendo sus momentos de plenitud, aprenderán a apreciarla mejor; conociendo sus lunares, aprenderán a amarla más, ya que un hijo ama más intensamente a su madre, si cabe, cuando la ve enferma. No que la Iglesia como tal pueda alguna vez estar enferma. Ella es santa e inma-

culada, pero puede mostrarse debilitada en algunos de sus hijos.

El presente Manual no se limita a ofrecer tan sólo una lista de nombres y de fechas, sino que trata de orientar al lector hacia un progresivo descubrimiento de las ideas y las fuerzas que llevan adelante la agitada historia de la Iglesia.

El A. ha estudiado esta historia a través de los grandes períodos por los que pasó la Iglesia. He aquí los principales títulos: **La Edad Antigua**: La Iglesia en el Imperio Romano pagano, La Iglesia en el Imperio Romano cristiano; **La Edad Media**: La Iglesia y la formación de Europa, Apogeo del poder temporal de los Papas; **La Edad Nueva**: El clamor por la reforma, Reforma protestante y Reforma católica; finalmente **La Edad Contemporánea**: La Iglesia y la revolución de la conciencia europea, La Iglesia y las revoluciones sociales.

El análisis, muy esquemático, no exime de lecturas más analíticas y profundas; sin embargo es especialmente apto para compendiar lo leído. Aun cuando no compartimos todos los juicios del A., en líneas generales juzgamos correcto el presente libro, y lo recomendamos a nuestros lectores.

P. ALFREDO SAENZ

JOSE M. SOLE ROMA OMF, **Ministros de la Palabra**, 3 vol. (Ciclos A, B y C), Herder, Barcelona, 1979, 311, 254 y 262 pgs. respectivamente.

El nuevo leccionario dominical y festivo ha enriquecido la liturgia de la Palabra con la incorporación de abundantes textos escriturísticos, distribuidos a lo largo de tres ciclos anuales. En cada misa se leen tres lecturas, una del Antiguo Testamento, otra de los Hechos o Epístolas Apostólicas, y la tercera —aunque primera en jerarquía— tomada del Evangelio. Se insiste además en la íntima unión entre la liturgia de la Palabra y la de la Eucaristía (S. C. N° 24), es decir, en que la primera prepara y se orde-

na a la segunda, así como en la particular presencia de Cristo actualizada por la proclamación de su Palabra (S. C. N° 7) y en que la homilía del sacerdote forma parte de la misma Acción Litúrgica (Instr. Miss. Rom. III, 41).

La acción del sacerdote como ministro de la Palabra se ve dificultada por la caducidad de los antiguos homilarios, entre los que se podían encontrar verdaderas joyas de ciencia y de piedad, pero que no responden ya a la nueva distribución de las lecturas. Entre las guías homiléticas conforme a la nueva distribución de los textos, publicadas en libros o revistas pastorales, no todo es trigo limpio. Hemos encontrado en ellas desde el vacío absoluto, pasando por la superficialidad anodina hasta las orientaciones claramente tendenciosas, donde la Palabra de Dios resulta interpretada a la luz de los más diversos apriorismos telógicos o sociopolíticos "dans le vent". Lo mismo se podría afirmar de las introducciones que ofrecen algunos misales. El de la BAC, v. gr., contiene interpretaciones al menos ambiguas. El "Misal de la Comunidad" —prohibido por algunos obispos— se aventura en el terreno del disparate o de la herejía.

La predicación de la Palabra sufre, y el pueblo de Dios se queja en muchas partes del nivel o del contenido de los refritos que, con paciencia admirable, se ve obligado a soportar, donde abunda la logomaquia sociologizante, la verborrea sentimental o la ética horizontalista. Y eso cuando el sacerdote, que tiene la misión docente y kerigmática, no abdica de su ministerio, para dar lugar a las homilías "concelebradas", donde cualquier asistente puede expresar su opinión, al estilo de los "yo siento que...", "a mí me parece...", "lo que acabamos de escuchar me sugiere..."

Por eso damos la bienvenida a esta obra del P. Solé Roma, Misionero Claretiano, exégeta competente y traductor de la Biblia (Biblia Regina). Cada volumen contiene la explicación de las lecturas de un ciclo anual (domingos y festividades principales), precedidas en el primero por una breve introducción teológica sobre el

sentido de los diversos tiempos litúrgicos.

El A. no pierde su tiempo en divagaciones. La explicación de los textos es exegética y de una exégesis que no se pierde en floreos de erudición ni en muestrarios de hipótesis que sólo sirven para confundir y para sembrar la duda. Va a lo cierto, a lo seguro, sabiendo que el predicador no debe exponer sus teorías personales, sino que ha de ser "humilde y ávido discípulo de la Palabra de Dios" al mismo tiempo que su "valiente vocero y abanderado" (p. 15s.). No queda en la superficie, sino que procura indicar la idea central, como "síntesis o cordón umbilical", la "idea fundamental de la liturgia de aquel día" (p. 11) y procura también acercarse al misterio, consciente de que "nadie puede ser ministro y transmisor de la Palabra de Dios si no la asimiló en la oración y meditación" (p. 15). El estilo claro y directo de estas homilias muestra que el A. no es uno de los tantos liturgos y pastoralistas de gabinete que pululan en el mundo de los peritos y de las comisiones "ad hoc", sino que, como buen hijo del P. Claret y del Corazón Inmaculado de María, tiene en cuenta la experiencia pastoral y misionera.

De acuerdo a su auditorio, el predicador deberá completar estas exégesis con una más amplia interpretación teológica, o abundar en aplicaciones concretas, iluminando el diario acontecer con la perenne luz del Evangelio. De cualquier modo, no dejará de encontrar en estas páginas valiosas orientaciones fundamentales. En síntesis, se trata de una obra recomendable, digna de ocupar su lugar en toda biblioteca sacerdotal.

P. ALBERTO EZCURRA

CANDIDO POZO, *María en la Escritura y en la fe de la Iglesia*, EDICA (BAC Popular), Madrid, 1979, 172 pgs.

El año 1974 el A. publicó en esta misma editorial una obra sobre la Santísima Virgen: *María en la obra*

de la salvación. Concebida como libro de texto e instrumento de trabajo especialmente para estudiantes de teología, procuró aportar en ella todo el aparato científico conveniente para que el lector verificase la fundamentación teológica de sus afirmaciones.

La presente obra tiene otras características. Ha sido escrita en vísperas del XV Congreso Mariano Internacional, que se realizaría en Zaragoza. El A. lo ha redactado teniendo presente al pueblo de Dios congregado para honrar a Nuestra Señora, y ha querido insertar su voz en el coro de las alabanzas que se elevan a María a lo largo de todas las generaciones proclamándola bienaventurada.

No espere pues el lector encontrar un texto recargado de notas técnicas. Ello lo podrá hallar en los otros libros y artículos del P. Pozo sobre teología mariana. Sin embargo este libro no es simplemente una obra de "divulgación" de su anterior tratado. En estos cinco años el A. ha podido ir penetrando más y más en el insondable misterio de María, de modo que la presente obra puede ser considerada como una puesta al día de su anterior mariología.

El título del libro indica claramente su contenido. Luego de algunas cuestiones introductorias, procura presentar el retrato de María según el mismo Dios lo ha trazado en las Sagradas Escrituras. Tras ello, el A. se aboca a la exposición de aquello que la Iglesia, a lo largo de veinte siglos, ha meditado en torno a la sublime figura de Nuestra Señora. En su actitud meditativa la Iglesia no ha hecho sino imitar el ejemplo de quien es su espejo y de la que en dos ocasiones nos cuenta el evangelio (Lc. 2,19 y 51) que "meditando guardaba todas estas cosas en su corazón". Finalmente el libro, escrito sobre todo con ocasión de un Congreso Mariano Internacional, no podía prescindir de una presentación de los fundamentos del culto a Nuestra Señora.

Terminemos esta breve presentación citando el texto con el cual el P. Pozo cierra su libro: "Vivimos en tiempos de crisis en la Iglesia, crisis que no se ha detenido hasta discutir el valor de la devoción mariana, como

tampoco ha dejado de 'contestar' la estructura jerárquica de la Iglesia misma. En unas páginas profundas y sugestivas, H. U. von Balthasar... ha señalado en las figuras de María y de Pedro, los símbolos y la personificación de dos dimensiones, ambas esenciales, de la Iglesia: la dimensión maternal y la dimensión jerárquica; sin cualquiera de ellas, la verdadera imagen de la Iglesia quedaría falsificada. Pero, para que no lo sea, von Balthasar introduce una tercera imagen, la de Juan, como el amor sencillo y escondido que ha de mantener viva la conciencia y la unión de esas dos dimensiones. Vivamos, como Juan, en respeto y sumisión a lo jerárquico —que culmina en el sucesor de Pedro— y en acogida filial de María" (p. 170).

P. ALFREDO SAENZ

RAMON GARCIA DE HARO, *La conciencia moral*, Rialp, Madrid, 1978, 194 pgs.

Con mucho gusto hemos leído este precioso tratadito sobre la conciencia, que el A. tuvo la gentileza de hacernos llegar. Comparable a los de Pieper sobre las virtudes fundamentales, su lectura puede unirse provechosamente con la que se refiere a la prudencia.

Al perderse de vista la magnífica arquitectura de la Suma Teológica, la teología moral, divorciada de la dogmática, se transforma en casuística. Los manuales que presentan la ley como expresión de una voluntad exterior, que habla mediante la conciencia a la libertad del hombre, tienden a establecer de hecho un antagonismo entre la ley y la libertad (cf. el excelente análisis de S. Pinkaers, en "Renovación de la moral", cap. 2).

En la situación concreta del hombre caído este antagonismo aparece insoluble, sin la luz de la fe y la fuerza de la gracia. El hombre adámico sufre la tentación permanente de sentirse "conocedor del bien y del mal", de transformar su conciencia en una po-

tencia creadora de la norma moral. Y cuando la fe se oscurece y el hombre decide vivir "ut si Deus non daretur", la tensión dialéctica alcanza su punto culminante en la afirmación absoluta de una libertad sin sentido, que considera toda ley o norma y todo límite como una opresión intolerable.

El libro de García de Haro nos devuelve a una visión armónica, plena de realismo tomista y de buen sentido sobrenatural. Como los de Pieper y de Pinkaers arriba citados, nos muestra que las líneas fundamentales del pensamiento de Santo Tomás no sólo son perfectamente aptas para iluminar la problemática del hombre contemporáneo, sino también que constituyen el único fundamento sólido para una renovación auténtica de la teología moral.

El A. nos presenta la ley eterna como el designio amoroso de la providencia divina que constituye en su ser y da sentido al hombre y al mundo. En este marco la libertad creada no aparece como algo absoluto, sino que su esencia se identifica con la energía para incorporarse activa —y libremente— al proyecto de Dios. El hombre es capaz de invertir este sentido de la libertad, pero con ello sólo consigue acercarse a la nada. No puede salirse del orden divino, más que en el sentido de perderlo para sí (cf. p. 85). Ser libre no significa, pues, para el hombre "crear la propia ley, sino su capacidad de descubrir y seguir la luz de la ley" (p. 87). Dios para esto ilumina al hombre, lo eleva y lo mueve con su gracia. Por ello la ley nueva es a un tiempo ley del Espíritu y ley de perfecta libertad.

La conciencia aparece así, no como autocreadora de normas, sino como descubrimiento del plan divino, como luz intelectual, participación de la luz divina, que capacita para conocer el bien y el mal, que muestra el camino hacia la plenitud de la libertad: "La conciencia es la presencia de la luz del orden divino —de la ley divina—, que liga la voluntad de la persona en su dirección al fin último" (p. 130).

Por cierto que la voluntad, así como puede apartarse del fin, puede hacer que el hombre cierre los ojos o

los aparte de la luz. Esta trágica posibilidad la encara el A. en acertadas reflexiones acerca de la conciencia errónea, que culminan en un llamado a la responsabilidad de formar la propia conciencia y en la indicación de los medios para ello.

La obra se cierra con una breve reflexión sobre la fuerza difusiva de la moral cristiana. El cristiano iluminado por la luz divina no se deja moldear por las circunstancias. "No os hagáis semejantes al mundo, no tratéis de hacerlos semejantes al mundo —decía recientemente el Papa—. Lo que quiere decir que debéis tratar de hacer al mundo semejante a la Palabra Eterna" (al IV Capítulo General de la Pía Sociedad de San Pablo, 31/III/80). Llamado a la vocación apostólica y misionera. Los que han sido iluminados con la luz de Cristo, son luz para los demás, les muestran el plan que para ellos tiene la Providencia divina. "Por esta razón, arrastran: difunden en otros la bondad que Dios les da, después de haberla acogido con agradecimiento" (p. 191).

A semejanza de la conciencia, este libro es todo luz. Quisiéramos haberlo extendido más en este comentario, pero baste con lo dicho para incitar a otros a leerlo.

P. ALBERTO EZCURRA

FRANCIS C O ORELLANO, *La Santa del Basural*, Difusión, Buenos Aires, 1980, 159 pgs.

¿Quién es la famosa Madre Teresa de Calcuta?

Religiosa de Loreto, deja el convento para dedicarse a los pobres más pobres. Funda una Congregación aprobada en 1950 por la Santa Sede, con el fin de "trabajar para la conversión y santificación del pobre en los barrios, cuidado de los enfermos y moribundos, protección y enseñanza al chico de la calle, visita y cuidado de los pordioseros...". Ese año las Hermanas Misioneras de la Caridad se instalan en Calcuta, en el ex-templo

de la diosa Kali. Todo un símbolo.

Son pobres en serio. A veces no comen, y trabajan todo el día, sostenidas por el amor a Cristo, con dos Misas diarias y el Rosario siempre en mano.

Por eso podemos decir, como Indira Ghandi, que "en presencia de la Madre Teresa todos nos sentimos un poco humillados y avergonzados de nosotros mismos". Porque la Madre Teresa, premiada por su obra social hasta por el Premio Nobel, es un clamor profético, sobrenatural, autorizado y muy oportuno, en favor del auténtico amor a los pobres. Y es de notar que, cuantas veces quisieron obtener de ella —tan popular, tan reportada— alguna declaración con sabor de resentimiento, demagogia, encontraron en cambio la voz de un alma de Dios, que se manifiesta siempre sostenida únicamente por "Cristo en la Eucaristía, en forma de Pan de Vida; ahí satisfacemos nuestro hambre de amor. Este amor se extiende, como una consecuencia, a los hambrientos, a los desamparados, a los que sufren". "Lo más importante que he vivido ha sido mi encuentro con Cristo. El es mi sustento y mi vida". "Nuestro lema es ver en el mundo a Cristo pobre, ser Cristo para los pobres". Pero advierte: "Sin sacrificio, oración y penitencia, sin una fuerte carga de vida espiritual, no podríamos llevar a cabo nuestro trabajo" (cf. pp. 30, 33, 61 y 109, respect.).

A los argentinos nos exhortó a "buscar a los pobres, así como la Virgen fue a buscar al Niño Jesús...; ir a buscarlos y traerlos a la oración", insistiendo su corazón de madre en la necesidad de "hacerles sentir que son amados" (pp. 131 y 98).

Apóstol de la Caridad, sufre con los miserables de Calcuta, necesitados de afecto y ayuda material; pero reconoce otra pobreza más grave todavía: "Los pobres de Roma, como los de Occidente en general, son mucho más pobres que los de Calcuta y de la India. (Estos) creen en algo. (Aquellos) no creen en nada: esto los hace más infelices aún" (p. 132).

En fin, no por nada Pablo VI la tenía por "una de las mujeres más ex-

traordinarias de nuestro siglo" (p. 158).

En cuanto al libro que presentamos, una especie de "retrato meditado" de la Madre Teresa (a su A. se aludía en MIKAEL 20, p. 175), merecería una crítica más detenida sobre todo por el hecho de estar destinado a tenor de su Editorial, a masiva difusión.

Para juicio del lector sólo haremos algunas observaciones:

— el primero de los teólogos con los que, sin más precisiones, avala sus reflexiones es Bonhoeffer (p. 18); luego Evelyn (p. 68), Teilhard (p. 151). Si San Ignacio fuera su superior (o su Editor) quizás le repetiría aquello que escribió a S. Pedro Canisio sobre el peligro que tiene el empleo de autores heterodoxos aun en sus obras correctas, no sea que el lector desprevenido, aficionándose al autor, se enrede luego en sus errores leyendo las que los contienen. Algo parecido decía el Monitum del Santo Oficio destinado a "defender eficazmente a los espíritus, sobre todo de los jóvenes, contra los peligros de las obras del P. Teilhard de Chardin" por sus "ambigüedades o más bien graves errores" (Oss. Rom. 30-VI-62). Es algo más que invitar a "precaverse de los peligros de una desacertada lectura", como pretende el semanario *Esquíu* del 4-V-80.

— en la p. 75 al A. escribe: "La vi-

sita a un enfermo abandonado puede suplir, a veces, la asistencia a la misa dominical". San Jerónimo le diría: "El hablar impropriamente engendra la herejía". La Madre Teresa y sus Hermanas comienzan su jornada con la Misa, y la culminan con una hora de adoración ante el Santísimo.

— a pesar de que las Hermanas manifiestan que "sus propósitos esenciales son trabajar para la conversión y santificación del pobre" (p. 65), repite el A. que "no trabajan para 'convertir' a nadie. Se contentan con dar testimonio" y que, aunque se llaman "misioneras", "no utilizan este título como punta de lanza para la conquista espiritual; no las mueve la voluntad cerrada de 'convertir' a nadie" (pp. 115, 57). Tal vez hubiera sido mejor mostrarlas encarnando el deseo del Concilio de orar y trabajar "para que la totalidad del mundo se incorpore —convertido— al Pueblo de Dios" (cf. *Lumen Gentium*, 17; *Ad Gentes*, 36 ss., etc.).

Concluyamos: Laudable esfuerzo. Pero la Madre Teresa merece algo mejor. Y Dios nos dé a todos, editores, autores y aprendices, hacer bien el bien que hacemos.

JORGE BENSON

Diácono de la Arquidiócesis de Paraná, 4º Año de Teología.

LIBROS RECIBIDOS

- MEDINA ASENSIO Luis, **Historia del Colegio Pío Latino Americano** (Roma 1858-1978), Jus, México, 1979, 499 pgs.
- VAZQUEZ Stella Maris, **Teorías contemporáneas del aprendizaje. Sus bases filosóficas**, Tomo I, CIAFIC, Buenos Aires, 1979, 230 pgs.
- BALLESTER Jaime, **Sacerdocio y celibato, su mística y sus crisis**, Progreso, México, 1972, 459 pgs.
- IZZI P. Domingo, **María en Familia. Una meditación para cada día del Año Mariano. Tomo II: Cuaresma y Pascua**, Lumen Christi, Morón, 1980, 183 pgs.
- LEON Josemaría, **Muestrario de luchas**, RIALP, Madrid, 1980, 349 pgs.
- SOLE ROMA José M. OMF, **Ministros de la Palabra: Tres volúmenes (Ciclos A, B y C)**, Herder, Barcelona, 1979, 311, 254 y 262 pgs. resp.
- ROGER Hermano, **Asombro de un amor**, Herder, Barcelona, 1980, 155 pgs.
- TRESMONTANT Claude, **La mística cristiana y el porvenir del hombre**, Herder, Barcelona, 1980, 201 pgs.
- SCHNACKENBURG Rudolf, **Cartas de San Juan. Versión, introducción y comentario**, Herder, Barcelona, 1980, 412 pgs.
- JUAN PABLO II, **Redemptor Hominis**, La Encíclica programática del papa Juan Pablo II, con un comentario de Bernhard Häring, Herder, Barcelona, 1980, 148 pgs.
- SANTO TOMAS MORO, **La agonía de Cristo**, Rialp, Madrid, 1980, 178 pgs.

PRINCIPIOS FUNDAMENTALES DEL SEMINARIO DE PARANA

1. — En lo que toca a **LO ESPIRITUAL**. Este Seminario tendrá su centro en Cristo, y orientará toda su vida en orden a lograr una indisoluble unión con Él. Será, por ello, un Seminario profundamente eucarístico. La filial devoción a la Santísima Virgen será también un sello distintivo del mismo. Los seminaristas se ejercitarán asidua y empeñosamente en la práctica de las virtudes, dando primacía a la vida de oración y de caridad, en base a la doctrina y el ejemplo de los maestros reconocidos de la vida espiritual. Esta espiritualidad no será la de un simple laico sino la de alguien que está llamado al sacerdocio y, por consiguiente, a ir preformando desde ahora la imagen de Cristo Sacerdote.

2. — En lo que toca a **LO DOCTRINAL**. Este Seminario pondrá especial cuidado en la transmisión de la íntegra doctrina de la Iglesia Católica expresada en su Magisterio ordinario y extraordinario. La doctrina de Santo Tomás, tanto en el campo de las ciencias sagradas como en el de la filosofía, constituirá el núcleo de su enseñanza.

3. — En lo que toca a **LO DISCIPLINAR**. Este Seminario quiere formar a sus seminaristas en un estilo de viril disciplina que haga posible un ambiente de estudio, de silencio, de sacrificio y de ejercicio práctico de la obediencia.

4. — En lo que toca a **LO PASTORAL**. Este Seminario desea iniciar a sus seminaristas en la práctica del apostolado. Tal iniciación será moderada y conforme a las exigencias de una formación progresiva.